

P A B L O D E R O K H A

MIS GRANDES
POEMAS

ANTOLOGIA

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1969 CHILE

MIS GRANDES POEMAS

OBRAS DE PABLO DE ROKHA

POEMAS:

Versos de Infancia, 1916; *El Folletín del Diablo*, 1916-1922; *Los Gemidos*, 1922; *Cosmogonía*, 1922-1927; *U*, 1927; *Satanás*, 1927; *Ecuación*, 1929; *Suramérica*, 1927; *Escritura de Raimundo Contreras*, 1929; *El Canto de Hoy*, 1930-1932; *Canto de Trinchera*, 1933; *Jesucristo*, 1930-1933; *Los 13*, 1934-1935; *Oda a la Memoria de Gorky*, 1936; *Moisés*, 1937; *Gran Temperatura*, 1937; *Imprecación a la Bestia Fascista*, 1937; *Cinco Cantos Rojos*, 1938; *Morfología del Espanto*, 1942; *Canto al Ejército Rojo*, 1944; *Los Poemas Continentales*, 1944-1945; *Carta Magna del Continente*, 1949; *Fusiles de Sangre*, 1950; *Funeral por los Héroes y los Mártires de Corea*, 1950; *Fuego Negro*, 1951-1953; *Arte Grande o Ejercicio del Realismo*, 1953; *Antología*, 1916-1953; *Idioma del Mundo*, 1958; *Genio del Pueblo*, 1960; *Acero de Invierno*, 1961; *Canto de Fuego a China Popular*, 1963; *China Roja*, 1964; *Estilo de Masas*, 1965; *Mundo a Mundo*, epopeya popular realista, Estadio Primero: Francia, 1967 (escribiéndose: Estadio Segundo, la URSS; Estadio Tercero, China); *Infinito contra Infinito* (escribiéndose), *Rugido en Latinoamérica*, 1968.

ENSAYOS:

Heroísmo sin Alegría, 1926; *Interpretación Dialéctica de América: Los Cinco Estilos del Pacífico —Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia—*, 1948; *Arenga sobre el Arte*, 1949; *Neruda y yo*, 1956.

1969

N.º 3407

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1969

GENIO Y FIGURA

(Publicado en "Selva Lógica", 1916)

Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡oh, Pueblos!
El canto frente a frente al mismo Satanás,
dialoga con la ciencia tremenda de los muertos,
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Aun mis días son restos de enormes muebles viejos,
anoche "Dios" lloraba entre mundos que van
así, mi niña, solos, y tú dices: "te quiero"
cuando hablas con "tu" Pablo, sin oírme jamás.
El hombre y la mujer tienen olor a tumba,
el cuerpo se me cae sobre la tierra bruta
lo mismo que el ataúd rojo del infeliz.

Enemigo total, aúllo por los barrios,
un espanto más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro
que el hipo de cien perros botados a morir.

BALADA DE PABLO DE ROKHA

(De "Los Gemidos", 1922)

Yo canto, canto sin querer, necesariamente, irremediablemente, fatalmente, al azar de los sucesos, como quien come, bebe o anda y porque sí; moriría si no cantase, moriría si no cantase; el acontecimiento floreal del poema estimula mis nervios sonantes, no puedo hablar, entono, pienso en canciones, no puedo hablar, no puedo hablar; las ruidosas, trascendentales epopeyas me definen e ignoro el sentido de mi flauta; aprendí a cantar siendo nebulosa, odio, odio las utilitarias labores, zafias, cuotidianas, prosaicas y amo la ociosidad ilustre de lo bello; cantar, cantar, cantar . . . —he ahí lo único que sabes, Pablo de Rokha.

Los sofismas universales, las cósmicas, subterráneas leyes dinámicas, dinámicas me rigen, mi canción natural, polifónica se abre, se abre al más allá del espíritu, la ancha belleza subconsciente, trágica, matemática, fúnebre, guía mis pasos en la oscura claridad; cruzo las épocas cantando como en un gran sueño deforme, mi verdad es la verdadera verdad, el corazón orquestal, musical, orquestal, dionisiaco, flota en la augusta, perfecta, la eximia resonancia unánime, los fenómenos convergen a él y agrandan su sonora sonoridad sonora, sonora; y estas fatales manos van, sonámbulas, apartando la vida externa —conceptos, fórmulas, costumbres, apariencias—, mi intuición sigue los caminos de las cosas, vidente, iluminada y feliz; todo se hace canto en mis huesos, todo se hace canto en mis huesos.

Pus, llanto y nieblas lúgubres, dolor, sólo dolor mamo en los riñosos pechos de la vida, no tengo casa y mi vestido es pobre; sin embargo, mis cantares absurdos, inéditos, modestísimos suman el pensamiento, todo el pensamiento de la raza y la voz del instante; soy un país hecho poeta, por la gracia de Dios; desprecio el determinismo de las ciencias parciales, convencionales, pues mi sabiduría monumental surge pariendo axiomas desde lo infinito, y su elocuencia errante, fabulosa y terrible, crea mundos e inventa universos continuamente; afirmo o niego, y mi pasión gigante atraviesa tronando el pueblo imbecil del prejuicio, la mala aldea clerical de la rutina.

Atardeciendo me arrodillé junto a una inmensa y gris piedra humilde, democrática, trágica y su oratoria, su elocuencia inmóvil habló conmigo en aquel sordo lenguaje cosmopolita e ingenuo del ritmo universal; hoy, tendido a la sombra de los lagos, he sentido el llanto de los muertos flotando en las corolas; oigo crecer las plantas y morir los viajeros planetas degollados igual que animales, el sol se pone al fondo de mis años lúgubres, amarillos, amarillos, amarillos, las espigas van naciéndome, a medianoche, los eternos ríos lloran a la orilla de mi tristeza y a mis dolores maximalistas se les caen las hojas; — ... “buenos días, buenos días árbol”, dije al reventar la mañana, sobre las rubias cumbres chilenas, y más tarde clamaba: “estrellas, sois estrellas, oh! prodigio...”

Mis pensamientos hacen sonar los siglos, todos los siglos; voy caminando, caminando, caminando musicalmente y mis actos son himnos, cánticos naturales, completamente naturales; las campanas del tiempo repican cuando me oyen sentirme; constituye el principio y la razón primordial de todas las tonadas, el eco de mis trancos restalla en la eternidad; los triángulos paradójicos de mi actitud resumen el gesto de los gestos, el gesto, la figura del superhombre loco que balanceó la cuna macabra del orbe e iba enseñándole a hablar.

Los cantos de mi lengua tienen ojos y pies, ojos y pies, músculos, alma, sensaciones, grandiosidad de héroes y pequeñas costumbres modestas, simplísimas, mínimas, simplísimas de recién nacidos, aúllan y hacen congojas enormes, enormemente enormes, sonrén, lloran, sonrén, escupen al cielo infame o echan serpientes por la boca, obran, obran lo mismo que gentes o pájaros, dignifican el reino animal, el reino vegetal, el reino mineral, y son bestias de mármol, bestias, bestias cuya sangre ardiendo y triste, triste, asciende a ellos desde las entrañas del globo, y cuyo ser poliédrico, múltiple, simultáneo, está en los quinientos horizontes geográficos; florecen gozosos, redondos, sonoros en octubre, dan frutos rurales a fines de agosto, maduran todo el año y desde nunca, desde nunca; anarquistas, estridentes, impávidos, crean un individuo y una gigantesca realidad nueva, algo que antes, antes, algo que antes no estaba en la tierra, prolongan mi anatomía terrible hacia lo absoluto, aún existiendo independientemente, ¡tocad su cuerpo, tocad su cuerpo y os ensangrentaréis los dedos miserables! . . .

Ariel y Calibán, Egipto, Grecia, Egipto y sobre todo Chile, los cuadrados países prehistóricos, Jesús de Nazareth, los cielos, las montañas, el mar y los hombres, los hombres, las oceánicas multitudes, ciudades, campos, talleres, usinas, árboles, flores, sepulcros, sanatorios, hospicios u hospitales, brutos de piel terrosa y lejano mirar lleno de églogas, insectos y aves, pequeñas, armoniosas mujeres pálidas; el cosmos idiota, maravilloso, maravilloso, maravilloso, maravilloso orienta mis palabras, y rodaré sonando eternamente, como el viejo nidal, como el viejo nidal, como el viejo nidal en donde anidan todos los gorjeos del mundo . . .

SENSACION DEL INVIERNO EN LA
TIERRA

(De "Los Gemidos", 1922)

Sobre el grande cementerio y las pardas, ruinosas techumbres del mundo, cantan los pianos de la lluvia, los pianos de la lluvia, melancólicos, la antigua canción de las goteras... — ... El otoño se fue deshojando flores amarillas y puñados de lágrimas.

El sueño inútil de la vida, como un colosal hongo, gravita chorreando enfermedades y agua, moho, sarmientos u horas dolientes.

Y los días deshechos, invertidos y cóncavos, suenan lo mismo que ataúdes desocupados... (—Evocad, mis amigos, evocad, evocad los rojos soles meridianos, ardientes, plenos, vastos, y sonreíd a la posibilidad de las cosechas que vienen saliendo de las brumas!

Al sol le duelen, le duelen los huesos, el pobre está resfriado y con reuma; a intervalos lleva el pañuelo a las narices, estornuda, y se abre a ras de lo infinito el fabuloso, el fabuloso, el fabuloso capullo del trueno; los charcos piojentos se entretienen copiando la figura del enfermo, —¡tan enfermo!— y su mirada gris enfría el horizonte.

Los pájaros vivos se caen muertos, muertos en las jaulas, el azul dinamismo infantil, la alegría del niño, vegetal e inminente, simplísima, juega con sus cadáveres al football, y las estáticas, lúgubres viejas lamentables deshilan sueños de quince abriles.

Acurrucados fuman los tontos; en los patios unánimes del hospicio van emergiendo las callampas.

El público tiritita, oblicuos, desconcertantes vientos muerden la estúpida ilusión orgánica, ay!, ay!, ay!, la garúa siembra, siembra, siembra almácigos de alfileres y no acaba de atardecer y no acaba de atardecer . . . los vagabundos calientan sus manos plebeyas en las colillas que escupe gordo, vasto, bruto, el hombre rico, y unos chercanes proletarios cantan humildemente encima de un automóvil inservible.

Bajo el alero las golondrinas duermen, la enfermedad de vivir bosteza en las alcobas, los chicuelos pobres espantan el frío saltando grotescamente, —murciélagos, ratones entumidos.

Cual errabundas, fósiles, antepasadas monedas coloniales, las semanas ruedan inútilmente al fondo del tiempo —transitorio, fatal, amarillo baúl de viaje—, colma las avenidas el ruido otoñal de la pena, el ruido otoñal de la pena, y está lloviendo encima de nosotros; los vecinos aprietan contra el alma estéril el goloso y frutal recuerdo del verano, y miran llover . . . llover . . . llover . . .

Las calmosas bestias inferiores rumian en los pálidos jardines, pálidos, y los viejos, sordos, calvos, árboles mortuorios, anacrónicos, coronados de herrumbre amarillas, parecen mamarrachos o asesinos con la incógnita de las nieblas ambiguas vestidos, el musgo roe los caminos del parque, moroso y ocre, y va borrando líneas, recodos y huellas de mujeres tristes.

El país es un ancho, un ancho paraguas mojado, son turbios e insalubres los crepúsculos, la melancolía lloriquea en los tejados, lloriquea en los tejados y las ciudades están llenas de hojas, llenas de hojas, llenas de hojas . . .

Habitando solitas los oblicuos, polvorosos, nocturnos rincones, —triangular, triangular concepción de los primeros miedos!—, las arañas resumen el sentido del universo edificando castillos en el aire.

Sin embargo, el corazón del hombre, maduro y triste, guarda el aroma del queso rancio y los membrillos en agosto y su olor a despensa es confortable y bueno, confortable y bueno.

Oh! disperso mirar de las cosas, tiene la vagabunda, la vagabunda, la vagabunda actitud melancólica de quien contempla la humedad del tiempo tras los vidrios! ...

Sentimentales, fúnebres, los maridos regresan temprano al hogar; encienden las tranquilas, familiares lámparas y hojean periódicos atrasados; las mariposas vienen a jugar, a jugar con el corazón del fuego y se queman, *mejor* que papeles.

Humean los tejados monótonamente llorosos, el paisaje, la naturaleza tiene un gesto simplón, dormilón, tontón de libélula, y alguien entona cantos de ayer; las casas estilan igual que impermeables.

Cargamos a la espalda todo el dolor del hombre y además el nuestro ¡uy! ... ¡qué frío! ... —trae el brasero, las mantas y el vino, mujer! ...

YANQUILANDIA

(Fragmentos. De "Los Gemidos", 1922)

Nacimientos por teléfono, defunciones por teléfono, matrimonios por teléfono, toda la epopeya, toda por teléfono, enamorarse radiotelegráficamente, vivir y morir en aeroplano, 100, 200 kilómetros sobre el nivel de los viejos valores humanos, los viejos valores humanos, existir a máquina, conocer a máquina, recordar a máquina, ver a máquina, a máquina, el espectáculo gris de los ángulos, triángulos o polígonos rectangulares, horizontales que resumen la augusta psicología cósmica, según las pupilas matemáticas del súbdito yanqui, mesura los fenómenos sentimentales, intelectuales, sensacionales, adoptando el sistema métrico-decimal como unidad inicial y el dólar como fin, casarse por sport, matarse por sport, hacer réclame a los pechos divinos de las niñas y al vientre de la viuda, ir cinematografiándose a lo largo de las tristezas diarias convertido yo, el hombre, yo, el hombre, yo, el hombre convertido en errantes panoramas efímeros, panoramas efímeros y temas azules . . . (—¡País de los divorcios! . . .).

Woodrow Wilson.

Situado en la estupenda, la estupenda tribuna mercantil de Washington, predominando sobre las vagas colinas del Derecho de ayer y sus tabladillos intercontinentales, mirando hacia ninguna, ninguna, ninguna parte, Woodrow Wilson lee la Biblia a los pueblos modernos.

Y sus tristes mentiras suenan como las músicas anacrónicas del barrio, rurales, otoñales, dominicales, y la voz lluviosa de los muertos en las trágicas tardes trágicas de la época.

Desenvolviendo melodiosamente sus antenas tentaculares, Yanquilandia sonríe con ruidos de serpiente a los sencillos americanos del Sur; su ojo enorme, antediluviano, hipnotiza pájaros y animales, ciudadanos y árboles, nidos, mujeres, niños, flores y frutos, y, como un reflector gigantesco que cogiese todo el sol, todo el sol, ahoga en luz, ahoga en luz, ahoga en luz, incendia, calcina las vagas m sicas del paisaje rural, eminent simo, la oscura flor de la ciudad, situada entre dos grandes premisas: 1.000.000.000.000 de dólares y un ca n de 100 pulgadas . . . sin embargo . . . los rotitos de Chile afilando sus corvos modestamente gruñen: “y en'dey pus i or” . . .

John Rockefeller.

(Una vez había un asno, una vez había un asno que hablaba y sonreía, sonreía y hablaba lo mismo que hombre; decían, observ ndole, las viejas beatas: asno más asno! . . . y pasaban.

Pero un buen día, murió . . . entonces las viejas beatas vinieron a rumiar los excrementos, porque los excrementos eran de oro sonante . . .).

Andrew Carnegie.

—“Los libros bien encuadernados adornan bastante, adornan bastante, adornan bastante y, además, sirven para leerlos; bueno es leer, bueno es leer, bueno es leer, no demasiado, bueno es leer; pero yo tengo dinero, mucho dinero,  comprar  merengues? no, que . . . etc.,  comprar  piñones? no, que . . . etc., comprar  libros, libros, libros; bien encuadernados adornan bastante, bastante! . . .”

El Dios yanqui.

Rubio y serio, completamente afeitado, completamente, dice: yes, oh! yes, yes, a las dactilógrafas c nicas que inquietan como tumbas, sus designios trascendentales . . .

Está sentado en su azul gabinete azul, azul de trabajo; —... azul! ... —

—¿A cuánto asciende, en dólares, el sol sumado a la luna y las estrellas? ... tal piensa, tal piensa aquel oscuro, fabuloso, ilimitado mercader de lo infinito, tal piensa haciendo sonar en sus bolsillos las monedas orinecidas de los viejos astros muertos ... y sonrío!

U.S.A. Company.

Capital: 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de dólares.

¿Quiere Ud., quiere Ud. transatlánticos, momias, fetos, hombres, momias, fetos, hombres, dínamos, ferrocarriles, tractores, camiones, motores, rameras, gusanos, automóviles, yodosalina, catedráticos, vacas Holstein o Durham, sabiduría en inyecciones hipodérmicas, honradez *a la cocotte*, arte puro, arte embotellado por nosotros en las botellas mahometanas del tipo Alah, presidentes especiales, especiales, especiales para Suramérica, o cualquiera otra máquina, animal, manufactura, cosa por el estilo? ...

Escriba a: U.S.A. Company, U.S.A., pidiendo catálogos, pidiendo catálogos, pidiendo catálogos.

CIRCULO

(1925)

Niña de las historias melancólicas, niña,
niña de las novelas, niña de las tonadas
tienes un gesto inmóvil de estampa de provincia
en el agua de otoño de la cara perdida
y en los serios cabellos goteados de dramas.
Estás sobre mi vida de piedra y hierro ardiente
como la eternidad encima de los muertos,
recuerdo que viniste y has existido siempre,
mujer, mi mujer *mía*, conjunto de mujeres,
toda la especie humana se lamenta en tus huesos.
Llenas la tierra entera, como un viento rodante,
y tus cabellos huelen a tonada oceánica,
naranja de los pueblos terrosos y joviales,
tienes la soledad llena de soledades,
y tu corazón tiene la forma de una lágrima.
Semejante a un rebaño de nubes, arrastrando
la cola inmensa y turbia de lo desconocido,
tu alma enorme rebasa tus huesos y tus cantos,
y es lo mismo que un viento terrible y milenario
encadenado a una matita de suspiros.
Te pareces a esas cántaras populares,
tan graciosas y tan modestas de costumbres;
tu aristocracia inmóvil huele a yuyos rurales,
muchacha del país, florecida de velámenes,
y la greda morena, triste de aves azules.
Derivas de mineros y de conquistadores,
ancha y violenta gente llevó tu sangre extraña,

y tu abuelo, Domingo de Sánderson, fue un *hombre*;
yo los miro y los veo cruzando el horizonte
con tu actitud futura encima de la espalda.
Eres la permanencia de las cosas profundas
y la amada geográfica, llenando el Occidente;
tus labios y tus pechos son un panal de angustia,
y tu vientre maduro es un racimo de uvas
colgado del parrón colosal de la muerte.
Ay, amiga, mi amiga, tan amiga mi amiga,
cariñosa lo mismo que el pan del hombre pobre;
naciste tú llorando y sollozó la vida;
yo te comparo a una cadena de fatigas
hecha para amarrar estrellas en desorden.

SOY EL HOMBRE CASADO

(De "U", 1926)

Soy el hombre casado, soy el hombre casado que inventó el matrimonio;

varón antiguo y egregio, ceñido de catástrofes, lúgubre;
hace mil, mil años hace que no duermo cuidando los chiquillos y las
estrellas desveladas;

por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.

Dromedario, polvoroso dromedario,
gran animal andariego y amarillo de verdades crepusculares,
voy trotando con mi montura de amores tristes . . .

Alta y ancha rebota la vida tremenda
sobre mi enorme lomo de toro;
el pájaro con tongo de lo cotidiano se sonríe de mis guitarras tentaculares y absortas;

acostumbrado a criar hijos y cantos en la montaña,
degüello los sarcasmos del ave terrible con mis cuchillos inexistentes,
y continúo mis grandes estatuas de llanto;
los pueblos futuros aplauden la vieja chaqueta de verdugo de mis tonadas.

Comparo mi corazón al preceptor de la escuela del barrio,
y papiroteo en las tumbas usadas
la canción oscura de aquel que tiene deberes y obligaciones con lo infinito.

Además van, a orillas mías, los difuntos precipitados de ahora y sus
andróginos en aceite;
los domino con la mirada muerta de mi corbata,
y mi actitud continúa encendiendo las lámparas despavoridas.

Cuando los perros mojados del invierno aúllan, desde la otra vida,
y, desde la otra vida, gotean las aguas,
yo estoy comiendo charqui asado en carbones rumorosos,
los vinos maduros cantan en mis bodegas espirituales;
sueña la pequeña Winétt, acurrucada en su finura triste y herida,
ríen los niños y las brasas alabando la alegría del fuego,
y todos nos sentimos millonarios de felicidad, poderosos de felicidad,
contentos de la buena pobreza,
y tranquilos,
seguros de la buena pobreza y la buena tristeza que nos torna humil-
des y emancipados,
... entonces, cuando los perros mojados del invierno aúllan, desde la
otra vida ...

“Bueno es que el hombre aguante, le digo”,
así le digo al esqueleto cuando se me anda quedando atrás, refunfu-
ñando,
y le pego un puntapié en las costillas.

Frecuentemente voy a comprar avellanas o aceitunas al cementerio,
voy con todos los mocosos, bien alegre,
como un fabricante de enfermedades que se hiciese vendedor de rosas;
a veces encuentro a la muerte meando detrás de la esquina,
o a una estrella virgen con todos los pechos desnudos.

Mis dolores cuartelados
tienen un ardor tropical de orangutanes;
poeta del Occidente,

tengo los nervios mugrientos de fábricas y de máquinas,
las dactilógrafas de la actividad me desparraman la cara trizada de
abatimiento,
y las ciudades enloquecieron mi tristeza
con la figura trepidante y estridente del automóvil:
civiles y municipales,
mis pantalones continúan la raya quebrada del siglo;
semejante a una inmensa oficina de notario,
poblada de aburrimiento,
la tinaja ciega de la voluntad llena de moscas.

Un muerto errante llora debajo de mis canciones deshabitadas.

Y un pájaro de pólvora
canta en mis manos tremendas y honorables, lo mismo que el per-
manganato,
la vieja tonada de la gallina de los huevos azules.

SATANAS

(1927)

YO EXISTO,

¡ah!,

YO EXISTO sobre el día corriendo,

AQUI,

pregunto mi dirección a las alondras del infinito más infinito,

CANTO, CANTO, CANTO,

agarrándome a los aeroplanos de mi voz, ¡oh!, de mi voz embandera-
da y americana,

o borneo, monologando, una gran palmera de volcanes,

abro los sétimos ojos encima de ese rodaje de láminas y triángulos in-
discutibles,

refuto la argumentación desdentada del esqueleto,

y, tocando la canilla despavorida,

inicio el tiempo, amigos, inicio el tiempo,

el tiempo de los vocabularios y los siglos partidos en figuras:

A,

E,

I,

O,

U;

cuando la tarde inmóvil, como un toro, en la derrota del gesto y del
signo,

rodea de ciudades agonizantes el acordeón de los últimos sueños,

yo escupo, lleno de saliva la guatita de las estrellas, yo escupo, pero
yo escupo;

además, los lagartos empapelados me lamen la filosofía;

los frutos maduros del sol

lloran en mis teatros de azufre y sangre quemada,
y el problema de luto
me araña las entrañas de celuloide terrible
con los serruchos del *jazz-band*,
irremediablemente,
ME ARAÑA LAS ENTRAÑAS DE CELULOIDE TERRIBLE,
entonces, se me ríen las tripas,
se me ríen las tripas,
y se me ríen las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos,
a los parientes de adobe que hacen costumbres,
a la vieja mohosa que cuida los despoblados con su tristeza,
a los ataúdes sin candado,
a las emociones sin candado,
a los emigrantes sin candado,
a las botellas rotas y rojas encima del crepúsculo,
y a los crucifijos empeñados y espantosos
en el desván de los somieres y los colchones de las putas nubladas,
entonces, se me ríen las tripas,
se me ríen las tripas,
y se me ríen las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos,
empuño los látigos metafísicos
y me azoto el corazón,
agarro las palabras por la garganta y, aunque me muerdan, las voy
domesticando,
y afirmo,
y niego,
y afirmo,
entonces, se me ríen las tripas,
se me ríen las tripas,
y se me ríen las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos;
es la cosa lluviosa y sin título.
la angustia adoquinada, del color del periodismo y del color del ce-
menterio,
el limón de las agrias provincias,
la religiosidad colonial y tan española de los tejados enmohecidos co-
mo las medallas,

las brujas paridas de la fatalidad,
el petate indemostrable y los mantos usados y las niñas y las lunas
usadas y los finados sin velas constantes,
los recuerdos coleccionados en alcancías;
por eso soy como la cuaresma y como la obscenidad AMARILLA;
así, altanero y abismado como los cipreses o como los poetas,
quebrado a la manera del riel violento,
con aburrimiento de termómetro, de epopeya y de oficina,
blanco y negro, a planos totales,
lo mismo que la psicología del Buonarotti, o la moral colosal del fue-
go y del hierro,
y también, sí, también, ¡oh!, matemático,
parecido a una discusión de los terremotos con los terremotos;
uno se compara a todo lo aciago, lo oscuro, lo acerbo,
se define entre los naufragios,
y le sobra espanto capaz de vestir de herrumbre a toda la alegría hu-
mana,
semejante a las águilas contradictorias,
vuelo en tirabuzones entusiastas y ofensivos en la tristeza,
quebrándome en umbrales insospechables,
o hago la caída acuarelada del avión sin desterrados;
agujerear lo absoluto,
dominar la tiniebla endurecida y el mar de azogue,
triplicar la voluntad,
y demostrar a "Dios" a carcajadas, como los pájaros,
geométrico y maquinal como las catástrofes;
meto mi alma en los bolsillos del mundo
y saco polillas y mates de verdades muertas,
me paro encima de mi esperanza,
aspiro a los rascacielos estrafalarios, al puente tirado de siglo a siglo,
y todos los versos se me cuelgan del corazón,
entonces, mi cansancio dobla la cabeza,
y un signo inmóvil se remonta encabezando los presidiarios y los
vagabundos;
tribulación, horrenda tribulación del camino que quiere hacerse fin;
es, también, la acción dispersa y ahuecadora, es tal vez un desequi-
librio

que responde a arquitecturas perdidas;
sólo la soledad me acompaña en este ardiente derrumbamiento sin
murallas,
destino de ametralladora quebrada, exactamente, de ametralladora
quebrada, o mucho teatro en ruinas;
¡ay!, como perro loco aúllo a orillas de las noches peludas,
los gallos huidos cantan en la eternidad,
encima de los árboles serios y negros de las naciones incendiadas,
estiro los brazos de punta a punta de la tierra,
y muchos los ámbitos ciegos,
echan a volar desde mi figura incorruptible,
borneo agrios cantos, altos cantos de ladrones,
rodeado de mujeres agonizantes,
por eso goteo sudores de gente destruida,
sin embargo, mi voz es contentamiento,
congoja a electricidad, actitud patético-dinámica, con piedras azules,
violoncelo sin violetas,
emoción de máquina y de máscara, caricatura en bronces fatales,
mi gramática es alegremente lúgubre,
sí, lo mismo que el asesinato en las batallas,
pólvora con alcohol morado y polvoso,
opresión al espíritu de aquel que viviese al pie de la más alta cantina,
o se asomase al pensamiento, desde el borde del mundo, sobre los abis-
mos, temblando, a la orilla, bien a la orilla,
y se resbalase de repente, sí, sí,
además, el dolor es durable como la mala comida,
dínamo a millones de actividades por segundo,
con la inminencia y lo espantoso de las revoluciones astronómicas,
mi corazón está ahí, girando,
porque yo soy el que espera el tren que no existió nunca,
y el que escucha todas las horas del cielo,
el condenado a la gotera que cae encima del cerebro, una a una,
sin embargo, querría, ¡ah!, querría que todos los pescados del sol so-
noro,
la nave inmóvil anclada encima de los sepulcros desaparecidos,
y el timón de las estrellas oceánicas,

para tocar la campana del genio,
en ese instante cuadrado y declamatorio de la poesía,
o ando vendiendo mi corazón de pobre enorme,
y mis espectáculos de girasoles, ¡ay!, con negros tremendos,
además, la llamarada vegetal del porvenir, además,
y el ejercicio en patines de alambre o de aceite circulatorio,
la guitarra apolillada del aviador, tirada sobre los crepúsculos y los
telégrafos, impunemente,
avizorando los últimos;
entonces, cacarean las gallinas trascendentales;
pero yo no comprendo, yo no comprendo
cómo el diamante del día no corta aún el vidrio inútil e impresionante;
timoneo mis buques piratas, y tus cielos tenaces y rubios, FILOSOFIA,
levanto las compuertas imaginarias,
y los cien tranques iguales avasallan la curva siniestra, persiguiéndose,
luego las ideas asesinadas,
la intuición escalonada en escalonado, verde-podrido, granate, tuerta,
negra, ciega, con ocasos guillotizados,
el ademán de tempestad innumerable,
la conciencia aulladora, la clínica, lo polvoroso, lo derrengado,
y la voluntad del mueble durable,
el animal no usado, no,
la abulia, la inercia, la descomposición ilimitada y abarcadora;
ya viene llegando, la noche, ¡ay!, la noche, la noche con su ramo de
violetas;
sí, eso es todo;
aquella gran honorabilidad de cordero clavada al alma;
palanca del suceso en la mano demente y gris, PALANCA, PA-
LANCA,
sobre los gestos cóncavos, LA NADA,
la camisa incomprendida que me ciñe entonces, siempre,
corona de arañas,
el día quebrado, sin literatura,
el hombre sublime,
y un pantalón de fuego y de llanto encima,
“Dios” llorando,
no vendo caminos ni ciudades,

y es el instante exclusivo y asombroso que apunta la carabina del destino,
por eso comprendo lo apenado,
y el color de la ley violenta,
las piedras llagadas, sin sombra, la enfermedad del acero y del andrajo,
las osamentas, las espesuras de mástiles,
la orquesta despernacada del terremoto, tan sincero y tan soberbio,
la risa judía del automóvil,
levantándole los vestidos a las montañas;
recuerdo el estilo de la vieja que vendía pescado con ojos profundos,
y el chofer variable como la temperatura,
las baladas diplomáticas de la motocicleta enamorada, bien enamorada;
ahora soy quien define las madre selvas,
también los edificios, las tonadas definitivas,
y el gesto en agua inmóvil;
lo mismo desembarcan del recuerdo aquellas enfermeras violetas;
o ando buscando a Pablo de Rokha desde las alturas desprestigiadas,
y, aunque me encuentro en sus obras de sueño, en las estampillas y en las sepulturas,
soy lo errante, lo inencontrado, lo ausente,
no el viajero, el viaje, ¡oh!, ¡oh!, el viaje, la rueda andariega, extranjera, untada de países invulnerables,
la sirena patológica del transatlántico,
arrinconada en las distancias desmejoradas del pretérito,
con las cejas llovidas de acordeones;
aterrizó el minuto de la canilla despellejada,
el minuto del costillar y las cuencas abstractas, adentro del invierno,
y el minuto del hueso inútil y abandonado;
agarro mi sombrero,
y es dolor,
agarro mi palabra,
y es dolor —y ES DOLOR mi sombrero y mi palabra—,
dolor, dolor caído de las bocas de los mundos, dolor, dolor,
trizado de verdades continentales;
camino, yo camino,
y mis huesos ignoran cómo se anda andando,

tiempo sin canciones,
y la culebra literaria y española, automóvil de ceniza,
árbol con gusanos en el cerebro,
y frutos calientes,
sol de herrumbre, empavesado, en la caída estrafalaria,
cosas de solos,
oficinas con mucha sucia, mucha,
y un paraguas incontestable,
goteado de siglos y gestos de maquinarias,
sol urbano,
manada de tribulaciones

GRIS,

manada de tribulaciones,
recuerdo que hubo épocas
en que pedí prestada la congoja al astrónomo.
y a "Dios" lo absurdo,
hoy vendo la capa morada por treinta silencios,
y este jumento de añil, de oro, de carbón,
que se pasa comiendo estrellas y asuntos,
y bebiéndose, a cada jornada,
todas las bodegas de LA POESIA;
inventar un mundo, o un mundo,
echárselo a la espalda, en vértice, solo, sin grandeza,
y sentirse como las mantas mojadas;
voy a degollar mi canto con mi burla;
asumo toda la desgracia distribuida;
por eso escribo, desde las plataformas, los varios estados trascenden-
tales,
en la carátula extasiada, más adecuada;
mandato de existir y devenir testarudo;
he ahí que yo coronó las glorias antiguas, francamente;
además, digo: CANTO, digo: TIEMPO, digo: MUNDO,
y la verdad colosal levanta la cabeza desde los sepulcros y los aeroplanos,
como si se le hubiesen roto las arterias a la conciencia;

los murciélagos colgados del mes de agosto, de la tos pulmonar de
junio y julio,
y la matemática de platino del poema,
el fantasma duro y vago, a la vez, construido y destruido de símbolos,
la arquitectura, el álgebra, el émbolo de tracciones imprescindibles;
es la bruma, la niebla de diamante, tan arbitraria,
el bulto inhábil que se sumerge,
la función infantil, abismada, abstraída y adivinatoria,
lo contradictorio que coincide con lo contradictorio por todo aquello,
y se adapta y se acopla al imprevisto ecuacionable,
el ciego que intuye las formas eternas, iluminadas por todas las
sombras,
la libertad mecánica y frenética del individuo;
mismamente la encina azul amamanta sus hijos artificiales,
y la estupenda guagua amarilla
eructa de leche celeste la gran negrura filosófica;
porque la soledad, como el invierno, requiere mantas de agua;
pero jamás, jamás, jamás salió el sol por el occidente,
a pesar de que todas las noches más noche no son, apenas, sino días
olvidados;
con la hijita muerta encima del pecho de fiera,
sí, agujereó la muralla de metal polvoroso y girante,
arrasó los puentes y las torres acumuladas;
la espada y el amor, señora, son materias indiscutibles;
ahora la tarde con tres tetas, principalmente, la tarde con tres tetas
sin importancia,
y los pájaros matemáticos,
el ave de cartón o de latón con porcelana y aún de vidrio de botella
de botica,
cantando en la astronomía del hemisferio y del esqueleto,
la tonada argumentada de resortes;
y después, los astros quebrados,
la bandera del cielo enlutada, amarrada a las astillas del mundo,
el acordeón de la muerte sonando
encima de la oscuridad amedrentada, ¡ah!,
dominando el drama mugriento,
la gran seriedad sin triunfos de estrella ni de abismo,

y el aire de metales tuberculosos,
yo, egregio, enderezando fatigas sin dinero,
apuntalando mis debilidades de héroe,
llenando la tinaja desventurada
con el llanto de las historias viudas
al sol mojado,
acumulando caras de mundos en la dinamita del estilo;
amontono, yo amontono tu actitud encima del oriente,
a la manera de grandes ciudades de otoño, de grandes ciudades de in-
vierno,
tu actitud semejante a los últimos frutos del castaño, del manzano,
del naranjo,
tu actitud semejante a los recuerdos de la tía soltera,
tu actitud semejante a los versos honestos de las guitarras y las pro-
vincias,
¡oh!, tu actitud olorosa a cedrones y a limones pretéritos,
atraco leños, grandes leños a las hojas caducas,
y tus hogueras innumerables
van alegrando la antigüedad parada del crepúsculo
lo mismo que el aroma útil de las panaderías;
¡ay!, la inmensa tos de sangre que viene del poniente;
deshojados pantalones asesinos;
en fin, un sol maricón que parece vidrio muy grande;
sobreviene la rosa lluviosa y pobre;
pero yo veo la sombra partida en colores emocionantes;
los pájaros blancos del Mediterráneo y aquella gran vela moderna,
corrigiendo,
porque la nada agranda;
la risa nerviosa del automóvil del hospicio
quiebra las botellas del día,
y las escuelas huelen a rosas maduras;
recuerdo los mercados, las bodegas y las cocinerías,
las caletas mariscadoras,
el corazón de los vinos honrados y polvorientos,
la cara de tinaja o de guitarra de la malaya asesinada en rubíes,
los morrones entusiastas y anarquistas como el pescado,
y, a la izquierda del mundo,

el sol falsificado de los cementerios;
las carretas huracanadas
vinieron a alojar en las lluviosas y enmohecidas canciones de entonces, con aquel copioso aroma a vacas perdidas;
ahora yo me acuerdo de Licantén, *orillas del Mataquito*,
me acuerdo de la casa aquella, como de polvo, con duraznos, con membrillos, con naranjos, con un farol, sí, con un farol en la esquina de la noche y con palomas
llorando más arriba del pueblo del sueño,
me acuerdo de la tía Clorinda, oliendo a chicha florida, y de don Custodio y de la Rosa y de la Flora Farías y de la beata doña Rosario y del Oficial Civil y del cura don Liborio,
me acuerdo de los chicharrones y de los pigüelos y los causeos de don Vicho, y del poruña Abdón Madrid y de la tonta Martina y del compadre Anacleto y del borracho Juan de Dios Pizarro y Juan de Dios Chaparro,
me acuerdo de las piaras costinas, tan olorosas a cochayuyos y a sentimientos de Iloca,
y me acuerdo de los lagares, ciertamente, de los lagares de buey, arrumados en los graneros, llenos de huevos y herramientas, “entre junio y julio”,
y me acuerdo de las botas y las mantas españolas de mi abuelo,
me acuerdo de la media rayada del silabario y de las enredaderas polvorientas de la escuela,
y después, Talca, la ácida, la árida Talca,
la lluviosa ciudad negra, seria, fea y atribulada, de santos de sombra y de aceitunas
la vieja escuela clúequeando entre los tamarindos,
la vieja escuela primaria, la vieja escuela primaria, y don Tomás, el preceptor don Tomás, sí, don Tomás, el amigo de Dios, y las bolitas,
y el volantín azul arriba de la provincia enmohecida,
aquella gran bronconeumonía y los anchos armarios de carretillas y la vida de Colón, la vida de Edison, la vida de Washington con monitos, y los lacrimatorios del mapamundi,
y las matitas de poroto y de zapallo creciendo, ardiendo en los extramuros del alma,

los caminos de estatuas, apuntalando un sol cuadrado y polvoso,
y los himnos escritos en la piedra, por la oscura mano que nadie co-
noce,
y después, el Seminario de las polillas, catres de chinches meados de
perros y muertos, el Seminario de las arañas y el gran
invierno
abandonando su huevo enorme en los soberados de la infancia,
la yegua cristiana y difícil,
la cola peluda y colonial del catolicismo
enlazándome, envolviéndome, amarrándome,
la humedad filosófica, la humedad matemática, de aquel animal acci-
toso y amarillo con lo aceitoso y lo amarillo del mausoleo,
entelequia espantosa creciendo del adolescente, abismado como la lla-
ma ambigua del aguardiente,
la llaga cristiana o la desgarradura, anidada de murciélagos,
y el pecado, el pecado madurando una gran callampa negra, entre las
sabandijas y las brujerías,
y después, después, las niñas Pinochet
y las cacerías y las borracheras en la montaña, adentro del espíritu
irreparable,
y los versos honestos entre los sembrados, los espinales, los viñedos y
las islas profundas de Pocoa,
que era lo mismo que un causeo de invierno, que era,
y después, el niño inhábil, el confundido, el planetario,
a patadas con los manicomios,
y las cartas lluviosas: “estudia, hijo, estudia, las cosechas van malitas,
a la bodega vieja se le cayó el cielo
y a la Chepita un diente, ¿qué te sucede? . . .
cobra un giro y reza por nosotros, el año inútil, hijo, sí, el año inútil,
tu mamá te manda un pavito, abrazos, hojuelas y charqui de la gui-
tarra,
aquí, ya hay violetas, cuídate, van aceitunas, patitas de chanco, miel,
quesitos de cabra, murió el rucio Caroca, tu padre, Ig-
nacio”,
y yo dentro de la vida tremenda, llorando con los finados, en cami-
seta, marchando, marchando, muy contento y muy
bohémio, marchando, marchando así:

Pedro Sienna, el Tonto Barella, Jorge Hübner, Vicente Huidobro,
Daniel de la Vega, Mariano Latorre, la Wini, Angel
Cruchaga S. M., Gabry Rivas, Fray Apenta, marchan-
do, marchando,
y después, la caída hacia Talca, ¡ay!, hacia Talca,
solo y loco,
los días terribles con cabeza de zapallo,
las arañas degolladas de la literatura, andando la noche difícil,
el amigo Jara y las putas, y el amigo Jara y Mejías,
y las botellas y las colillas sin esperanza y los gallos de la adolescencia
llorando en las camas amargas,
el espíritu esquinado y triangulado, trizándose en acciones intermi-
tentes, y el joven que quiere matarse,
sucediendo el pan filosófico a riberas del eucalipto militar de Pelarco,
el hombre salvaje y titánico, el hombre sublime y dinámico que le
aprieta el cogote a la desesperación y se lava la cara con
salmuera y con vinagre, y come carnero,
y después, LA LUISITA, más bonita que un continente,
las palomas florecidas de "Juana Inés de la Cruz",
la cuchillada en la garganta del espíritu, la cuchillada,
yo gozoso como un tomate,
la niña linda que pisa alfombras de ternura derrumbada y dolorosa
y uno que lo encuentra todo bueno y nuevo, lo mismo que en los Evan-
gelios, y anda alegre como una luna o un caballo,
el círculo de pólvora y a la vez de tarde llorante y de musculatura y
de filosofía de océano,
la tal tristeza de miel de los enamorados,
la moneda melancólica sonando en la oscuridad del hombre,
y después, ¡ay!, después, después el Coronel,
el CORONEL, el CORONEL, el CORONEL y el cine,
la perilla dominadora de los aeroplanos,
y el Coronel enseñándole urbanidad a mi heroísmo,
como un elefante que le tirase la barba al mundo,
la suegra peluda y metafórica como el patíbulo,
y Carlitos tan cumplido, tan caballerito... —eche la patita mi hi-
jito! ...
y la tía Zoila y la tía Julia

y Adardio y las muelas casadas y la tía Clarisa,
 y el Coronel, el Coronel, ¡atención: firm! . . .
 y ahora, solos,
 arrinconados contra la montaña, solos,
 o domando bestias de hierro,
 arrojándoles huevos de águila a esa trinchera,
 el tren lluvioso o nublado de acordeones, crujiendo mundo a mundo,
 Buin, Maipo, Barrancas, San Felipe, Concepción, Valparaíso, Santia-
 go de Chile,
 y los hoteles y las pensiones con telarañas, sin solución divina, en don-
 de devienen solteronas, usureros y comida triste,
 y las patronas empapeladas con diarios leídos y moscas,
 el bastón imperial azotando fieras de cemento;
 ¡ah!, traía la muerte adentro, la guagua,
 sí, sí, como un fruto de azufre, anidado en la rosa de las entrañas, sí,
 por eso era tan vieja y tan soberbia su actitud de vidrio trizado,
 ¡ay!, de vidrio trizado, ¡ay!,
 y su alma imponente de ciego o de muerto,
 y su carita triste y grande y fuerte,
 y su belleza como el mar o como el sol, o como todas las montañas
 del mundo,
 o lo mismo que un verso de fuego,
 ¡ay!, un Dios miserable la seguía desde lo infinito,
 las frutas profundas de la tierra
 no alegraron, no, no alegraron su juventud equivocada,
 el huevo de ceniza de la tristeza,
 valía más que todas las cosas *ella*, yo lo juro;
 edifico la impresionante soledad, edifico
 el cinturón de gozo y de llanto, la vida parida de huesos,
 el círculo girante y variable alrededor del ideal,
 la gran muralla de latigazos,
 la perspectiva de triángulos y láminas y vértices atrabiliarios, hacia la
 última voz humana;
 he ahí, el hombre que tiene un ojo, sólo un ojo de diamante serio, y
 setenta manos sin causa,
 cuerpo de piedra, pies de bronce errante y circulatorio como un pla-
 neta, o como las jaivas ancianas,

y rostro movable, andariego y errabundo, semejante al calendario,
y está cruzado de naciones y de verdades, y vestido de una gran man-
ta pintada con crepúsculos,
empuñando el bastón de los sucesos, los destinos y las palabras,
he ahí
y he ahí, que saca la lengua ardida,
en lo negrazo,
y se ríe con la dentadura;
despernancado y despavorido,
yo vengo viviendo a zancadas incoherentes,
solo,
mundo abajo, ¡ay!, siglo abajo, desgarrándome las entrañas imagi-
narias
en los espejos despedazados del instante;
historia del espanto;
parece un dolor cerebral, amiga,
y son, apenas, los instintos adoloridos,
la carne maltratada y vagabunda,
la estatua atribulada que llora adentro del hombre forzado,
en verdad, soy amargo como la salmuera,
pero lo soy combatiendo, lo soy peleando contra la amargura,
tengo la fe tremenda del que no cree en nada,
por eso, sí, por eso mi corazón guerrero y soberbio camina con la es-
pada desenvainada, bramando,
como un toro notable,
por la vía férrea de las batallas,
es la voluntad adivinatoria,
la certidumbre ensangrentada de los viejos, humanos huesos,
la lámpara negra de las intuiciones formidables;
ahora, la niña solita con los muertos,
¡Dios mío!, viviendo la vida dispersa de las sepulturas,
adentro de la tierra,
untada de olvido, como los años usados,
llena de mundos en desorden,
cavada de eternidad como un poema, así lo digo,
y rodeada, sólo rodeada de sí misma;
canta el día parado medio a medio del mundo,

y la vida madura como una gran manzana;
la Luisita tiene los ojos lo mismo que las aceitunas,
además, es pequeña y tranquila,
y anda mirando, así, como apartada, así, como extranjera por lo ab-
soluta,
con su actitud de abeja tan abeja,
yo la quiero a la Luisita, yo la quiero,
Winétt de Rokha, la ultramarina,
y es difícil ser indispensable, como el alma,
yo la quiero,
siempre se me distingue, principalmente cuando lloro o ando lejano,
además, soy casado con ella;
hoy no tengo dinero, generalmente no tengo dinero afanoso,
y el mercader de agosto llora encima del paraguas olvidado,
pero son cuatro los atados de alegría,
como los horizontes, como los Evangelios, como los continentes, si
hubiese un continente muerto,
van con sombrero, con zapatos y abrigo impresionante,
y hay bastantes porotos, bastantes papas, bastantes garbanzos y bas-
tante trigo,
hay uvas antiguas en la despensa,
hay 7 gallinas, 2 pavos, 2 patos y un cerdo alegre y religioso,
la lluvia aumenta la soledad y pide causeo y vihuelas,
¡ja!, ¡ja!, ¡ja! . . . ;
me gusta la tierra chilena,
soy chileno,
me da tristeza la verdad nacional contra el gobierno y el estado;
amo la bandera tan engréida, tan orgullosa, enarbolada,
y odio al animal del tiempo, tan oficinista, tan,
pero yo hubiera sido soldado, bien soldado como Pedro de Valdivia,
así, borracho, aventurero, así, así,
así, mujeriego y sinvergüenza y pendenciero, católico y ladrón, así,
ladrón,
antiguo monstruo agrario,
rebrindo mi raza de bandidos y de piojentos jugando a LA REPUB-
BLICA;
fondeó el día peludo y deshabitado,

duración sin duración, que emerge, triplicándose,
la hora de la bala rotunda,
yo estaba edificando, no, deificando la ciudad vertical, sin cielo arriba
ni abajo,
el horizonte de metales irrevocables,
cuando los pájaros de aluminio llegaron a discutir conmigo,
entonces la culebra automática
se me enroscó al corazón, en figura de remordimientos sin escamas,
y los perros de la plaza pública
me confundieron, ¡ay!, me confundieron con un astro variable,
y le ladraron
a la gran bandera que salía de mi boca;
colgaba del tiempo en el tiempo,
tal como las peras hermosas en los silabarios de la infancia,
con esa molicie apostólica de los cueros vineros,
y era modesto y soberbio como los preceptores, y crecía
como la niebla que viene saliendo de adentro;
todas las desgracias son lo mismo,
por eso los cielos modernos demuestran la permanencia del ahorcado,
y la naturaleza de piedra muerta
no requiere la patología inaudita de la poesía,
ni el chupete del hombre mediocre,
la trizadura de vidrio ordinario del cotidiano,
la costumbre mellada y capciosa,
el impermeable descompuesto, que huele a gruta podrida,
y es igual que revienten días de vitriolo
o tiempos floridos de calendarios con limoneros;
por lo tanto, he venido a derramar geometría en los muebles y en los
hombres,
pues aunque anoche manoteaban los niños enfermos y yo los cuidaba
humildemente,
yo iba cavando fórmulas, tallando líneas absolutas,
corrigiendo y dirigiendo las montañas, los destinos, las palabras del
universo,
conduciendo la máquina matemática;
ahora, voy a escribir las congojas del sexo,
la bestia quemada, como de fruta inútil y poderosa,

abriendo las piernas del mundo,
lo mismo que esa gran boca peluda,
la inquietud desgarrada y furibunda, como las razas malditas, o los
crucifijos,
el mineral de fuego con la lengua afuera,
la noche inútil, sonando,
los cuerpos torcidos, que parecen escarabajos feroces,
batallando en la pelea alucinada,
el beso que hiere y que muerde, enyugando los elementos,
las camas eternas, llorando,
y la faz desparramada y patibularia de caricatura terrible,
las lenguas pegadas a los sexos,
lamiendo, chupando, mordiendo, lo mismo que moluscos azotados,
y el corazón en ventolera,
semejante a la motocicleta rodando año abajo,
crucificado en la trepidación violenta y amedrentada,
y el lamido de oveja de la caricia agradecida y póstuma, como ado-
lescencia de empleado,
la sonrisa dominadora anudando los astros amargos,
el gesto de pantano y de sembrado o de leones universales;
perdido en la farmacia cosmopolita,
arrinconado a la vecindad de las estufas, doblado en siete dobleces,
apuro los tragos urbanos, bien contento,
porque el pájaro montañés aletea en la infancia de las guitarras,
y un son agrario se difunde en la química psicológica;
deriva el país, arbolado de banderas mojadas,
arrastrando cielos arruinados,
lo mismo que un buque, nublado de eclipses, invierno adentro,
y un sol lluvioso cuelga del romadiso agreste,
leo los diarios futuros o recuerdo a Raimundo Martínez, el despachero-
asesino de Maipo,
y a Pancho Lobos, el preceptor y el maricón del pueblo,
y a la Matilde García, la solterona,
y a Carlos Muñoz, el tonto patas de palo, y a la Honoria,
también a don César, picoteado de canciones,
y recuerdo la iglesia anacrónica y el cura borracho y apolillado;

de repente me reviento, y se rehunde conmigo la cosa redonda con
hombrecitos,
de cabeza en lo abandonado;
son los techos malsanos, ruinosos, velludos,
y el alacrán de los suelos baldíos,
el alambre eléctrico que le rebana el corazón al transeúnte,
la rata y la araña viudas del antetecho,
la cité deshonestas, pendencieras y sin esperanza,
la gata rabona que salta desde el trasnochador variable,
y el sol, partido de locura, apareciendo, de noche, en lo espantoso,
con la cara barbuda de adioses,
la grúa ramplona del consuetudinario,
a patadas con los sueños,
en el límite patológico y geométrico,
ese olor grande y falso de la gran magnolia de papel entusiasta,
el bandoneón de las breas navieras,
el charleston que uno empuña destripándose, mi hijita,
un hombre errando en los tranvías que nunca partieron,
allá o ahí o aquí,
en la juntura alucinada, sin dirección explicatoria,
en donde emergen, peleando,
7 candelabros por el Asia y 7 candelabros por el Africa,
y concluyen todos los caminos,
y la bandera enlutada acumula lo oscuro, que es luz contraria,
los vientos hablando y dirigiéndose,
la gran locomotora, sin calzado, arañándose el vientre demente,
los rascacielos tan bien grandazos,
tirando torres al vacío,
—ah! . . . a . . . a . . .
tirando puentes al vacío,
la garra cósmica de las grúas rajando los estómagos de las toneladas,
y el avión que se estrella contra lo infinito,
como un escarabajo enorme, partiendo los hierros eternos,
la tristeza astronómica de las chimeneas
escupiendo hacia los acuarios estrellados, que parecen grandes copas,
el corazón socialista y asesino de las fábricas;
semejante a esa manzana de azufre de los cementerios anulados,

parecido al gallinero que se llenó de huevos de pólvora, a la estufa,
o al sembrado irresponsable, envenenador del vecindario que puebla
las botellas pulmonares,
nació y creció y murió esto, esta gran frecuencia dramática,
ahora va tendida sobre mis terrazas municipales;
por eso parezco un hombre cargado con bultos oscuros o atados anti-
cipados,
y un anunciador de túneles;
los barrios hediondos a pescaderías y a crepúsculos,
la bestia obrera, tan mosqueada,
el amor desmuelado y cuchillero, que parece escabeche podrido,
es otra gran vida caída, sin afeitarse nunca,
y siempre oliendo a cebolla, a chupilca, a puta obesa,
la canallada épica y patética del invierno,
asomando el juanete amarillo entre el ramaje ensangrentado de las
agonías,
y borneando su cola de toses-adioses,
la cara macabra de las agencias, que hieden a sepultura y a presta-
mista,
“casa honorable, sin pensionista, da pensión a caballeros honorables,
prefiriéndose extranjeros honorables,
comida de familia honorable, con o sin muebles,
se arriendan piezas honorables, se arriendan, y se hacen zurcidos”.
o aquel aroma a zorra, que es fuerte como la espada,
ese que tiene un sur de océanos occidentales, lo mismo que niñas sin
medias,
y voz de helechos en deporte,
el animal de lo mecánico sucesivo y la melodía
abrochándose el chaleco de la locura,
y todavía el Dios borracho,
que llora meando en todas las esquinas del universo,
y se rasca los murciélagos
por la izquierda,
y se rasca los murciélagos
con la pata trasera del día,
en aquel almacén desvergonzado que vende laureles y verdades falsi-
ficadas,

la calavera de los difuntos viejos, goteada de cerotes de astros,
la melena supersticiosa de los pueblos solteros y mal comidos de Chile,
los hongos pelados que le salen a la melancolía,
y los cielos nerviosos, enlutados de ramajes deshojados,
arriba de la caja urbana,
tremolando sus países rotos,
la vela de los desvelos,
y la viuda con flores moradas,
que cruza, llorando,
el callejón de la noche tremenda,
escortada de asesinos,
las sillas ahorcadas y las mesas degolladas como mujeres;
es lo mismo que si yo grito: ¡socorro! . . .
y se quiebran todos los vidrios del cementerio,
calendario de dinamita,
olla de llanto, clausurada con términos geométricos,
llena de frejoles continentales,
capaz de calentar el fuego y la muerte,
un guiso valiente, caramba,
para estómagos de conquistadores o de bandidos o de guerreros,
sí, sí, a mi corazón no lo tuercen los cantos,
cultivo de espadas en terrenos de piedra y de hierro,
un mono salvaje y leído,
y un gran animal sensual, comilón, dormilón y borracho,
esto me define:
un cuero de vinos calientes,
eso,
un cuero de vinos calientes
revolcándose en las mañanas asfaltadas del siglo
debajo del sonido del cielo,
árbol con músculos de planetas equivocados,
tierra de muertos, en donde madura la uva,
y ondula, como un mar, el universo temible del hombre,
golondrina de acero que sabe canciones automáticas,
toro de ébano, potro de ébano, galopado de campanas y ladridos;
o estoy contento porque me gusta decir zapallo, comba, verano, sin
causa;

unos tocan la trutruca apolillada en el rincón invernal y extranjero,
otros encanallan la esperanza manoseándola, como a una ingenua an-
tes de casarse,
y no la montan renunca, contrarrenunca,
otros desembocan con los huesos comidos de larvas,
otros se ponen brillantes de trajines, lo mismo que las putas y las mo-
nedas,
otros atornillan el universo con el esqueleto,
unos están parados, otros están tendidos y otros oscilan navegando
entre universos,
todos son los mismo,
detrás del hombre subsiste la nada que proyecta la nada,
y el viaje ausente y sin cabeza;
otra vez, otra vez su recuerdo invulnerable,
pobrecita la Carmencita, tan inmensa,
sin embargo, nos veremos, carita de nido entre los choclos soberbios,
mi hijita, ¡ay!, hermosa como los toros egipcios,
alma sin cuerpo bajo los altos castaños,
¡ay!, la misma tristeza me la va quitando, me la va arrebatando del
corazón errante,
parece que fuese más del mundo y del tiempo,
así como el sol ardiendo sin propietarios,
pero yo encuentro su actitud de pollito acurrucada en todas las cosas;
todavía me acuerdo del instante espeluznante,
yo iba adentro de la noche, ¡oh!, adentro de la noche llena de gallos;
arriba del techo parían todas las estrellas republicanas,
los gatos inmensos de la oscuridad rasguñaban las murallas del mundo,
y un pájaro, estrellándose, volaba contra la tiniebla,
gemían las esquinas atribuladas de asesinos y *muertos* que meaban
avergonzados,
de repente, Pablo de Rokha me dio su mano podrida,
sí, desde la última puerta de las últimas puertas,
y como yo soy yo, Pablo de Rokha, me asusté mucho, pero mucho,
desde entonces siempre llevo toda la barba crecida, como los murcié-
lagos elegantes;
hoy no quiero encender mi cigarro porque puedo incendiar el mundo;
una gran bandada de llantos, comedores de dolores,

enluta los cielos erguidos y sin telarañas, la tierra abierta como las
sandías,
yo conozco el grito inmóvil de abajo,
la planta tiznada que puja saliendo de la boca,
la columna resonadora del alarido,
conozco la muerte y la muerte con los pelos crecidos e infinitos,
conozco toda la congoja del sexo;
los gerentes imperialistas del Wall Street
tenían su razón animal diciendo
(acariciándose el estómago del espíritu):
“el tiempo es oro”, oro del tiempo, ¡ay!, oro del tiempo sin moneda,
porque la vida práctica está llena de piojos de plata;
sol honrado como un gran poeta,
sol hermoso como un caballo, sol antiguo como un proverbio,
sol sonador y que seca las ropas mojadas;
visionario, lujurioso, carnicero,
valiente y cobarde, amigos,
tomador de vinos, comedor de quesos trascendentales,
glotón, andariego, bribón,
tonto y flojo como la belleza,
vicioso del alma,
voy a decirlo, una gran tinaja fermentadora,
en donde deviene toda la literatura,
Dios hecho trofeo,
ambición de la tierra parida de chancros y tumbas;
por eso adentro del hombre hay vacíos irremediables,
la tristeza que choca sonando contra las baldosas del *año*,
la ahuecadura parchada de razones sentimentales;
¿de dónde me agarro para no caerme muerto? . . .
arrinconado allí en donde mean las viejas,
entre los letreros abandonados de LA VIDA,
entre los huesos urbanos, entre las copas trizadas, entre los tarros llo-
vidos,
yo hago pájaros sin ilusiones,
la fina víbora del suceder, tan metafísica,
y también la rata pelada
que roe la soledad trascendental de los sepulcros

con el colmillo de los anuarios,
el animal de palo de los pueblos,
la eterna vaca de greda con tetas como los ríos antiguos,
el ave temible y prudente que tiene barba,
la carcoma, hueso de perro, preñada de faraones de alcaloides,
la bruja peluda que parece feto de muerta;
entonces, sin embargo, ahora,
el soberbio horizonte de puñales sublevados,
los cinco símbolos muertos de la estación radiotelegráfica del univer-
so constante,
aplaudiendo a esa manzana de pólvora, fragante de noche enorme;
la yegua rayada del peligro, a la orilla, en ese límite;
cartero de bronce,
golpeo las ventanas de la muerte
con mi atado de violetas,
las galerías del canto salvaje
atravesan la esfera llena de ojos azules,
enarboló todas las banderas,
remezco el almendro del verso,
y la ceniza encantadora
me va cubriendo las viejas espaldas de árbol,
entonces, mi brazo
cruza la sombra
cantando, como los obreros;
un viento agreste
le roba, jugando, los pétalos de su delantal feliz como un gallo,
besándole la poesía integral del talle,
la policía sabe que adentro del corpiño, adentro,
se lleva robados dos jarritos de plata,
y no se atreve a quitárselos,
ayer le abrió el vestido,
un cardo insolente y vagabundo, como un poeta,
y fue lo mismo que desnudar a una flor,
unos creen que es un insecto de las huertas antiguas,
otros creen que tiene derecho a perfumar los años como las abejas o
como las cigarras,
yo le corto manojos de besos para las banderas dionisiacas;

es nerviosa y coqueta
la locomotora,
así, como las colegialas imaginarias,
con su risa de hierros
encima del poniente, cruzado de animales analfabetos,
parece que fuese a agujerear el horizonte,
pero el peso del cielo y del tiempo
cansa la audacia,
y se tiende, suspirando de alegría,
morena entre los sembrados;
sinceramente, no comprendo
¿cómo es posible que un ovillo de lana amarilla, de lana,
cante como las victrolas?,
uno cree, pues, uno cree que habría que dar vueltas a una figura de
oro
para que aquel carretel automático sonase,
no, canta solo lo solo,
el canario,
esa tal música de geografía agreste como las ovejas,
parado en la hoja de lechuga de la mañana
es una gran mentira de lujo
y un cesto de verduras recién llovidas;
la tarde se parece a las peras maduras,
el eucalipto se empina sobre el crepúsculo, todo lo nervioso,
y se envuelve en los choapinos violetas,
levanta la tonada sola y roja,
con hierros mohosos, el portalón de antaño,
y cantan las altas tonadas del polvo,
arriba, camarada, arriba
las uvas sonoras del contentamiento,
es la hora del sapo y del canto,
y el día herido
tiene la resonancia gris de las campanas rotas,
y un ancho sol trizado,
feas estrellas negras del murciélago,
arañando la luna chilena
con aquel escalofrío de lo peludo,

sin embargo, todavía
va sobrando, *entre el cielo y el mundo*, apenas,
el horizonte necesario para levantar la copa;
parientes de mujeres,
las frutas curiosas se asoman, *hablando o hablando*,
al balcón de los viajeros,
cuando yo paso andando, lo mismo que un día profundo,
circula el sueño
en el horario de mis ojos, llenos de semillas,
y mi poncho de luz,
rayado de paisajes inabordables,
mi poncho de luz,
cubriendo los lomos doblados del viaje y del hombre;
abarca las perspectivas,
como una gran patagua blanca;
ignoro dónde comienzo
e
ignoro dónde concluyo,
y, sin embargo, yo estoy solo, yo estoy solo,
sí,
yo estoy solo, como la altura, que es la voluntad del abismo,
además, yo viajo conmigo, que también es otro,
pero yo hago el círculo de mi angustia,
alrededor de mi vacío,
y la soledad sale de mí y me envuelve
como la muerte, que sale del hombre,
o como la sombra, que va a la rastra, y agranda el mundo;
aquí, yo sólo coloco a Igor, el pirata, ceñido de corsarios normandos
y escrito de puñaladas,
al capitán Kragh, arado de inscripciones rúnicas,
y a Gog, el innumerable y sus vikingos, Rhin adentro, tan rubio, tan
cristiano, tan justo, asesinado sin malicia,
ahora, la borrachera atravesada de campanarios, la escoba de la bruja
Karungia y San Vito,
el viaje hacia la infancia, remontando la Edad Media y la abracada-
bra y los sábados negros en los navíos del whisky,

y el árbol de lágrimas, teñido con vinos marinos y adivinanzas amarillas como calaveras,
aquel trigal, ¡oh!, aquel trigal alucinado y dionisiaco,
y toda la tierra empapelada de días domingo, que parecen viejos pueblos *muertos*;

... ¡ay!

por cuanto asoma un viento prudente,
por lo tanto, agarro mi tristeza y voy a tocarla a la otra esquina del cielo,

para que Dios me perdone la manera y el grito;
el hueso endonde,

yo parado en la perpendicular de mi lamento,
hora del pájaro sin comedia,

no comprendo, verdaderamente, ayer, *todavía*, después,
atribulado, arrinconado,

como un bobo, o lo mismo que un capitán de piratas oceánicos
atribuyo mis pasiones a la naturaleza ...

ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS

(1929)

el descubrimiento de la alegría

Raimundo se formula de donde emana la tristeza y
entiende y adquiere su carcajada
entusiasmo de tomates colocados encima del cielo sobre-
saliente la sociedad blanca del río que lame noches verdes erguida
de pescados infantiles alzada de labios y cosas en significado de
circunferencia brillante el día trenzado de goteras de boqui la
vihuela morena de las lavanderas batiendo su desnudez feliz ori-
llas del estero —¡qué te parece Raimundo!— y Raimundo arre-
mangándoles las polleras a las lechugas besándole las tetas a la tar-
de mordiéndole los pechos a la muerte y de vez en vez dur-
miendo en la guatita de las cabritas lamiendo duraznitos que pare-
cen meloncitos que parecen es que que parecen montoncitos de
miel sobre hojuelas la vida ¡ay! Rosa gritazos de animal sa-
tisfecho y vagabundo flojera de gañán bostezo de peón hartu-
ra de gañán desvergonzado como los zapallos y la Julieta y la Ma-
ría que imponen sus potos calientes y muy buenos en las arenas
tan maduras por debajo del fruto de sombra del sauce humilde y
la Carmen Gómez que parece lloica y tiene gruesas y negras las
trenzas sobre la pechuga de diamante y oloroso a jarcia naviera el
melón de las verijas y la rubia Lucía lánguida como yegua gor-
da y Rosalía la colorina la que es semejante a una frutilla de julio
la pequeñita que se esconde en Raimundo desnuda y mimosa
y la negra Marina pálida como mula nueva y la bruta rabona
de la Pancha arruinándole a culazos revolcándose lo mismo
que golondrina salvaje en los cementerios de la porquería her-

mosa y babosa como dios borracho hasta la cacha miren cómo
va cantando el reputas de Raimundo a la grupa de las carretas cos-
taneras arando la oscuridad cerebral con la yunta grandiosa y to-
davía la putita fina de "las parralinas" la de los senos chiquitos y
parados campanas del mundo hablando en el jardín amoral
sus luces ingenuas e ingenuas la de los ojos honrados arriba
de las proxenetas la flaquita que maneja un pescado de rubí y
es como gata de invierno

entonces maduran las callampas hacia el sol desnudo
prudentes vidrios celestes y un olor nacional a hoja podrida
un olor genital a noria tranquila o viñedo transatlántico

encumbra el volantín de las provincias la bola profunda
del astrónomo y del encendedor de naciones el globo del juez tes-
tarudo y educa astros claros con ese hilo fuerte para siempre
que amarra mundos y muertos tira carcajadas contra el cielo y un
mar antiguo ciñe su cintura alegremente como idea de cadáver ho-
norable alegremente alegremente danzando en pelotas Rai-
mundo

a horas tremendas Chile retumba en los bramidos
en las palancas de Raimundo Contreras el bruto

soledad de picaflor romántico pero dramático corpi-
ño de golondrina y una dual figura de penacho de garza guagua
en las ojeras tiene la hermosa niña de Raimundo

es pequeña como la niebla inmensa que aumenta las
sementeras del crepúsculo entre las lágrimas

parece un pollito de mar en las rodillas arrodilladas del
talquino que tiene vaivenes de mundo y pecho de rojas rosas rotas

y sus botitas de queltegüe taconeando el corazón de Rai-
mundo Contreras

veces de veces le parece a Contreras que ella no suce-
dió desde afuera hacia adentro como manzana madura sino des-
de adentro hacia afuera como lo caído y tremendo de las cosas fu-
turas que son el pasado de la esperanza y como obra suya
apenas cree que existe y la llena entera de lamentos

pero la desnuda y la encuentra indiscutible

¿han visto ustedes el signo que formula el río columpian-
do a la grupa la rosa llorosa de vergüenza rosada?

y lo mismo exactamente que el sol que monta la tierra agonizando

Raimundo quiere que reviente para siempre ese huevo negro de la noche una noche como mar sin tiempo edificada de infinito a infinito en situación de gran cama profunda amarrándolos abrazándolos en su miel oscura y tan aguda que extiende terciopelos de leguas de lenguas muertas en lo amarillo de las playas amadas

esas grandes bestias melancólicas del provinciano rodean a Lucina averiguándola affigiéndola y sometiéndola a temperaturas álgidas como ceñida de incendios de sueños muertos

y porque Contreras se detiene rugiendo escarbando los cementerios arrojando sombras históricas contra las palomas del límite buscando y tronchando su ecuación total amontonándola de bramidos con todos los toros de su océano acariciándola a lenguadas de animal oscuro alucinándolas de gestos de cantos de gritos que suceden desde las eras soberbias y elementales la niñita de Raimundo se asusta se arranca y se esconde en la propia ternura llamándole desde lo cotidiano buscándole desde lo presentido en condición de criatura de guerrero olorosa a madrugadas deshojadas y a tierra bíblica

hay muchas palomas de ingenuidad en sus ojos frutales anidando cielo a cielo por lo mismo formula su vuelo vario alegremente entonces pero entonces él se entristece y desengancha los crepúsculos a puñaladas moviendo los cabellos en la gran aurora

ansiedad de león y de perro manera de obedecer mandando amor que lame pasión que muerde tirando abismos contra la muralla del temporal cosa muy triste por demasiado alegre brutalidad de dios judío exclusiva y acuciosa brutalidad hermética como el fruto del árbol que no da fruto y está siempre ardiendo obsesión de santo y de tonto al cual sangra la herida de la idea fardo que parece astro y es de soles azules gesto de piedra triangulado de diamantes amarillos en ese terrible pabellón enlutado que arrastra cielos muertos encima de universos en orden lúgubre y funeral de navíos de sombra naufragados en otro tiempo cuando

no había tiempo en otro tiempo que canta helado su actitud
desaparecida

el olor de los astros casados enormemente toda la
perfuma iluminada por la antigua flor del mar demuestra un
nido de guitarras en la melena embanderada de alegres vientos negros
marinera gitanilla del occidente danzadora que tiene ilustre
pecho de violeta y un árbol de azúcar a la orilla guinda semidesnuda
y guinda cutis de ajo a mujer infantil oliendo

agranda el cuerpecito de Lucina aquel gran collar
imperial que es la brújula de las altas almas desterradas aquella
gran alhaja de niebla aquella gran alhaja de esplendor navegante
que llora en la figura de los pobres dioses olvidados entre pueblos
olvidados estremeciendo las cenizas el crucifijo de compromiso
con lo infinito la joya preciosa del ahorcado y del juez y del asesino
y de todos los santos y que parece signo de rubíes o cuchillo de guillo-
tina o espada de rey o de ladrón o de capitán de mar o abalorio de bru-
ja o de loca o dulce torcaza de rocío cantando y volando entre la
ropa interior de una flor o pecho de ciruela lo más fino lo más
azul lo más puro y entrañable del entrañable muerte de animal
joven balando debajo de la noche y la madre y el espanto rabia de
genio cintura de estrella o de poema golondrina literaria liga
de niña de colegio

estilo de cerámica recuerda las islas del cacao y del
flamenco —habanera y jamaíquina— las morenas cafeteras y ese
aroma egipcio o hebreo de los herbarios o de los libros antiguos o de
los altos y anchos pájaros de la geografía que es la poesía del seden-
tario recuerda la sonoridad oceánica del caucho y de la chancaca y
del grano de atardecer del maní criollo tan alegre y tan ardiente
recuerda la alegría de los hermosos loros tristes su vaivén tropical
de canoas y de palmeras y el sol y el charleston y la flore negra
de las colonias y la barba rubia del tabaco llorando los cantos de la
marinería

Raimundo la quiere y la huele como a una naranja
pero la aprieta mucho y ella llora sola haciendo pucheros de uva
entonces él le corta rosas de risas y amapolas

“la adora” y quiere matarla establecer lo transitorio
en lo absoluto irremediable tallar el tiempo tallar el beso en pie-

dra de mundos poseyéndola contra todas las cosas durar en ese
instante definitivo comerle las entrañas a todos los que la miraron
 sí pero ya algo enorme la rodea algo de sol de miel de
luz madura sandía madura guitarra madura corazón de san-
tidad

 mira a Lucina y rememora el caky profundo la
guatita de la ollita de Talagante la cura entera de lo humano enar-
bolando su luz dramática de escritura de cementerio

 ¿por qué convergen a Lucina todos los caminos? porque
convergen a Lucina todos los caminos de la misma figura que al
poeta todos los sucesos por convicción del ser cósmico porque
rodean su postura de ejemplo adorándola los fenómenos

 Raimundo Contreras comprende que disminuye su aban-
dono y solloza

MATEMATICA DEL ESPIRITU

(Fragmentos. De "Jesucristo", 1933)

Miraba y la mirada miraba, y la mirada sola, temblando, pura, atravesaba la sustancia del corazón y, aunque era parecido a una finura esencial y absoluta, a una delgadez de hilo, tenía la energía colorada de las cuchillas y, como era fuerte y dulce y grande, ofendía, y como era fuerte y dulce y grande, daba ganas de asesinarlo, como a las manzanas, o a guatita de mujeres adolescentes.

Parecía forjado de espumas y era forjado de espadas, parecía un vaso de nieblas, un nido de formas distraídas, parecía lo indeterminado, y era la voluntad del universo, desesperándose.

Andando en penumbra, telaraña del infinito, agonía del infinito, cuerpo muerto, ardiendo, pujando, hirviendo, cuerpo muerto, florecía helados espantos amargos, soles de hombres absolutos, piedra vieja, piedra nueva, piedra siniestra y azul natural de entraña, lo negro, lo rojo, lo blanco, que desplaza gritos de aves mundiales.

Acaparaba todo lo extraño y lo problemático, lo inconcluso y lo excesivo, lo huidero y lo infinito, lo que está afuera y lo que está adentro de adentro de adentro, y era querido y explicable como animales.

El monumento, el rascacielo de la voluntad, arrastrándolo, llenándose de árboles poderosos, acumulados, flameado, tronado de banderas enlutadas y absolutas, el eje de su actitud, como un gran álamo amarillo, y aquella tal alma peluda, aquella tal alma confusa, ejecutada en excremento de diamantes universales, multiplicando todas las cosas, en ese enorme aumento.

Sí.

Aquellos ojos del color del color, a una altura azul, llenos de viento con agua de fuego de tiempo de sueño sin espacio, siempre en aquel presente de la cara, aquellos ojos o aquellos cabellos de amapola olvi-

dada, grandemente liberales, olorosos a verdad vegetal, coronando esa figura nueva, de platino a la luz de la luna, gota de silencio, parada entre montañas de miel, con tantos pájaros, que la totalidad se sumerge en el canto de los pájaros de los pájaros de los pájaros, y emerge un sonido de banderas.

Y cuando hablaba todas las fórmulas gritaban la cabeza con ojos.

Tendida, bocarriba, encima de Jerusalem, llenaba su figura leguas de leguas, llenaba su figura, tendida, bocarriba, encima de Jerusalem, territorio de poesía, el crepúsculo la proyectaba, la agrandaba, la iba echando sobre la enormidad urbana, semejante a una violeta o a una gran tempestad de dulzura.

¿Traía un Dios asesinado adentro? Traía un Dios asesinado adentro; sin embargo, pastaba en su corazón el ganado estelar, y la geometría del Sinaí, tronchando golondrinas rurales, triangulada y arbitraria, lamía su evangelio.

Lo mismo que a los emperadores adolescentes, su condición nuevecita de madrugada con gallos blancos, su juventud de sandía o de comida sin atardeceres, campesina, su actitud de fruta gorda, le iba creciendo, terrible, en su vestido de manzana, solemne, gigante, con gestos acerbos de culebra preñada, que va a parir un día lluvioso, zarzamora dolorosa del espíritu, y, él andaba muy serio entre sus palomas, invitando desterrados a la fiesta de su asesinato.

Esa gran higuera de fuego, organizada en lo íntimo, y aquel viejo viento nuevo, que canta del otro lado de la vida, del otro lado del otro lado de la vida, del otro lado del otro lado del otro lado de la vida, y aquella palanca inmensa, que inclina el mundo hacia un costado. . .

El quería huir y no podía huir, quería huir de su destino, sacarse del pecho, quitarse del alma aquella condición egregia, aquella bandera, aquella marea del predestinado, su gran locura triste, y el alegre adolescente lloraba en él, por las naranjas y las castañas y las manzanas y las botellitas olorosas del olivo, y por aquellos pechos y aquellos vinos y aquellos sexos de niña tan fina, que parecen aceitunas, aquellos sexos que no habrían de emborracharle *nunca, nunca, nunca*, y por aquella mujer clara y alta, aunque muy pequeña, que no conoció jamás, *nunca, nunca*, y por aquellos días y por aquellas noches, en que debió haber estado tendido, de costado, pegado a la tierra, de costado, escuchando el rumor colosal de adentro.

Estaba muy preocupado de ese diamante amarillo, que se aloja en las entrañas, y va creciendo, como espejo al sol, o como un gran caballo en las llamas, y refleja y proyecta todos los incendios, y arde y cunde y duele y se triza, en sollozos de piedra, estando situado en la inmovilidad cardinal de lo abstracto.

No es que la lágrima sea de condición afligida y dolorosa, no, la lágrima, como el rocío, es, seguramente, un mundo de agua, pero es la flor de los lamentos, toda la flor de los lamentos; él era toda la alegría de la tristeza, aquella gran alegría de la tristeza, aquella gran situación blanca de ser lo negro, absolutamente negro, aquella gran situación blanca de ser lo blanco, absolutamente blanco, aquella gran situación blanca de ser lo rojo, absolutamente rojo, porque él era alegre como hecho, no como significado, como hecho, no como significado del hecho, y, así, la muerte es alegre, con su organización helada; de él nació la tristeza.

No hacía cantos, su acto era su canto, su acto era el canto de su canto, su acto era el canto del canto de su canto, porque no hacía cantos, vivir era cantar, hacer era cantar, y justificarse.

Afirmaría, que era de piedra y no era duro, no, no era duro; avanzaba la arista inmensa hacia afuera y, antes de hacerse efectiva, la había precedido la otra, y la otra de la otra, y la otra de la otra, de la otra, la simultaneidad sucesiva de ese terrible espíritu en oleaje, ardiente de presente y olvidado, como la antigua cuna del mar; no era hachazo, era esa gran magnolia de puñados que se abren; y así como la rebelión oceánica, acaricia el barco en la mano negra de la tormenta, él acariciaba las almas humanas, en su tal tempestad de sueños.

Dicen que anhelaba la eternidad, que la buscaba, que la llamaba y la llevaba adentro, como quien persigue la distancia que contiene.

Hombre sin sombra, cristalino, traspasado de luz; he ahí, el hombre sin sombra, el único del único hombre sin sombra, la voluntad de cristal, perforada de universo, e inmensamente existente, inminente y evidente, como aquello que desplaza el volumen del volumen del volumen, y, es la cantidad, y no es nada, y es nada, y no es nada, sino lo que es indispensable; era la inmensa casa de vidrio de los iluminados, el estilo de agua de humo de agua, tan flúido, que no se opone, que no está situado, y está situado porque es la situación misma de adentro y de afuera, la personalidad ubicua.

Afirman que amaba y es locura, no amaba; el amor no partía de él hacia un objeto, fin o destino, no partía ni venía; *estaba*.

Por eso no buscaba el hijo, *su hijo*, no buscaba el hijo, ni la materia, ni la palabra, ni la figura del hijo, ni tenía padre ni tenía madre, y comenzaba, agonizando, en él, muriendo en él, y estaba cortado y pegado y tronchado y clavado al mundo, de tal manera, que no podía querer sus objetos, sino su sentido, su volumen, su designio.

Y, he ahí, por qué, entonces, no murió por él ni por el hombre, ni por el hijo del hombre; murió por el engrandecimiento de lo heroico; murió así, porque es menester que mueran así, los hombres-campanas, los hombres-colinas, los hombres-murallas de la existencia.

.....

¿Qué sentido tienen los espantosos vendedores de calcetines de meretrices? ¿Y las grandes madres que paren cien asnos de oro, y llaman Homero al más boticario o al más sacerdote o al más peluquero? ¿Qué sentido tiene el onanista de pies enormes, y el juez cornudo y el rey obeso? ¿Y la cortesana embarazada por una gran águila, y el sodomita del pene demente y gran defecadera, y el héroe, dirigiendo los mataderos, de los aventureros y los sepultureros, y el sabio con ombligo y zapatos, que le reducen la conciencia? ¿Qué sentido tienen los grandes poetas, acariciándose las tripas, maduras de podredumbre? El tenía significado. ¿Qué sentido tienen los pálidos capitanes de multitudes, y aquel corazón de material inmundo, que les hicieron los pueblos, como un hijo a una culebra? El tenía significado. ¿Qué sentido tiene el hombre lleno de nada, que ilumina las alcantarillas, llorando, y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades, debajo del alma, y administra un cementerio de dioses, y contiene luz y produce sol, en aquella gran tierra de penas? El tenía significado, y era el hombre lleno de nada y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades.

No arrojaba el corazón hacia el destino, arrojaba el destino del corazón hacia el destino, apenas, y no como quien arroja pan a los perros, no, lo iba torciendo hacia lo derecho, lo iba volviendo hacia lo derecho, como quien se distrae, estupefacto, cansado, y tenía la energía multiplicada de lo espantoso.

Actitud de material exacto, por ejemplo, teta de niña virgen, vidrio fino, álgebra de automóvil de carrera, sexo de diosa, antejo de telescopio poderoso, vocabulario de poeta, ojo de artista pintor, ojo y vino de artista pintor; así; él estaba hecho de valores encadenados, de orden puro, de orden duro y terrible, como las matemáticas o la dentadura del asesino; la caridad era en él la abundancia, la excesiva riqueza, no el sucio y negro bienestar del predicador de enfermedades en la montaña, sin embargo, la caridad le disminuía el estilo, le desordenaba el estilo, le desconstruía el estilo, era su crimen, su único crimen, el crimen de la humanidad; actitud de material estricto, actitud de material antiguo, atravesada de ratones enloquecidos.

Unía la sonrisa de la guillotina, al canto del campo con establos, al platicar ancho de la manzana, que es muy importante y deliciosa, como el vientre de la primera novia o la pantorrilla de la colegiala.

Adentro del corazón del corazón, guardaba el hoyito de la pulida mujer aquella, y su flor abierta en racimos, algo bastante alto, con relación al mar, algo con pájaros, algo con tanto encanto blanco, que pareciese una gran fortuna del mundo, y el sentido de todo lo rojo, violeta de la otra paloma, recuerdo del recuerdo del recuerdo del recuerdo del recuerdo, que trae el hombre, entonces.

Parado en lo alto de aquella vieja higuera, la más hermosa rosa, cantaba sola.

.....

Delante de la toga romana, era el humilde y el terrible individuo elemental, el campesino que no conoce, que no define, el campesino que no requiere la jerarquía, porque el agua es hermosa y el cielo es hermoso, y ambos son buenos amigos.

Más poderoso aún, mucho más poderoso que el poderoso, más poderoso aún, es quien no ha menester del poder; no lo aprecia, no lo desprecia, lo ignora completamente; como el escorpión, como la oveja, como la paloma, como el dictador, bondadoso y asesino, asesino y bondadoso, desconoce que desconoce que desconoce, y es tan bueno, porque es tan malo.

Jesucristo, el impostor, es decir, el hombre que inventa su alcurnia, creándola, y establece una gran mentira, que es verdad, porque

es la mentira de la verdad, la mentira de la mentira de la verdad, la mentira de la mentira de la mentira de la verdad, y otras canciones.

Nunca lo amaron, ¡nunca!, nunca lo amaron; era muy fuerte, y atraía, como atrae el espanto y el abismo y la pupila del espanto y la pupila del abismo, y el vértigo del rodaje innumerable, o un sol con los ojos vaciados; se ama lo que se domina o se supera, se ama aquello que necesita ser amado, y él era alegre, como excremento de mujer enamorada; no lo amaron, porque no lo conocieron, no lo amaron, lo siguieron, y creyeron que lo siguieron, creyeron que lo siguieron que lo siguieron, creyeron que lo siguieron que lo siguieron que lo siguieron, libremente, como si existiese la libertad para el esclavo; no lo amaron nunca, nunca, no lo amaron nunca; no fue lo suficientemente miserable, lo suficientemente despreciable, como para ser amado.

Grandes águilas, grandes páginas de fuego y piedra, y piedra y fuego, llanto y fuego, y sueño y fuego, y barro y fuego, y un hombre enfermo, que corrige la salud del mundo.

Afirmo que era bello y tierno, como una hermosa pierna de mujer, que una gran paloma cuidaba su nido de serpientes, y que un sol oscuro, daba la más inmensa luz abrumadora, adentro de su alegría campesina, como los ciegos producen la mirada ajena; afirmo que estaba encarcelado en la libertad del mundo; afirmo que realizaba su retrato contra las cosas, contra todas las cosas, contra todas las cosas contra todas las cosas, y era el instinto de la materia; afirmo que, sin moverse y sin mirarse, existía; afirmo que era un macho de metal claro y amartillado de cuchilla, fino y duro.

.....

¿Quería el poder? Quería el poder. *No* quería el poder. Combatía su voluntad con su voluntad, y su voluntad era la emanación, la ordenación de aquella gran pelea; queriendo no querer, así, no querer, *quería*, como nunca se haya querido; triste de tristes, trágico, su amargura no emanaba del suceso o del tiempo o del objeto, no suponía la contingencia, brotaba y bramaba en el ademán psicológico, torbellino infinito, cataclismo infinito, acción-dolor-terror-clamor, que propende hacia la hechura definitiva, su vértice y su límite; porque el

mar no persigue el oleaje, y la autoridad soberbia del oleaje, no persigue nada, se persigue, no persigue nada, existe y manda; ¿quería el poder?, tenía el poder, vivía el poder, y el poder era su calvario, así como la luz es la cruz de la estrella, y el tormento y el destino de la estrella, y la escuela de la estrella, la enfermedad de la salud íntegra, cósmica, multiplicada, ardiente de verdades agonizantes; poderoso es quien supera el poder, no quien anhela el poder; él no blandía la espada, esclavo de la espada, no blandía la espada, era la espada, y el significado de la espada.

Persigue el hombre su destino, quema la vida persiguiéndolo, quema la vida el servidor de su esperanza, el servidor de su estatura, el servidor de su alegría; él no seguía su destino, no, él no seguía su destino; como un gran perro, en la tarde soberbia y sangrienta, su destino lo seguía a él, sí, su destino lo seguía a él, y él era superior a su destino y al destino de su destino y al destino de su destino de su destino.

Manea de miedo y de hierro, y una gran bandera enarbolada en un mástil pálido, oceánico, trágico, en un cerebro, en un instinto, manzana de oro, palabra de barro, de sangre, de llanto; así era bueno, horrorosamente bueno; porque ser bueno es contener lo bueno y lo contrario de lo bueno, y lo contrario de lo contrario de lo bueno y lo contrario de lo contrario de lo contrario de lo bueno y lo bueno bueno; aquella enorme iglesia, en donde relucen los demonios su diamante negro; la caridad del buey rumiante, olorosa a trigo y estrellas, el mar huracanado y terrible, como el corazón del hombre, coronado de lágrimas de niños muertos, la paloma, asesinando la hormiga, entre las violetas, y, adentro de la teoría sacrosanta, y pavorosa, Jesucristo; porque, es menester sumar a Satanás con Dios, y no ser la suma, ni la suma de la suma, ni la suma de la suma de la suma, sino la séptima suma: *el hombre*; acumulaba la totalidad, lo uno eterno, en el acto.

Vestido de llamas, sobresaliendo entre sus llamas, era la llama vestida de llamas, sí, la llama vestida de llamas, el incendio de incendio del incendio del incendio del incendio, núcleo del fuego del fuego.

El sacerdote, el juez, el comediante, el pastor nacional, bestia de tribu, aquél que ordena y cree que domina, exponen su gesto en su rostro, su doctrina y la oscura dinámica de su doctrina, en su actitud, y, persiguen su actitud, como un perro un hueso, caras de drama, viven peleándose, porque viven defendiéndose, y no alcanzaron la in-

movilidad del movimiento absoluto, la tercera relación, la tercera situación, que permanece, alegremente, dominando la periferia de la rueda lanzada sobre sí misma; Jesucristo tenía la sonrisa de la espuma, en la catarata precipitada; el valiente no hace el valiente, no redonda, no fracasa en actitud facial, no vive, afuera, la incógnita psíquica, no, la resuelve, la reduce a una infinitud lograda, realizada, alegre, como todo lo definitivo; por eso la más feroz cuchilla es fina como el pétalo, como el átomo, como una idea y una luz y una infancia de mujer; no se parecen los asnos rotundos al águila, que sonrío, terriblemente, comiendo culebras fatales y heliotropos, y una sonrisa, eternamente, una sonrisa, es una batalla ganada.

Afirmaríamos que la verdad nació y crecía en Jesucristo, y es mentira; él era el funcionamiento de la verdad; la verdad era su ecuación, su actitud, su devenir matemático, la verdad era la hechura de su espíritu, la verdad, toda la verdad existía, porque existía su sistema psicológico; no habría podido dejar de ser la verdad, no habría podido; he ahí, entonces, la más gran tristeza, la más gran desgracia, lo divino, es decir, un incendio inacabable de la materia; ser la verdad, no es poseer la verdad, ser la verdad es verificarla, sustantivarla; Jesucristo era la verdad, ¿era limitado en lo ilimitado?, era limitado en lo ilimitado de lo ilimitado de lo ilimitado; ser, es límite; y existir, dolor de las murallas ilimitadas; pequeño de grandeza.

Era un hombre, era un hombre alto y ancho e imponente, como un toro, y, parecía fino, transparente, puro, porque el espíritu no tiene tamaño; buen comedor, buen bebedor, alegre y enamorado, buen vividor, amaba los lagares y las mujeres, con amor velludo y rotundo, y, no vivía para los lagares y las mujeres, vivía para ese sol abstracto, para esa luz química y metafísica, que corresponde a esa esencia de infinito, que emerge, soberbiamente, de los lagares y las mujeres, como la voz de Dios, entre los pueblos; asoleado tenía el cuero del cuerpo, como grano de avena, porque los vientos salados del océano, lo habían columpiado y azotado con sus grandes látigos, y el aire terrible de las montañas, lo había acuchillado, y, era transparente y cristalino, porque la divinidad le ardía, traspasándolo; las prostitutas y los vagabundos, lo entendieron, y lo entendieron el humilde y el agresivo y el errante y el pisoteado, porque él hablaba lo categórico humano a lo categórico humano, y el hombre es hombre hombre, y la mujer

mujer, en la unidad innata y en la unidad recuperada, en la experiencia tremenda del barro, sangre de la tierra, sangre de la vida; Jesucristo era lo que no se mide, era lo que no se vende, era lo que no se sabe, el ser cósmico, y eso buscaba, el ser cósmico, detrás de la presencia aventurera.

Su actitud, no venía, completamente, de su garganta o de sus entrañas, como el Dios de los océanos, no, venía de los trigales y los panales y los rosales y los viñedos galileos, venía de la esmeralda sonora del Tiberíades, venía de los caminos enarbolados de dulces sicomoros tristes, y un sol cuadrado.

.....

Desgarrada sombra proletaria, su actitud empujaba multitudes de muchedumbres, contra la propiedad y la propiedad de la propiedad y la propiedad de la propiedad de la propiedad, mordiendo el animal de la riqueza, el alacrán de la riqueza, hundido en los corazones podridos; azotaba al publicano, al hipócrita, al fariseo, amasado con barro sagrado, y, una gran lengua eterna, como un cogote degollado, ladraba y bramaba hacia el Imperio, enorme, pariendo los cimientos venideros, la profecía infinita de la rebelión, negra, turbia, pujante, torva, arrasada de canciones enlutadas, el latigazo de la justicia definitiva, el puñetazo del herido y del maldito; era el odio, sí era el odio, que ama llorando, y aquel rempujón, que emerge desde la sombra, como una gran patada, quien gemía; entonces, aullaba la revolución proletaria, y un alarido de mujer caliente, debajo de los machos humanos, se retorció a las columnas del cielo, en oleajes viscosos de yedra de sombra; "clase contra clase"

MOISES

(1937)

En grandes, terribles aguas, como entre plomos cósmicos y abejas,
acumulando en manzanas de fuego y hierro primitivo,
el terror auroral del límite, la sangre, la cuchilla, la muerte, la esme-
ralda incendiada de los lagartos y el puntapié de los
humillados y los ofendidos del mundo,
contra serpientes y llamas, contra leones y sombras,
navegaba la criatura popular, ardiendo y bramando en la soledad
dramática.

Ardida, la levadura, triste y fuerte, besando azucarados muslos
de azúcar,
entraba a la hembra, su actitud de virgen quemante,
esencialmente, ciñéndola de caldo de sol de barro e historia, y él
abandonado, sobre pájaros y látigos,
se iba dormido entre los pechos de la princesa egipcia,
flor de Israel, plebe de azotes, arando canciones de corazones de fa-
raones,
país de carbón en ciudades de volcanes, amaneciendo, entre sus cu-
chillos,
y el dios poniente, se quejaba en el pretérito,
ladrando, atropellando la antigüedad iluminada, entonces.

Así, creciendo, Moisés, traía la Mesopotamia hambrienta,
adentro de los desiertos tremendos, las tiendas, la arena, las bestias
añejas, la calavera aventurera del humilde,
los ejércitos históricos de Jehová, tronando.

Era el hachazo por debajo, en síntesis,
con sesos, con escombros, con voz desterrada y contra sepulcros, con
sudor judío y egipcio;
el hacha del pueblo, del terror, del tiempo, tajando con relámpagos,
aquella gran cabeza de tragedia de súbdito, restallada de imperios y
tribus,
que caía entre granitos y ladrillos, rugiendo;
he ahí que buscaba el corazón de los mundos, adentro, por eso, en lo
caldeado y espantoso de la materia,
sumergiéndose en el ardiente y presente caos.

Enormemente, ardía la zarza,
como una condecoración roja entre los esclavos y los ganados despa-
voridos,
como un grito de clase, como un astro;
y el dios opresor, asesino, el dios agresor del patriarca usufructuario,
estaba adentro, ladraba, atropellando, amenazando: "*yo
soy el que soy*"
sapos y plumas aterradores
gritaban hacia la muralla desventurada del indómito,
y el horror le hinchaba el pellejo.

Aun el corazón, las juntas y los pozos de Madian guardaba,
como el vino en la ancianidad de las bodegas;
y la luz de Séphora, su ancho caballo blanco engrandecía,
cuando Moisés la sentaba sobre su asno,
todo tan solo y de plata, pero con viento remoto en las pupilas;
por eso peleó con Jehová, proletario
conmoviendo con misterio horroroso la posada del mundo.

Entre cien serpientes, y una, Aarón y el Faraón yacían,
por el oro y el canto y el fuego abrumadores, pasmados y aterrados
como pingajos;
hacia la vara de Dios, toda violencia, convergiendo,

callaba la magia de los magos y las astas mágicas del arte,
devorando a cualquiera fuerza;
caídos en la fórmula y la matemática, llorando y tronando, con es-
panto acumulado, el profeta y el aristócrata,
criaturas del atardecer, encendido en los cuatro puntos cardinales . . .

Encima de siervos, su idioma de industria y hechicería,
ceñido de sacerdotes, cercado de polizontes, entre sus lacayos, sus ra-
meras, sus ministros, el rey brillaba;
entonces Moisés, el hombre del hombre, alzando los brazos, terrible-
mente,
hizo el agua sangre, los ríos, los océanos, los lagos, todas las aguas del
Universo,
arriba de la dinastía, en lluvia de tumbas sangrientas;
sólo el toro judío bebía el licor claro y santo de la tierra eterna y su
himno,
hijo del mito, del signo y el destino, rojo.

Desde los charcos podridos, avanzan las ranas, heladas y maca-
bras, dando terribles saltos de cadáveres,
echando sombra, echando baba, echando pena sobre el Imperio,
en las casas, en la comida, en las camas, en los jardines, en los viñedos,
en los trigales,
hediondas como mundos muertos en la monarquía . . .

Y todo el polvo de la tierra se volvió piojos,
y piojos de piojos, y piojos de piojos de piojos, y piojos de piojos de
piojos de piojos,
grandes como el hambre del pueblo,
piojos de abajo y de ahora y de adentro, horrorosamente,
llenos de materia oscura,
piojos de manta de vagabundo, o de héroe o de presidiario,
piojos de dios, tremendos, piojos,

piojos del régimen burgués, del santo y del sabio proletario, gritos de
la montaña,
animales formidables del explotado y su órbita,
bestias del llanto, del sueño, del luto y la cuchilla, en las cabezas guil-
lotinadas.

Vinieron por entre medio, desde todos los pantanos y los establos,
las moscas,
oliendo a muerte, a locura, a epopeyas tronchadas, a ceniza,
creciendo y rugiendo y mordiendo, hinchándose de cadáveres, de enor-
mes tambores incandescentes.

He ahí, entonces, que el escorpión del Señor degolló a quienquie-
ra y cualquiera bestia,
y fue asesinando los caballos, los ganados, las ovejas, los corderos, los
camellos, los becerros, las vacas y los toros y el buey y
los pájaros y las gallinas queridas del pobre y no los re-
baños acumulados de los ricos,
porque los dioses, ellos los hicieron, los poderosos, para explotar a los
oprimidos;
caía, pues, encima del pueblo, triste y fuerte, la sangre de las víctimas
acusatoria y clamante, chorreando egipcios y judíos pro-
letarios;
hinchados de sol y gusanos, ardían aquellos cuerpos tremendos,
como grandes frutas del cielo y del mundo, pudriéndose, abiertas a la
poderosa eternidad humana, atterradoramente;
océanos de materia hedionda corrían hacia los capullos, amenazando
y nutriendo la vida;
una gran carroña, como un río, resonaba:
era el cadáver de la justicia de los pueblos, saliendo de la tierra,
semejante a una inmensa flor de sombra;
figuras de cementerio, a la orilla de las apariencias pasajeras,
navegando en enormes cubas de pus rubia,
como miel de podredumbre, echando ladridos ardiendo, estaban plan-
tadas.

Enarbolando su máquina, echó ceniza Moisés, contra el cielo mágicamente,
y cayeron fibromas y tumores apostemados
o llagas terribles, productos de infierno y hechicería,
aquel espantoso dolor, que no existe,
sarna del alma, e imagen indescifrable, gran mito deforme.

Entrañas de fuego y truenos, llama entre llamas fuertes, destacándose,
adentro del granizo ardiente Jehová bramaba y rugía,
respondiendo, a la alzada mano del profeta, desde los tormentosos abismos
y el látigo dramático del relámpago,
borneaba sus tristes banderas de catástrofe,
arrasando montañas ardidadas,
en lagunas de pasión y de terror resonante,
contra la tierra repleta de larvas,
mordiéndolo los hierros del viento, con crujido de cadenas,
o quebradura de espinazos;
en árboles, desenganchándose, la tempestad gritaba, y sus chacales
contra los perros hambrientos de los pueblos,
abrían polvorosos, la poderosa dentadura del espanto.

Hacia la vara mágica, el viento oriental, azotándose,
arrastró langosta colosal sobre Egipto,
grandes bestias fuertes, cargadas de espíritu inmundo;
y ellas llegaron, como bramando,
blancas, rojas, negras, en enormes colores bermejos,
todas rojas, del color del terror y del arte,
con las mandíbulas escalonadas de dientes feroces, como toro,
hambrientas, por hambre obrera y eterna,
crueldades de índole, al modo del hombre que pone desorden,
estriadas de acero;
y así, marcaron los campos, deshabitándolos,

quemando y tronchando las cosas,
abandonando los huecos tremendos, entre las arenas y las tristezas pobladas antes de cantares.

 Cuando la oscuridad ardía, negra, en las tinieblas,
y, como plomo, todo era pesado y unido, en una gran masa lejana e inminente,
los judíos iluminados, brillaban;
unas terribles frutas de oro, desde lo remoto, apareciendo,
sonaban como campanas sin ruido,
y nadie veía el dolor ajeno en las espadas desenvainadas del espanto,
porque la sombra echaba sus capullos,
y el sueño sobre el pueblo, caía, alucinándolo,
en aquella ilusión siniestra,
como los vinos floridos en el corazón del pobre;
sangre negra, cabezas negras, muerte negra,
un solo son roto, en el tambor de la congoja definitiva,
sobre aquella gran polvareda.

 Entre el fuego y el pueblo, entre escorpiones, entre símbolos, entre horizontes,
el varón nacional, emergía
solo, entre sucesos, entre muertos, entre sueños, entre proverbios, entre cementerios, entre recuerdos,
interpretando las masas ardidadas,
como la voz del clan místico, épico, del país ensangrentado,
entre el hombre y Dios, rugiendo,
peleando, sollozando, resonando, terriblemente, desnudamente, como un potro contra la montaña alucinada;
así, Jehová, es decir, su propio enigma, lo llamó y lo echó hacia su destino;
entonces, a cada familia le mandó degollar un lechón de agua,
y, asándolo, lo comieron, enriquecido de lechugas amargas y pan ácimo,
vestidos y calzados de aventura, y ungieron

aquellas puertas inmensas de sangre y viajes, marcando sus pascuas,
 la estrella roja del éxodo,
 porque la santidad relampagueaba en sus cabezas,
 y el iluminado empuñaba el bastón popular del rito y del mundo,
 Moisés, como una enorme lengua de acero soberbio;
 y he ahí que Dios degolló a los primogénitos egipcios, a hora nocturna,
 quedando los descabezados llorando por sangres y madres,
 porque un terror colosal fue creciendo por todo Egipto, y viviendo y
 rugiendo su ola enorme,
 como un animal tremendo,
 ensangrentándose las patas quemadas en el espanto.

Grandiosamente, salieron los ejércitos de Jehová, cerrados y circundados,
 hacia las tierras del Cananeo y del Hetheo y del Amorrheo y del Hebeo y del Jebuseo, que enorme leche y miel manaban,
 con las altas cenizas de José en el vértice, ardiendo, medio a medio;
 irradiando, desde el eje y el corazón de la inmensa nube, y columna
 de fuego, con miedo eterno, Dios conducíalos;
 rugía la violencia del cielo,
 sobre la congregación religiosa, su política dramática, y grandes símbolos,
 ciñendo en los aventureros las tortas sagradas de la huida.

Sin embargo, la esclavitud sonaba y bramaba su recuerdo,
 agitándose, como un pájaro de látigos, en un hoyo, sobre las espaldas
 azotadas de salario, de lacayos y servidumbre,
 y el pueblo clamaba a Moisés, por el azote de los amos,
 gritaba y lloraba, entre Pihahiroth y Baalzaphon, a la orilla del océano,
 y los bermejos océanos,
 cuando los carros tronaron, contra el desierto, desde el ardiente ladrillo egipcio,
 empuñando la ciudad imperial hacia la manada del siervo,
 el orgullo de oro rojo, como la epopeya, la jerarquía astronómica de

las pirámides, la magia sagrada y las momias y el ceremonial fúnebre
y todo el polvo milenario de la cultura,
los hábitos matemáticos, los pálidos, hieráticos, trágicos ritos, oro, añil,
sangre,
el sexo y la muerte,
las lámparas de olor funeral o marino —estrellándose de tempestades gigantes—,
como de pulpa y de bestia o como de hongo
—sol con ojos humanos—, el círculo de abismos y heridos en la batalla.

Y Jehová dijo a Moisés: “Escucha,
no escuches al pueblo por el pueblo, escucha la voluntad del pueblo,
y su origen,
y alza la vara sobre la mar bermeja”;
levantó su ademán el taumaturgo y, entre dos muros absurdos, los israelitas pasaron;
estallando la vanidad militar, avanzaron los estupendos regimientos faraónicos y la caballería egipcia,
pero los hechos unieron los elementos,
y el abismo se tragó toda la fuerza armada en su estómago.

En religión política, agitando a Jehová y su resuello, sus números, su espada,
revolviéndose encima del pueblo y su gran caballo
entonó el conductor la oda heroica, de reluciente ímpetu y resonante vuelo con acero.

Bramando, cayó el sudor de los puñales,
seco, y hubo sed, apretada sed en el desierto, sed terrible y enorme de hombre, a la ribera de las aguas amargas;
hinchaba el sol los egipcios muertos a la orilla de la mar, en la dis-

tancia, bajo los cantos abandonados de María, la profetisa;
y la grandiosa multitud se levantó contra Moisés, amenazando;
entonces él endulzó las lagunas metiendo ilusión y voluntad adentro,
en imagen de árbol.

Y, arrastrándose, lograron las vegas hermosas de Elim, a la sombra de las sesenta palmeras,
cantando, entre doce puentes cristalinos, la maravilla de la alegría,
y se sentaron a reposar, en aquel paraje de cristales de raudales, gemelo al agua tranquila y alegre.

Tornaron los hebreos a la revuelta, murmurando y protestando,
con espanto acumulado y difícil,
comiendo vidrios oscuros, a la lumbrera de las encrucijadas,
haciendo o como queriendo hacer el héroe, a cuchilla, en el gobernante,
sacando del caudillo razón de existir, y porvenir, sacando lo humano, sacando
la ansiedad social del individuo,
como quien extrae palomas y gusanos del vientre enorme y azul de las espadas;
y Moisés exclamó: “es contra “El” la pelea; yo soy pequeño”;
mas, he ahí que una gran bandada de codornices, cubriendo los cielos, aparecía,
y algo muy bueno, semejante a una hojuela con azúcar,
o al pan que comíamos en la aldea de la infancia, o al sexo o al vino o al tabaco,
caía, a manera de tortas,
desde el límite de donde emergen y esplenden, sucediéndose, dios y la tempestad, unidos.

Brilla el espejo del desierto, y su ojo de sol rojo,
ahogando en todo lo cóncavo la leña quemada de las costillas, los corazones amarillentos,

y ardían las gargantas, como tragando plomo y ceniza,
cuando la pantera de la locura, sacando los dedos en las pupilas, arañaba la tremenda naturaleza,
con gestos torcidos de raíces
y, al golpear Moisés el Horeb, salió el licor de Dios del peñón sagrado, murmuradoramente,
e inundó la agua copiosa, el horizonte de Sin y Rephidin colmándolo, lleno de alas y algas y dulce alfalfa y pescados indescriptibles, que sonríen como caballos heroicos,
galopando en la sombra líquida

Estaban, a cuchilla, Israel y Amalec peleando;
colgaba la batalla ensangrentada, desde las manos del profeta, como un cuero de muerto;
y el sol crecía a la orilla despavorida.

Abandonando a Madian abandonado, entre sus sepulcros, entre sus leyes, entre sus panteras,
como sol muriendo, Jethro y sus mujeres arrastró a Moisés, su pueblo, en liturgia, en burocracia, en leyenda o como en cenizas o como en palomas domésticas, o como en laureles sacerdotales,
dolor con tradición en las troneras,
hacia silencios, hacia murciélagos, hacia conceptos y gran retórica . . .
y como el yerno escuchó al suegro, la roja araña del código hizo su nido en la tragedia israelita,
trayendo fórmulas y símbolos, trayendo cábalas, trayendo el rigor colosal de la forma.

Relámpago cabalgando, dramático,
Dios descendió hacia la montaña, ardiendo con fuego tremendo, y humo echaba;
entonces lo contempló Moisés, cara a cara, entre la batalla, y lo entendió porque lo admiró en esplendor y agonía;
tronaba el Sinaí, llameando y humeando en grandes terrores,

como si una gran águila de luto agitara las alas tronchadas en las tinieblas,
 y el dolor del horror se derrumbase;
 hablaron los dos, frente a frente, y pecho a pecho, la colosal gramática,
 entre dioses, entre sacerdotes, entre hombres desesperados,
 agregando a la máquina de la tempestad el lenguaje terrible de lo divino;
 resplandecía el diálogo mágico,
 y un terror esencial crujía adentro de los huesos hebreos;
 eran la llama y el azufre de lo santo,
 cuando él ascendió la cumbre sagrada, con paso eterno y aterrador de héroe,
 pisando sangre, tronchando
 calaveras de esqueletos extranjeros, mordiendo serpientes, mordiendo
 diatribas, mordiendo naciones,
 con la tradición ardida entre las manos,
 solo y enorme, como los sepulcros oceánicos, rugiendo,
 y enarbolando la gran bandera de la barba;
 abajo, el pueblo y el mundo abrían su mirada de reptiles,
 contra el sol que les golpeaba la miseria.

Venía el vate curvado, pues traía la verdad al hombro,
 cuando, voz saliendo de las entrañas dijo:
 “no matarás, no robarás, no fornicarás con la mujer ajena, no mentirás, honrarás los antepasados, santificando los ritos públicos, no calumniarás, no codiciarás la felicidad vecina, amarás a Dios y a tu prójimo”.

“Tú, con nosotros”, decía el pueblo,
 “no podemos mirar a Jehová, faz a faz, porque su resplandor nos asombra”,
 “colócate tú entre él y la masa judía, tú, únicamente tú”,
 y temblaba el poeta político,
 en función de la voluntad popular, que iba haciendo un dios tremendo de la soledad colectiva,
 como cuando sólo del oro y la madera sagrada emergen sombras,
 o como crece en serpientes el cabello del muerto, eternamente, oscuramente ajeno a su órbita.

Tronaba la montaña santa, y, ardiendo desde adentro de la montaña,
la trompeta de Dios estremecía los contornos,
cuando el santo fue a platicar con Dios en las tinieblas.

No como látigos, sí arañas, sí cárceles, sí espadas,
la represión social crecía del miedo de Moisés a la naturaleza, como el
valor del terror, predominando,
y el sacerdote y el delincuente ladraban en el Levítico:
tráfico y clínica, la ley amarga de los usufructuarios, y el grande y
triste azote del explotador, rugen desde los códigos;
la maldad aparecía en la maldad, como un hecho de conciencia.

“Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano,
y pie por pie, herida por herida, traición por traición, patada por patada,
ofensa por ofensa,
el puñal al puñal, el azote al azote, el terror al terror, marcando los
estómagos”.

Crujía el latigazo del amo sobre el espinazo del siervo,
bajo la mirada de Jehová, solo,
el legislador estaba encima del victimario y el victimado, engrandeciendo
la tragedia social con su látigo mágico;
pero el yugo del esclavo hacía esclavo al verdugo:
y una sangre sucia y religiosa dragaba y manchaba la raza,
como afrontándola, con la bofetada cotidiana,
entristeciendo los lomos curvados, con su oscuro sonido de cadenas.

Pero el ansia santa, rodeada del terror de Dios, marchaba a pisadas
de espanto,
y el fervor transformaba el dolor de los hambrientos
en canciones, en símbolos, en verdades artísticas y eróticas,
creando los sueños y los mitos sublimatorios,
arriba de la realidad desfigurada, por la horrorosa condición soñadora.

A las doce columnas respondieron las doce cabezas de tribu,
 cuando el profeta ascendió del altar hacia la presencia inmensa, sem-
 brando en la gran familia alucinada
 la sangre sagrada y desventurada de la alianza,
 y, exaltándose, dejó a Josué, el ministro, en la afuera dramática, como
 un toro contra las figuras,
 y se presentó a la eternidad, que era ardiendo y era zafiro y era tre-
 mendo,
 y entró al pabellón en ignición y estuvo cuarenta días y cuarenta no-
 ches y cuarenta días, sumergido;
 entonces Jehová, hombro a hombro:
 "He ahí el homenaje de varones primogénitos, oro y plata y cobre,
 y jacinto y carmesí y sombrío,
 y la gran púrpura roja y lino fino y pelo de cabras,
 y cuero de carneros rojos y cuero de becerros rojos,
 y toros y águilas y lomos de buey sagrado y aceite para las lámparas,
 y especias y aromas hacia los óleos aromáticos,
 y piedras de mármol y piedras de ónix y piedras de cuarzo y maderas
 de áloe, preciosas,
 y rubíes y esmeraldas y diamantes,
 y pieles de serpientes, cazadas en los desiertos estremecidos de lágrí-
 mas;
 con palo sagrado de Sittim y oro, y fe y oro y verdad y oro y juventud
 y oro y filosofía y oro,
 habrá de estar hecha de ella de ésta el arca,
 y dos y medio codos de largo y codo y medio de alto y codo y medio
 de ancho, igual a una laguna, es decir, como un toro,
 yo, adentro, enarbolando los arcángeles,
 desplazando los candelabros y el símbolo cósmico de las manzanas,
 entre el perfume, como a sexo, y la ira
 sobre la sangre y sobre la muerte, ardiendo, con negro lamento que
 enrojece,
 sonando, extraordinariamente, bramando,
 entre las víctimas y la épica de la víctimas, o rugiendo
 hacia la cara quemada de lo místico;
 y emergen de entre cortinas y columnas,
 Aarón, Nadab, Abiú, Eleazar e Ithamar, sus hijos, destacándose

contra el sangriento y el añil y el nocturno,
entre aromas, entre doctrinas, entre campanas y ritos terribles
y serpientes y laureles
y majestad, con ancho ámbito de epopeya, de oriente o poniente,
consagrados, con pánico bárbaro,
por océanos, resonando los tabernáculos, las tiendas inmensas y aven-
tureras, con miedo épico,
y el "elan vital", en cárdeno, en carmesí, en púrpura,
pero, en tales instantes, Dios puso silencio inmenso en el secreto de su
lengua;
bajando, el santo, cargado venía de doctrina,
sin embargo, entre la liturgia eclesiástica, copiosa, redundante, hincha-
da, bajo sus frutas, como un vientre inmenso,
y, encima del esoterismo clasista de la oligarquía sacerdotal del indó-
mito,
las dos tablas de piedra del testimonio rugían como dos vacas de nie-
bla, estremeciendo al iluminado,
a la gran técnica épica de su heroísmo,
y la trompeta tremenda del yo le rajaba la espalda.

Las cuchillas contra las ideas brillaron,
y cayeron sobre las piedras tronchadas los ídolos, acumulando mares
de sangre a la represión política,
porque lo amarillo y lo infinito de la libertad gritaban
adentro del metal tronador de las imágenes, arrasando y arrastrando,
soberbiamente, la mitología del orden por el orden, ha-
cia la barricada revolucionaria,
como un viento de derrumbes, hasta la planta llagada de Moisés, gi-
rante.

"Arriba, en la tronchadura de la más alta montaña,
en donde convergen todas las fuerzas, en vértice y braman las águilas
épicas,
yo cruzaré, rugiendo, a tus orillas,
adentro del torbellino vagabundo y poderoso de catástrofes,

echando relámpagos dramáticos,
 con bramador acento, en la orquesta aterradora,
 moviendo los tiempos eternos,
 y, como te taparé los ojos con mi mano enorme y terrible,
 tú me oirás rugir, desde la muerte,
 pero no has de mirarme, jamás, cara a cara, jamás, jamás y nunca el
 rostro,
 y, en las tinieblas que espantan y relumbran,
 temblando, tú, únicamente, sudando, tú, como un costillar de cadá-
 ver, a la tempestad lanzado,
 te mostraré, la gran espalda”.

Brillaba, cuando bajaba con las escrituras de Dios, como un dia-
 mante rojo,
 y, viendo los hebreos la llama de Moisés, veíanlo,
 en voz, en ser, en luz, lo mismo que a las matemáticas,
 aureolado de sí mismo en sí mismo,
 golpeando, azotando, dominando las apariencias.

Gigante, aterrador, enorme, en actitud de bestia de presa,
 emergiendo su estampido de substancia,
 desde el ardiente caos elemental, cargado de gusanos, andrajos y ma-
 riposas,
 a la manera de un murciélago terrible,
 o como un toro con las entrañas a la rastra,
 el templo, el templo, el templo,
 arrastrando el sacerdocio, la casta sellada y eclesiástica, la gran araña
 de los ritos,
 el animal colosal de la religión,
 echando espuma, echando violencia, echando espada y sangre oscura,
 rabioso, entre los siervos hambrientos y sus explotadores.

Nacía la metafísica del desierto.

Y la ley acerba, su culebra enarbolaba,
llena de púas, de veneno, de plumas y puñales abotonados,
moviendo su cuero negro;
gritaba la dentadura del, levita, en obsesión de códigos y símbolos, su
 egolatría,
y el Narciso oscuro del sacerdote,
al contemplar su técnica trágica en las lagunas de asfalto,
lloraba, con llanto anfibio;
porque era la yerba inmunda de la malicia y el crimen de todo lo di-
 vino,
la máquina teológica, la mística, expresándose
por la histeria religiosa y su gran válvula romántica;
sacerdocio y policía, crearon los bestiarios,
la bestia perversa, satánica, siniestra, acoplándose a la virgen viciosa,
el íncubo y el súcubo anticipado a los milenarios desterrados,
el alacrán con entendimiento de juez o de bailarina o de prostituta
 celeste,
la rana peluda que escribe sonetos bonitos,
la pantera y la culebra, disfrazadas de dioses llorones y aun de capi-
 tanes miserables,
el maricón verde, que parece flor con purgación y cortesana,
la esposa terrible y caliente, que seduce y ensucia y escupe al profeta,
 abofeteándolo,
el idiota que amaba a Dios, como a una ramera,
y el verdugo y el espía eclesiástico, todos ellos con la cara hedionda y
 sin esperanza;
entre sus patas, el Levítico engendró el corazón con estiércol del po-
 lizonte,
y la verdad genital y aventurera del gran teócrata castrado, como un
 loro de asesino,
el mitrado de guata blanda de carnero,
acoplándose a la obispa, encima del tabernáculo, que cruje como el
 catre de la maraca,
cuando el sucio y tierno burgués la va a visitar escondido.

En formación de escuadras, adelante los capitanes,
emergieron los ejércitos hebreos, desde las doce tribus, resonando, des-

de las doce tribus, los estupendos regimientos andariegos, superando la montaña sacratísima,
y la teocracia aventurera comenzó a caminar detrás del símbolo;
una gran bandera de agua de jardines cubríalos, desgajándose del cortinaje astronómico;
y sonaban las trompetas, con grito tremendo y sacerdotal, bramando,
a la orilla del pie de Dios, lo mismo que el quejido del suplicio heroico de la humanidad entera,
en todo lo ancho de la historia.

Decía el pueblo: “El aroma de los ajos y los pescados y los gansos y las toronjas y las cebollas,
el olor a fritanga y a carne asada, nos perfuma la memoria del corazón, afligiéndonos, haciendo con nuestros recuerdos una gran cosecha de llantos,
y queremos carne, carne, como en el Egipto,
comida, no hambre, y tú das hambre, no comida, ¿a qué trajiste este pueblo por los desiertos tremendos?
esclavos, pero no hambrientos”;
dice el héroe: “Señor, ¿he parido yo a esta manada?;
además de mi vida, la suya sobre mis hombros,
asesíname, líbrame de mí mismo y de la sociedad acumulada en mis instintos!”;
y habló Jehová, en aquel entonces: “Anciano coge setenta,
que te ayuden a gobernar tus tribus errantes,
e irán a reventar de llenos, como cerdos, que se revuelcan en la propia bazofia,
hartos de mollejas y lomos de toros asados”;
y, así llegaron los patos salvajes, en innumerables y horizontales bandadas . . . ,
pero llovió fuego del cielo, y viento con fuego del cielo,
y sangre con fuego y espanto con fuego y muerte con fuego, y belleza y verdad y grandeza con fuego inmenso y números,
cayó el dolor, desde el vértice, y las últimas causas,
y enfermaron los hambreados, porque comieron y bebieron naturalmente.

Cuando María, la leprosa, dijo: “Yo tanto más cuanto él hago”,
porque el legislador amaba a una hermosa mujer etíope,
Dios exclamó: “Por símbolos e imágenes infraconscientes, por sueños
y por ecos de palabras, hablo con vosotros,
mas al camarada Moisés le converso de amigo a amigo,
porque lo estimo mucho, por hombre muy hombre y varón substan-
cial, de buen entendimiento,
tranquilo y preciso en palabras, en hechos, en ideas,
capitán de pueblos, solidario y poderoso y distinguido de carácter”.

Emigró, pues, la embajada de doce varones,
hacia las tierras que alegre leche y miel manaban, con ancho boato de
príncipes,
fornidos lomos judíos, la expectativa sosteniendo;
y, quizás, arrastrando el fantasma, regresaron, el poema de la abun-
dancia substanciosa y resonante;
trigos y uvas trajeron, enormes como melones,
y trajeron una gran tinaja de vino y apretadas calabazas de panales,
y trajeron peras y manzanas y brevas y naranjas,
llegando con asnos cargados, que tenían jugosas sandías en toda la
boca,
y lagares de pellejos de becerro, picoteados de abejas;
venían con harto espanto, por visión de gente enorme e indescriptible,
tronadores, como elefantes, bajo la montaña;
y hacían comparaciones de volcanes y terribles y feroces cosas,
como, por ejemplo, la sociedad y la muerte sumadas.

Avizoraba el político, trazando los cálculos matemáticos de la es-
trategia,
sobre lo sentido por él con la pupila diplomática, acumulando los so-
ñados, antepasados números,
cuando el bando del capitán Coré se levantó en armas,
ciñendo de puñales la dictadura y la teocracia del iluminado,
muerte cargando a la cintura;

dominó la rebelión el imperialista, haciendo RELIGION DE RELIGION y obra de magia;
 porque, abierta la tierra, se los tragó, ardiendo,
 y, sobre sus sepulcros de llamas, la rosa grandiosa de las juventudes,
 dijo:
 “Nosotros, por nosotros, conquistaremos lo prometido”.

Entre las doce, la única,
 cuando las tribus judías, a la orilla de la fiesta inmensa,
 todas las varas estaban en invierno,
 y comieron, en la de Aarón, almendras, como granadas de alegres y
 primaverales,
 cargadas de jugo de pueblos;
 voluntad de Jehová, en pos de él, gravitaba su plomo aforme,
 el corazón social habitábalo,
 tocaba la bocina de fuego, en las entrañas teocráticas,
 y el sople de Dios, horrendo todo de oro,
 le abría, con espanto, la llaga sagrada de la garganta.

Entonces, del “pecado del santuario”, nacieron los parásitos,
 la santidad degenerada, satánica y dramática, encadenada a frutas podridas, en fuego y vicio y tumba y mundo y piojos y barro con relámpagos y grandes corazas de serpientes y de leones,
 el animal de Dios, sagrado y hediondo, en la tragedia,
 la bestia ociosa y extraña y abyecta, con frío hocico de murciélago, y patas de rana, que come aceite y gansos y mostos y pavos salvajes,
 el sacerdote sensual y grosero, bestial y mugriento en su pantano;
 todas las abejas del mundo les picaban la panza y el corazón, como un lagar de vino;
 se comían todo lo bueno, sin nunca arado, ni sembrado, ni cosechado,
 su corazón era la cábala mágica del impostor, adentro del cual la divinidad antropomorfa dice:
 “Dad a ellos los carneros mejores y las más bellas y locas vírgenes”.

Gigantescos camarones amarillos,
la lengua tremenda de la lujuria, bramando entre cabritas en flor, la
 espada,
la botella del sol, su vino adonde,
cruzando los lomos, los poderosos y espantosos lomos del predestinado,
al cual va terciada la carabina del sexo;
álzase, pues, desnudo y terrible el sacerdote, ceñido de puñales de dia-
 mante;
entre vulvas fuertes de mujeres ensangrentadas,
así como enormes hongos genitales, acumulando cielo con estiércol,
emergen los falos de los santos israelitas.

La clerecía hiede a bestia inmundada,
a raíz genital, a hechicería, a paloma, a mar, a puñalada,
a idea, a fritanga, a historia,
y flamea, como una gran pluma amarilla, en las figuras,
pintando con gallos morados el estilo;
saca la callampa embanderada, entre cien mujeres, el delirante sa-
 grado;
medio a medio del deseo, la religión, su arte violento,
enciende como cuchilla, en la luz tremenda y grandiosa de la sangre,
y Dios estalla en la garganta guillotizada.

O como tremendo pabellón, ardía la vaca bermeja, como ban-
 dera de violencia y grandeza,
y Eleazar al ensangrentar la llanura,
con fuego ardiendo, regaba, desde el enorme animal degollado, que
 estallaba y era incendio por incendio constituido,
flor de sol y puñales,
tierra y puñales, máquina y puñales, sombra y puñales,
mito y canto y puñales;
forjó un país de alegoría, la ceniza en las aguas sagradas;
pero los enfermos,
aquellos que traían, gritando, a Dios en las entrañas,
con horrorosos murciélagos mecánicos, en síntesis,

veían la golondrina celestial, en la gran agua al agua eterna compara-
ble, y su espejo,
raíz de religión, paloma,
atando los océanos, el olor musical del barro-cosmos, la fruta cuadrada.

Acero y sombra, desde María, la muerta,
echó su terror sobre las tribus heroicas, y clamaron con clamor ma-
cabro,
por las granadas y las higueras y las sandías,
hasta que brotaron las plantas de las aguas de la abundancia, del co-
razón de la piedra tremenda,
y descendió, entonces, Aarón desde la cumbre a la muerte,
en soledad de Zin, entre desiertos, entre costumbres, entre sepulcros,
a la historia.

Bramaba ya, enroscada a la bandera, desde el origen,
y su oro ardía y crujía sobre el Israel indómito,
a la manera del dios prohibido y clandestino de los místicos, a la ma-
nera
de un sol abierto, mitad a mitad de la noche,
a la manera o de un puñal o de un laurel o de un trigal, crucificado
entre dos relámpagos;
por eso aquellos mismos, los mordidos de las víboras,
sonaban, cuando miraban a la serpiente ardiente, atronando pabello-
nes sanguinarios;
y eran tremendos los muertos, mirándola,
los desorbitados, los iluminados, entre el vértice y la atmósfera del
país, rugiendo,
sus grandes caballos sin límite,
la arboladura de sus cabelleras estupendas, incendiándose,
el violín de cristal de los histéricos,
los santos cavados de horror, en el confín de la raza judía,
la crisis cíclica, el hambre,
el pueblo, el hambre, el hambre, expresándose en religiones,
el hambre terrible y rugiente,
sonando su cascabel amarillo de alaridos.

Había hecho pelea ya mucha el pueblo de Dios, degollando,
y eran tronchados los escudos de Og, rey de Basán, y el Cananeo y el
Amorreo yacían a cuchilla, desguarnecidos,
cuando Balaam, solo, entre dos murallas, clamaba:
“¿Qué te sucede? ¡Anda!, porque si tendría las hachas te mato, ¿entiendes?, ¿me comprendes?”,
“No”, contestó la burra,
y el ángel de Dios emergió con la espada desenvainada
frente a frente al capitán atónito.

Desnudos y entrelazados el príncipe y la hermosísima,
bajo un gran collar colosal de jóvenes ahorcados, cara a cara al sol de
los hebreos,
en el corazón y medio a medio a medio de la noche;
ella, morena era y fina, terrible y ardiente, como la paloma de los
desiertos acerbos del Génesis,
luz y pescados, contra la botella de vino del pecho y poesía
en las rodillas cristalinas de madianita, para el amor ya madura;
entre el diamante trizado del alba, adentro,
Zimri y Cozbi, temblando y sangrientos, como dos capullos de oro o
de barro,
con la cuchilla del sacerdote clavada en las entrañas.

Soberbiamente, tinajas, panales, espadas de vidrio, las hijas de
Salphaad sumaron, rugiendo,
encadenadas a la tradición hebrea,
acumulando los andrajos antepasados, en la vida cívica.

Copioso y sonoro, el árbol de los ritos judíos,
abría su liturgia, la catedral esotérica y sellada del régimen político, la
tenaza, la cadena, el mito, la mazorca,
gritando los andrajos del pueblo;
fue Josué, pues, consagrado, por santò humano, jefe de naciones;

el escorpión tronador del ceremonial, arrastrándose,
llenaba la materia mental, con la ilusión de las fórmulas y las cábalas,
y estaban las masas hinchadas de mitología.

Sangre, religión, muerte, gargantas y trompetas,
la guerra sagrada, el degüello de Dios, relampagueando, los gritos, los
muertos,
y las hembras preñadas de Madián, sollozando,
encima de los asesinados, que manaban dolor y terror en la política,
era el enorme Israel de Moisés, entonces.

“Contra los agoreros y los adivinos y los hechiceros, los mágicos,
los jureros falsos, los que hablaron en los sueños con los
muertos,
contra quien se ayunte a bestia,
contra el que comiere sangre de buitre y camello, cerdo, conejo o
águila,
contra el pederasta y el incestuoso y el onanista,
contra el gran idólatra, subersivo y estupendo, inventor del orden del
hombre revolucionario,
apedreadura de la opinión pública”;
después, ascendió Moisés, frente a frente de Jericó, a la montaña de
Nobo,
y Jehová le mostró Galaad, hasta Dan, todas las tierras,
y las tierras inmensas de Neftalí y las tierras inmensas de Manasés y
las tierras inmensas de Ephraim, y Judá y las vegas so-
berbias de Jericó y Soar . . .
y díjole: “He ahí el país que prometí a Abraham, míralo”;
entonces lloró y murió, fue llorado, y lo enterraron en Bethpeor, la
tierra extraña,
y lo lloraron,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,
y nadie, nunca, vio su sepulcro, y lo lloraron, con llanto amargo de
cítaras y cantigas funerales,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,

porque tenía ciento veinte años y estaba fuerte y triste y grande,
y tenía oro en la mirada y la palabra,
echando espanto, y no se levantó profeta, de varón y mujer nacido,
tremendamente,
a la manera de Moisés, por los siglos de los siglos.

POESIA FUNERARIA

(De "Gran Temperatura", 1937)

Indiscutiblemente, en casas de arriendo,
a la ribera del pan y su situación aldeana de sombrero de sol,
contra empleados grandes o desesperados
y viudas terribles, que desprenden cabellos de estructura amarilla,
así moriremos, tal vez, al bramar contra la montaña.

Después de haber gastado electricidad y pantalones,
sudando terror y dignidad de asesino al cual van a fusilar los aterrados soldados,
y mirando, con la dentadura repleta de misterio,
cómo la querida mujer ya estará ruinoso y rajada de años, y enormemente grandiosa de grandiosidad inútil,
y aprieta su triste carne contra las murallas,
o estará llena de llamas, como en la época del durazno que fue paloma,
y cuando nos miramos ante un muerto.

Se destruye la esperanza humana, la azucena,
y su escudo va corroyéndose de herrumbre entre azules tiestos y serios difuntos, en espectáculo,
luego se gasta la gana llevada adentro
y unos orines con cementerio azotan este sepulcro de condición boreal,
que el catre parece, resonando.

No haber bebido,
¡ah!, no haber bebido más tinajas del principal vino tinto, del substancial elemento de abejas eternas,
no haber tenido el cinturón del general de tribu,
y aquella gran cama tirada de mundo a mundo,
en donde creciesen bestias agrestes,
abejas de funeral, panteras del tormento a la guitarra, relampagueando,
y una gran espada roja
con la cual escribir la revolución proletaria,
y, en aquellos millones de atardeceres,
en los que nos sacamos los zapatos, sollozando,
no haber venido la luna desnuda
que florece, eternamente, a consolar a los moribundos.

A la criatura, cómo se le despluma y cómo se le inunda, a la simultaneidad, el reflejo de materia de sepulcro,
porque es lúgubre cuando fallan las glándulas,
y en lo hondo del hígado del hombre se deshojan las violetas.

Hay que poseer el heroísmo de agonizar correctamente,
clavando los dedos de los ojos y su puñal en la tiniebla acumulada,
sin abandonar la voluntad de podrirse.

Ahora, si sabemos de qué manera las plantas de los pies rajan la miseria solar
y alguna vez le oímos la bala a la tumba,
el oro y el hecho en la garganta se nos van a atajar.

Si catre de bronce adquiere, morirá el burócrata contento como gusano,
con la lengua afuera entre la familia,
enderezando su conciencia de bruto y de pájaro y de siervo,
como quien levanta la casa
y la va a ubicar en donde concluyen las cosas.

Se apagaron todas las lámparas, gotea el viento,
y el sol toma la forma del embudo.

En aquel entonces entenderemos al que asaltó y degolló a la hu-
manidad para comprarle laureles a su amiga,
al que edificó su tribu en la plaza pública gritando como acero,
al que desgarró mujeres y naciones y se revolcó con todos los relám-
pagos, en la sociedad y sus potreros de desventura,
y no nos entenderemos nosotros, porque todo ha sido inútil y se ha
perdido:
un traje, heroico de terrores, cubriendo tiempos eternos, y el infinito
alimento provinciano,
morir en colchón, enormemente estupendo y afligido,
rempujando amargos carros de tercera, rempujando empeños, rempu-
jando cantinas, rempujando abismos, rempujando palo-
mas, abandonados,
porque el que se muere es él y su corazón, el que se muere, entonces,
y a quien invaden las poderosas arenas, el mar-océano, su caballo gris,
y la perla oscura, que está dentro de la naranja,
aunque se designe Lucho o Domingo o Pancho.

Los que ardientes y alegres estábamos,
cabelleras de sepultura arrastrando, nos iremos descomponiendo y ha-
ciendo aceite,
haciendo narices, haciendo gusanos, haciendo historia,
hasta que quedemos desnudos, sin carne, sin entrañas, sin huesos,
nosotros, sin nosotros,
solamente un agujero de lo que fuimos, cuando con esto éramos esta
misma lengua,
cuando ni siquiera el hombre
nunca fue lo que quería y lo que podía, nunca,
y torna, también, hacia la vida dispersa,
cansado e insatisfecho, como los caballos del idealista.

Allí, una sola uva será igual a una culebra y a una idea, o a un
becerro de parafina,
y el escorpión sobre muchachas en violeta,
o anidará la araña religiosa en cuna de pájaro, desnudándose;
deshojando sus árboles, los acontecimientos
cubrirán el rol de la hoja caída, su silabario amarillo;
a tal altura, miserables botellas de soldado,
la espantosa necesidad de agarrarse a los propios suspiros, arañando-
los colchón abajo, derrumbándose,
cuando inicia la agonía su invasión de naufragio, de inundación tre-
menda,
y pierden los muebles hechos, empieza a hacerse uno todo girando,
gritando, rodando en vorágine,
para que caiga ahí el difunto en su pellejo.

Rosas sobre negro y negros pueblos de viento,
amargura en fermentación de adioses, temporal de tripas a las lá-
grimas,
creciendo los pelos en la oscuridad su alarido.

No digamos el porvenir de sollozos,
cuando la futura ciudad con nosotros cal y cemento organice,
entonces, soledad colosal del átomo
contra nuestra forma y su ámbito: su ámbito, ¡oh! naufragado co-
razón,
la intimidad desencadenada,
su no oído grito, su grito tenaz, su grito de sangre que perece,
recuperando el terror inicial.

Solamente, no haber podido nunca comprender adentro, en los
huesos,
que lo substancial no somos nosotros, nuestro proceder, nuestros zapa-
tos, nuestros amores, nuestros sentidos, nuestras costillas,
nuestras ideas,

sino el universo infinito y la sociedad, aclamándolo,
la energía histórico-dialéctica, expresándose por la persona y la transitoriedad de la persona,
sobre estos atados turbios y polvorosos,
que pudiesen ser manzanas o pólvora grande,
la afligida costumbre, el héroe,
lo abandonado, lo oscuro y copretérito en las burocracias acumuladas,
el afán de afanes, tantas cosas duras con pecho rosado,
en las que ubicamos nuestro poderoso amor y su látigo —y a alga marina su calzón echaba aroma—,
porque la abrazábamos desnuda, se ponía más bonita,
riéndose, blanca como plata o como agua, al agitar la bandera negra del pelo contra los desiertos,
encima de este, aqúeste montón de terror en el que nos morimos.

Ha ahí la conciencia y el ser, mezclándose de árboles incendiados y panoramas, a la canción pretérita,
revolviendo sesos y versos en la memoria —un grande espacio—, y entra el muerto
a la izquierda, y aquel pájaro en cántico de los álamos del cementerio, peleando con nosotros, agusanados, como sardina podrida, o embalsamados en caricatura de almacén triste.

Porque tiene gusto a muerte la comida,
y olor a adiós y a muerte la piel y todos los negocios,
la fruta, la plata, la ropa, la sepultura,
y sólo la hoz y el martillo nos alumbran la materia,
como grandes casas de hierro con incendio.

DEMONIO A CABALLO

(De "Morfología del espanto", 1942)

Por entre mundos, entre muertos, entre
edades que destilan suerte y vientres de siglos, en verde aceite de eter-
nidad, amontonados,
navego, a mil estadios de mí y mí mismo, solo.

No entiendo cómo soy, ni en dónde soy, ni cuándo soy, ni soy, o
yo soy otro, distinto, universal, acumulado, absorto con
mis águilas;
abajo, un mar vestido de culebra, mordiendo un crucifijo incendiado,
un dios de épocas y piedra,
medio a medio, un tubo de llanto, de luto de atardecer, y, encima, una
gran estampa de caballero degollado, desde la cual aúlla
un discurso, con chaleco de temporal, echando los sie-
te relámpagos reglamentarios, por adelantado;
¿qué significa escribir lo que significa escribir, si ignoro si estoy muer-
to o estoy muerto, o soy un antiguo muerto, vendido
como esclavo a una antigua reina de cera?
no, empuño mi cabeza y se la arrojó a los leones;
¿a cuál persona me refiero cuando afirmo que la inmortalidad me ras-
guña las entrañas con un rifle quebrado?

No me parezco, soy un campo de batalla, un antiguo edificio
amarillo, construido en los desiertos de Abraham, un
potro de oro, un soldado enormemente romano,
gritando adentro del traje de acero, con un gran gusano de fuego en
toda la boca,

y a quien le emerge una humareda roja desde el pelo del pecho, formado de peñascos milenarios y una gran costa druida; me pienso y pienso un volcán de licor extinguido, un lagarto decapitado, besando a una paloma de provincia, un león entre dos banderas, por adentro de mi ser aúllan los monos furiosos y las montañas recién paridas, un clamor gutural de animales, la bestia de dios, tremenda y alucinada, huyendo de la catástrofe cósmica, y el orangután horriblemente triste, porque deviene hombre.

Me hundiré con el continente que habito, con mi siglo y con mi pueblo, con la tierra entera y sus planetas, con los ejércitos de los ejércitos, rugiendo, en el espantoso océano infinito que soy y del cual soy náufrago, sin haber entendido nunca, comprendido nunca por qué se existe, qué existe y qué no se dispersa, derrama, disgrega, qué es lo que constituye el yo tremendo, qué es lo que constituye la diferencia de lo que difiere, la médula del átomo, mi átomo, tu átomo, qué son los átomos del muerto y no son el muerto, y lo querrían, cómo se gasta el tiempo, si no es un cuchillo ni un zapato en el cuello de un muerto, y qué muere, cuando muere el hombre y muere en sus pupilas el último atardecer, agonizando con espanto de cataclismo, arrastrando todas las cosas en esa gran caída sin fin, en la cual adentro nos derrumbaríamos; pero, por algo existo y respiro, existo, como existe un puñal, un sombrero de perro zorrero, un fakir o un caballo, y no soy el escupo del gusano, ni el pan del militar, que traicionó a un calzoncillo estrellado, y lo fusilan por la espalda, ni el ideal de la puta divina, ni el moco del tonto, al cual le amarran la banda tricolor en la guata; porque yo no comienzo aquí y termino ahí, no, yo no comienzo, yo no termino, yo comienzo en la gran época en la cual se forjaron todos los mundos, cuando la nada flotaba

en la nada, es decir, yo comienzo en donde el principio
es el principio del principio,
yo termino en el tiempo del ojo del muerto, en el espanto de la mu-
chacha asesinada por un fantasma, a la orilla en que el
hombre se cae al vacío, en el alarido del aterrado fren-
te a frente al infierno,
en la cuchara abandonada por sus antepasados, en los extramuros de
la ciudad maldita, entre cerdos, niños, perros y mujeres,
que en grande hambre emputecieron, en la aldea aban-
donada, en la vasija abandonada por el antiguo soldado
de Pompeya, en el santo de palo santo, que posee un
sexo de cuero de pecho de trueno, y un ojo de oro,
en el ideal que la señora apasionada tiene metido debajo del ombligo,
como la espada de las matanzas,
sí, en los degüellos históricos, en los cataclismos de la guerras tremen-
das de religión y sus batallas, sí, en las masacres de cla-
ses, sí, en los fusilamientos del Ródano y en la hoz ama-
rilla de la guillotina, sí, en la bandera negra que los cor-
sarios enarbolaban, medio a medio de su hombría de
varones de sangre;
he ahí cómo y cuándo los antiguos dioses perdidos, rodeados de apos-
tasía, musgo de muros muertos, infinitamente solita-
rios, gritan en mi interior el resplandor de las religio-
nes perdidas,
sí, Jehová y Thor pelean un hueso de perro en mis entrañas,
moviendo los hierros del trueno, que aterró al antepasado, y la tem-
pestad desgarradora, que engendró la oración y el poema.

Mi ser consciente ruge cuando piensa, brama cuando habla, gime
cuando crea, cargado de instinto, discontinuidad y sín-
tesis,
el lenguaje me desgarrar el ser, llenándome de sangre bramante, me
parte en diez mitades, rompiendo y uniéndome, con
su gran pasada de monstruos, y el mar y el funeral del
mar claman su aliento grande y convulso en mis preté-
ritos,

sin embargo de ser mudo, con relación a la verdad del mundo;
soy yo y no soy yo quien hablo, porque habla la bestia en celo; habla
la vida y todas las formas de la vida; habla la cópula
brutal de la naturaleza animal, mineral, vegetal, todo
y uno y todo; acoplándose y desgarrándose en la gran
orgía del amor, y habla el mundo, relacionado y enca-
denado a su límite;
expresión de unidad y estilo, imagen de origen, mito magno y subs-
tancial, hombre, afirmo lo que ignoro y lo que ignoro
afirmo, y afirmo porque afirmo,
creciendo, tronando, cayendo, con todas las rodillas del espíritu, des-
garradas en la espantosa crucifixión, levanto
mi existencia, y azoto a la naturaleza, y la naturaleza me responde con
su tremendo de pellejo hocico, entreabriéndose al sol
de dios, cuando mi poema la cornea y la monta, engen-
drándole una gran cría.

Si me atropello y me aflijo y me atraganto, atorándome de san-
gre tremante, es que me atracan la garganta los viejos
pueblos, las razas ancianas y sus tribus, los añejos clanes
que inquietan, que exigen expresión en mi palabra.
y aquel clamor mundial que irradia es la voz abandonada de los vie-
jos cultos, las antiguas creencias, los viejos mitos y las
culturas deshabitadas; el culto del sol y del falo y del
triste hímen de las vírgenes, el culto de los muertos y los
sueños, el culto de la antropofagia sangrienta y del SA-
CRIFICIO de la Misa, masoquismo, mística del asesina-
to, gran orgía sexual, el culto de la vaca, del andrógini-
no, de la luna y de la culebra, el culto de las cocinerías
de Esculapio, a cuya gran cebolla, tremendamente, con-
vergía la defecadera de Júpiter, el culto de los números
y el fuego, el culto animal de la comida y el acopla-
miento, y el terror infantil de los pretéritos dólmenes
druidas, la religión acuchillada
del sacerdote eunuco, legislador sagrado, divinoide, y ejemplar tabú
de aquella gran casta macabra;

las anchas oscuras masas sociales atropellan mi vocabulario, el resentimiento, el rencor esencial de los oprimidos y los explotados del mundo, lo echa mi lengua, expresándolo, afuera, y el pecho de negro de los esclavos, lo hablo, plantando una rosa blanca en el poema;

seguramente no soy yo, sino un anciano rey vikingo, quien empuña la palabra, como quien empuña la espada, en aquel potrero de hierro, que escribí entonces a una herida,

acaso es un imperio sepultado quien se levanta en estos verbos con ojo tremendo, o un país extinguido o vagabundo, o el mar de los sargazos y su enorme caos de barcos fantasmas, de saguinarios esqueletos desterrados, empuñando sus pantalones, solos, en la soledad de los tiempos, o el amante que asesinó a la esposa de dios y se colgó del sol, o el filibustero, o el negrero

que hizo degollar toda la población de la ciudad, y se ahorcó cuando se ahogó el rruiseñor de su querida en un botijo de aguardiente,

o la Tercera Persona de la Santísima Trinidad en el instante de meterse a la cama de la Virgen María, o Sócrates filosofando en el Mercado, o el Crucificado del Gólgota después de habersele caído los calzoncillos,

o el toro de oro, a quien adoraron los israelitas, durante el ciclo de siglos, en que Moisés escalaba los relámpagos dramáticos del Sinaí, con la historia del mundo en el pecho,

o el mismísimo Javé, con la tremenda barba de culebra, azotando con gusanos quemados a sus tribus, por haberse robado la fruta del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y haberse entregado a la sodomía en Sodoma, a la gomorra en Gomorra, a la adamía en Adama, a la seboinomia en Seboím y a la segoromía en Segor, y haberse embriagado y haberse acostado con los tres ángeles del Señor, borrachos, o las trompetas tremendas

de Jericó, cuando lloraban las murallas del mundo, y el último ratón de la ciudad se mató de un balazo en la sien, frente a frente al crepúsculo;

uno y todos, gravito, desbordándome, empuño mi ser guerrero, mi ser que existe, como todo lo que existe porque existe, y no pregunta, sino que contesta lo que no pregunta, la interrogación perentoria, absoluta, dolorosa y trascendental, que son los fenómenos, como aquellos dioses inmensos de la antigüedad, que degeneraron en cacharros, porque ya los pueblos no creyeron en ellos,

la unidad es mi estilo, pero mi estilo es la expresión de lo que nadie conoce, por ejemplo, un león imperial que discute a Kant y usa revólver, un potro en las tinieblas, un tigre furioso porque el asno de la vecindad se le arrancó con su querida,

mi estilo es el caos con ojos, o el cosmos con manos de alacrán de fuego y dientes de demente iluminado, o un emperador con la cabeza cortada, es la matemática esotérica de lo discontinuo, es el incoherente trascendental de la mecánica psicológica, automáticamente gritada ella misma por ella misma, sin perseguir un objetivo que ignora, desde un punto de partida que ignora, hacia un punto de llegada que ignora, ignorando todos los caminos e ignorándose, y UNIENDO lo antagonico,

y yo soy un callejón de aldea, por el cual camina el velorio del vecino asesinado, completamente lleno de muertos, porque todos son muertos que conducen muertos, en caballos muertos, en carretas muertas, en avíos muertos, por chilenos muertos, por muertos, entre muertos muertos, muertos;

seguramente, si alguien destapa mi voz, un aliento tan tremendo a antigüedades le salta a la garganta, que aquel se iría de espaldas contra el infinito, como si un dios rabioso le cogiese del gaznate con su puño de material de siglos, o la rana peluda de la divinidad le pegase un garrotazo con la Santa Custodia, que es un sexo de niña y el sol con todos sus rayos;

son los números de Pitágoras, el fuego inmóvil de Heráclito y Demócrito y las matemáticas, los Sábados Negros del walpurgis, las danzas báquicas de Dionysos, rajando las épocas

pánicas y la Catedral Gótica, el Carnaval con todos los demonios rojos,
enarbolando las matanzas desesperadas de la San Bartolomé, y los degüellos de aborígenes, a la salida del sol, entre canelos y trutruacas, o los ahorcamientos de millares de millares de inocentes, engendrados por los conquistadores heroicos o por los piratas heroicos, y enormemente malditos, como todo lo heroico, o lo santo sagrado, y los pogroms siniestros, con los cabellos ensangrentados y enormes hachas de luto, y los degollamientos de las vírgenes desnudas, sobre las olorosas, poderosas, resinosas piras de pinos, madera de vasija y edificación, acrisolada de sacrificios, y la pasada a cuchilla de las niñas cristianas y los herejes, entre tambores amarillos, los ahorcamientos de embarazadas, de ancianos, de niños, de enfermos, por los iluminados y los degenerados sociales de Hitler,
o las horrendas masacres obreras, en las que los caballos de los verdugos hundían las pezuñas en los sesos y los sexos de los varones y en el vientre de sus mujeres, y la policía asomaba el hocico entre las verijas de sus yeguas o sus mulas,
los que aúllan, rujen, protestan, bramando y tragando sangre y abominación por todos los heridos, los lisiados, los malditos, los vagabundos, los extranjeros, los perseguidos, los expósitos, los desterrados, los humillados, los presidarios, los explotados, los aventureros, los poetas, los artistas, los desventurados, los "finadores", los descubridores, los inventores, los fracasados y los humillados de todos los siglos, en estos poemas serios, que parecen cuchillas o fantasmas.

Sentís, ahora, rugir la religión de los caldeos, ladrar las esfinges acorraladas y las gárgolas de Bizancio, roer a Job el sol del estercolero, bramar a Zenón de Elea, por el descubrimiento del átomo, llorar a Aben Gavirón y Maimónides,

tranquear los coturnos de Esquilo, pisando catafalcos sellados, aullar las águilas de espíritu de Juan de Patmoos, dirigiendo los dos océanos enganchados al carro santo, pelear los mármoles de Laotzé, azotar a Dios, a Protágoras, mientras Plotino golpea las tinieblas con un gran martillo de sombra, comiendo únicamente vestiglos, matarse a Nietzsche, ahorcándose con su culebra, envenenarse a Hölderlin, a Arthur Rimbaud, a Dostoiewsky o a Lautreamont, cociendo un veneno en cocimiento funeral de imágenes, pelos de tiempo o siglos podridos, entre los cuales circulan los gusanos, como en la ley burguesa, emborracharse de vino y de mito a Rabelais, dialogar en piedra muerta al Alighieri y al Tintoretto, sentados en cuatro anchos bancos de humo y eternidad, precisamente, tranquear el jamelgo de arriendo de don Miguel de Cervantes Saavedra, los despoblados castellanos.

Yo estoy cantando mis costumbres, las costumbres del pueblo, sus costumbres, la historia social, y la leyenda, su drama trágico y, desconociendo su origen, reflejo y ordeno mis himnos, que son mi pueblo y la materia vital de mi pueblo,

hago anchos cantos furiosos, de negros belfos espumantes, como el caballo de Atila,

y no hago retratos de mi país, sino mi país, sencillamente construyo mi país, lo construyo con una gran vaca lechera bramando en la melena del Continente, con Caupolicán crucificado entre Atahualpa y Moctezuma, con un rotito lipiriento y fabuloso, vagabundo y amarillo, atravesado por una gran tempestad de relámpagos, que se derrumba desde el otro mundo, con la guitarra y el puñal y la tinaja de espanto del arriero, del soldado, del minero, del peón nacional, todo eternamente solo, con un finado, que está pitando un cigarro de tabaco ensangrentado, en el atardecer de todas las cosas, mientras clarea la estrella de sangre en su pecho;

adentro del sueño tremendo, hablo sueño, canto sueño y el sueño del mundo gotea desde mi fuente incendiada de infinito, sueño,
y desde él emergen los pálidos antepasados, atropellándose, al aullido de los cementerios, a su gran manada de elefantes innumerables, al fantasma negro de ellos, contesta una gran luna degollada, rugiendo encima de los suburbios y los escombros, y todos los muertos, de todos los tiempos, de todos los pueblos del universo, se levantan de la eternidad, lloviendo, al viento los crecidos pelos, rotos los pontros remotos, en los que brama el gusano final, retumbando, perdido el sentido de los huesos, relampaguea entre sus rifles la faz cornuda del europeo conquistador, el rostro de ladrido quebrado del asiático, la cara cruzada de maldición y enormidad, de religión y antigüedad del africano, el ojo de alga del océano, el lomo de toro elemental del americano, enorme de azotes y águilas simultáneamente, entonces, desde el vértice del huracán, toda la historia del hombre estalla, en ese instante, brillando, respirando, mostrando su omnipotencia a la naturaleza;
de repente una calle sola se me arranca desde la lengua, o un acordeón pega un grito porque le clavaron el puñal en las entrañas o un lagar de vino suspira tristemente, sí, la libertad de lo determinado es lo determinado, el poder de caer al abismo, la grandeza específica de morir uno, el uno que es uno, abandonando las cosas, afuera, porque el polvo de los caminos es grande cuando lo pisamos, y es nosotros, mientras nosotros somos, y no somos toda cosa, en el minuto en el que el universo nos invade y no podemos imprimirle ese espontáneo orden del yo y la personalidad, porque murió lo que éramos, tremendamente, abandonados por habernos abandonado;
echando llamas nos morimos, no habiendo reencontrado nuestros viejos orígenes,
ni aún en la magia sagrada de la poesía, que es la boca de la tierra, ni en el terror del horror del amor y su alucinado caballo,

atravesando la tempestad de cadenas quebradas y símbolos, que establece su arco iris de fuego, desde el Oriente hasta el Poniente del mundo, ni en la religión, que regresa, por el asombro, la antropofagia sacratísima de Caín y Abel y el dolmen, santo entre lo santo, ni en la sangre, ni en la muerte, originarias del pensamiento, que posee un zapato de espanto y una gran trompeta; porque el régimen capitalista da la materia en descomposición, el caos con gusano sacro, subversivo, magro y terrible, todo lo cósmico de la historia, y nosotros, enormemente, nosotros, o sacamos el orden del desorden, o morimos, morimos en la inmortalidad fallida de lo que no fue estilo, así morimos, siempre para siempre, soñando caballos macabros, que exhiben una gran peineta de ramera en el esqueleto, terriblemente extranjero a sus entrañas, tremendamente agorero, como los trágicos, pálidos, álgidos pájaros máximos, que croan en los barcos naufragos, sobre los muertos, y los muertos océanos; es inútil querer hacer una gran máquina con humo, con discontinuidad o incoherencia, con eco, con material perforado, atravesado, cruzado de larvas, que hierven, gimientes; no, hagamos sangre, saquemos del horror de la substancia social el horror de la belleza total, creemos el hombre, forjemos el arte con lo mágico, lo adivinatorio, lo trágico y elemental en la unidad abismal de la persona metafórica, que naufraguen los que no naufragan, porque naufragan, no los héroes, no LOS NAUFRAGOS, no los mártires del naufragio, ordenad el instinto según el instinto, y, cuando las masas obreras por lo bello rujan, dad a las masas obreras el estupor de las masas obreras, ardiendo como complejo tremendo, que emerge, sumergiéndose en el inconsciente, y asomando la cabeza feroz del arte; naturalmente, es el instante en que estalle el yo, es el instante de agarrar la inmortalidad por el cogote y sumergirse, brutalmente, en las tinieblas.

Resuena aquí la circulación de la sangre de los sepulcros, de la sangre de los osarios y las espadas, y el clamor del fusil del soldado N.º 13,
el corazón del hierro y del musgo, el mito de vino de la piedra, cuyo pulmón de carbón de horror es resonante como las norias antiguas del pueblo, el infinito alarido de las hojas caídas,
y aúllan los gritazos desesperados de los zapatos que abandonamos, cuando nos matamos.

Brama el sol en los corrales del arte, su lomo de rojo fenómeno sólo enriquece mi poema, adentro del cual menea la cola rabiosa,
sin embargo, la naturaleza está afuera, arañando, gritando, escarbando mis imágenes,
porque mi mundo lo sufro más allá del tiempo y del espacio, en el cual relampaguean los sentidos, como aperos de chileno.

Os corroyó a dentelladas las entrañas desesperadas el poema, porque le pisastéis la tremenda cabeza de víbora, y os mordió la lengua con sus dientes de arcángel, os partió la boca de la cara con un bofetón del espíritu,
os asesinó mi lenguaje, degollandoos, como a vacadas de matanza, que no entienden lo que no entienden.

El cadáver de Dios, furioso, aúlla en mis entrañas.

Son los germanos acuchillándose, gritando Rhin abajo, entre jaurías,
los soldados alucinados, sudados del conquistador, y las tripulaciones de los barcos negreros del pirata, tremendamente borrachos de sangre, azotando de escupos y botellazos al ahorcado en el palo mayor, el antepasado mapuche, bramando los cantos de guerra, a la paz del gran canelo,

la manada emputecida de los cosacos, a caballo en la muerte, los endemoniados del desierto y los místicos antropófagos, que se comen al jefe de la tribu y a su madre, asada, los cazadores de leones, haciendo estallar los mazazos contra la auro-
ra de la humanidad y los orígenes, y escuchando los sonidos de un sol adolescente, los sacerdotes y los mata-
rifos divinos, degollando a la doncella desnuda, entre las hogueras y los cuchillos . . .

La teja caldea y el ladrillo fundamental de la Mesopotamia,
cuando humean las chimeneas de mis huesos, suspiran.

Sobre la gran cebolla incendiada de los difuntos de Chile, sobre las parrillas y las cazuelas, que empuñan su guitarra de agosto,
el chacolí del siglo aletea en las tinajas que yo comprendo,
y a las que les pregunto y les arranco a puntapiés el sentido de la naturaleza.

Aúlla la lluvia, como una gran bestia preñada, a la cual le partieron el vientre,
el asno en celo del ventarrón le responde con rebuznos tenebrosos,
y el río bala tremendamente a la vaca de la noche, en la que la última águila pare dos perritos blancos;
yo no entiendo la naturaleza,
el horrendo y esencial misterio de la brutalidad desencadenada, el corazón inocente y asesino del mundo, el átomo de sangre, en sangre concebido y en cuchillas y gargantas,
los ancianos propietarios abriendo su hocico de panteras
y agarrándose a los toneles, que son las raíces de las escrituras, y las carabinas de la ley, ellos, los perros tremendos,
con chaleco de lana, fornicando en los excusados a las hermosas señoras católicas,
que poseen un sexo de rosa, enormemente florido de marisco divino,

con el misterio de la reencarnación entre las piernas de
la lengua,
o los soldados que le desgarran a mordiscos los testículos al enemigo;
el sol corrompe a las azucenas, las mea y las ordeña, como a viejas ra-
meras un fraile obeso,
la luna arrasa con los iluminados, envenenándolos, y alucinándolos,
con su leche de cobre oxidado, en la cual cien monedas
de humo se suicidaron, ahorcándose.

Un caballo se saca los zapatos y dice misa ante el altar del Señor,
una joven mula le está mostrando sus calzones,
y el león de los magos y los santos le pasa la lengua por el trasero,
mientras el Altísimo, desde lo altísimo, se hace agarrar las barbas sa-
gradadas por el más homosexual de sus arcángeles.

Adentro del yo subterráneo, entre terribles sangres sublevadas,
aúllan, gravitan, pelean dragones y volcanes y leones
muertos,
orangutanes y pitecantropos con difuntos dioses que son vacas, cebo-
llas, piedras, espíritus de idiotas en deshonra, vasijas,
historias, tonadas, palomas, crucifijos, vientres de mu-
jeres, fenómenos, vísceras, relámpagos, sapos con zapa-
tos de pescado, gusanos, estropajos, marranos, ídolos que
mean fuego, iconos acoplándose a perras sangrientas y
a sacerdotes celestiales, por el ano,
polleras de religión y chanchas, santas, tremendas, inmensas rameras
divinas, preñadas por monos sagrados, eunucos de palo
de tonto, representantes de Dios, que parecen putas lo-
cas, maricones con cabeza de angelito,
serpientes que devienen jueces o escualos o sardinas o mujeres de ona-
nista o de sodomita o sandías o bandidos u obispos mas-
turbadores o notarios amancebados con conejos sabatis-
tas, pederastas, anarquistas, borrachos con apio de ma-
ricón, calientes, hediondos, feroces, como todos los co-
bardes,

sí, en el océano hermético del instinto, en el pantano del instinto, en el socavón, en el arcano del instinto, en el estiercolero fenomenal e incendiado,
gritan las ruinas de todas las cosas, las ruinas de los siglos malditos y las ciudades acuchilladas por los guerreros a caballo, las ruinas de los barcos anclados en el mar vacío,
los esqueletos de los cementerios de todos los pueblos y los tiempos, las esperanzas despedazadas de los náufragos, sobre los cuales se levanta la soledad oceánica y sus siete columnas, el grito de piedra de luto de los expatriados y los procesados, el alarido inhibido de los calabozos, en los que lo lóbrego es eternamente lóbrego en el arenal de los presidiarios,
el sollozo final de los últimos pájaros de las islas,
el canto de guerra de los aborígenes y su tam-tam lúgubre, de pellejo de difunto, a cuyo son tremendo están danzando los adolescentes,
la mirada infinitamente macabra del buey al cual degüellan, en sus pajares natales,
el aullido de los esclavos y los parias sociales, los explotados, los ofendidos, los humillados por la ley de Dios, y los hombres, las prostitutas y los vagabundos, los niños perdidos en los abismos de la sociedad burguesa,
el ladrido de los ladrillos de las tumbas,
el infinito clamor extraído del infinito horror, de los que mueren jóvenes,
el sollozo de los tronos y los templos que quedan vacíos,
el lamento, enormemente tremendo, de todos los hombres de todas las razas de todos los pueblos de todas las lenguas, agonizando entre bramidos y crujidos de historia,
el gritazo de la ceniza del Dios único

Horror de pensar, horror de vivir, horror de crear, horror de morir, horror de engendrar, horror de amar y de todas las cosas,
horror de escribir y no escribir, horror de la naturaleza, horror del ser humano, horror como individuo, horror como sociedad,

horror como universo, horror de la verdad, la bondad
y la belleza,
horror de horrores todo, porque todo pasa y nada subsiste, sino el ho-
rror del horror y la nada vacía,
horror de la felicidad, horror de la inmortalidad, horror de la celebra-
dad, horror de la tristeza y horror de la grandeza y la
miseria social y la miseria psicológica y la miseria mo-
ral, horror del pasado, horror del futuro, y horror de to-
dos los pobres del mundo, horror de LOS EXPLOTA-
DOS y horror de LOS HUMILLADOS de la tierra,
horror de los que no nacieron y murieron, horror de los muertos y los
hijos de los muertos, y los hijos de los hijos de los muer-
tos, y los hijos de los hijos de los hijos de los muertos,
horror de los niños, horror de las mujeres, horror de los viejos, horror
de las naciones, los pueblos, los países, que son engen-
drados en el horror y vegetan en el horror y son destrui-
dos en el horror y encima del horror perecen, gritando,
a caballo en sus intestinos;
horror de estos horrendos hechos del horror que, horrizado, yo for-
mulo . . .

Ruge la muerte, galopa su sombrío caballo, por adentro de la me-
moria del mundo,
y nosotros nos vamos rodando, aproximando a su gran órbita indes-
criptible, en la cual aúlla el abismo, girando sobre el
abismo, y llueve para siempre,
no, agarrémonos a la sangre social, a la suerte, que es el bramido del
principio,
agarrémonos a la voluntad y su gran espada desenvainada, aunque
nos cortemos los dedos, tremendamente erizados,
agarrémonos a los propios ladridos de la derrota;
soldados sangrientos, sudando, o como llorando, encima del desfila-
dero del espanto, conquistadores cabalgando su esque-
leto, piratas de la más tremenda carnicería sin enemigos,
nuestros crujen hierros de inútil configuración guerrera,
y los cascos sagrados reposan sobre cráneos tristes de burgueses;

salud, ¡oh! viejos carajos de la utopía,
revienta la hora en la cual tienen los dientes la primacía de la calavera,
y el pasado es un andrajo de borracho,
y la naturaleza está caída e inexpresable, como un rostro milenario,
y las cosas aprietan las mandíbulas.

Desde el oriente, el sol empuña su garrote de idiota,
yo estoy mirando mis ojos, en torno a la naturaleza, ulular como dos
demonios,
y el espanto está parado frente a frente

salud, ¡oh! viejos carajos de la utopía,
revienta la hora en la cual tienen los dientes la primacía de la calavera,
y el pasado es un andrajo de borracho,
y la naturaleza está caída e inexpresable, como un rostro milenario,
y las cosas aprietan las mandíbulas.

Desde el oriente, el sol empuña su garrote de idiota,
yo estoy mirando mis ojos, en torno a la naturaleza, ulular como dos
demonios,
y el espanto está parado frente a frente

UNICAMENTE

(De "Morfología del espanto", 1942)

Fruta de tumbas o de imperios, sangre de medallas, sangre de
aceitunas, sangre de banderas, y un Dios parido de cu-
chillas,
todo lo mágico del vino, del amanecer, del hierro y las dulces torcazas,
el pan trascendental, que crece, enorme y sangriento como una vaca,
en los hornos de la vida, y canta aceites de gran luna cris-
tiana, borneando pabellones enlutados,
la leche lluviosa de los fusiles o las vendimias o los laureles,
lo augusto y ultramarino de las criaturas del Apocalipsis, que son in-
mensos derramamientos de la materia cerebral de las
estrellas . . .

Tu configuración de miel cristalinísima es tremendamente ardien-
te, como el pequeño palomar, que existe en los barcos
náufragos o en el pecho de cielo de las vírgenes cosmo-
gónicas,
haces la tarde mirando el mar, y te defines, contra tu propia muerte,
en canciones, en donde enormes acompañamientos fluviales arrastran
la carroza de un picaflor joven, que se ahorcó con la li-
ga de su novia de humo,
y a cuyos lagares van a apagar su sed de hambre gigante los proleta-
rios y los campesinos sin posada
porque en ti la unidad relampaguea en equivalencia entre el pétalo
y el ácido, los dos pechos inmensos de una misma fruta;
sí, desde el Paraíso Terrenal corren tus pulsos en tumulto, surgen

los toros tremendos, tremendamente tremendos, que braman en la
cuna de las niñas morenas,
la brigada floral que maúlla entre sus mantillas,
el puñado de vino que se derrama, gritando ícubo y súcubos, preci-
samente, en el vientre candente y funeral de las criatu-
ras extraordinarias —coronando sus rajadas noches gi-
gantes—,
y a las que guiará la oveja ciega de Jehová, por los abismos;
tu juventud se acoraza de plata repujada, como un volcán, en el que
se enterraron los primeros sueños del sexo,
y un aroma a comedor de antepasados circunda tu actitud sublacustre;
pero la niña herida de genio y divinidad que fuiste, porque el terror
del amor te llamaba desde las amazonas de las epepe-
yas, y la doncellez te quemaba las entrañas, nombrán-
dome,
ríe aun, entre tus azucenas desgarradas por mis besos de varón de pelo
en pecho,
con aquella alegría redonda e invernala de las castañas, o las soperas
esplendorosas del onomástico.

El hogar te protege, como el oriente de sangre a los héroes, co-
mo la
cadena incendiada y tenebrosa del primer cristiano, o lo mismo, exac-
tamente lo mismo
que un jardín familiar, crecido entre mortajas y pirámides.

Winétt, panal, arteria de lirio o revólver iluminado,
piscina de hondos ramajes, en la cual habita un pez
negro con la mirada terriblemente roja,
tonada de campo, en las aldeas, en la que una gran ventana de fa-
milia da a la sociedad sin clases, que parece la franca
montaña llena de yeguas coloradas y potros, que son
mundo rabiosos,
vihuela de Licantén, en la cual se desnudan las chichas más sagradas
del futuro,

yo te destino aqúeste canto de macho nacional, cabalgando el universo,
asentado en su montura de bruto, terrosamente chapeada en pellejo
de difunto amarillo, chapeada
en el cuero del pueblo del país, que sostiene agarradas las entrañas
del puñal de los setenta dioses.

Tu cruz humanosocial corresponde a la golondrina, que arrendó
el corazón de la ametralladora,
y al clarín del fusil adentro del cual hay una violeta bañándose,
o a la heredad escolar, en donde relucen todas las cenizas de todos los
ojos de América.

Conduces tu ideal omnipotente, por el engranaje negro del siglo, y
una abeja blanca pone un olivo de rubí en la tendida mano del Todopoderoso,
ceñido del horrendo frac, tuna llovida, de garzón o de poeta burocrático,
tú sonríes a la mañana marcial y ecuménica, tú,
en donde el huevo del sol te ofrece su gran antología, y todos los novios
del año, entre los cuales relampaguean sus vírgenes,
viene a saludar a nuestros jóvenes hijos,
trayendo un ternero de inmortalidad, que pestañea, como los ópalos,
cuando les van a degollar un cabello.

Pero es la naranja y su perro regalón, es la manzana y su pie de cristal
de canción de gran ciudad submarina, atlántico-pacífica, es la castaña
y su asno bramador, o la ciruela encinta, quien te resume, bajo su poncho
de dignidad agreste,
por eso aquello tan sacrosanto que envuelve al maternal mugido del establo,
en la catedral colosal de la pesebrera estupenda, aquello, de aquello, de aquello,
del carbón vegetal, durmiendo entre milenios,
te ciñe y te unge de divinidad, entre las madres del universo y sus banderas.

Hay una campana azul echada en tu pelo, amiga,
y tu cabeza está formada de golondrinas dolorosas, o del gran mar de
invierno de Talca, y, cuando sonrías,
retornas a la muchacha de catorce años, que se rompía las rodillas en
las novelas;
las gallinas extranjeras, moribundas de Jericó, te vienen a obsequiar
un árbol de llanto, y los sagrados gallos de Judá te sa-
ludan
desde la cumbre del Gólgota, enarbolando la flor de los volcanes,
el puñal de Dios, que es la misma cabeza de Dios, convertida en ama-
pola;
tu corazón está lleno de mosto caliente,
es decir, atravesado de espadas, lo mismo que la rosa más roja de las
montañas,
o como la vida íntima de Jesucristo.

Un libro de leche campestre bala en tu felicidad blanca,
y la agricultura te bendice, con el lenguaje de sus bueyes, porque la
santidad de los surcos preñados
da el acorde justo a tus epifanías.

Relinchan mis caballos originales en tu juventud, incendiándote,
desgarrándote, arrasándote, y los búfalos y las águilas de mi desespera-
ción heroica
escriben tu epopeya en mi epopeya, con una gran pluma de león
americano,
en la cual van talladas las armas de tus antepasados piratas, y un bui-
tre inmenso de Inglaterra,
todo como de bronce y sangre de espada, todo de como
un metal ardiente como la palabra HORROR, o un pétalo del pecho
de las doncellas.

Pequeña eres, pero las más rotundas catedrales se te parecen
exactamente,

su espanto elemental, tremendo, de bosque enorme y de caverna de
Dios, su atmósfera de relámpagos, su actitud de mundo y de fruta de sol te rodean,
a ti, preñada, embarazada de iluminación y congoja.

El amor sangre, el dolor sangre, el terror sangre, el fuego sangre,
el agua sangre,
ruge en el clan mínimo y de flor, que es tu cuerpo,
a cuyo potencial de número, todas las fuerzas del universo convergen,
de la misma manera de las ovejas al matadero, exactamente
como el toro al cual van a degollar escupe el cuero del lazo,
y gozan las palomas, orinando al atardecer lugareño, a la orilla de
las enormes e hirvientes marmitas.

Una gran mirada negra echa a volar azúcar y habas santas, desde
tu faz querida, en la cual comienza el crepúsculo a afilar su cuchara
de armiño,
y la lluvia madura te cubre con su vestido de naranjas,
mientras las hojas caídas del mundo te picotean los zapatos desesperados.

Yo era un joven mancebo y un guerrero de Satanás, tú, aquella
siempre heroína triste,
acribillada por los sueños espesos y desesperados, de la gran alga marina
que se engendró con el horror que es el sexo y es el miedo y es el pavor de la infancia,
atribulada por la virginidad, y los símbolos, acongojada por la mucha angustia,
que significa la alegría,
entre los cuales madura la profunda noche oriental, entre los cuales
se desnudan las señoritas, entre los cuales un acordeón acaricia a una paloma,
y emerge un potro rojo, acariciando yeguas negras, adentro del potero
de tabaco y anémonas, que, como un lobo que se

mordiese el corazón, empieza a la ribera del lecho de
fuego de los adolescentes,
cruzado por un río de vino, en el que retozan cien amantes;
te rodeé de caricias indescritibles y canto de tinajas, que hervían
amargos caldos milenarios, medio a medio de la inmen-
sa noche coagulada, rugiendo, de formidables animales
de la antigüedad y grandes fantasmas,
que alargan la garganta funeral, por dentro de la tempestad de doc-
trinas y murallas que, inmensamente, se derrumban,
generando el aparato del estilo, como el corazón de Dios
entre ortigas podridas;
los sapos plagiarios, los culebrones que ordeñan cocodrilos, que edu-
can tiburones, para escribir como elefantes, el orangu-
tán versificador, las ranas sagradas
nos arrinconaron, nos mordieron, nos acorralaron contra nosotros,
fuera de la ley, como vagabundos o santos, furiosos o
extranjeros o asesinos de la sociedad, o héroes, nos la-
draron, animándonos su gran perro amarillo, su gran
cielo invertido de batracios,
y nos engrandecieron, nos chorrearon de infinito y padecimiento,
otorgándonos el origen de la inmortalidad y el destino, con todo su
odio, adentro del cual gruñía el chanchito de Sarda-
nápalo;
así, enormes, sobre razones acumuladas,
nos crecieron estos tremendos elementos del lenguaje, que son finados
despellejados, que aúllan, amamantados por antiguos
dioses,
cosas y climas sin desfigurarse, clamando,
y, entre cuyos dientes, brillan la pupila de la unidad y sus síntesis,
sangrienta y atronadora;
mamando leche de serpientes o degolladores, nos criamos, pastorean-
do chacales y leones rojos,
aunque un gallo bramaba, en todo lo tremendo del maderámen,
hacia los cuatro vientos y los cuatro mundos de la humanidad, gran-
diosamente, heroicamente, furiosamente, cuando tú llo-
rabas a la inmortalidad, echada en su automóvil incen-
diado,

a las riberas del gran clan familiar, circularon las arañas declamando
una gran tiniebla, que les salía del estómago,
el alacrán pelado y antropófago del calumniador y el difamador, en
puntillas, el que él arrastra, ensombrecido, las entrañas
de Dios, gritando, entre las magníficas, mortales man-
díbulas, el comerciante en corazones,
nos aulló en los grandes crepúsculos verdes,
y el cadáver del dolor nos bramó, desde los tejados, entre murciéla-
gos y anónimos, descolgándose, desde el Poniente, con
bastante y mucha gran furia.

Huevo de violeta, laguna de aguja, puño de cigarra, a ti conver-
gen los niños difuntos de Bernardo O'Higgins, a pedir
su ración de palomas y novelas,
yo te comparo, gran incomparable, a la Revolución Bolchevique.

Tragedia de sol, espada, el orégano de las victorias te destina sus
augustas admoniciones.

El toronjil y el arrayán del arrollado clamoroso y sacrosanto,
la hierbabuena, que parece una viuda de pueblo o una cuba de trigo
feudal, y las pataguas
con su conversación de señoras del Sur, la dichosa
canción del cedrón provinciano, del limón y los canelos de religión,
lagrimeada por la alfalfa, los queltehues, en blanco y
negro de aterrada manta araucana, y los pidenes que
remuelen, grandiosamente, el anochecer nacional, enar-
bolando su escupitajo, como los soldados de la Repú-
blica,
el vestido de greda de pena de la menta acariciado por las loceras de
Quirihue, los rotos con tordos y matico
del país, te sonrén, en familiar gramática, a la cual responde la cue-
ca morena del matrimonio, que inventamos, desde el
origen del entendimiento.

Un bramido frutal fue tu vientre, cruzado de alas, cargado de
savias elementales,
si el buitre del Señor te mordió las entrañas con la maternidad copio-
sa del castaño, y el horror nos persiguió desde los ce-
menterios,
mi corazón te exprime como un racimo de guitarras.

Recuerdas la cabellera del océano, olorosa a libertad y a mundo
mundo, la sal animal del mar, sus vientos sexuales, car-
gados de orígenes y cochayuyos venturosos, de universos
sepultados y enormes palomas de substancia,
el gran cristal quebrado en los mariscos, que son la risa bendita y las
vísceras, entregándose, boldos o pianos submarinos de
la forma,
ella, que emerge, sola, sagrienta, rota, atronadora, desde la multipli-
cidad de lo discontinuo, clamando el cosmos por el caos
por el cosmos, ansiando la matemática y el terrible
orden,
como un animal muerto, a la siga de su madre, o Thor saliendo solo
del todo,
y haces resollar la humanidad en la naturaleza, enormemente orga-
nizada como mito.

Tú, en las placentas de la vida bárbara, escuchando el crecimien-
to de las apariencias,
la mística feroz de los fenómenos,
el español de ladridos tremendos, que estalla en imágenes.

Aldea de domingo, tinaja de agosto, religión de Chile, escarbo
los vocabularios lacustres, para decirte la bestial medalla despavorida,
rememoro los alfabetos místicos,
donde los dioses son cebollas o choapinos o culebras,
o lagos inmensos, habitados por castellanos de alcohol, poblados de

presagio de lo fabuloso macabro y las tinieblas de Dios,
o andrajos
o colchones desventurados, que deslumbran.

Terror del animal tabú, lo voy siéndolo, tabú, todo congojoso
como el retrato del hombre,
drama de plata, tú, y cumbre marina, gritando los peldaños de la
Atlántida.

Pabellón de tristes y pobres, bayoneta colorada de la liberación
comunista, figura polar, dilema y número.

Canto tu canto de ilustre material catedralicio,
y te ofrezco, Winétt, mis manos cortadas de capitán, bramando
estas letras negras del conjuro . . .

SANCHO DIAZ, CAPITAN DEL SUR
DEFINE LOS ACTOS MAGICOS

(De "Morfología del espanto", 1942)

Todos están muertos, entre las sardinas y el sebo y las palomas y
el vino inmortal de los barrios,
les corre un río enorme, desde los ojos a la boca, errante,
y lloran, por el último botón de los viejos chalecos, la bandera desco-
lorida y el dios de las botellas y las monedas, solos.

Por muñones sangrientos, por fantasmas acometido,
acorralado, acuchillado, acogotado, asesinado, pisoteado, eliminado,
despedazado,
con el bastón y el infierno del cerebro, ¡oh! infeliz,
mordido por asnos irreligiosos y aventureros, sin cabeza, entre su gran
musculatura,
y besos de muerto florecidos de espantosos caracoles.

Tu país naufragó, y tu vasija de llanto y tu columna,
vas a esperar sentado la fundación del mundo, Sancho Díaz, y el de-
rumba de todas las tinieblas,
el instante de acometerte furiosamente.

Talca, rodeada de piedra, de un clan de angustia y piedra, rodea-
da de amarillo y de espanto, rodeada de horroroso,
pelos y huesos de antepasado, que está de espaldas, comiéndose una
cadena rota,
cucharas y dentistas y maletas y bultos de loco y cinturones, espanta-
bles, que persiguen a antiguas ranas de esplendor,

angustioso sol con hierro clamando, y dentadura de vidrio de siglos,
espantajos de esqueleto jubilado y mariscos, que vivían en pies de náu-
fragos, y pálidos hombres de hambre, fragante a horror
genital y águilas,
soledad a inmortalidad, tan moribunda,
el metal y el orín del amor, que es tiempo y corona de mitos . . .

¿Qué terrible traje de familia, y su macabra y desnuda lección
de horror,
y qué piojo subversivo y pesimista, lleno de lenguas de fuego, remon-
tando la historia, a caballo en su desesperación,
mientras la lluvia saluda, enarbolando su último adiós,
desde las negras bodegas, en donde las costumbres le cosen una gran
mortaja de naranjos tronchados y violetas al sol! . . .

Ruinoso amor deshecho, en el cual estaban las colegialas desnu-
das, levantándose los vestidos con tallitos de heliotropo,
y había un cigarrillo apagado, en el pecho de un muerto, que tenía
raíces de tigre degollado,
más atrás, una gran pieza de conventillo, con la laguna del Señor
adentro, con altos caballos y buitres furiosos asaltando
a una muchacha,
a la orilla de la provincia, la mujer abierta
y circulada de toros y choclos de sangre, con rojos óleos, medio a me-
dio de los cuernos,
de los cuales el grande y negro era yo, antaño, encadenado,
con mi cinturón de animales, en aquel ramaje esplendoroso, rojo de
potros y yeguas, pastando oro con ópalos, en aquel te-
rritorio del firmamento verde,
y, adentro de aquellos tiempos de fusil,
el joven salvaje y provinciano, y su chaleco de piedra, y su terror y su
puñal y su pasión, buscando su hembra, tú,
la niña nacida en un temporal de bayonetas.

Sí, temerario Sancho, sí, arbitrario comedor de entrañas y guitarras de esmeralda,
moriste, Sancho Díaz, y caminas, muerto, de aquel paisaje gigante, de
cuero de lagar de hierro de ciudad, cuadrada y furiosa,
muerto, entre todos los tuyos, que humean en la eternidad, arañándose,
muerto, entre los espejos muertos, las maletas muertas, los pellejos
muertos, muerto y muerto, definitivamente.

De ti emerge la soledad, levantándose por encima de las montañas,
la soledad que es un sudario raído y piojento;
contigo se hunde el orbe antiguo y su cuchillo de puta de patíbulo,
acosado de héroes degollados, en la noche de la muerte, y, que aun
gritarán, con la lengua afuera, por los siglos de los siglos, arrastrando
las tripas cortadas,
y tu bramido feroz posee la realidad espantosa de lo que no existe;
el terror te corroe y, mientras hay una sandía sin camisa, allí, en
donde relincharon las mandíbulas, y un escorpión en el hueco del sexo,
tu esqueleto golpea las tinieblas con la gran hacha que heredaste de tus
antepasados cabrones,
levantando el “polvo de los siglos”, la puerta helada de la humedad,
en donde reside y adquiere significado lo que no existió nunca,
el saco de llanto de los adioses;
tu animal se baña en la garganta de todas las palabras,
tus trancos tenaces rajan las tablas de la oscuridad, abriendo su
potrero tremendo, a todas las bestias de lo absoluto,
de Oriente a Poniente, y la unanimidad rodea tu presencia fuerte;
la carcajada de la mañana americana perfuma tus látigos, bañados en
aceite de pescado,
comes cerdos y banderas y ranas y botellas y piojos,
o un gran buey decente, que parece obispo o notario y capón de faisán
o pavo maricón o ganso, o santo, o pato, o gallina con alcohol de
prostituta;
el atardecer del romanticismo te ofrece cien mujeres en una carreta
blanca.

Deslumbrador y terrible, arrasador de las cabezas de los difuntos,
Sancho Díaz, los murciélagos de tu aldea tienen bramidos de espadas
antiguas, en las polvorosas panoplias;
tu voz galopa, a horcajadas, sobre un león muerto,
y eres un soldado de plata y piedra, con ojos vacíos, que posee un canasto de calaveras,
colgado a la majestad del esqueleto, brillando
en la antigüedad horrorosa, en la cual apaga la vela de los siglos un fantasma con su espada,
que relampaguea entre azucenas extranjeras;
muchacho de provincias, tremendamente crecido de acacias y puñales,
en ti se levanta el clamor de los muertos,
con la gran lágrima estrangulada en la garganta.

Todos van solos, y el alacrán les patear la cabeza;
una hermosa vaca de ébano pare en la fosa común un niño de vidrio
que se pone a llorar horrorosamente, y se pone
a bramar como un cerro, con la lengua inmensa,
en el instante en que lame el ave descabezada el farol del mundo y su humo oliente;
sí, forzados, encadenados, presidarios del dolor, terrosos,
nos vamos nosotros a nosotros, tremendamente acometiendo, mordiéndonos, hiriéndonos, comiéndonos las vísceras crudas;
y es el alcohol del corazón, esta gran bandera de barro, que patalea en las vihuelas;
entre caras de luto y sexos muertos, flecos de perro, quesos negros,
¡ah! palanca desamparada, llorando
las inmensas yeguas sufren junto a los brutos,
suspiran los catres toda la historia, y los braseros y las tinajas se estremecen de sollozos, contra la luna vacía de hogaño,
grita el polvo a la espalda, el sol se derrumba, desesperado, en las botellas,
y la voz de Dios aparece debajo de los guardapolvos, la voz de Dios, que es un ataúd degollado;
a cincuenta leguas de mí, todo lo mismo,
criatura de cabellera, que es un país lejano, un país de piel de viñedo

muy precioso y universal, un país con tantos pájaros
como cánticos,
sólo tú, como saliendo de adentro de aquello, que me define;
pero, tejados y ganados, todo lo remoto que tienen las costumbres,
todo lo remoto,
todo lo remoto, que es la voluntad de este presente tan pretérito;
volantín de amor, en mundos de lluvia, cantando los cantos mojados
y desplumados de Pelarco;
se destiñe el mar, y el canto de los naufragios emerge,
absoluto, unilateral, espantoso, manejando su tonada de esqueletos.

Desde tu muerte, un águila, yo mismo mordiendo tu cadáver,
bramo,
porque tu nombre, Sancho Díaz, enarbolado lo llevaron los abogados,
los astrónomos, los pederastas, los fotógrafos, los botica-
rios, los policías y los jueces, los onanistas y los reyes, los
vagabundos, los presidiarios, los marineros, los presiden-
tes, los poetas, los sacerdotes, y los marranos amanceba-
dos del régimen, los viejos putos lesos que comen dioses,
así tenía que matarte, porque tenía que matarte, y te maté, para que
rugiese, eternamente, Pablo de Rokha;
muerto, ¡Oh! muchacho de hierro, atardeció tu parentela de petates
y tías de guindado, de totora, de pigüelo y onomástico,
y el velón de pasión, siempre a la orilla de los cemen-
terios,
tú y tus borracheras, con poncho hediondo y tu causeo de difuntos,
en el Maule,
tu montura de pellejo de fantasma, en la cual iba la cuchilla desespe-
rada del Inquisidor Loyola, echando infierno por las
narices.

Como ella fluía esa columna de sol, que poseen las mujeres de
ojos negros,
y una gran lluvia oscura le caía desde la cabellera, sobre el azúcar del
pie y su campana de oro,

tú, pequeño macho talquino, te suicidaste en mi corazón, terriblemente;
¡oh! amigo crepuscular, ¡oh! hermano furioso, tremendo, maldito
entre los hombres y los héroes,
cómo tu sueño te asesinó con su volumen,
ahora que tiene figura de catafalco todo lo humano y estalla todo lo
pasado.

Contra ti sollozo, acariciando mi aeroplano doméstico, con látigos santos de sal quemada y dolorosa,
te culpo de existir, como el ataúd a su madre,
me corto y me como la lengua, entre grandes mitades de hechicería
y sacrificio espantoso;
eres mi sombra, maldito, y lo que adentro de ella se canta,
eternamente, horriblemente, la desbarrajada voz de todos los siglos,
derrumbándose, con sonido,
y el grito del muerto inútil, que arde.

Extrapotente animal de "Dios", te crecieron las edades desaparecidas en la cuchilla del cerebro,
un tiburón de alquitrán, ardiendo, meneaba su cabeza de comerciante en ataúdes, enterrado en el barro santo de lo prehistórico, que en ti ladraba,
y grandes helechos blandían un garrote de piedra, moviendo la cola y rugiendo;
una gran manada de monos criabas en los sobacos, alimentándolos con vino ardido y grandes rifles verdes,
¡oh! provinciano estrafalario, tu catre de puñales y murciélagos navega a velas desplegadas, por las vías públicas del siglo, timoneado por tu cadáver.

Relumbra en ti la magia sagrada del chuncho de vidrio y la momia que besa al antiguo dios, vendido como esclavo,
la magia de las espadas en las panoplias ensangrentadas, y las palabras del moribundo,

la magia de la herradura de la lotería, cuando un gato de soldado se
levanta desde la lámpara matemática, predicando lo pa-
sado o resucitando el Apocalipsis, en sirio-caldeo;
cantaban las arañas del carbón en tu vihuela,
olor a siglos y a edad gutural de catástrofes, circulaba tus pantalones,
de aceite bramante y arruinado,
y un bienestar amarillo, los patíbulos físicos de tus ilusiones cubría.

Truenos y rayos estallaban en tu pecho de perro,
y aun recoges toda la fuerza dispersa en los fenómenos de la natu-
raleza,
cruzados los brazos sobre el abdomen, en donde murió la paloma;
pero ya nunca más cantarás, ensangrentándote el pellejo de emoción
y poesía;
como cuando estabas tú asesinado por ti mismo,
e ibas cruzando las murallas, en las que el tiempo puso a orear la ca-
bellera.

Sancho Díaz, matador de Sancho Díaz, ¡oh! epicúreo,
¡oh! sol, ¡oh! marrano enamorado de las alcantarillas o del pie de
las jóvenes diosas,
que tienen un racimo de uvas en el vientre;
estás y no estás, y tu sombra terrible cruza, croando y aleteando, en
la oscuridad de los átomos,
aterrorizando los cementerios, los despoblados, los conventillos, las le-
guas difuntas,
espantando, tronchando, arruinando los tejados, en donde escribe el
alacrán su canto a la grandeza del Señor de los Ejér-
citos.

El caballo de madera bebió todo el vino del mundo,
y un pájaro boreal, la soledad del año picotea o azota y humilla con
su sable,
la mujer desnuda, sin embargo de estar desnuda, está helada;

una enorme hoja de otoño pone su huevo de oro, y llora, porque le
mataron todos los hijos;
don Ignacio, don Celedonio, don Jacinto, don Juan Zamora,
ya no van a tomar chicha bendita con charqui asado, en la pianola de
María Rosalba, cuando los paraguas parecen banderas
de naufragio,
porque todos están sin bocas, callados y podridos en el estómago del
pretérito.

Es inútil bramar con la lengua afuera, como una maleta
con la lengua afuera, como una carreta, que le aúlla al atardecer, ahor-
cado en las montañas,
porque no sacamos nada con cortarnos la cabeza y tirársela a los leones.

Hay una claridad mágica y enigmática,
porque estamos adentro de un vidrio, y el tiempo está parado, frente
a frente a nosotros, leyendo su libro cerrado,
y es la hora que no empezó ni terminó jamás en el mundo;
de repente, desaparece el sentido de la naturaleza y todo está en pre-
sente, y está en terrible inactualidad, estallando su di-
namita;
el león del horror se asoma a la misma orilla del universo,
todo lo que somos, lo que seremos, lo que fuimos, se nos presenta,
horriblemente, tremendamente, con pavor velludo, des-
muelado, horrendo, astronómico,
y el vacío, abriendo el hocico, ladra, amenazándonos,
desde el origen de la edad, el caos rugiente, y el principio de todas
las cosas;
un callejón con una vela en la punta,
y, en la punta, un dios asesinado nos ataca furiosamente, moviendo
la cola y las orejas de la cola;
lo problemático naufragó, emerge el destino con los brazos cortados,
tropezando en su muleta, tropezando entre el paisaje de horcas y
cuervos, que se insultan mutuamente, tropezando en la
muerte, que viene rugiendo,

en el olor sexual del lenguaje, su relámpago y su bramido de océano,
la vida se ha parado en la vida, a definir la vida, y lo precederó, por-
que lloran todas las frutas, la caída del sol,
y moriremos en funerarios lagares;
Sancho Díaz va solo y muerto, por la eternidad, caminando
con la cabeza entre los dientes;
desgarro los ijares de mi caballo de piedra, con las rodajas incen-
diadas,
pero lo sujeto frente al agujero tremendo del infierno,
en el cual bufa un culebrón, en cuya frente lleva escrito: "todas las
cosas tienen la cara en la luz y la espalda en la sombra";
cuatrocientos presidiarios amarillos tocan "La Marcha Fúnebre", de
Chopin, en el crepúsculo,
y la soledad truena en la tarde, vestida de solemne negro de muerto,
con banderas de pellejo de señora viuda en las pupilas;
todo es como todo y todo, indescriptible,
colosal, tremendo, funeral, con gestos siniestros de perro,
a cuyas orejas converge un escuadrón de piojos;
va la estampa del primer hombre, con un dios atravesado en las
mandíbulas, arrastrando a la primera mujer desnuda,
horrorizado, huyendo del primer incendio en el primer día de la
madera;
el sol es un joven idiota, guiado por un anciano;
truenan las cavernas, pobladas de hilachas de fantasmas, porque las
penetró lo sagrado y el terror de lo sagrado horroroso,
y un atardecer gutural troncha el lenguaje;
sí, el tiempo es redondo y agusanado, gran leyenda con fuego aden-
tro de las palomas;
no hay posibilidad alguna en aquella noche bravía;
el bienestar de la legumbre y la marquesa de caoba de poema, des-
aparecieron, entre los muertos imperios...

Arañando las rendijas de la aldea, cantan las diucas clásicas de
las trasnochadas y las remoliendas,
las diucas y las putas y el alcohol negro, de muerto de pueblo,
los vocablos parchados de dolor, usados como corcho loco, el desabri-

mientò funeral de la provincia, un bastón paternal mal-
diciendo el esqueleto del bisabuelo,
aquí, demostrándonos el atardecer,
que somos lo errado y lo melancólico, la forma raída, las telarañas
del paraguas del murciélago, que fue juez en aquel in-
vierno,
sangre triste, besos viejos, hombre chegre, que ruge, terrible, a la som-
bra de las últimas bayonetas de dios,
a cabezasos con el destino, agonizando.

Estallan las fogatas y las callampas, en el Sinaí de los ídolos,
mis zapatos beben la sangre de los degollados antepasados, enyuga-
dos al vino genital de los sacrificios, tórridamente,
y en la ceniza lloran las castañas;
a resina sacrificada el pantalón de mayo huele, y a tinaja, que posee
pechos de niña,
polvo de mundos, el finado anochecer levanta,
sobre el cogote del sol herido, baila un gran cardenal idólatra la dan-
za macabra del adiós de los difuntos,
y el mar, vestido de sombrío, ejecuta "La Sinfonía Heroica".

Proclama el fin del mundo un viento de cuero, con ojos helados
y lúgubres,
que pasa, gritando, el hambre de todos los pueblos,
mordiendo los costillares obreros, con su látigo de patrón animal, en-
llantado de cristianismo,
y las criaturas degolladas buscan la cabeza en los cuarteles,
por el pan y la libertad peleando, entre los sembrados desventurados,
contra lagares y trigales,
mientras la gran figura roja, bramando, alza su jarra de vino,
y la derrama, siglo a siglo, sobre la humanidad, tendida, de espaldas,
con la boca abierta . . .

Los cuatro caballos dirigen la palabra a la multitud . . .

Medio a medio de la eternidad, ladra un perro crucificado,
y una niña muerta le hace cosquillas en las verijas con su ramita de
sociedad . . .

Hay una culebra de oro enroscándose a mis rodillas,
porque mi paletó de Clase-Media, se va hundiendo en los precipicios
infinitos, que se rascan la pobreza en los extramuros,
con una gran cuchara de alambre azul . . .

¡Hacia la tumba caminamos, con la muerte adentro de la boca! . . .

Por los desiertos, sí, con los atados de dios a la espalda;
¡y un día seremos horrorosamente barridos de la memoria de los
hombres! . . .

He ahí, entonces, cómo el monstruo de corcho se come los re-
tratos . . .

Y asalta las casas, la soledad, apuntando su carabina sobre las
despavoridas familias . . .

Cuando los borrachos aran los barrios con los colmillos . . .

Soy los últimos saldos del apellido polvoriento y la vieja tienda
abandonada en la aldea,
el atroz diploma del muerto y su azahar espantoso,
el espantoso catre de bronce, manoseado en los embargos de la casa
vacía, y el rifle y el álbum y el sable funeral de “los ve-
nidos a menos”,
el coronel polvoroso y derruido, entre sillas de Viena, reumáticas,

el terrible piano, tan negro de óperas, en el cual falleció la señorita
tuberculosa, que escupía poesía,
el honor de las familias alimentadas con antiguos huesos de jubila-
ción y deudas,
la violeta de la miseria, que crece debajo de los antepasados, echán-
dose versos de tiempo en la carita,
el bastón del siútico, cuando suena a canilla de tinterillo moribundo,
el novio de la niña antigua, florida en su caja de sardinas, en la cual
hay una maleta de viaje,
lo pretérito del petróleo subterráneo o del funeral glorioso . . .

Tu pantalón sobrenatural, Sancho Díaz,
la vida mágica de tu pelo de ciego, en el cual brillaban las cadenas del
corazón egipcio o hebreo,
y se suicidaban las águilas, tu atúd amarillo
empuña en mi padecer su escorpión rojo y negro, atravesando el mar,
atravesando
el desierto sacerdotal de la Mesopotamia.

Sin embargo, la primera canción de ojos negros
y ternura de moneda desaparecida,
terciopelo entre sandías y manzanas, botella de recuerdos, sobre re-
cuerdos, deshojándose, como el entierro de una cigarra,
arde en veinte leones, canta gran desnuda aquí, fijando
los naranjos maravillosos de la juventud que se desploma, haciendo
enorme estruendo;
sí, como corriendo adentro de un aro de plata,
arrancándose del atardecer, que exprime su dentadura de calavera,
entre sonatas podridas,
rasga su risa, olorosa a cama conyugal;
su pecho huele a estrella, como la primera vez que la desnudé, como
la primera
invocación a la inmortalidad, que entonan las recién casadas,
y, en este derrumbe de huesos y guitarras y familias y vinos tenaces,
como el funeral del mundo,

su cabeza de ceniza eminente recuerda la negrura de antaño,
el adolescente grito de niña, que se desnuda entre naranjas y lagunas.

Murió la Chepita, el rucio Caroca, la Lupercia, murió el conductor Andrade,
murió el cura Gómez, el compadre Labra, el Chucho Pérez y don Juan de Dios Alvarado, murió mi padre y murió mi madre,
murió el quinto nuestro hijo Tomás, y todos los abuelos,
y si reuniéramos los esqueletos y los quemáramos, aparecería una gran cara helada, que sería yo mismo.

El elemento milenario y la agresividad horrorosa de la víbora y la máscara creciendo en los murciélagos despavoridos de los sarcófagos, y su voz de vidrios y mitos,
la magia macabra, que irradia el sexo de los números, el siete y el trece de la abracadabra, la hechicería de las yerbas de las ruinas y los sepulcros, y el sol crucificado en la uña de la Gran Bestia,
el resplandor hipnótico de la sangre sagrada de los ópalos, la piedra sangrienta de esclavitud, de las Pirámides, mordiendo los dos sexos abiertos de la Esfinge, que tiene una gran garra en el hocico y un eunuco preñado en el vientre,
el hachazo de lo santo, bramando en los manicomios y los cementerios, o en el dios antropófago de la Custodia, a quien devora el sacerdote,
los ojos rojos de los zapatos abandonados en el copretérito de las polvorosas borracheras provincianas, y su cardumen de océanos de petróleos, que enarbola la bandera de la ausencia hipotética,
esa araña negra del horóscopo, que ruge debajo del catre, como el cachorro de una vaca de piedra, y la domesticidad inmortal del huaco de pinacoteca, que es un viejo dios emputecido,
el tonto de palo santo, que aúlla en pelotas, en el estómago del astrónomo, del teósofo, del astrólogo, del alquimista y del

curandero, o de la vieja ramera, ya cabrona, echando
azufre sagrado sobre la comunidad sangrienta, desnuda
y de rodillas,
el brebaje clandestino y religioso, que la bruja se extrae de la vulva
con la cuchara de un dolmen arcaico,
el hogar furioso del falsificador de monedas, del jefe de tribu gitana,
del hipnotizador y del capitán de asesinos, con su arbo-
leda de puñales y ladrones, sin taparrabo, a la impiedad
de la noche tremenda,
el acordeón azul y feliz del anormal, que apuñalea con las ideas,
el alcohol de terror y clamor inmortal, y la luna partida del esquizo-
frénico, que está con la horrenda cabeza abierta, gri-
tando,
el perro cerdo del neurótico, el asno chanco del histérico, con los
demonios cohabitando,
el íncubo del místico, que posee una gran cadena de corcho, con la
cual amarra de la jeta de la lengua a los súcubos, para
que no se copulen al Arzobispo de Alejandría,
los piojos divinos y enfurecidos de la santa, preñada por el sapo gordo
y coco del convento,
la oblicuidad permanente del invertido, y el atardecer que le llamea
el culo, como cuando la empleada está secando los pla-
tos de loza,
(masturbadores-homosexuales, tirando los carros de dios sobre la his-
toria,
santos, héroes, genios, delirantes-paranoicos-anormales-héroes, hirvien-
do en sangre, mugrientos, y en divinidad, y mierda san-
ta crucificados),
el espejo negro del infierno, medio a medio del medio a medio del
siglo once, rugiendo los milenios,
el silbido de alucinación de la cobra sagrada y el maricón divino de
Ceylán, y los triángulos trágicos del mexicano, los círcu-
los del boliviano, la llamarada blanco y negro del arau-
cano amarillo,
el hierático, el caliente, el dramático hipo de cópula de “La Pantera
Siria”,

la atracción trascendental del precipicio, que comienza en lo infinito
y termina en los ojos de los muertos anónimos,
la botella y la baraja, horadando la noche capada,
el escorpión de los adúlteros, que es el animal de las letrinas y los pan-
tanos y las lagunas desamparadas, y tiene un ojo en un
pecho, que parece tubo o gusano,
la cara maldita del gran poeta, que escupe sol y naranjas maduras,
la universalidad del crimen del astro del triste atardecer, en el que
se ahorcó el último de los leones, y el culto de los pre-
pucios, la gran copa hinchada de sangre, el degüello del
Cordero en el Sacrificio de la Santa Misa,
el índice de la viuda tremenda, cuyos pechos son como sembrados de
balas,
la polilla de las verijas del Espíritu Santo, cuando más santo más pa-
recido a una bacinica o una poesía, o a un dios-sol ase-
sino, arando los escombros de lo arcaico,
los pingajos de los retratos de los antepasados, eructando sus comis-
trajos sentimentales,
la antigua voz de los caballos, asesinados por el Arcángel de las in-
mensas batallas, y el animal esotérico de las iglesias,
la canción trizada y maldita de los masturbadores sagrados,
la ojera neutra de la pollera del sodomita, y el culebrón de alcanfor
negro del pederasta, investigando lo absoluto, y la uni-
dad, en sus traseros,
las cinco ciudades, llorando las cinco mujeres, violadas por setenta
degenerados,
los moluscos petrificados y viciosos, amándose a tres millones de años
de la existencia, entre olor de siglos y mundos que se
desgancharon,
anocheciendo, la risa sombría de la silla, y el espectro de cerebro, que
se sienta en ella,
todo lo macabro, que contiene el pellejo tenebroso del brasero tre-
mendo, sobre el petate de las abuelas, frente al águila
de plata,
la fijación patética del coleccionista de alpargatas o de cabelleras de
soldado,

la joroba, la sal maldita, la sotana, los pergaminos y los crucifijos apollillados de las viejas prostitutas muertas y los idiotas
la droga de la meica peluda y el gallo negro del Esculapio de Sócrates,
el espanto del marrano del Carnaval y los sábados, asesinados, entre
dos palos quebrados, en cruz, por un gusano,
la baba trágica del iluminado, que descubre lo divino en la epilepsia,
buscando el uno del uno,
el tic funeral de los gallos de los pueblos absurdos, cuando braman,
a medianoche, que se están ahogando en la eternidad,
y están desnudos y podridos en el fondo de las épocas,
el vestón del abogado, el bastón del presidiario, los dos con ojos vaciados y horrorizados,
la ollita en donde, eternamente, come el muerto de las razas primarias, y cuya gran figura va a recordar un dios con los testículos hinchados de sagrado vino, y el pene hirviente, como la ostra de la diosa, a todo lo alto y lo ancho de la divinidad, enarbolado, entre sahumeros y cocimientos,
el terror-horror con que aúlla el ensangrentado altar-totem-tabú del druida, al cual consuela la mar sagrada y humana de adentro del sepulcro que llora,
el alarido de la edad sin edad de la humanidad, en todos los peldaños, que cubre el traje de cocodrilo, de adivinador, de marracho, de sepulturero sacerdotal del gran artista, y adentro del cual hay una paloma, debajo de un chacal que tiene catorce leguas en contorno, y aúlla, como un tiburón internacional, sacándole la lengua a una marrana de oro,
lo oscuro, lo enigmático, lo absurdo, raíz de lo lógico, ser terrible del ser pensante, que, desde el origen, viene con la cabeza desenvainada, gritando así, en la Santísima Trinidad, tremendamente sangrienta y arcaica, como en el triángulo mágico de la Masonería, atorado por los gusanos sagrados,
nos escupe, nos aterra, nos inhibe, acorralándonos, acuchillándonos, solos, a una velocidad roja, como de imagen tremenda-

mente ahorcada, precipitándonos entre nuestros propios huesos, de aterrado caballo enganchado a un sepulcro, que corre y corre y corre y corre y corre hacia y contra la suciedad iluminada, en la cual naufraga la existencia humana.

La triste camisa del siútico, en la cual vuela una gran botella negra, y el piojo ilegal del onomástico, con un vals de casa de huéspedes y un compadre en la barba, y el sable terrible del General jubilado, que apunta a un pantalón zurcido, las románticas heráldicas, meadas por las tremendas tempestades antiguas, los Gómez, los González, los Pérez, los Díaz, en aquellos coches arrastrados por abogados de aldea, el bastón del horror de los trescientos acompañamientos locales.

Sí, desde el vientre de la violeta de barrio, aúlla un chacal muerto, la desaparición de todas las cosas, y todos nos cubrimos de coronas usadas, de leones de museo y oleografía, pues es el instante en que a la muchacha con la cual nos casamos le sale tiempo del pelo . . .

Adiós, el cielo negro, yerto y fenomenal, cúbrese de cadáveres relanpagueantes, y el gran fantasma golpea las puertas abiertas de los sepulcros, con un palo de polvo a cuya cabeza ruge un escorpión decapitado, y arriba, en lo alto del pasado y el porvenir, se derrumba un pétalo de eternidad, desenganchando toda la montaña de los siglos, Sancho Díaz, Capitán del Sur . . .

EPOPEYA DE LAS COMIDAS Y LAS
BEBIDAS DE CHILE

(1949)

Hermoso como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas de
entre perdices,
la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora
más preciosa, lo más precioso que existe, para embar-
carse en un curanto bien servido,
el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento,
como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cochayuyos
de oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por
el jugo de limón otoñal de los siglos,
o como la olorosa empanada colchagüina, que agranda de caldo la
garganta y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor
de durazno.

Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, pi-
cantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las ri-
beras del peumo o la patagua o el boldo que resumen
la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quiri-
hue o de Cauquenes,
o de la guañaca en caldo de ganso, completamente talquino o lican-
tenino de parentela?,
no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye “el
Martirio”, en las laderas aconcagüinas, y la lisa frita en
el Maule, en el que el pejerrey salta a la paila sagrada
de gozo, completamente rico del río, enriquecido en la
lancha maulina, mientras las niñas Carreño, como su-
friendo, le hacen empeño a “lo humano” y a “lo divi-
no”, en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos grandazos que huelen a verano y son otoños de nogal
o de castaño casi humano, los como en todo el país, y en
Santiago los beso,
como a las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda
de Rancagua levantándose los vestidos debajo del man-
zano parroquial, de la misma manera
que a la ramada con quinchas de chilcas en donde tomamos en cacho
labrado el aguardiente de substancia,
o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos so-
llozando a los océanos tremendos de la noche, a cuya
negrura horriblemente tenaz converge el copihue de
sangre,
o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente
cantando.

El vino de Pocoa es enorme y oscuro en el atardecer de la Repú-
blica y cuando está del corazón adentro el recuerdo
y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como
el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los reman-
sos o contra la gritería roja de la espuma.

La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran
vaca sagrada,
y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla,
en los caminos ensangrentados de abril, la guitarra
del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado,
y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y de-
bimos y quisimos hacer, como un loco
asomado a la noria vacía de la aldea,
mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la
ancha ráfaga del crepúsculo,
que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

Relumbra la montura en Curicó, del mar a la montaña, resonan-
do como una trial carreta de trigo, resonando

como el corredor en vacas o el trillador o el que persigue a una ter-
nera, borneando la lazada
encima de la carcajada, chorreada de sol, de la faena, en la cual la
bosta aroma como un dios los estiercoleros domésticos,
con huevos inmensos de viuda.

Una poderosa casa de adobe con patio cuadrado, con naranjos,
con corredor oloroso a edad remota,
y en donde la destiladera, canta, gota a gota, el sentido de la eterni-
dad en el agua, rememorando los antepasados con su
trémulo péndulo de cementerio,
existe, lo mismo en Pencahue que en Villa Alegre o Parral, o Caleu
o Putú,
aunque es la aldea grande de Vichuquén la que se enorgullece, co-
mo de la batea o la callana, del solar español, cordille-
rano, de toda la costa, y son las casas-tonadas
del colchagüino y el curicano, quienes la expresan en lengua tan in-
mensa, comiendo arrollado chileno.

Porque, si es preciso el hartarse con longaniza chillaneja antes
de morir, en día lluvioso, acariciada con vino áspero,
de Auquinco o Coihueco, en arpa, guitarra y acordeón bañándose,
dando terribles saltos o carcajadas, saboreando el bra-
mante pebre cuchareado y la papa parada,
también lo es saborear la prieta tuncana en agosto, cuando los chan-
chos parecen obispos, y los obispos parecen chanchos o
hipopótamos, y bajar la comida con unos traguitos de
guindado,
sí... en Gualleco las pancutras se parecen a las señoritas del lugar:
son acinturadas y tienen los ojos dormidos, pues, cos-
quillosas y regalonas, quitan la carita para dejarse be-
sar en la boca, interminablemente.

Y la empanada fritita, picantoncita y la sopaipilla, que en tocino
ardiente gimieron, se bendicen entre trago y trago, al pie

de los pellines del Bío-Bío, en los que se enrolla el trueno con anchos látigos,
pero nunca la iguala a la paloma torcaz, sabroseada en los rastros de julio, en la humedad incondicional de tal época, entre fogatas y tortillas, tomando en la bota de cazador esos enormes vinos que huelen a pólvora y a amistad o al zorzal tamaño del viñedo, que es el puñal agrario del lamento,
cazado entre los pámpanos santos, como un ladrón del vecindario campesino y al cual se cuece en mostos blancos,
ni el causeo de patitas, que debe comerse en Codegua, no después de beber bastante chacolí con naranjas amargas, sino tomando vino de Linderos.

Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia, y está dorado y precioso como un potro percherón o una hermosa teta de monja que parece novia,
comienza el poema de la saturación espiritual del humo y así como la olorosa aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible saborear los patos borrachos con apio y bien cebados y regados con cien botellas, la olorosa aceituna de Aconcagua, se macera en salmuera de las salinas de Iloca, únicamente, la carne sabrosa de los bucaneros y la piratería se ahuma con humo, pero con humo de ulmo en La Frontera y surgen pichangas y guantadas o mate de sables antiguos,
y el picante de guatitas a la talquina está rugiendo.

En Tutuquén se condimenta un valdiviano tan quemante, que arrastra el trago muy largo y al cual, como a los porotos fiambres, se le aliña con limón y brotes de cebolla de invierno,
todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de rescoldo y también las papas asadas y la castaña, como en Concepción, cuando se produce sopa de choros, o en San-

tiago chunchules o cocimiento del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros, absolutamente choros, choros crudos o asados en brasa y de peumo.

Sin embargo, no comamos la ostra en ese ambiente, en el que relumbran y descuellan los congrios-caldillos o flamea la bandera de un pipeño incomparable, comámosla en el gran restaurante metropolitano, con generoso y navegado ámbar viejo de las cepas abuelas del Maipo, comámosla lloviendo y brindando en el corazón de la lluvia, como si fuéramos a ser fusilados o ahorcados al amanecer en las trincheras.

Y en Constitución o Banco de Arenas el piure se tajea a cuchilladas, bañándolo en limones de la costa y vino blanco, tanto vino blanco como es blanco el vino blanco, mientras la presencia del pejerrey-cauque asoma su sol sangriento, como polvoroso oro en campos de batalla.

Porque en Antilhue fructifica una longaniza tan exquisita como en Chillán, la longaniza que se comía en los solares de la gran ciudad funeral y fue como el toro de Miura: lo único definitivo, por lo cual yo prefiero adobado el lomo aliñado en Lautaro o Galvarino o Temuco, obteniéndolo con cerdo sureño, oceánico, y una gran cazuela de pavita en Lonquimay o el cordero lechón asado en brasas de horno, con quideñes agarrados en la gran montaña del copihual araucano, en Traiguén, en Nacimiento, en Mulchén, Angol y Los Angeles o a la misma orilla del río Vergara o en Cañete o en el ilustre golfo de Arauco, como, por ejemplo, en Lebu, y aún en el espinazo de epopeya de la Cordillera de Nahuelbuta.

¡Ah! felices quienes conocen lo que son caricias de mujer morena y lo que son rellenos de erizos de Antofagasta o charqui de guanaco de Vallenar o de Chañaral, paladeándolo y saboreándolo como a una chicuela de quince abrilés,
en la sierra minera, entre mineros, fuertes y heroicos, o conversando con los burros sagrados que forjaron la minería,
en tanto dos cabritos de Illapel se divierten alegremente, en los olorosos rescoldos fabulosos del boldo de las banderas chilenas, gloriosos como gloriosos mostos.

Los huasos ladinos y remoladores de Doñigüe o Machalí o San Vicente de Tagua Tagua o Peumo o Quivolgo comen asada la criadilla,
con pellejo, medio a medio del rodeo de octubre, entre el quillay o el raulí florido de las “medias-lunas”, estremecidas por el bramido nacional de las vacadas, estremecidas por el coraje de los jinetes rurales y el sol sonoro,
y el ñachi lo toman caliente, bebiéndolo del degüello más tremendo, como en los espantosos sacrificios religiosos de la fe arcaica, horrorosamente ensangrentada,
con la naturaleza y la sangre como dioses.

Si se prefiere ganso con ajo y arvejas, cómase en la provincia de Cautín, y el curanto en Chiloé y en Osorno o Puerto Montt o en Carahue, para la época “santa” de las Candelarias, en días nublados, indefectiblemente nublados, mientras tiritan las hojas caídas en la agua inmensa.

Cantando y tomando, los empleados públicos del lugar atraviesan sin afeitarse
de una eternidad a otra eternidad, completamente de aguardiente atorados, en aquellos amarillos, inmensos catres de bronce que cubren el Valle Central de la República de nubes azules y angelitos,

y el preceptor se toma su copa de tormento, exactamente en Pelequén, en Chimbarongo, en Bailahuén o en Curanilahue conmigo.

Dicen los curillincanos que nadie entiende cómo se asa la mala-ya al estandarte bañada en harina tostada y orégano, sino los curillincanos y aún los más baqueanos y acampados,
pero los sanclementinos, si son Ramírez, les desmienten y agregan la molleja y el pecho de ternera con hartos abundantes tallos y vinagre
y bajan la panzada con guarapón de Curtiduría y avellanas bien retostadas del Culenar maulino, Maule abajo o con queso asado, de aquel que huele a coironal cuyano o a "triste", cantado por arriero, allá por el "Resguardo de Las Lástitas",
a lo cual contesta el viviente de Pichamán con medio ternero al rastrojo del alambique
y el paisano de Tanguao o de Huinganes con chanchitos muy rellenos de perdices en la brasa primaria y criminal de los roces de mayo, que son como el rescoldo de los antepasados y los primeros incendios del mundo.

La chanfaina licantenina es guiso lacustre, mito de río y ribera, fluvial-oceánico y cordillerano, lugareño, aldeano, campesino, provinciano y como de iglesia, volcánico y dramático,
y el caldillo de congrio, de criadillas, de choros, como la pancutra, son lancheros, hermanos de los valdivianos lancheros, que parecen que tuviesen una gran gaviota nadando en el caldo sagrado, fundamental y elemental de los huesos chascones llenos de médulas o en el navío de papas con luce o cochayuyo desenfrenado,
más que el charquicán del alga yodada, la cual lo contiene, pero lo deprime, retostándolo como cabeza de tonto.

El chicharrón de ubre, comido por los carrilanos y los ferroviarios, se hace presente enharinado, a la carrera, clandestinamente, en la chingana de la estación sureña, junto a los pollos caídos, bien ardientes de ají cacho de cabra o queso chileno, asado, con ajo asado, a la orilla de la imponente pata de vaca con cebolla grande, sujeta a la relación de la tortilla, que recuerda los braseros y las castañas de agosto, entre la jaiva gordota del tren longitudinal y los huevos cocidos del viaje, y aquellos sabrosos causeos de lapas y conchas que nos ofrecen las bahías, frente a frente a la mar diversa de Laraquete, con olor a limón costino, a antigua casa de aldea con violetas, Winétt, a lluvia provincial cantando y llorando infinitamente, cuando nos hallamos completamente solitarios y trasnochados y la naranjada con huachucho, maliciosa, nos exige lo más dramático y lo más romántico del océano en humilde plato de barro.

Si fuera posible, sirvámonos la empanada, bien caliente, bien caldúa, bien picante, debajo del parrón, sentados en enormes piedras, recordando y añorando lo copretérito y denigrando a los parientes, cacho a cacho de cabernet talquino, y la sopaipilla lloviendo, con poncho, completamente mojados, entre naranjas y guitarras, acompañados del cura párroco y borrachos.

Será el chunchul trenzado, como cabellera de señorita, oloroso y confortable a la manera de un muslo de viuda, tierno como leche de virgen, lo cosecharemos de vaquilla o novillo o ternera joven, soltera, la cual, si estando enamorada ríe y come ruidosamente, elegid la melancólica,

sirvámoslo con buendoso puré de papas, en mangas de camisa, por
Renca o Lampa, acompañados de señoras condescen-
dientes y vino mucho tinto, pero más de bastante y
mucho,
cuando ojalá se celebre el onomástico del carnicero o el santo del pa-
co de la comuna
y la niña de la casa os convida a que recitéis, como un cualquier ma-
ricón del "Pen Club", por ejemplo,
pues entonces . . . cantad, cantad la canción nacional, proclamándoos
por vosotros
el Conquistador de la América del Sur, proclamándoos capitán de los
corsarios americanos,
proclamándoos antiguo y valeroso vikingo en jubilación hasta el alba,
cuando los pájaros del amanecer cantan la lágrima romántico-dramá-
tica de la luna hundida,
no sabemos cómo nos ponemos el sombrero,
ni cómo se llamaba aquél del moscatel lagar ahogado.

Dichosos son quienes se comiesen de perniles calientes cinco o
más kilos,
medio a medio del invierno de San Felipe, si el invierno está tronado
y cruzado de relámpagos e inundaciones
y él posee una gran manta de Castilla,
con la cual abriga la guitarra y la bien amada Dama-Juana.

Y cómo flamea el pañuelo,
como la bandera soberbia de un gran barco, al anoecer, si están
bien cabezonas las mistelas, si los huasos son huasos y
no velas de sebo, si arde el ponche y estalla la cueca
zapateando los entorchados, entre cielo y mundo,
el varón dibuja la escritura de la varonía fundamental de los rotos
chilenos,
y la mujer fija la huida de la coquetería en los zapatos,
pues nos hemos venido a Peldegua a remojar la Cuaresma en chicha
del "Tránsito" de Paine

o andamos alegrándonos, en tomas, o haciendo
cantar la rodaja de las espuelas, o el tiento de oro de los lazos tren-
zados en piel de guanaco de Las Condes,
encima del lomo de gallina de los futrecitos amatonados.

Con bota de potro o de cabro, apérese el jinete de charqui, aguar-
diente, queso y tortillas —jamás pollo, que es para el
viajero y no para el arriero—,
acondiciónese en previsiones de correones chillanejos el tacho y el ca-
cho laboreado, para la bebida, porque el hombre de
pantalones de hombre, viajando a caballo no tomará
sino no vino ni tinto, no, sino una gran cachada de gua-
rapillejo ardiente
y no remuela, porque se enreda en las hilachas, sino
después de haber vestido el pantalón de bombilla, la chaqueta abo-
tonada con seis corridas de botones y el calzado
en punta de alfiler de los casamientos.

Como absolutamente todos los bautizos se celebran entre junio
y julio o agosto, y también los velorios y los santos y los
casorios, las remoliendas, en general, las tomateras, los
esquinazos, malones, cuchipandas y alharacas, así como
todos los tontos se llaman "*Alone*",

si Ud. se presenta malo del cuerpo, tómese una gran chupirca de ma-
drugada y frótese las manos de gusto,
cómase un ajíaco de pancutras fiambres y el trago no bébalo puro, bé-
balo puro y con torrejitas de naranjas de la más agrí-
ácida que encuentre, naturalmente en el naranjo más
anciano de la aldea,
báñese en chacolí fuertón y corajudo
y váyase a echar esa última cana al aire mucho antes de que la pela-
da le coloque la espalda contra la eternidad y el pecho
frente al cielo.

Sin embargo, con cuánto anciano y varonil entusiasmo, más o menos deslenguado,
el rotito de Collico o Graneros agarra la “mona” del sábado por tres semanas y un día, le pone bastante sobre los bienes en Curepto, para que no le vengán diciendo: “mata de arrayán florido”,
y se acuesta en un pajar cualquiera, roncando,
con el último pan de lágrimas en los bolsillos, soberanamente mu-grientos,
en los que renuncia el oro nacional cantara su tonada.

Cuando comienza la llovizna, hay vacas difuntas llorando en los acantilados y braman las quebradas,
es riquísimo el mate con carne y de rescoldo bien tostadas las hallullas, porque cuando llueve a cántaros es frita la papa salada la que nos impone su apetitoso régimen de aguardiente,
se platica la amistad nacional fumando aquellos cigarros de los años pasados o antepasados, de provincia en provincia, en nuestras hermosas casas, que hoy habitan la ortiga, la rato-nería y “el polvo del tiempo”, o los mariconazos,
y aún se echan huevitos y papas a la ceniza,
enumerando a todos los difuntos familiares y al río con navíos del letal lugar natal, forjado por cantos de gallos tremendamente, eternamente, remotísimos.

Es natural un caldo de cabeza, aclarando los domingos de Valparaíso, sobre el Puerto brumosamente viejo.

Son el mapuche y el afro-ibero sanguinarios y religiosos los que sepultan en nosotros nuestros enormes muertos, embriagándonos en ritos feroces,
si la dolorosa borrachera funeraria deviene asesinato,
y en alcohol y sangre el chileno ahoga el complejo de inferioridad de los inmensos pueblos pequeños, y su enorme alegría tan desesperada y tremante, y el roto engulle bramando, el garbanzo con gorgojos.

Un trago de guindado de antaño sienta muy bien a quien emprende, de noche, una gran jornada a montura.

Cuando los arrasó la inundación y el huracán, a tempestad eléctrica oloroso, los azotó con palos de fuego, impiadosamente,
los huasos costinos lagrimean el poroto con chorizos
que su mujer distinguió en la vieja y de greda callana negra, entre el desastre y las pilchas llovidas, a los que alegró con infinitos y ardientes huevos tremendamente fritos y de gran cebolla brotes,
comiéndolo con el puñal a la cintura y revólver de catástrofes,
pero el huaso muy rico y muy bruto lo aliña con limón tronador, entre tinajas y bateas, desde el pecho de racimo polvoroso de la vendimia, y la caricia
de las vendimiadoras le revienta uvas chilenas en la barba.

Si murieron, por ejemplo, sus relaciones y sus amistades de la infancia y Ud. retorna a la provincia despavorida y funeral, arrincónese, solo en lo solo,
cómase un caldillo de papas, que es lo más triste que existe y da más soledad al alma,
y beba vinillo, no vino, el vinillo doloroso y aterrado que le darán a los que van a fusilar los carceleros o el fraile infame que los azotará con el crucifijo ensangrentado.

Como la más acrisolada trilla a yeguas florece en Linares, por Longaví, Colbún, San Javier, Yervas-Buenas, Curanipe, Loncomilla,
cuando los huasos chapados a la manera de antes, con arcos de plata y aperos de resonante correaje formidable, trenzado en Pelarco, galopan por el Callejón de las Diucas, levantando un cataclismo de polvo,
están las bestias en la era y llega el patrón, que no es ladrón, don Acri-

cio Montero, con la Rosita al anca y los guainas bien
 montados,
y el rucio Caroca pega la primera guargüereada de ponche de culén
 golpeado y azotado, como es menester, deslumbran los
 choclos cocidos y la empanada está gritando caldo santo,
jay! yegua . . . a . . . a . . . las guitarras rompen el galope dionisiaco,
el cielo fragante a heno sonoro, ríe como gordito y gozoso a las espi-
 gas pisoteadas, pues el mundo entero es un antiguo Rey
 de España hecho con pueblo y trigo de catástrofes.
que resuena, bajo los cascos sagrados de los caballos y el día inmenso,
 tráguese el pipiritiuque y no se atore.

 “Para el rodeo” aún quedará algún membrillo y la aloja traerá
 de los soberados de invierno el verso del muerto y sus
 acordeones y el sueño del hueso de otrora
hacia los ciruelos, los duraznos, los almendros tremendamente floridos,
 sin vergüenza ni medida,
por cuyo motivo a las vaquillas les picarán el sexo las abejas equivocadas
 que capullos los creyeron y entrará el primer jinete
 y su pareja
repicando en piano de guano y bramidos,
porque la media-luna de arrayán, repleta como bandera de “rico” de
 provincia o como desnudez de abadesa, canta lo mismo
 que una gran campana . . .

 Cuando está borracho el año, el otoño, los rastros, los abejo-
 rros, los toronjos, los peones contra los patrones y los
 lagares,
comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos aga-
 rrados al sol encima de los pechos, del vientre, de los
 muslos de las muchachas, que habrán de estar de espaldas,
 con las piernas abiertas, riéndose,
mientras resuelan las carretas, sonando cerro abajo
y un capataz apalea a una patagua, creyéndola su mujer querida y
 arriba

de la gran ramada de quillayes o maitenes
grita un chorro de vino, que anda por bajo debajo de los subterráneos,
gritando, grita, como un animal muerto, grita
mostrándole a la inmortalidad su verga de toro.

En Auquenco o Chuchunco, si se prefiere, para las topeaduras
del Dieciocho, huelen a montañas las cocinerías,
y a sudor de caballo fuerte, pujan las bestias, anudándose
contra la vara de avellano, hinchadas las arterias, clavadas sobre el
gaznate, en esfuerzo enormemente tremendo, acogota-
das de desesperación y águilas,
todos están tensos, dramáticos, acechando, rempujando, agarrando el
pecho de hierro de la batalla
hasta el instante estelar en el que un "potrillo" de chicha cruda, baya,
con panales, hirviendo y rugiente como una hermosa hi-
ja de león, corona
de curagua el guargüero de uno y sólo uno de los vencedores,
porque la bestia, de espuma y victoria aureolada, irá a mascar el fre-
no con los gañanes, ya rebeldes.

Hacia la rayuela del domingo van el Juez y el Alcalde,
el Cura, el Oficial Civil, el Gobernador, don Custodio, don José To-
más, don Clorindo, don Anacleto, don Rosauero, las Pe-
ralta, las Díaz, las Correa, las González, las Montero,
las Ramírez, las Pacheco, las Mardones y las Loyola,
porque la fritanga de la Carmen Chávez brilla, como un templo en
el crepúsculo de abril y Pancho Silva . . . , no, el chu-
cho Letelier ("don Toribio"),
acaba de hacer la primera gran quemada del campeonato, fumando y
tomando (aunque la mayoría democrática y radical de
la comuna maneja el tejo como empina el codo)
y levanta
el vozarrón de *los momentos definitivos*, como un puñal que tajease
el horizonte departamental o como un panal sonoro co-
mo el lomo del maulino

o como las banderas de septiembre, estremeciendo la epopeya provinciana, el medio-pelo grandiosamente oratorio y jubilado de las familias de fotografía de matrimonio y onomástico,
y un canto de gallo destaca la heroicidad civil de las guitarras, superando los funcionarios silvestres, como el "chancho" en piedra, chancho sin chancho de causeantes.

Comamos choros asados a la orilla del brasero, si la tempestad desencadenada ruge arrastrando sus cadenas por los abismos
cordilleranos y en la gran mar oceánica, tomando vino sopiado, pero, con mucho cuidado de beber bastante blanco, del moscatel blanco, en cacho, con la charrasca a la cintura,
contando cómo nos topamos con el diablo, en el Pajonal de Los Canelos, cara a cara, entonces le descerrajamos tal guantada en el hocico y la hediondez de azufre fue tan grande en Colchagua que los cuyanos estornudaron.

Cuando un "cristiano" de Rauco se muere, lo primero que debe hacerse es tomarse un taco bien largo del asoleado, y enviar a la familia una gran cabeza de chancho para el velorio, ir a visitar a los compadres del difunto e ir tomando y tomando por el finado,
suspirar mirando las vigas penosas de la casa, tomando a la tuncana, por la salud de la viuda y los niños, por los tiempos pasados y los recuerdos más añejos que *el añejo*, por la comadre, tomando
por todos los muertos del lugar, añorándolos, entre trago y trago.

El pejerrey macho del río Claro no es un pescado, es un imperio de cincuenta o sesenta o setenta centímetros, al cual sólo las truchas asadas de las "Chicocas", en Constitución, le encuentran la rima,

por eso cantemos a don Tomás Marín de Poveda el himno colosal de los comedores de pejerreyes fritos y bebamos a la memoria del fundador de ciudades.

El farol del pequenero llora, por Carrión adentro, en Santiago, por Olivos, por Recoleta, por Moteros y Maruri, derivando hacia las Hornillas, el guiso del río Mapocho inmortal y encadenado, como los rotos heroicos, afirmación del trasnochador, les suele hacerles agua la boca a los borrachos de acero, picante y fragante a cebolla, chileno como la inmensa noche del hombre tranquilo del Mercado, hombre del hombre, y el pregón bornea la niebla mugrienta como una gran sábana negra.

Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sangrada del patio de los naranjos, las recalentamos con incendio de canelos y piedras ardientes, embelleciéndola con hojas de nalca como a una desnuda y feliz muchacha, a la cual cantando le echamos choros, perdices, locos, cabezas de chancho, malayas de buey y ternera, patos, pavos, gansos, longanizas, queso, criadillas, corvinas y sardinas, sellándola y besándola como a una tinaja de mosto, colocándole una gran centolla en toda la boca e invitando como aguinaldo al curanto a la población de La Cisterna, nos ponemos a tomar hasta las lágrimas y el “mucho grande lloro”.

La bien llamada y dulce chupilca y el imperial e invernal gloria-do, cabezoncito y olorocito a huertas antiguas, o el madrugador pipiritiuque, cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas y aún a resucitar muertos, auténticos y terribles muertos, cuando el poeta se encuentra con amigos comerciantes en animales,

con toneleros, talabarteros, carniceros o profesores primarios completamente seguros del buen gacnate, allá por Angol adentro, se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes de cogerse un enfriamiento por heladas las entrañas.

Yo sostengo que la cazuela de ave requiere aquellas piezas soberbias y asoleadas de los pueblos costinos, el mantel ancho y blanco y la gran botella definitiva y redonda, que se remonta a los tiempos copiosos de la abundancia familiar y cuyo volumen, como por otoños melancólicos ciñéndose, recuerda los cuarenta embarazos de la señora.

Si tiene mucha pena y poca plata, tómese una tal agüita de toronjil con aguardiente y abríguese como un imbécil, porque ha de ser invierno, o un vinito al vapor con limón en monedas, pues también es muy rico el de substancia puro, tomado con cigarros de hoja, paseándose por el corredor de los antepasados y el con ruda o ajo o guindas o hinojo, sin dulce alguno, seco y varonil, como cacería de leones.

Echando sol por todos los poros del verano, sudando como caballo galopado del mar a la cordillera, bramando polvo de oro, remonta el pastel de choclos, a la chilena, el cual se distingue distantemente cuando las primeras chichas y las primeras hojas saludan a la primera prieta de abril con una gran ostra marina.

Unicamente la Merceditas Arriagada, en mil leguas a la redonda, es capaz de asar unos pollitos tiernos, con espárragos de azules primaverales y moscatel rosado (en callampas),

y Juan Carrasco, de Til Til, esos cabritos o esos chanchitos lechones
que se agrandan tanto
con el aullido invernal, acompañándose por la cebolla clandestina-
mente brotada y la aceituna reciente o ausente, “divi-
namente” saboreada, “vinosamente” saboreada,
cuando el gato de los tejados tocando su rabel mojado,
acalora a las señoritas en la cama rosada, las cuales sollozan y sus-
piran demasiado y bastante
en acariciándose la propia belleza.

Sí, desayunaos con café oscuro con huachucho, diciendo: “revuel-
tón anda el día, como que llueve y no llueve”,
echadle un trago, como no mirando los nublados que el tiempo des-
hilacha con relación a una flojera triste que Chile com-
prende en ausentes lamentaciones,
después de haber estado rumiando y bramando.

Echada, medio a medio del verano, hinchada de enorme leche
verde,
estará abierta la sandía, como huasa sin calzones,
a fin de que nosotros la comamos a la sombra de las pataguas de Chim-
barongo, con bastante de llallis gran harina,
mientras la yegua tordilla que montamos con aperos de buen jinete,
pasta el poleo o la romaza picoteadas de pidenes y la perdiz silba a la
majestad solar, tocando
la guitarra de vidrio que le obsequió la lloica anciana,
y todo resuella, sudando y enarbolando espigas que relinchan y un
galope
de potros o de toros, atruena
la olla cóncava en donde se cuecen gigantes humitas de cien haciendas.

Como la papa asada en el rescoldo del crimen enorme del roce,
frita en grasa la pana y el valdiviano en fuego de bostas, adornado de
huezazos y camarones de abril, en los húmedos y plúm-

beos crepúsculos de Lagunillas o Ramadillas del Lircay vecino,
y el catete en caldo de pato criado con relámpagos.

Un vino caliente torna más heroica la madrugada de la remolienda, afirma las cinchas
y es como una gran fogata en las montañas americanas,
bebámoslo, nosotros los viejos, recordando las buenas monturas de antaño, recordando los lazos trenzados, recordando los caballos que montábamos cuando estábamos desafortunadamente solteros y disparábamos
el nuestro revólver contra todas las cosas del mundo,
refocilándonos por encontrarnos bien aperados y siendo los buenos domadores de entonces . . .

Asada, la castaña da gran intimidación heroica a la chimenea, rememora las cacerías de torcazas y el grito del zorro del tiempo en la quebrada acuchillada por la tempestad, y es maravilloso
enternecerlas con aguardiente de la Recoleta Dominica.

El chuncho de Hualañé invita al ponche y al mosto, a aquellos pigüelos soberbios de don Juan de Dios Alvarado, en esa enorme chicha bautismal de doña Rosa Díaz, la tía del Mataquito,
cuando, por el Bolsón de Leandro bajaban las vacadas de Ramoncito, bramando adentro de los truenos épicos con Ramoncito, el tontorrón apatronado y pisoteado, a la cintura, y Licantén estaba de barrancas enarbolado por mucho lloviendo, a la orilla de abismo del invierno, que se derrumba, tiempo y cielo abajo, en feroces naufragios de espanto de ciclones.

Y pite su pucho de hoja, paseándose,
cuando la ñieula arrastrá arrea su inmensa oveja negra
por el callejón de on Vicho.

Como los locros de ñocos con cochayuyo o mariscos traen entero
el mar adentro, como rugiendo solo,
es menester cuidarse del oleaje afirmándose en la color vertical de
Chile que los ilustres patipelados tragan con moco y to-
do, entre lágrimas muy pálidas y muy ácidas,
y el soldado grande chileno se refriega en las heridas,
para lo cual la persona está sentada principalmente en un espino del
Sur, quemado, pero con viento tremendo,
no tomando, sino bañándose en el buen chacolí de octubre, que gri-
tará lleno de banderas.

O como fuego con fierro adentro, es decir, el ají con ají, que
come el pobre, cuando come, enyugándolo a la cebolla
agusanada . . .

LOS ARRIEROS CORDILLERANOS

(De "Idioma del Mundo", 1958)

OFRECIMIENTO

*Con obstinación de toro,
Winétt, retorno al pasado
que rodando se ha agrandado
como una gran luna de oro:
aquerenciado te adoro
muerta como viva y voy
(la fiera ingenua que soy),
guitarreando mi amargura
al pie de tu sepultura
en el crepúsculo de hoy.*

*Santos Vega y Martín Fierro
o Antonio Lusic, antaño
unificados ogaño
conmigo, dan al cencerro
continental, voz de hierro;
don Juan de la Rosa, el
Mulato Taguada, aquel
tal Bernardino Guajardo,
en estos cachos de cardo
rasguñan echando miel.*

*Como soy huaso, mi canto
es popular como el tuyo
Luisa Anabalón, y un yuyo
de payador le da encanto
de aldea a su flor de llanto;
chileno e internacional,
doy como un potro bagual
relinchos de bestia en celo,
¡que aunque no me escuche el cielo!
me oye tu amor celestial!*

Norte Grande, julio de 1957.

.....
Flor de la caballería
parece una gran araña
dominando la montaña
entre la nieve bravía
forjada en hierro de hombría
la tropilla nacional,
y brama un genio inmortal
con Chile entero a caballo
si entre el jinete y el rayo
se suicida el temporal.
Le gusta la chicha en cacho
y el guachacay en botella,
la yesquera es su doncella
y su grande amigo el tacho:
es tomador, no es borracho,
es comedor, no es glotón,
es peleador, no es matón,
y es fiel compadre el arriero,
enamorado, matero
y valiente como un león.
Ilustra en la topeadura
la cueca de pata en quincha,

y si le aprieta la cincha
de pie a la cabalgadura
el caballo, la montura,
y el centauro surgirán
amasados como un pan
en un solo ser humano
o forjando un canto hermano
del mar y del huracán.
Camilo Marks y su gente
se internan en el abismo,
y un ejemplo de machismo
relumbra sobre su frente;
el chileno omnipotente
les florece la intención
y el valor está en razón
directa con la epopeya,
si halla la hazaña la huella
de la patria en el filón.
Rumbia la vacada, y sola
la yegua madrina avanza
como una punta de lanza
en el lomo de la ola,
estalla la carambola
del trueno, y el ataúd
ancho y blanco de la luz
se derrumba mundo-abajo
como el tremendo pingajo
del sol en la multitud.
Aterrará a cualquiera
tanta fuerza rota y tanto
paisaje armado de espanto
y con la actitud artera;
arriba, la azul esfera
del cielo casi infantil
y silba como un fusil
apuntando a la gallada

la sierra inmensa y helada
contra el huaina de Tiltil.
Recuerdo mis mocedades
(porque yo también fui niño),
cuando a la espalda de un piño
que atronaría ciudades,
sombras de otras edades,
caballero secular,
hijo de puma o jaguar
fui por Curillinque adentro
tras del cencerro, al encuentro
del rodeo del lugar.
Toca el aldabón hispánico
la huasca de los arrieros
y por entre los aperos
truenan un ferraje mesiánico,
pero superior al pánico
del Satanás que anda allí
se alza el indio enorme y
reinvindica un gran antaño
en donde el hombre de ogaño
anda vendiendo maní.

.....
Se acabó el charqui y el vino,
y hasta el lazo de huanaco
lo arrasó el hambre, o el raco
lo incendió en furor canino,
látigos de mal vecino
golpearon de sol a sol
el espinazo español
y araucano de la hombrada
y aullaba la perrada
en banderas de arrebol.
Rota la bota de acero
y quemados los zapatos
helados como retratos

o antiguos tientos de cuero,
un señorial don señero
se levanta a resollar,
a aullar, a patear,
como un lobo en la pradera,
y brilla la faz arriera
como el fuego en el hogar.
Es como el ave de presa
para el cocaví cuyano
el roto cordillerano,
si la muerte se atraviesa
halla fuerza en la flaqueza
y en el aguardiente amor;
tortillas de harina en flor
barajan el trompo en l'uña
y la guañaca en poruña
a cualquiera da valor.
Cuando el cóndor se remonta
en gran espiral de oro
y se arroja sobre el toro
que la cornamenta apronta,
se parece a una coronta
de choclo ya al desgranar
el que no sabe bolear,
y si el águila estupenda
traza un círculo, que aprenda
la ciencia del arrear.
Admiro su valentía
frente a frente del rodado
con cuidado acomodado
al caminar de la guía,
como un huracán con cría;
no se escucha ni la voz
del otoño, ni la tos
del invierno, que ya avanza
y la última esperanza
es la cuchilla de "Dios".

Si se le enmonta un toruno
y se va de precipicio
puede hacer un estropicio
quien no comprende al vacuno,
enfíalos uno a uno
enfrentado al montaraz
el paisano capataz,
y da gusto ver su arreo
al repechar un faldeo
o el risquero más falaz.
Chile, tierra de marinos,
de mineros, de soldados,
de peones acampados,
y patrones afuerinos,
de arrieros, chichas y vinos,
en este instante inferior
se recoge de estupor,
como ante la gran montaña
que adentro arrastra su entraña
con impulso aterrador.
Un deporte de sainete
nos va minando el blindaje,
parece el inquilinaje
de un pueblo enorme al garete;
arriba tiene el bonete
de un payaso de trasluz
y recuerda el tragaluz
de un túmulo funerario
o un espantajo de osario
quebrado por la testuz.
Literatos amarillos
predican formas menores
o atorándose de humores
con oscuros critiquillos,
y parecen ratoncillos
tirados a codorniz
y polluelos de perdiz

naciendo en huevos de pato,
o surgiendo de pazguato
y pazguata, un infeliz.

.....
Por eso celebro y tomo
un trago de seis razones
cantando a los seis varones
que se jugaron a lomo
de mula el pellejo, como
quien se arroja en pelo al mar
pretendiéndolo cruzar
a caballo en su heroísmo,
porque existe un solo abismo:
el abismo de engendrar.
Hambrientos, desarrapados,
ellos son pueblo chileno
y de lo bueno lo bueno,
grito y médulas sumados;
los mártires olvidados
y los frutos del país;
y desde el ambiente gris
que nos aplasta y escombra
batallan contra la sombra
por una nación feliz.

.....
Rafael Salas, Matamoros,
y sus demás compañeros
torearon como toreros
con los más inmensos toros;
cantando como los loros
llegaron a la heredad
diciendo, "sin novedad",
y venían desplumados,
azotados, desgarrados,
tuteando a la tempestad.

.....
Emigró la damajuana
y la empanada caldúa,
el arpa de las Urzúa,
la vihuela, la chingana
y la trilla curicana,
la cueca, el chacolí-flor . . .
pero con tanto dolor
hay rotos a la chilena
que diestros en la faena
de arrear, salvan el honor
de la patria enronquecida
no vencida, enceguecida
con su propio resplandor.

CANTO DEL MACHO ANCIANO

(De "Acero de Invierno", 1961)

Sentado a la sombra inmortal de un sepulcro,
o enarbolando el gran anillo matrimonial herido a la manera de pa-
lomas que se deshojan como congojas,
escarbo los últimos atardeceres.

Como quien arroja un libro de botellas tristes a la Mar-Océano
o una enorme piedra de humo echando sin embargo espanto a los
acantilados de la historia
o acaso un pájaro muerto que gotea llanto,
voy lanzando los peñascos inexorables del pretérito
contra la muralla negra.

Y como ya todo es inútil,
como los candados del infinito crujen en goznes mohosos,
su actitud llena la tierra de lamentos.

Escucho el regimiento de esqueletos del gran crepúsculo,
del gran crepúsculo cardíaco o demoníaco, maníaco de los enfureci-
dos ancianos,
la trompeta acusatoria de la desgracia acumulada,
el arriarse descomunal de todas las banderas, el ámbito terriblemente
pálido
de los fusilamientos, la angustia
del soldado que agoniza entre tizanas y frazadas, a quinientas leguas
abiertas
del campo de batalla, y sollozo como un pabellón antiguo.

Hay lágrimas de hierro amontonadas, pero
por adentro del invierno se levanta el hongo infernal del cataclismo
personal, y catástrofes de ciudades
que murieron y son polvo remoto, aúllan.

Ha llegado la hora vestida de pánico
en la cual todas las vidas carecen de sentido, carecen de destino, care-
cen de estilo y de espada,
carecen de dirección, de voz, carecen
de todo lo rojo y terrible de las empresas o las epopeyas o las viven-
cias ecuménicas,
que justificarán la existencia como peligro y como suicidio; un mito
enorme,
equivocado, rupestre, de rumiante
fue el existir; y restan las chaquetas solas del ágape inexorable, las
risas caídas y el arrepentimiento invernal de los excesos,
en aquel entonces antiquísimo con rasgos de santo y de demonio,
cuando yo era hermoso como un toro negro y tenía las mujeres que
quería
y un revólver de hombre a la cintura.

Fallan las glándulas
y el varón genital intimidado por el yo rabioso, se recoje a la medida
del abatimiento o atardeciendo
araña la perdida felicidad en los escombros;
el amor nos agarró y nos estrujó como a limones desesperados,
yo ando lamiendo su ternura,
pero ella se diluye en la eternidad, se confunde en la eternidad, se
destruye en la eternidad y aunque existo porque bata-
llo y "mi poesía es mi militancia",
todo lo eterno me rodea amenazándome y gritando desde la otra
orilla.

Busco los musgos, las cosas usadas y estupefactas,
lo postpretérito y difícil, arado de pasado e infinitamente de olvido,

polvoso y mohoso como las panoplias de antaño, como
las familias de antaño, como las monedas de antaño,
con el resplandor de los ataúdes enfurecidos,
el gigante relincho de los sombreros muertos, o aquello únicamente
aquello
que se está cayendo en las formas,
el yo público, la figura atronadora del ser
que se ahoga contradiciéndose.

Ahora la hembra domina, envenenada,
y el vino se burla de nosotros como un cómplice de nosotros, embo-
rrachándonos, cuando nos llevamos la copa a la boca
dolorosa,
acorralándonos y aculatándonos contra nosotros mismos como mitos.

Estamos muy cansados de escribir universos sobre universos
y la inmortalidad que otrora tanto amaba el corazón adolescente, se
arrastra
como una pobre puta envejeciendo;
sabemos que podemos escalar todas las montañas de la literatura co-
mo en la juventud heroica, que nos aguanta el ánimo
el coraje suicida de los temerarios, y sin embargo yo,
definitivamente viudo, definitivamente solo, definitivamente viejo, y
apuñalado de padecimientos,
ejecutando la hazaña desesperada de sobrepujarme,
el autorretrato de todo lo heroico de la sociedad y la naturaleza me
abruma;
¿qué les sucede a los ancianos con su propia ex-combatiente sombra?
se confunden con ella ardiendo y son fuego rugiendo sueño de som-
bra hecho de sombra,
lo sombrío definitivo y un ataúd que anda llorando sombra sobre
sombra.

Viviendo del recuerdo, amamantándome
del recuerdo, el recuerdo me envuelve y al retornar a la gran soledad
de la adolescencia,

padre y abuelo, padre de innumerables familias,
rasguño los rescoldos, y la ceniza helada agranda la desesperación
en la que todos están muertos entre muertos,
y la más amada de las mujeres, retumba en la tumba de truenos y
héroes
labrada con palancas universales o como bramando.

¿En qué bosques de fusiles nos enconderemos de aquestos pe-
llejos ardiendo?
porque es terrible el seguirse a sí mismo cuando lo hicimos todo, lo
quisimos todo, lo pudimos todo y se nos quebraron las
manos,
las manos y los dientes mordiendo hierro con fuego;
y ahora como se desciende terriblemente de lo cotidiano a lo infini-
to, ataúd por ataúd,
desbarrancándonos como peñascos o como caballos mundo abajo,
vamos con extraños, paso a paso y tranco a tranco midiendo el de-
rumbamiento general,
calculándolo, a la sordina,
y de ahí entonces la prudencia que es la derrota de la ancianidad;
vacías restan las botellas,
gastados los zapatos y desaparecidos los amigos más queridos, nues-
tro viejo tiempo, la época
y tú, Winétt, colosal e inexorable.

Todas las cosas van siguiendo mis pisadas, ladrando desespera-
damente,
como un acompañamiento fúnebre, mordiendo el siniestro funeral del
mundo, como el entierro nacional
de las edades, y yo voy muerto andando.

Infinitamente cansado, desengañado, errado,
con la sensación categórica de haberme equivocado en lo ejecutado o
desperdiciado o abandonado o atropellado al avatar del
destino

en la inutilidad de existir y su gran carrera despedazada;
comprendo y admiro a los líderes,
pero soy el coordinador de la angustia del universo, el suicida que
apostó su destino a la baraja
de la expresionalidad y lo ganó perdiendo el derecho a perderlo,
el hombre que rompe su época y arrasándola, le da categoría y ré-
gimen,
pero queda hecho pedazos y a la expectativa;
rompiente de jubilaciones, ariete y símbolo de piedra,
anhelo ya la antigua plaza de provincia
y la discusión con los pájaros, el vagabundaje y la retreta apolillada
en los extramuros.

Está lloviendo, está lloviendo, está lloviendo,
¡ojalá siempre esté lloviendo, esté lloviendo siempre y el vendaval
desenfrenado que yo soy íntegro, se asocie
a la personalidad popular del huracán!

A la manera de la estación de ferrocarriles,
mi situación está poblada de adioses y de ausencia, una gran lágrima
enfurecida
derrama tiempo con sueños y águilas tristes;
cae la tarde en la literatura y no hicimos lo que pudimos,
cuando hicimos lo que quisimos con nuestro pellejo.

El aventurero de los océanos deshabitados,
el descubridor, el conquistador, el gobernador de naciones y el fun-
dador de ciudades tentaculares,
como un gran capitán frustrado,
rememorando lo soñado como errado y vil o trocando en el escarnio
celestial del vocabulario
espadas por poemas, entregó la cuchilla rota del canto
al soñador que arrastraría adentro del pecho universal muerto, el
cadáver de un conductor de pueblos,
con su bastón de mariscal tronchado y echando llamas.

El "borracho, bestial, lascivo e iconoclasta" como el cíclope de Eurípides,
queriendo y muriendo de amor, arrasándola
a la amada en temporal de besos, es ya nada ahora más que un león
herido y mordido de cóndores.

Caduco en "la República asesinada"
y como el dolor nacional es mío, el dolor popular me horada la pa-
labra, desgarrándome,
como si todos los niños hambrientos de Chile fueran mis parientes;
el trágico y el dionisiaco naufragan en este enorme atado de lujuria
en angustia, y la acometida agonal
se estrella la cabeza en las murallas enarboladas de sol caído,
trompetas botadas, botellas quebradas, banderas ajadas, ensangrenta-
das por el martirio del trabajo mal pagado;
escucho la muerte roncando por debajo del mundo
a la manera de las culebras, a la manera de las escopetas apuntándo-
nos a la cabeza, a la manera
de Dios, que no existió nunca.

Hueso de estatua gritando en antiguos panteones, amarillo
y aterido como crucifijo de prostituta,
llorando estoy, botado, con el badajo de la campana del corazón he-
cho pedazos,
entre cabezas destronadas, trompetas enlutadas y cataclismos,
como carreta de ajusticiamiento, como espada de batallas perdidas en
montañas, desiertos y desfiladeros, como zapato loco.

Anduve todos los caminos preguntando por el camino,
e intuyó mi estupor que una sola ruta, la muerte adentro de la muer-
te edificaba su ámbito adentro de la muerte,
reintegrándose en oleaje oscuro a su epicentro;
he llegado adonde partiera, cansado y sudando sangre como el Jesu-
cristo de los olivos, yo que soy su enemigo;

y sé perfectamente que no va a retornar ninguno
de los actos pasados o antepasados, que son el recuerdo de un recuer-
do como lloviendo años difuntos del agonizante ciclópeo,
porque yo siendo el mismo soy distinto, soy lo distinto mismo y lo
mismo distinto;
todo lo mío ya es irreparable;
y la gran euforia alcohólica en la cual naufragaría el varón conyugal
de entonces,
conmemorando los desbordamientos felices,
es hoy por hoy un vino terrible despedazando las vasijas o clavo ar-
diendo.

Tal como esos molos muertos del atardecer, los deseos y la am-
bición catastrófica,
están rumiando verdad deshecha y humo en los sepulcros de los estu-
pendos panteones extranjeros, que son ríos malditos
a la orilla del mar de ceniza que llora abriendo su boca de tromba.

El garañón desenfrenado y atrabiliario, cuyos altos y anchos vein-
te años meaban las plazas públicas del mundo,
dueño del sexo de las doncellas más hermosas y de los lazos trenzados
de doce coriones,
da la lástima humillatoria del cazador de leones decrepito y dramá-
tico, al cual la tormenta de las pasiones acumuladas co-
mo culebras en un torreón hundido, lo azota;
me repugna la sexualidad pornográfica, y el cadáver de Pan enamo-
rado de la niña morena;
pero el viejo es de intuición y ensoñación e imaginación cínica como
el niño o el gran poeta a caballo en el espanto,
tremendamente amoral y desesperado, y como es todo un hombre a
esas alturas, anda
levantádoles las polleras a las hembras chilenas e internacionales y
cayendo de derrota en derrota en la batalla entre los
hechos y los sueños;
es mentira la ancianidad agropecuaria y de égloga, porque el anciano

se está vengando, cuando el anciano se está creando su
pirámide;
como aquellos vinos añejos, con alcohol reconcentrado en sus errores
y ecos de esos que rugen como sables o como calles lle-
nas de suburbio,
desgarraríamos los toneles si pudiese la dinamita adolorida del espí-
ritu arrasarse su condensación épica, y sol caído, su con-
centración trágica,
pero los abuelos sonrían en equivalente frustrados, no porque son gan-
gochos enmohecidos, sino rol marchito, pero con fuego
adentro del ánimo.

Sabemos que tenemos el coraje de los asesinados y los crucifica-
dos por ideas,
la dignidad antigua y categórica de los guerreros de religión,
pero los huesos síquicos flaquean, el espanto cruje de doliente y se caen
de bruces los riñones, los pulmones, los cojones de las
médulas categóricas.

Agarrándonos a la tabla de salvación de la poesía, que es una
gran máquina negra,
somos los santos carajos y desocupados de aquella irreligiosidad ho-
rrenda que da vergüenza porque desapareció cuando
desapareció el último "dios" de la tierra,
y la nacionalidad de la personalidad ilustre, se pudre de eminente y
de formidable como divino oro judío;
todo lo miramos en pasado, y el pasado, el pasado, el pasado es el por-
venir de los desengañados y los túmulos;
yo, en este instante, soy como un navío
que avanza mar afuera con todo lo remoto en las bodegas
y acordeones de navegaciones;
querríamos arañar la eternidad y a patadas, abofeteándola, agujerear
su acerbo y colosal acero;
olorosos a tinajas y a tonelería o a la esposa fiel, a lágrima deshabitada,
a lo chileno postpretérito o como ruinoso y relampagueante, nuestros

viejos sueños de antaño ya hogaño son delirio, nuestros
viejos sueños de antaño,
son llanto usado y candelabros de espantajos, valores de orden y cate-
gorías sin vivencias.

Envejeciendo con nosotros, la época en desintegración entra en
coma, entra en sombra, entra toda
la gran tiniebla de quien rodase periclitando, pero por adentro le sa-
camos los nuevos estilos contra los viejos estilos arras-
trándolos del infierno de los cabellos
restableciendo lo inaudito de la juventud, el ser rebelde, insurgente,
silvestre e iconoclasta.

La idolatrábamos, e idolatrándola, nos revolcábamos
en la clandestinidad de la mujer ajena y retornábamos como sudando
lo humano, chorreando lo humano, llorando lo huma-
no, o despavoridos
o acaso más humanos que lo más humano entre lo más humano, más
bestias humanas, más error, más dolor, más terror,
porque el hombre es precisamente aquello, lo que deviene sublimidad
en la gran caída, flor de victorias-derrotas llamando,
gritando, llorando por lo desaparecido, como grandes,
tremendos mares-océanos degollándose en oleajes,
criatura de aventura contra el destino, voz de los naufragios en los
naufragios resplandeciendo, estrella de tinieblas,
ahora no caemos porque no podemos y como no caemos, a la misma
altura, morimos, porque el cuero del cuerpo, como los
viejos veleros, se prueba en la tormenta;
del dolor del error salió la poesía, del dolor del error
y el hombre enorme, contradictorio, aforme, acumulado, el hombre
es el eslabón perdido de una gran cadena de miserias,
el hombre expoliado y azotado por el hombre,
y hoy devuelvo a la especie la angustia individual;
adentro del corazón ardiendo nosotros la amamantamos con fracasos
que son batallas completamente ganadas en literatura,
contra la literatura;

la amamos y la amábamos con todo lo hondo del espíritu,
furiosos con nosotros, hipnotizados, horrorizados, idiotizados, con el
ser montañés que eramos,
agrario-océánicos de Chile, ahora es ceniza,
ceniza y convicción materialista, ceniza y desesperación helada, lo trá-
gico enigmático, paloma del mundo e historia del mun-
do, y aquella belleza inmensa e idolatrada, Luisa Ana-
balón,
entrañas.

Ruge la muerte con la cabeza ensangrentada y sonrío pateándonos,
y yo estoy solo, terriblemente solo, medio a medio de la multitud que
amo y canto, solo y funeral como en la adolescencia,
solo, solo entre los grandes murallones de las provincias
despavoridas,
solo y vacío, solo y oscuro, solo y remoto, solo y extraño, solo y tre-
mendo,
enfrentándome a la certidumbre de hundirme para siempre en las
tinieblas sin haberla inmortalizado con barro llorado,
y extraño como un lobo de mar en las lagunas.

Los años náufragos escarban, arañan, espantan
son demoníacos y ardientes como serpientes de azufre, porque son be-
sos rugiendo, pueblos blandiendo la contradicción, ges-
tos mordiendo,
el pan candeal quemado del presente, esta cosa hueca y siniestra de
saberse derrumbándose,
cayendo al abismo abierto por nosotros mismos, adentro de nosotros
mismos, con nosotros mismos
que nos fuimos cavando y alimentando de vísceras.

Así se está rígido, en círculo, como en un ataúd redondo y como
de ida y vuelta,
aserruchando sombra, hachando sombra, apuñalando sombra,

viajando en un tren desorbitado y amargo que anda tronchado en
tres mitades y llora inmóvil,
sin itinerario ni línea, ni conductor, ni brújula,
y es como si todo se hubiese cortado la lengua entera con un pedazo
de andrajo.

Muertas las personas, las costumbres, las palabras, las ciudades
en las que todas las murallas están caídas, como guitarras
de desolación, y las hojas profundas, yertas,
yo ando tronando, desorientado, y en gran cantidad
melancólicamente uncido a antiguas cosas arcaicas que periclitaron,
a maneras
de ser que son yerbajos o lagartos de ruinas,
y me parece que las vías públicas son versos añejos y traicionados o
cirios llovidos;
la emotividad épica se desgarran universalmente
en el asesinato general del mundo, planificado por los verdugos de los
pueblos, a la espalda de los pueblos entre las grandes
alcantarillas de dólares,
o cuando miramos al mistificador, ahíto de banquetes episcopales
hartarse de condecoraciones y dinero con pelos, hincharse y doparse
enmascarándose en una gran causa humana y refocilándose
como un gran demonio y un gran podrido y un
gran engendro de Judas condecorado
de bienestar burgués sobre el hambre gigante de las masas, relajándolas
y humillándolas.

Encima de bancos de palo que resuenan como tabernas, como
mitines, como iglesias
o como sepulcros, como acordeones de ladrones de mar en las oceanías
de las cárceles o como átomos en desintegración,
sentados los ancianos me aguardan desde cinco siglos hace con los
brazos cruzados a la espalda,
a la espalda de las montañas huracanadas que les golpean los testículos,
arrojándolos a la sensualidad de la ancianidad, que
es terrible, arrojándolos

a patadas de los hogares y de las ciudades, porque estos viejos lesos
son todos trágicos,
arrojándolos, como guiñapos o pingajos, a la nada quebrada de los
apátridas a los que nadie quiere porque nadie teme.

Entiendo el infierno universal, y como no estoy viviendo en el
techo del cielo, me ofende personalmente la agresión
arcangélica de la Iglesia y del Estado,
el “nido de ratas”, y la clínica metafísica de “el arte por el arte”,
la puñalada oscuramente aceitada de flor y la cuchillada con serrucho
de los contemporáneos, que son panteón de arañas,
el ojo de lobo del culebrón literario, todo amarillo,
elaborando con desacatos la bomba cargada de versiones horizontales,
la manzana y la naranja envenenadas;
contemplo los incendios lamiendo los penachos muertos,
apuñalada la montaña en el estómago y el torreón de los extranjeros
derrumbándose,
veo como fuegos de gas formeno, veo como vientos huracanados los
fenómenos,
y desde adentro de las tinieblas a las que voy entrando por un por-
talón con intuición de desesperación y costillares de
ataúdes,
la antigua vida se me revuelve en las entrañas.

La miseria social me ofende personalmente,
y al resonar en mi corazón las altas y anchas masas humanas, las altas
y anchas masas de hoy,
como una gran tormenta me va cruzando, apenas
soy yo mismo íntegro porque soy mundo humano, soy el retrato bes-
tial de la sociedad partida en clases,
y hoy por hoy trabajo mi estilo arando los descalabros.

Las batallas ganadas son heridas marchitas, pétalos
de una gran rosa sangrienta,
por lo tanto combato de acuerdo con mi condición de insurgente, dan-
do al pueblo voz y estilo,

sabiendo que perderé la guerra eterna,
que como el todo me acosa y soy uno entero, mientras más persona
del cosmos asuma,
será más integral la última ruina;
parece que encienden lámparas en otro siglo del siglo, en otro
mundo del mundo ya caído, el olvido
echa violetas muertas en las tumbas y todo lo oscuro
se reúne en torno a mi sombra,
mi sombra, mi sombra a edad remota comparable o a batea de aldea
en la montaña,
y el porvenir es un sable de sangre.

No atardecido paz, sino el sino furioso de los crepúsculos guil-
lotinados,
la batalla campal de los agonizantes,
y la guerra oscura del sol contra sí mismo, la matanza
que ejecuta la naturaleza inmortal
y asesina, como comadrona de fusilamientos.

Esculpí el mito del mundo en las metáforas,
la imagen de los explotados y los azotados de mi época y dí vocabu-
lario
al ser corriente sometido al infinito,
multitudes y muchedumbres al reflejar mi voz su poesía, la poesía se
sublimó en expresión de todos los pueblos,
el anónimo y el decrepito y el expósito hablaron su lengua
y emergió desde las bases la mitología general de Chile y el dolor co-
lonial enarbolando su ametralladora;
militante del lenguaje nuevo, contra el lenguaje viejo enfilo mi ca-
ballo;
ahora las formas épicas que entraron en conflicto con los monstruos
usados como zapatos de tiburón muerto,
o dieron batalla a los sirvientes de los verdugos de los sirvientes,
transforman las derrotas en victorias, que son derrotas victoriosas y
son victorias derrotosas, el palo de llanto del fracaso en
una rosa negra,

pero yo estoy ansioso a la ribera del suceder dialéctico, que es instan-
táneamente pretérito,
sollozando entre vinos viejos, otoños viejos, ritos viejos de las viejas
maletas de la apostasía universal, protestando y pateando,
y el pabellón de la juventud resplandece de huracanes
despedazados, su canción vecinal y trágica como aquella paloma en-
ferma, como un puñal de león enfurecido, como una
sepultura viuda
o un antiguo difunto herido que se pusiera a llorar a gritos.

Ya no se trilla a yegua ni se traduce a Heráclito, y Demócrito es
desconocido del gran artista, nadie ahora lee a Teognis
de Megara, ni topea en la ramada coral, amamanta-
do con la guañaca rural de la República,
el subterráneo familiar es la sub-conciencia o la in-conciencia que
alumbran pálidas o negras lámparas,
y todos los viajeros de la edad estamos como acuchillados y andamos
como ensangrentados de fantasmas y catástrofes,
quemados, chorreados, apaleados del barro con llanto de la vida,
con la muleta de la soledad huracanando las veredas y las escuelas.

Avanza el temporal de los reumatismos
y las arterias endurecidas son látigos que azotan el musgoso y mohoso
y lúgubre
caminar del sesentón, su cara de cadáver apaleado,
porque se van haciendo los viejos piedras de sepulcros, tumba y res-
petuosidad,
es decir: la hoja caída y la lástima,
el sexo del muerto que está boca-arriba adentro de la tierra,
como vasija definitivamente vacía.

Como si fuera otro volveré a las aldeas de la adolescencia,
y besaré la huella difunta de su pie florido y divino como el vuelo de
un picaflor o un prendedor de brillantes,
pero su cintura de espiga melancólica ya no estará en mis brazos.

No bajando, sino subiendo al final secular, gravita la senectud
despavorida,
son los dientes caídos como antiguos acantilados a la orilla del mar
innumerable que deviene un panteón ardiendo,
la calavera erosionada y la pelambreira
como de choclo abandonado en las muertas bodegas, esas están he-
das y telarañosas
en las que el tiempo aúlla como perro solo, y el velámen
de los barcos sonando a antaño está botado en las alcantarillas del
gusano;
es inútil ensillar la cabalgadura
de otrora, y galopar por el camino real llorando y corcoveando con
caballo y todo
o disparar un grito de revólver,
los aperos crujen porque sufren como el costillar del jinete
que no es la bestia chilena y desenfrenada
con mujeres sentadas al anca, estremeciendo los potreros de sus ca-
pitanías.

La gran quimera de la vida humana
como un lobo crucificado o aquella dulce estrella a la cual mataran
todos los hijos
yace como yacen yaciendo los muertos adentro del universo.

“Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?”
dice el héroe de la senectud cavando con ensangrentado estupor su
sepulcro, la historia
le patea la cabeza como una vaca rubia derrumbándolo barranca abajo,
pero es leyenda él, categoría, sueño del viento acariciando los naran-
jos atrabiliarios de su juventud,
don melancólico, y la última cana del alma
se le derrama como la última hoja del álamo o la última gota de luz
estremeciendo los desiertos.

Parten los trenes del destino, sin sentido, como navíos de fan-
tasma.

Los victoriosos están muertos, los derrotados están muertos,
cuando la ancianidad apunta la escopeta negra, estupenda, en los ór-
ganos desesperados como caballo de soldado desertor,
todos, no nosotros en lo agonal agonizantes, todos están agonizando,
todos
pero el agonizante soy yo, yo soy el agonizante entre batallas, entre
congojas, entre banderas y fusiles, solo, completamente
solo, y lúgubre, sin editor, plagiado y abandonado en
el abismo,
peleando con escombros azotados,
peleando con el pretérito, por el pretérito, adentro del pretérito, en
pretericiones horribles,
peleando con el futuro, completamente desnudo
hasta la cintura, peleando y peleando con todos vosotros,
por la grandeza y la certeza de la pelea,
peleando y contra-peleando a la siga maldita de la inmortalidad ajus-
ticiada.

Entre colchones que ladran y buques náufragos con dentadura
de prostitutas enfurecidas o sapos borrachos, ladrones y
cabrones empapelados con pedazos de escarnio,
agarrándose a una muralla por la cual se arrastran enormes arañas
con ojo viscoso
o hermafroditas con cierto talento de caracol haciendo un arte míni-
mo con pedacitos de atardecer amarillo, nos batimos a
espada con el oficio del estilo,
cuando en los andamios de los transatlánticos
como pequeños simios con chaleco despavorido, juegan a la ruleta
los grandes poetas de ahora.

Cien puñales de mar me apuñalaron
y la patada estrangulada
de lo imponderable, fue la ley provincial del hombre pobre que se
opone al pobre hombre y es maldito,
vi morir, refluir a la materia enloquecida, llorando

a la más amada de las mujeres, tronchado, funerario, estupefacto,
mordido de abismos,
baleado y pateado por los fusileros del horror, y en tales instantes
espero los acerbos días de la calavera que adviene cruzando los relám-
pagos con la cuchilla entre los dientes.

Voy a estallar adentro del sepulcro suicidándome en cadáver.

Como si rugiera desde todo lo hondo de los departamentos y las
provincias
de pétalos y jergones de aldea o mediaguas
descomunales, o por debajo de los barrios sobados como látigos de
triste jinete, embadurnados con estiércol de ánimas
o siúticos ajusticiados, con sinuosidades y bellaquerías de una gran
mala persona,
acomodado a las penumbras y las culebras, clínico, el complejo de in-
ferioridad y resentimiento
se asoma roncando en las amistosidades añejas,
con el gran puñal-amistad chorreado de vino, chorreado de adulacio-
nes, chorreado de sebo comunal,
y al agarrar la misericordia, y azotar con afecto al fantasma,
sonríe el diente de oro de la envidia, la joroba social, lo inhibidísimo,
la discordia total, subterránea, en la problemática del
fracasado,
escupiéndonos los zapatos abandonados en las heroicas bravuras an-
tiguas.

Todos los ofidios hacen los estilos disminuidos de las alcobas e
invaden la basura de la literatura,
de la literatura universal, que es la pequeña cabeza tremenda del jí-
baro de la época, agarrándose del cogote del mundo,
agarrándose de los calzoncillos de "Dios", agarrándose
de los estropajos del sol, de la literatura del éxito,
el aguardiente pálido y pornográfico de los académicos o formalistas

u onanistas o figuristas o asesinos descabezados o pervertidos
sexuales con el vientre rugiente como una catedral o una diagonal
entre Sodoma y Gomorra, la cama de baba con las orejas
negras como un huevo de difunto
o un veneno letal administrado por carajos eclesiásticos,
y el Arte Grande y Popular les araña la guata de murciélagos del
infierno con fierros ardiendo, el abdomen
de rana o de ramera para el día domingo.

Aquestas personas horrendas, revolcándose
en el pantano de los desclazados del idealismo o masturbándose o
suicidándose a patadas ellos contra ellos,
mientras el denominador común humano total se muere de hambre
en las cavernas de la civilización, y “la cultura capitalista” desgarrar
a dentelladas la desgracia de la infancia proletaria con
el Imperialismo, o la tuberculosis
es una gran señora que se divierte fotografiando los moribundos
estimulándose las hormonas con la caridad sádico-metafísica, especie
de brebaje de degolladores,
y la clase rectora, tan idiota como habilísima e imbécil,
nos alarga un litro de vino envenenado o un gobierno de carabinas . . .

Medio a medio de este billete con heliotropos agusanados
o demagogos de material plástico o borrachos anti-dionisiacos simo-
niacos o demoniacos,
nuestra heroicidad vieja de labriegos
se afirma en los estribos huracanados y afila la cuchilla, pero pelea
con la propia, terrible sombra
enfrentándose al cosmopolita
desde todo lo hondo de la nacionalidad a la universalidad lanzada
y estrujándose el corazón, se extrae el lenguaje.

La soledad heroica nos confronta con la ametralladora y el ajeno
del inadaptado
y nos enfrenta a la bohemia del piojo sublime del romanticismo,

entonces, o ejecutamos como ejecutamos, la faena de la creación oscura y definitiva en el anonimato universal arrinconándonos, o caemos de rodillas en el éxito por el éxito, aclamados y coronados por pícaros y escandalosos, vivientes y sirvientes del banquete civil, acomodados a la naipada, comedores en panteones de panoplias y botellas metafísicas, porque el hombre ama la belleza y la mujer retratándolas y retratándose como proceso y como complejo, en ese vórtice que sublima lo cotidiano en lo infinito.

Completamente ahítos como queridos de antiguos monarcas más o menos pelados, desintegrados y rabones, caminan por encima de la realidad gesticulando, creyendo que el sueño es el hecho, que disminuyendo se logran síntesis y categorías, que la manea es la grandeza y aplaudidos por enemigos nos insultan, como cadáveres de certámenes enloquecidos que se pusiesen de pie de repente, rajando los pesados gangochos en los que estaban forrados y amortajados a la manera de antaño, llorando y pataleando, gritando y pataleando en mares de sangre inexorable, dopados con salarios robados en expoliaciones milenarias y cavernarias ejecuciones de cómplices.

El aullido general de la miseria imperialista da la tónica a mi rebelión, escribo con cuchillo y pólvora, a la sombra de las pataguas de Curicó, anchas como vacas, los padecimientos de mi corazón y del corazón de mi pueblo, adentro del pueblo y los pueblos del mundo y el relincho de los caballos desensillados o las bestias chúcaras.

Y como yo ando buscando los pasos perdidos de lo que no existió nunca, o el origen del hombre en el vocabulario, la raíz animal de la Belleza

con estupor y errores labrada, y la tónica de las altas y anchas muchedumbres en las altas y anchas multitudes del país secular de Chile,
el ser heroico está rugiendo en nuestra épica nueva, condicionado por el espanto nacional del contenido;
como seguramente lloro durmiendo a lágrimas piramidales que estallan, las escrituras que son sueño sujeto a una cadena inexorable e imagen que nadie deshace ni comprendió jamás, arrastran las napas de sangre
que corren por debajo de la Humanidad y al autodegollarse en el lenguaje, organizándolo, el lenguaje mío me supera, y mi cabeza es un montón de escombros que se incendian, una guitarra muerta, una gran casa de dolor abandonada;
el junio o julio helado me abrigan de sollozos
y aunque estos viejos huesos de acero vegetal se oponen a la invasión de la nada que avanza con su matraca espeluznante,
comprendo que transformo fuerzas por aniquilamiento y devengo otro suceso en la naturaleza.

Oh! antiguo esplendor perdido entre monedas y maletas de cementerio, oh! pathos clásico,
oh! atrabiliario corazón enamorado de una gran bandera despedazada, la desgracia total, definitiva está acechándonos con su bandeja de cabezas degolladas en el desfiladero.

Retornan los vacunos del crepúsculo tranco a tranco,
a los establos lugareños, con heno tremendo, porque los asesinarán a la madrugada,
y rumiando se creen felices al aguardar la caricia de la cuchilla,
el hombre, como el toro o como el lobo se derrumba en su lecho que es acaso su sepulcro,
contento como jumento de panadería.

Si todos los muertos se alzasen de adentro de todos los viejos,
entre matanzas y campanas,

se embanderaría de luz negra la tierra, e iría
como un ataúd cruzando lo oceánico con las alas quebradas de las
arboladuras.

A la agonía de la burguesía, le corresponde esta gran protesta
social de la poesía revolucionaria, y los ímpetus dioni-
síacos tronchados o como bramando
por la victoria universal del comunismo,
o relampagueando a la manera de una gran espada o cantando como
el pan en la casa modesta
emergen de la sociedad en desintegración que reflejo
en acusaciones públicas, levantadas como barricadas en las encrucija-
das del arte;
mis poemas son banderas y ametralladoras,
salen del hambre nacional hacia la entraña de la explotación humana,
y como rebota en Latinoamérica
el impacto mundial de la infinita energía socialista que asoma en las
auroras del proletariado rugiente,
saludo desde adentro del anocheciendo la calandria madrugadora;
y aunque me atore de adioses que son espigas y vendimias de otoños
muy maduros,
el levantamiento general de las colonias, los azotados y los fusilados
de la tierra encima del ocaso de los explotadores y la
caída de la esclavitud contra los propios escombros de
sus verdugos,
una gran euforia auroral satura mis padecimientos
y resuena la trompeta de la victoria en los quillayes y los maitenes
del sol licantenino.

Parezco un general caído en las trincheras,
ajusticiado y sin embargo acometedor en grande coraje: capaz de ma-
tar por la libertad o la justicia,
dolorido y convencido de todo lo heroico del Arte Grande,
bañando de recuerdos tu sepulcro que se parece a una inmensa reli-
gión atea,

a plena conciencia de la inutilidad de todos los lamentos,
porque ya queda apenas de la divina, peregrina, grecolatina flor, la
voz de las generaciones.

Indiscutiblemente soy pueblo ardiendo,
entraña de roto y de huaso, y la masa humana me duele, me arde,
me ruge
en la médula envejecida como montura de inquilino del Mataquito,
por eso comprendo al proletariado no como pingajo de oportunidades
bárbaras,
sino como hijo y padre de esa gran fuerza concreta de todos los
pueblos,
que empuja la historia con sudor heroico y terrible
sacando del arcano universal la felicidad del hombre, sacando del an-
drajo espigas y panales.

Los demonios enfurecidos con un pedazo de escopeta en el ho-
cico, o el antiguo y eximio
caimán de terror desensillándose, revolcándose, refocilándose,
entre escobas de fuego y muelas de piedra y auroras de hierro gasi-
ficado
piden que me fusilen,
y mis plagiarios que me ahorquen con un sapo de santo en el cogote.

Luchando con endriagos y profetas
emboscados en grandes verdades, con mártires de títeres
hechos con zapatos viejos
en material peligrosísimo y de pólvora, usados por debajo del cintu-
rón reglamentario,
enfermó mi estupor cordillerano de civilización urbana;
en tristes, terribles sucesos, no siembro trigo como los abuelos,
siembro gritos de rebelión en los pueblos hambrientos,
la hospitalidad provincial empina la calabaza y nos emborrachamos
como dioses que devienen pobres, se convierten en atardeceres públi-
cos y echan la pena afuera

dramáticamente, caballos de antaño,
y emerge el jinete de la épica social americana todo creando solo;
recuerdo al amigo Rabelais y al compadre
Miguel de Cervantes, tomando mi cacho labrado en los mesones de
las tabernas antiquísimas, las bodegas y las chinganas
flor de invierno, y agarro
de la solapa de la chaqueta a la retórico-poética del siútico edificado
con escupitajos de cadáver,
comparto con proletarios, con marineros, con empleados, con campe-
sinos de "3.^a clase", mi causeo y mi botella,
bebo con arrieros y desprecio a la intelectualidad podrida.

A la aldea departamental llegaron los desaforados, y un sigilo
de alpargatas
se agarró del caserón de los tatarabuelos,
entre las monturas y las coyundas sacratísimas del polvoso antepasado
remoto,
la culebra en muletas del clandestinaje habita,
el tinterillo y el asesino legal hacen sonar sus bastones de ladrones y
de camaleones de la gran chancleta
y la mala persona arrojó a las mandíbulas del can aventurero
la heredad desgarradoramente familiar de las montañas de Licantén
y las vegas nativas de los costinos en donde impera la
lenteja real de Jacob y Esaú y la pregunta blanca de la
gaviota.

Como billete sucio en los bolsillos del pantalón del alma
el tiempo inútil va dejando su borra de toneles desocupados, y echando
claveles de acaeceres marchitos a la laguna de la amargura;
buscamos lo rancio en las despensas y en la tristeza: el queso viviendo
muerto en los múltiplos de las oxidaciones que estallan
como palancas, las canciones
arcaicas y la penicilina de los hongos remotos, con sombrero de ca-
tástrofes.

El nombre rugiente va botado, encadenado, ardiendo
como revólver rojo a la cintura del olvido, como ramo de llanto,
como hueso de viento, como saco de cantos o consigna
ineluctable,
como biblioteca sin bibliotecario, como gran botella
oceánica, como bandera de quijadas de oro, y dicen las gentes por
debajo del poncho:
“renovó con “Los Gemidos” la literatura castellana”,
como quien hablara de un muerto ilustre a la orilla del mar desapa-
recido.

Contra la garra bárbara de Yanquilandia
que origina la poesía del colonialismo en los esclavos y los cipayos en-
sangrentados, contra la guerra, contra la bestia imperial,
yo levanto
el realismo popular constructivo, la epopeya embanderada de dolor
insular, heroica y remota en las generaciones,
sirvo al pueblo en poemas y si mis cantos son amargos y acumulados
de horrores ácidos y trágicos o atrabiliarios como océa-
nos en libertad,
yo doy la forma épica al pantano de sangre caliente clamando por de-
bajo en los temarios americanos;
la caída fatal de los imperios económicos refleja en mí su panfleto de
cuatrero vil, yo lo escupo transformándolo en imprecación y en acusación poética, que emplaza las masas en
la batalla por la liberación humana, y tallando
el escarnio bestial del imperialismo
lo arrojo a la cara de la canalla explotadora, a la cara de la oligarquía
mundial, a la cara de la aristocracia feudal de la Repú-
blica
y de los poetas encadenados con hocico de rufianes intelectuales;
gente de fuerte envergadura, opongo la bayoneta de la insurgencia
colonial a la retórica capitalista,
el canto del macho anciano, popular y autocrítico
tanto al masturbador artepurista, como al embaucador populachista,

que entretiene a las muchedumbres y frena las masas
obreras,
y al anunciar la sociedad nueva, al poema enrojecido de dolor nacional,
le emergen
por adentro de las rojas pólvoras, grandes guitarras dulces, y la sandía
colosal de la alegría

No ingresaremos al huracán de silencio con huesos
de las jubilaciones públicas, a conquistar criadas y a calumniar los
polvorosos ámbitos
jamás, el corazón sabrá rajarse en el instante preciso y definitivo
como la castaña muy madura haciendo retumbar los extramuros, haciendo
rodar, bramando, llorar la tierra inmensa de las sepulturas

Si no fui más que un gran poeta con los brazos quebrados
y el acordeón del Emperador de los aventureros o el espanto del mar
me llamaban al alma,
soy un guerrero del estilo como destino, apenas,
un soñador acongojado de haber soñado y estar soñando, un “expósito”
y un “apátrida”
de mi época, y el arrepentimiento
de lo que no hicimos, corazón, nos taladra las entrañas
como polilla del espíritu, aserruchándonos.

A la luz secular de una niña muerta, madre de hombres y mujeres,
voy andando y agonizando.

El cadáver del sol y mi cadáver
con la materia horriblemente eterna, me azotan la cara desde todo, lo
hondo de los siglos, y escucho
aquí, llorando, así, la espantosa clarinada migratoria.

No fui dueño de fundo, ni marino, ni atorrante, ni contrabandista o arriero cordillerano,
mi voluntad no tuvo caballos ni mujeres en la edad madura
y a mi amor lo arrasó la muerte azotándolo con su aldabón tronchado, despedazado e inútil y su huracán oliendo a manzana asesinada.

Contemplándome o estrellándome
en todos los espejos rotos de la nada, polvoso
y ultrarremoto desde el origen.

El callejón de los ancianos muere donde mueren las últimas águilas . . .

Soy el abuelo y tú una inmensa sombra,
el gran lenguaje de imágenes inexorables, nacional-internacional, inaudito
y extraído del subterráneo universal, engendra
la calumnia, la difamación, la mentira, rodeándome de chacales ensangrentados que me golpean la espalda,
y cuando yo hablo ofendo el rencor anormal del pequeño;
he llegado a esa altura irreparable en la que todos estamos solos, Luisa Anabalón,
y como yo emerjo acumulando toda la soledad que me dejaste derrumbándote, destrozándote, desgarrándote contra la nada en un clamor de horror, me rodea la soledad definitiva;
sé perfectamente que la opinión pública de Chile y todo lo humano están conmigo,
que el pulso del mundo es mi pulso y por adentro de mi condición fatal galopa el potro del siglo la carretera de la existencia,
que la desgarrada telaraña literaria
está levantando un monumento a nuestra antigua heroicidad,
pero no puedo superar lo insuperable.

Como los troncos añosos de la vieja alameda muerta, lleno de
nidos y panales,
voy amontonando inviernos sobre inviernos
en las palabras ya cansadas con el peso tremendo de la eternidad . . .

Tranqueo los pueblos rugiendo libros, sudando libros, mordien-
do libros y terrores
contra un régimen que asesina niños, mujeres, viejos con macabro tra-
bajo esclavo, arrinconando en su ataúd
a la pequeña madre obrera en la flor de su ternura,
ando y hablo entre mártires tristes y héroes de la espoliación, sacando
mi clarinada a la vanguardia de las épocas, oscura e im-
precatória
de adentro del espanto local que levanta su muralla de puñales y de
fusiles.

El Díaz y el Loyola de los arcaicos genes ibero-vascos están mu-
riendo en mí como murieron cuando agonizaba tu per-
fil colosal, marino, grecolatino, vikingo,
las antiguas diosas mediterráneas de los Anabalones del Egeo y las
walkirias de Winétt-hidromiel,
adiós! . . . cae la noche herida en todo lo eterno por los balazos del sol
decapitado que se derrumba gritando cielo abajo . . .

OCEANIA DE VALPARAISO

(De "Estilo de masas", 1965)

Cuando lloraban todas las campanas de las aldeas de la adolescencia la defunción del Siglo Viejo contra el Siglo Nuevo y, atardeciendo,
los primeros versos de los primeros besos a las primeras hembras de la tierra, echaban,
por encima de la vastedad finisecular, una gran bruma marina en el corazón estupefacto por la angustia de sentirse irreparable,
conviví tu clamor nacional-internacional, puerto del mundo,
como el escalón del pabellón ensangrentado de la piratería, con la calavera aventurera, pasajera e inmortal, arañando los mausoleos ultramarinos . . .

Tienes del hombre las barbas acuarias y huracanadas y el quejido monumental de los océanos psicológicos, que son estatuas antiguas sentadas arriba o abajo de la tormenta, te pareces inmensamente a tu retrato de espanto innumerable, copiado en los testamentos oceánicos,
o acaso a la parición del mundo, eternamente sucedida, eternamente renovada, eternamente repetida, como el formidable y antiquísimo oleaje de las multitudes y las muchedumbres hambrientas,
que se orientan como un Capitán de Alta Mar, y tu estatura de cordillera arquitectónica, de Andes enorme, de flor-peñasco y quebradas de leona de remonta,
da la manera y el comportamiento a todas las bahías y a todas las

sirenas de los transatlánticos, que traen ciudades con amor y con dolor en las bodegas o en los camarotes lujosos y miserables;
los asnos cargados o los caballos ensangrentados y acuchillados de menestras y de flacura, siempre subiendo los tremendos cerros,
los cerros tremendos de la población encadenada a la miseria, que son la cabeza infernal de Valparaíso, la prostitución borracha y mal pagada de los aventureros sórdidos, te afeita la cara nocturna de mujeres y homosexuales,
rememorando el comercio de ganados y el comercio de esclavos de degolladero de la antigüedad fenicia, sirio-caldea, egipcia y judía o jónico-mediterránea,
y un dios guillotinado, pateado, “cogoteado”, preside en callejones y encrucijadas de contubernio y escarmiento vil, la estética contradictoria y terrible de tu emoción lírica o épica de navío en mares sociales, caído y sin brújula, pero inmensamente bello, tenebrosamente bello, amargamente bello, porque como integras un cosmos tentacular-universal, tu estatura de gigante sublevado, sobrepaja todas las escalas de valores, desde las capitanías heroicas, al sublime y horrible infierno del subhombre de panteón, o cae rodando mundo abajo.

O los “porteños” son todos marinos, o los marinos son todos “porteños”, o las marinerías dan la tónica a la fisonomía litoral, a las iglesias, a los prostíbulos, a las tabernas, a los patíbulos, al sol, a las cocinerías, a las pescaderías, a las borracherías, a las niñas bonitas que parecen damajuanas de porcelana azul o guitarras o botellas de oro o tinajas de los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos de Pomaire, acumuladas en la tonada nacional, el mar, el mar, el mar de Valparaíso, camina por los barrios y las bodegas, tuteándose, de hombre a hombre, con los trabajadores portuarios o los nortinos licoreados que “andan en tomas”, y las ropas tendidas son banderas o “cla-

veles del aire” en los cordeles del proletariado creador de hogares, los cachureos-comercios ardiendo y saliendo de lo oceánico tentacular de tu escultura, como de los zargazos y los naufragios, o de antiguas batallas perdidas.

y los Mercados son puertos navieros del barrio de “El Cardonal” o de “La Aduana”, anclados y atravesados de puñaladas, canciones y emigraciones, como Marsella o Barcelona o Venecia o Liverpool o Nueva York, la gran ciudad podrida, o Shangai, la gran ciudad heroica y progenitora, u Odessa o a la manera de la Babilonia de Nabucodonosor, en la que marranos de carne o seres humanos, encadenados a la misma coyunda del asesinato, acumulaban la sociedad partida en dos y enfurecida, o el garañón de látigos, en su enorme luto del mundo.

Te pateó el resplandor de antaño la matonería imperial del yanqui cuatrero o negrero, la cual se ensucia precisamente linchando, ahorcando, apuñalando o ancianos o niños de color o mujeres de color, o viejos de color, o soldados “americanos” de color, en discriminación nacistas, linchando héroes y mártires del pueblo de color, linchando la flor de la ciudadanía que es aquella perla inmensamente negra, mal llamada de color, a la cual Lincoln le arrancó las cadenas del esclavo, y la cual creará *la gran Norteamérica mulata de mañana*.

y sus cañones ensangrientan y dan vergüenza a la bandera provincial, goteando con espanto colorado y enorme a las generaciones, echando un baldón de sudor macabro de crucificado entre tres puñales encima del pecho del genio popular, y ensangrentando lo ensangrentado popular, y todavía da infinita y amarilla desolación a las tonadas, el bombardeo de la España imperial, podrida, que asesinaba a cuchilladas de bandido y por la espalda, no de soldado del Cid arcaico y heroico,

arremolina una gran hoja marchita en tus recuerdos irremediables de urbe sufriente o grandiosa, Valparaíso, pero el corvo del roto "managuá", navegado y pateado en el padecimiento, con los vinos antiguos, brillando como el sarcasmo del andrajo en el imperialismo, ha vengado la ofensa de la Gran Bestia Burguesa de Iberia, con destripamiento de gangsters, pistoleros y explotadores de menores de edad o sucios esbirros enmascarados en apostolados simoníacos, o bandidos franquistas, contrabandistas y ladrones vestidos de obispos sin sotanas, vestidos de mariscos de las profundidades solares, en gigantes cueros de hiena, canción-puerto-mayor de Chile.

Todos los caminos de todos los destinos de la tierra van a dar al mar, Valparaíso.

Aquellos designios acerbos del trauma portuario en la patología de la agonía de la burguesía, se acoplan al ayer zodiacal, cuando la sífilis roía la costilla despavorida, marital y conyugal del multimillonario o del piososo-mártir, entre todos los solos, enfurecidos, desde los tiempos aquellos de John North, acaudillando el asesinato de Balmaceda, y el toxicómano de ahora, histérico y colérico, bailarín de rock-and-roll responde al hereje descomunal de las tibias cruzadas con las caídas babas marchitas, en función de los términos contradictorios de la época en que los hombres parecen mujeres y las mujeres parecen hombres, se engendra por partenogénesis la crítica oficial de la chacota en la literatura, y es su contador-contralor un hermafrodita, nacido y crecido en las entrañas bobas de la torta de novia de "el arte por el arte", a la manera de un huevo de pato en el nido de la tórtola;

¡oh! “Pancho” querido, “Pancho” Valparaíso, ¡oh! “Pancho” florido de tabernas y cementerios marinos, emergiendo por adentro de tu juventud antigua, desde Playa Ancha al Almendral, cruzando las “estoicas” y “heroicas” filarmónicas del putañerismo y la “naipada” de “Rey” y “Sota de Bastos” o rayuela, en las que se emborrachaba con tremendo ron falsificado el pobrecito indio des-teñido y colosal,

Rubén Darío, y Baroja las canoniza, como a entidad de santidad, liturgia o mito trágico, parido de garitos o de clubes sociales donde se come, entonces, la rica prieta fina como pierna de mujer, florido de grandes, hermosos bares de sangre inglesa, o cuáqueros, o católicos-apostólicos-romanos, como pingajos de sol cogoteado, podrido de garitos,

con la botillería puteada o baleada por gringos dopados con alcohol oceánico, cargados y acuchillados de asesinatos, con toda la niebla de Londres en el sombrero de pellejo de las Colonias y la Biblia teñida con las aortas rotas, otrora, del gran Imperio de la Winchester que nacía descalibrado o echando baba o roña como bajo e internacional palo de gallinero,

o cafés del querer antepasado, como, por ejemplo, “El Riquet”, tan francés y tan cortés de “politesse”, como “corbata de humita”, con espejos antepasados y mármoles antepasados y antepasados.

retratándose en los espejos antepasados de los antepasados más antepasados de los antepasados, en donde fúnebres o lúgubres coronas, con el violeta enmohecido de la muerte, se refieren a la República asesinada de la primera Marina Mercante de Latinoamérica, con estupor estupefacto,

y sin embargo, posee de acordeones o de embarcaciones un aroma a despensa de comedor finisecular, y finisecular extranjería, a manzana o a naranja de los antiguos siglos,

a mitomanía con vinos heridos, navegados y solitarios como Tristán Corbière, con mucha gloriola sucia en los repuestos, por-

que el hombre muy hombre se revolcó en las primeras
borracheras navieras con la "ginebra" del corsario y la
bucanería desde "el Olonés" al espectro del Mar de Dra-
ke, chileno;
los costillares de los ascensores van, como los jamelgos sobrecargados,
subiendo y crujiendo, cerros-arriba o se suicidan en las
plataformas, a deshonra retronadora,
cuando los borrachos póstumos, entre los últimos de los últimos de los
últimos borrachos trastabillean con la abeja de la chi-
cha bendita en el guargüero, brindando como chiva-
tos por la inmortalidad de los toneles, o la Petita Basti-
das, tan bonita
como tetona y remoledora, sacando su machete de entre los colchones,
y la población obrera, agarra siquiera un pejesapo ligeramente derro-
tado y lipiriento, que estaba enamorando a una pescada
ensombrecida de gran miseria social,
o a una cholga rubia, pintada, oxigenada, tallada a máquina en recio
mármol negro,
o, acaso, cochayuyo en libertad, de extramuro u ondulatorio, o alguna
chalcha o guata profunda de comprensión de los explo-
tados y los expoliados de la nación chilena y de la tie-
rra entera, que es ajena, como cabeza de arcaico sol ase-
sinado,
la echa a la "olleta", del tiempo auroral de Vicente Pérez Rosales, José
Santos Ossa o Diego de Almeida, los pioneros atacame-
ños, y se agarra a bramar y a llorar a la memoria de
Esquilo.

La Belleza catastrófica ciñe tus sienes áureas, y lo contradictorio
expresándose en edades tentaculares, estalla en aquellos inviernos in-
mensos del huracán trágico dramático de la bestialidad
de la eternidad que sujeta las riendas de la historia, co-
mo un jinete un potro,
y es entonces cuando nos quedamos estupefactos, como un león de
piedra en la tormenta, bramamos, y nos tomamos el
caldo de cabeza del Mercado del Cardonal, jurando

que el terremoto de 1906, al atravesar la humanidad de punta a punta, dividió en tres la historia y fue tan horriblemente terrible, como tan horriblemente sublime, porque el clamor del horror aúlla en el corazón de todo lo hermoso, y el estilo es como el infierno,
mientras más arrecia el temporal, la tempestad se retuerce en toneles de pólvora, y las jarcias tronchadas y el velamen acuchillado
del Palo-Mayor del Puerto-Mayor, se desgarran, truena la perra en llanto de las sirenas, están gritando, están ladrando, están cantando tus artesanías en los hogares, o heridos o des-pavoridos,
y tú, Valparaíso, te yergues, valiente, colosal, sobre tu nombre de arena innumerable.

El afuerino, o rancagüino o licantenino o ariqueño o vichuque-
nino o antofagastino o iquiqueño o maulino o valdivia-
no o curillincano o pocoano o chilote o magallánico o
chillanejo o talquino o linarense o temuquense o sancle-
mentino
ensilla el mar, tu mar, el mar humano y desaforado de Valparaíso,
contorneándose, borneándose, amarditándose como los
barcos cargados de toneles o de fusiles, porque abordó
tu condición de camaradería y fue porteño, lo bautizó
con lindo vino tinto el alma caliente de los bodegonos
y los "piguchenes" y los malecones de "la Mar Salada",
y la ciudadanía litoral, hospitalaria y rotunda, le ondula a la manera
inmortal de las banderas;
gran ciudad popular, Valparaíso, un cinturón de ventarrón aprieta tus
riñones de fuego o de hierro, tal como las espadas o la
faz sudada y varonil de tus estibadores,
y tú sonrías de sentirte acometido como un toro en las épocas o
echando
gran espuma de océano en océano, pronuncias una arenga continen-
tal desde la "Plaza de la Victoria", y el "Dique Flotante".

A la bahía ultramarina e internacional, las sirenas dan la anchura de las ballenas en cardumen, con ámbito ecuménico, o escarban el horizonte de conmociones públicas, en donde el héroe total expone su pellejo a los asesinos, y el siniestro mercader mugriento especula con la comida, cuando en “Los Siete Espejos”, arrecia la tormenta de bofetadas, arrecia la tormenta de señoritas someramente prostitutas, arrecia la tormenta de puñaladas y puntapiés, hasta la cachimba de remoladores, que son trasnochadores náufragos, en la resaca del “turismo con cuchillos” o putos inmundos.

No buses corren, buques por las vías públicas de tu oceanografía: “el callejón de los Pimientos” o la “Subida de la Calaguala”, que es la canilla de la puñalada y el cuero del viejo poeta Zoi-lo Escobar bracea nadando adolescencia abajo, las mareas de la Gran Mar Océano del Sur, desde su tumba verde, o como musgoso de placton famoso; Carlos de Rokha nació y cantó muy grandes poemas adentro del complejo de tu pecho naviero, clavada la proa en los arcanos de la inmortalidad herida; y Tomás su hermano, rugía a la vida finita en la subida del Membrillo, arriba, ¡oh! divino Valparaíso amigo, lo mismo, exactamente lo mismo, cuando el huaso a caballo domina la montura y la cabalgadura o cuando, bramando, la mula difunta lo pateo o lo bosteo contra su sombra, sí, en ti, “puerto de viento”, puerto de hueso, puerto de fierro y lágrimas, aprendió a vivir y morir, colosal, con los dos años tronchados, a la vanguardia de las marinerías de antaño.

Del modo y manera como el poema es lenguaje de imágenes, es decir, lenguaje de catástrofes e idioma metafórico y catastrófico,

no racional y, estando versificado o no versificado es poema el poema, el cual genera no juicios, estilo, y la prosa lógica es conceptual y funcional, como razonamiento solo, y no existe lo prosaico poemático, porque la imagen no se racionaliza como la botella de vino al imbécil o el pienso al asno, las casas colgadas sobre el abismo, como racimos de relojerías atroces,

le pertenecen trágicamente y épicamente al sistema planetario del cotidiano del calendario sideral de Valparaíso, o cantando o llorando o bramando, o bramando o llorando o cantando entre los demonios del infierno de Orfeo o los mitos sísmicos,

pero dan las premisas y agrandan la arquitectura portuaria, que no es arquitectura humana, mediterránea o litoral-humanística, sino tu sino síquico, puerto del mundo, puerto del puerto del mundo, con tus mujeres de potentes maternidades y tus varones aventureros a la manera de Ulises, a la manera de Lord Byron o Lord Cochrane, a la manera de Arquíloco, porta-pirata, adentro del pecho porteño,

calibrado de campanarios y astilleros, en los que aúllas tú y tu voluntad de ser el león de dolor y de pasión, o de granitigente que eres;

qué enormemente, qué sabrosamente, qué famosamente, qué inmensamente se comían los choros asados o crudos, en limones irreparables, con portuarios de tierra adentro que reeditaban un antiguo poeta-fantasma, caído al mar, como "Toribio el náufrago", con su botellón rumoroso de matapiojos y su mitomanía de aventurero celestial, entonces

tan allá, por la "taberna de Pedro el Cazador", entonces, en "El Mesón del Parrón", o en la Gran Posada sin alojamiento, o llamada o apellidada "Restaurant de El Pajarito", en donde se comen, hogaño, los ricos hocicos de ternera, bien picantes y licoreados, los parroquianos parece que vienen saliendo de un entremés de Miguel de Cervantes, el tomador

más garañón de España, o de un poema de Quevedo, o cuando yo, antaño del antaño del antaño,
o navegándonos la juventud perdida con la querida mujer que fue Winétt, acumulada en los pequeños hijos traviesos como la gaviota o la calandria, y sus poemas universales, subía yo, conmigo, yo subía, azotándome por adentro del invierno descomunal, “Caleta del Membrillo” arriba, “Caleta del Membrillo” arriba, por la escalera huracanada cargando el pan de la familia empobrecida en la heroicidad oscura y amarga de la creación de *la gran literatura*, o me echaba bramando barranca abajo, entre la gente madrugadora de aquellos tus barrios obreros, barranca abajo, Valparaíso, buscando el recaudo del mercado familiar, y el familiar atuendo de tormenta y de rodaja de tormenta, en los tenduchos y las lanchas pesqueras, barranca abajo, o los pequeños botes tremendos del pobre héroe *dramático y volcánico* de las faenas oceánicas;
o divino botón de las marrullerías, las picardías, las bucanerías y el anecdotario policial-histórico
de los vagabundos, los asesinos, los limosneros, los falsificadores de monedas, los ladrones o los cabrones, nietastros del Gran Capital inglés, que baleó el resplandor de la República, con la oligarquía nacional, latifundista, como verdugo, los que levantan la estatua de la estafa legalizada en los planos bancario o financiero-bursátil y especulativos
del industrial imperial-capitalismo de la *Dictadura de la Burguesía*, expresándose en el imperialismo de Gangsterlandia, que invade, hoy por hoy, tu mercado industrial, comprado y dopado de dólares, y acapara las fábricas centenarias, monopolizando acciones y gerentes, en donde impone la patada eclesiástica de “Grace y Cía.” y el jesuitismo “reinando” con Paulo VI, “reinando”, por debajo de Juan XXIII, —el huaso cristiano a la manera evangélica—, en la compra-venta de la República o traicionada o asesinada,
o los reaccionarios en descomposición, desintegrados, o yunque de mártires y de líderes y de héroes del trabajo, es tu híg-

do de tiburón ilustre, arcangélico, enorme, bárbaro o demoníaco y contradictorio;
como lo humano todo, eres complejo, heterogéneo, eres diverso en la
unidad paisaje-mundo-viviente, poblador cosmopolita,
compeón sin campeonato y cuaderno de bitácora, viajero,
transeúnte, eterno, trashumante e inmóvil, porque
te pareces a una ínsula de peones del mar y de navegaciones,
y a una escuadra de guerreros del comercio y la especulación mercantil,
a una catedral roja de hipnotizador o profeta, que aterriza
y agarra las almas, eres el contralor del esplendor que expeles como
llama de lava volcánica, y su esclavo, tu esclavo de tu mismo vórtice,
bahía de bahías, y cuando estiras la divina mano herida a “Viña del
Mar”, se te florece un pájaro en la cara y un copihue rojo en toda la boca,
puerto con truenos y zorzales, puerto con perros
o gallos ladrando por la querida vecindad antiquísima
de tu “Camino de Cintura”, con la sensación de “Las Montañas de
Vergara” en el perímetro de gárgola.

Tu estatura inverosímil, que derrama todas las copas de todas las
formas, da pánico a la extranjería,
porque retrata la audacia desenfundada y suicida del chileno en suspenso,
el amarditamiento y su rol heroico, premonitorio y aclamatorio de
hombres-cóndores y águilas-algas, reencontrándose
por intuición histórica, y aquello tan horrendo de mausoleo colosal
que nos amarra a un destino de heridos por los rayos cósmicos,
desde la baraja a la mortaja.

Pintoresquismo no, dramatización de la existencia, tú, Valparaíso,
borrachera de la existencia, cabellera de la existencia, escalera de la
existencia y drama rugiente,

que excluye todo lo superfluo y lo retórico-poético,
contra el destino, por el estilo de saberse fuerte, consciente y atrabi-
liario
como los viejos guerreros muertos por degüello.

La oceanografía no es tu régimen, lo es la cantidad oceánica, la
cual da la calidad oceánica, transformándose y ordenán-
dose y superándose
en tu estupendo poderío espantoso, como un "Dios" decapitado,
como un ataúd que se parase de repente y se pusiera a gritar y a llo-
rar como un tomo de poemas, solo.

Recuerdo los tragos bárbaros del "Peter Peter", de los Wooster,
los Wilkinsons, los Morris,
el "Bar Alemán" y el enorme schop ultramarino, o "El Mónico" son-
riente y lacustre con los payasos desafortunados, bailando,
como "La Bolsa" y "La Bomba" negociantes-judiciales;
de tu resplandor de huracán emergió el lenguaje indiscutible de "For-
mas del Sueño", de Winétt, logrando lo clásico con-
temporáneo, lo eterno contra lo eterno,
el insigne espanto de la poesía universal femenina,
como quien engendra con zafiros desintegrados la maceta de violetas
de junio y julio o una gran naranja de oro,
o se arrancó a caballo sin montura, sudando mi "Suramérica",
arrasando los acantilados de la retórica, a pura patada de chilena-
des, carajo;
tu pueblo es pueblo de gran industriosisidad marina, y su miseria
o levanta la palabra acusatoria o ruge luchando en la materia vital,
y en la contienda de las herramientas de la clase obre-
ra organizada,
y el "roto-choro", o nortino o sureño, enriquecen tu capitania azul,
de metal cósmico.

No soy mediterráneo, soy costino, licantenino, "criado y nacido"
en Licantén, a las riberas del Iloca, en la heredad fa-

miliar patriarcal, hoy por hoy mordida de granujas “tinterillentos”,
 con Vichuquén, pueblo de vinos, pueblo de brujos, pueblo de siglos,
 a la espalda,
 por eso entiendo tu idioma catastrófico, tu idioma sol-marino, tu idioma
 parabólico y continental, a tanta altura y por adentro de la tierra, aunque comprendo que me voy vol-
 viendo piedra.

Con la materia social de los pueblos engendra el gran poeta su
 lenguaje de imágenes, que es su retrato, que es el retra-
 to de la sociedad y sus contradicciones, engendra
 un contratiempo y un universo de categorías y valores,
 engendra un régimen vital, un régimen total del mundo, un mundo,
 el mundo de él y entra adentro,
 y queda viviendo, o muerto eterno, lo muerto eterno, en la inmorta-
 lidad, creada
 en la eternidad y en la enormidad de *la belleza*, que es la nueva ma-
 teria de la vieja materia, la forma-pólvora y lo heroico
 dado como dato inmortal; por eso hacemos esto, tan tremendo y tan
 problemático y tan horrendo
 de sencillez complejísima de la “*épica social americana*”, un gran ba-
 rroco popular, el arte grande del “*realismo popular
 constructivo*”, —acto de masas—,
 con la miseria enfrentándose a la riqueza, como un pabellón de ver-
 dades y de puñales; y, entonces,
 ¡oh! Valparaíso, cuando los años-gusanos, los años-pájaros de presa,
 los años-pescados, se coman las cosas, arañándolas y es-
 carbándolas con las mandíbulas despedazadas,
 tú y yo, saliendo del espectro natural de las generaciones nos iremos
 desarrollando,
 creciendo, es decir, viviendo y muriendo simultáneamente, sirviendo
 de espanto al ser humano, a la humanidad futura arre-
 ciada de alegría como una gran montaña en flor a las
 muchedumbres y a las multitudes felices,

o convulsionadas, horrorizadas, acumuladas de estupor, contradiciéndose,
cantando y llorando un mismo idioma, como y todo lo que existe y
habita, agonizando, en las ciudades y en los poemas.

Tienes el vientre aullado por barcos náufragos, arrasado
y quemante de emigraciones y aventuras, herido y melancólico de botellas y de banderas, rojo como todo lo heroico y ensangrentado de la historia,
porque el arte es sangre y frustración de espadas,
y un acordeón con corazón de tiburón, con corazón "humilde y errante" por la gran nostalgia de "la vida", con corazón cosmogónico,
calibras las arboladuras del enorme buque, mar afuera.

Las altas y las bajas mareas que están de acuerdo con la tuya antigua luna, se te sublevan de repente
y chocan bramando de continente a continente, acorralando, echando a pique, heridos, los transatlánticos mayores o la lancha maulina que te hace gigante batalla, y se hunde como entre escupos de tormenta o de tinaja colosal,
rajada, e inmensamente parida,
los vientos furiosos atacan a puñaladas la naipada del destino,
el navío central azota la costa rocosa, y tablones de cadáveres, maldiciones de cadáveres, riñones de cadáveres,
dan una patada a la nada y disputan, enfurecidos, entre cascos de barcos,
sobre el enorme y desencadenado oleaje de ululante y formidable voz
y cabeza de un gran Demonio triste.

Como los toros o como los potros,
retozas en lo dionisiaco dinámico, telúrico, titánico, lacustre de costumbres
u oceánico, agua del agua amarga o río antiguo.

Valparaíso, ciudad de aluvión, estupefacta y cosmopolita, esplendor del basural del mundo-mundo-mundo,
pujante de saberte inconcebible, enigmática, incorruptible,
pisando abismos deshechos, trágica, catastrófica, apoyándote en pilares de puñales,
no académica y no apolínea,
toda la gracia magistral, tan grávida como la esposa embarazada y tan pálida flor de relojerías
como el lomo de precisión de los aviones,
y en la cual las carretas agropecuarias aroman el recuerdo de alfalfa y de fantasma, por el antiguo, real “Decreto del Infierno”, rota y sola sumando la multitud de las potencias oceánicas.

Tu problema de arena es geométrico y agonal como tus quebradas, que son montañas en reintegración dialéctica,
anchas, fluvial-lacustres napas subterráneas que te remecen por abajo, te socavan la emoción sísmica o alcohólica, en lo profundo de la estu-
penda gran borrachera de la naturaleza, cuando o tronchando o pateando o apaleando, asesina, la heroica lancha salvavida, aúlla a la manera de una máquina bruta,
que emerge soberbiamente danzando como chivato rojo,
tu luz es luz de faroles universales, que dan sombra tremenda o sol como los átomos de las cosmogonías.

Arrecia en la pelea por la belleza copretérita la “Plaza Echaurren” y la “Plaza O’Higgins”;
y un océano comercial, doméstico, un océano semanal, doméstico, un océano conyugal, doméstico y retórico-poético, que parece que viniese vestido de día domingo, con la chaqueta desintegrada por el huracán, divierte a los chiquillos “patipelados” en su gran conducta sin orquesta y en su pantalón de piojos, o soberbio o enloquecido
o profundo como las distancias astronómicas, o la rebelión de los desventurados de todas las épocas; las charangas munic-

pales, bailadas por un zapato fantasma, dan la sensación póstuma del paseo de los muertos;
tú y tu historia de honor y de dolor humano, están a la cabeza de las contradicciones, contra las contradicciones y su enigma, enarbolando de banderas negras aquella remota grandeza que maneja, mar-afuera, mar-afuera su ataúd internacional como un transatlántico,
y un pirata blanco y negro simultáneamente, araña tus artesanías con el cuchillo de Hawkins, de Cavendish, de Gerritz, a bala mordida.

En ti nacieron, crecieron, murieron gentes de pelo en pecho y mandíbula gran carnívora, como yo mismo y mis antepasados;
engrandeciendo tus tabernas, se emborrachaba la personalidad corsaria y filibustera
del antiguo gringo en vino Williams Wheelwright, "caballero de industria", bucanero y "business man", hijastro de Yanquilandia y nietastro de Inglaterra contra Inglaterra, espejo de acero negro de Europa en Norteamérica,
creador de gran riqueza y gran miseria capitalista, por compraventa del trabajo asalariado,
hombre grande, no grande hombre del medio social de su época, del grupo social, como banquero, como industrial, como pionero de vapores y ferrocarriles
y negocios de dinero, por Copiapó-Caldera abajo o Santiago a Valparaíso;
y Lord Cochrane, Gran Capitán-Almirante de los océanos oceánicos, y el primer chileno del archipiélago de Gran Bretaña entre los espadachines, los usureros, los emperadores, los bucaneros o los aventureros de Shakespeare,
liberta a Valdivia y se toma El Callao al abordaje, como un litro de médulas de aguardiente inconcebible,
mordiendo la navaja que degüella las cabezas de la niebla, conduce "esas cuatro tablas" de los destinos americanos del O'Higgins clásico y democrático de entonces, del O'Higgins

que intuyó la dirección continental de Latinoamérica,
 del O'Higgins de las logias inglesas.
 con la anticipación heroica de los Carrera y los Manuel Rodríguez
 épicos envenenándole el pan de la conciencia democrática,
 mordiendo la navaja que degüella las cabezas de la niebla y contra el
 dios perverso del oportunismo que enarbolaba el Montegudo,
 mordiendo la navaja que degüella las cabezas de la niebla, como un toro o un bandido o un borracho,
 ensangrentándose la cara macabra y el costillar del alma en las hazañas contra la canalla enfurecida,
 y la envidia y la calumnia y la mentira, en tus acantilados, refugio de
 acontecimientos heroicos y de crímenes;
 no acumularon los parroquianos porteños, sino la emigración de golondrina en bancarrota
 de los dineros de los banqueros y los intermediarios, comerciantes-mercaderes del negocio mayor o menor y las importaciones aduaneras o corsarias o bucaneras, o de gran honorabilidad ladrona en las finanzas, o todo lo contrario, héroes-santos-mártires y piratas de "los negocios son los negocios", hijos del siglo del capitalismo que emerge: los Edwards, los Ross, los Wadington, los Bowen, los Williamson, los Gibbs, los Balfours, los Porters, los Wilkinson, los Wooster y los Walker, próceres-contrabandistas-líderes de la "oferta y la demanda",
 y Emile Dubois coronó de asesinatos y poemas de patibulario, poemas de aventurero, poemas de desconformado en la ilegalidad y de fusilamiento,
 su actitud de macho de barro y acero, mientras Baburizza y Compañía se amanecían entre los números y las máquinas de escribir especulando, sí, especulando a la manera capitalista, especulando,
 pero con cierto sentido de *burguesía en agonía*, que se defiende contradiciéndose;
 ¡oh! Puerto inmenso, ¡oh! Puerto acerbo, ¡oh! Puerto egregio, la Cruz del Sur, Valparaíso, te alumbra la figura, como una gran lámpara.

En aquel presente marino, ultramarino, enorme, ella tenía esa
cabellera de azucena negra que se parece al huracán e in-
cendia el mundo, como sol rugiendo,
y nos apretábamos, Valparaíso-mar-Valparaíso, a la soledad total de
los poetas pobres, que no son los pobres poetas,
desde tus grandes terrazas, con pueblo de puerto adentro, frente a
frente a la andina, desaparecida amiga "Boya del To-
ro", y su bramido colosal de arreo de las oceanías,
o, atardeciendo, en la última y única gaviota del crepúsculo o, ama-
neciendo,
en aquellos inviernos horriblos de gran belleza huracanada o triste
de tristes, en terrible y arrasadora heroicidad, planifica-
da y edificada para las estatuas.

Tu mar longitudinal lleno de puertos que murieron, asesinados,
de puertos que murieron acuchillados
por el destino, apellidado: "Canal de Panamá", te satura de barcos o
pescados, y la almeja divinamente obrera relampaguea
su jurisprudencia genital de marisco o gemido
inmortal en las borracherías, la imperial ejecutoria
del caldo de cabeza se hace presente al despuntar la bestia ajena de las
madrugadas, dolorosamente proletarias, que es como los
cigarros de los finados, acumulándose en el horizonte,
y tú, Valparaíso, diriges la gran orquesta catastrófica y el hombre gi-
gante de América, con la batuta de los vientos
tremendos que azotan las costas, desde la URSS a la Gran China Po-
pular, acarreando lo milenario desesperado en sus ban-
deras de luto,
o el aullido del león amarillo de los cataclismos.

Tranco a tranco, he tronchado, ensangrentado tus contra-corrien-
tes urbanas, suburbanas, extraurbanas,
cargando los libros heridos por el infinito material, o he tomado

el trago de llanto con pólvora, de pólvora con llanto despavorido de
los poetas muertos
en la inmortalidad, hechos con fuego o látigos,
y mares antiguos, hechos con fierro de herrumbre sepulcral, en desin-
tegración, por otras nuevas formas.

Tus falansterios y tus cementerios, al dar la línea soberbia del
poema arquitectónico,
suman la macabra unidad vino-muerte, mujeres-muerte, juego-muerte
y las tumbas porteñas no están clavadas, están ancladas, acumuladas
en lo marino, submarino, ultramarino, que azota el co-
razón del mundo, estremeciéndolo por adentro del adentro
del adentro, en donde deviene espanto, y naufraga
la memoria de todas las cosas
en el mar de la eternidad y sus solas horrendas olas, porque todo el
puerto es mar y todo el puerto navega, como un barco
colosal, todo el puerto es mar y capitán de navío,
y tus casas son lanchas o faluchos encaramados a tus cielos fluviales,
cosmográficos, lacustres, o mojados con llantos del in-
finito y lágrimas de naufragos, que anidan su paloma
de luto en las arboladuras cósmicas, mordidos, carcomi-
dos, orinecidos
de aguas salobres, con el tiburón de los atardeceres, nadando en los
atardeceres, y elementos
de cochayuyo agarrándose a la inmensa ostra abierta del sol poniente,
que parece, además, un antiguo y herido acordeón des-
orbitado, o un zapato de corsario colosal, ardiendo en
la astronomía;
a las caletas mariscadoras descende el parroquiano del pobrericío mon-
tañés, el proletario y el campesino de los suburbios
de la serranía, en la cual gravita un cinturón forestal de maceteros y
tarrosviejos, con violetas y nomeolvides que poseen la
poesía atronadora de la humanidad robada, pateada,
acuchillada,
del hijo del pueblo y del cerro, o la agarran tan siquiera

a la fritanga de la gente modesta, la cholguita de la pobreza o de la miseria que no alcanza a morirse de hambre y araña la aventura en la encrucijada romántica de la ancha y antigua Plaza Sotomayor, por ejemplo,
para el caldillo de los desamparados malditos del régimen de los asesinatos mundiales o universales,
e ir viviendo como adentro del mar, del mar comiendo o no comiendo la triste comida del hambre, que recuerda los altos, terribles, los anchos naufragios, y, sin embargo, arranca un trueno nacional de las profundidades;
pescaderías y carnicerías, para la glotonería intercontinental, abren el paisaje lleno de huevos de oro de la abundancia, “de la aristocracia”, de la redundancia alimenticia,
y las rotiserías hediondas a cecina falsificada, a cecina “americana”, a cecina enajenada de “perro caliente”
de la burguesía interferida del siútico, pero los inmensos cerros, que son tu expresión y tu lenguaje, están resplandeciendo de cantos de gallos, soldados y aventureros, los inmensos cerros,
y la sombra épica de Chile, te ciñe en tu proletariado, a manera de aquellas encrucijadas del Cerro Barón, con ascensor de túneles arriba, por “Los Lecheros”, derrumbándose, agarrándose, superándose,
y a las que van a encontrar posada o mortaja las piaras, o alojamiento los cargueros sanroqueños, los vineros,
o el contrabandista fulero, que arrea la botella como esa yegua negra del subterráneo, en los bolsillos asesinos del infinito.

Grandes, girantes catres de esplendor finisecular, audaces en navegaciones, anclaron, desde tus mansiones a tus pensiones, al “piguchén” coprolálico o a las polvosas, a las solas, a las lluviosas *tardes de remate*, huyendo del subsuelo amoral de la ilegalidad burguesa,
y alguna bañadera augusta, en la cual relampagueó desnuda la *señora gobernadora*,
presenta un manotón de violetas descolgándose mirador-abajo.

Yo, desentrañando de los órficos, los pitagóricos o Heráclito “el principio de la interpretación de los opuestos”,
o en los poetas-profetas de la Biblia, la antigua conmoción popular,
la antigua desesperación popular, la antigua rebelión popular,
el lenguaje
del “Arte del Hambre”, y en las masas obreras de hoy, mi estilo,
allá por el “veinte y siete”, cargando a la espalda el madero de los crucificados, y acariciando con la boca tremenda del amor a una familia de relámpagos
y a la vez de dulces frutales verdes, como manzanas o naranjas del futuro,
cuando mi barco de tiniebla y sol, fondeó en tu bahía, querido y grande amigo Valparaíso, querido y grande amigo, en la buena y en la mala fortuna,
del marino sin navío y con revólver en las navegaciones, ya estaba contigo;
viví entonces allí, Valparaíso, aquí, en tus encrucijadas con canarios, entre tus muelles y tus caletas, adentro del cerezo conyugal, criado, alimentado por nosotros
en tu gran caída impertérrita,
viviendo, es decir, haciendo el oficio de la literatura, cavando por debajo del subterráneo nacional, blandiendo con los marinos de guerra la guerra de los navíos, alerta y cuadrada y abierta la conciencia a lo contemporáneo, que hace lenguajes, e inventa con hechos nuevos, versos nuevos, tiempos nuevos,
hundida la raíz del individuo, en la raíz del universo, hacia las entrañas de la humanidad, sacando con mano temeraria y corajuda,
el orden de lo humano-cosmos
desde el desorden de lo arcano-caos, el orden de lo humano-cosmos, que es lo bello eterno, homogéneo o lo bueno-sublime.

El país gutural, catastrófico, con peñascos descomunales y océanos de eslabón acérrimo,
se retrata en tus arquitecturas,

que son *el vocabulario y el idioma de lo trágico-dramático*, hiriéndose,
contradiciéndose, huyéndose,
o mordiéndose la espantosa sinfonía arbitraria,
que comienza mar afuera y aprieta el mar del mar contra el abismo
y sus asignaturas.

Las arcaicas filarmónicas usadas, que tienen siete dientes en las
encías,
como los zapatos del anónimo, retornan tus residenciales al mil nove-
cientos tres del “Desembarco”, al mil novecientos seis
del “Terremoto”, al mil novecientos diez del “Cente-
nario”, y las eximias filarmónicas, las heridas filarmó-
nicas, recién paridas,
a las cacerías de zorzales de Charravata, a los pigüelos y los causeos
del viejo don Saverio Dimare, de Quillota,
a las parrandas endieciochadas con la última prieta en la patagua ena-
morada de los postreros días lluviosos, y abandonada en
el misterio rural del “Bodegón y de las Perdices esca-
bechadas”,
a aquella antiquísima y cordialísima “Madame Lapaquette” del “Ho-
tel Lebell”, ella tan caída y enmohecida como dos se-
pulcros, cuando naufragó en Lautaro,
en ese entonces tan maravilloso y nacional, tan amanecido y litoral,
que hasta nosotros nos tirábamos lágrimas a la cara cua-
jada de rocío, esperando o premeditando en la soledad
del “Arte Grande”,
no dispararnos el botellazo y el escopetazo espectacular de “La Ulti-
ma Cena”.

Todos los vicios de todos los puertos relampaguean en tus ámbi-
tos, y el hampón, el matón, el ladrón y los rufianes, se
“*sumergen*” entre los obreros portuarios, calificados, por
heroicos, como personajes de epopeya o payadores de
odisea, o el subdescendiente, a la deriva, de los Gonzá-
lez, los Alvarado, los Rosales, los Recalde, los Díaz, los

Morales, los Frías, los Farías, los Azúa, los Covarrubias, los Acuña, los Pérez y los Gómez, los Verdugo, los Loyola, los Araoz, los García, los Peredo, los Fariña, los Palavecino, los Quevedo, los Lefebre, los Fournier, los Fontaine, los Caroca, los Pinochet, los Cubillos, los Mardones, los Murillo o, los Cruz, comercial-marinos, que devienen pueblo del pueblo del pueblo o explotadores y negociadores del pueblo, y se contradicen, se interfieren, se reproducen, u oportunistas con éxito, “metecos”, “snobs”, mugrientos, europeizados, aviesos o “coléricos”, engendros de perro-caliente “a la norteamericana”, o siúuticos venidos a menos, caídos a la cloaca ex-social, en tu gran Bahía nacional, poblada de naufragios y de asaltos,

y la comercialización general del capital imperialista-monopolista-latifundista, internacionalizado por la Exportación conquistadora de la Moneda-Dura,

toca la campana negra de los negocios escandalosos, equívocos o simoníacos, que dan las premisas de la Revolución de los trabajadores contra la explotación de los trabajadores y la miseria aterradora de los trabajadores,

y el Estado-aventurero y los azotadores y los negociadores y los explotadores de mujeres o de países,

se van a revolcar dichosos y prostibularios en los hoteles cosmopolitas de tu cinturón de resplandor universal, tentacular, descomunal de urbe enorme, y el hombre pobre y el pobre hombre araña en tus murallas su fotografía de Valparaíso . . .

Como el sentido, el estilo, el destino de lo heroico, si no se han perdido, se han hundido en la santa entraña popular de la nacionalidad, y Chile, errado, pateado, agusanado, bramando por debajo del alcantarillado general del mundo,

sucumbe y no sucumbe en la aventura dionisiaca de la existencia, como remo roto o esqueleto sin compañero, rugiendo,

nosotros ¡oh! amado Valparaíso, te miramos como a una tragedia de
Esquilo, como a la Capital del Mar de los naufragios
huracanados, como a un dios frente a frente a su reli-
gión frustrada, solo como toro,
y, sin embargo, coronándose de catástrofes, o pámpanos de metrópolis-
cosmópolis, a ultramar,
entre los grandes puertos del globo, arterias de la Mar-Océano, puer-
tos del siglo de *la era cósmica*, o barcos sagrados, tre-
mendamente y terriblemente acuchillados de tripulacio-
nes, en subversión libertadora,
tallados por astrólogos-cosmólogos-sismólogos, desde las épocas esplen-
doras del materialismo del vitivinicultor del Egeo,
Tales de Mileto,
hasta la estampa continental del Fidel Castro universal de Cuba, en
la cual ya expresa Latinoamérica, aquella combatividad
indo-hispana de vértice en el que se cruzaron, con es-
panto, las espadas de España y las hachas indianas, en-
gendrándonos entre la muerte;
como a un acordeón, como a un bandoneón de las marinerías, los lo-
bos furiosos
escuchan rugir el huracán y escuchan sol en tus arboladuras de hor-
migón armado o Población Callampa, escuchan los vien-
tos alicios,
y las antiguas comunas aldeanas, o las antiguas comunas tributarias
de la Beocia, la Siria arcaica y la Mesopotamia,
emergen de tus peripecias-epopeyas como los ataúdes oceanológicos
de la Atlántida, enarbolando los andrajos patibularios
del Gran Diluvio Universal de la mentira genial de las
cosmogonías, o crujimientos de espinazos de continentes
sumergidos,
con el pueblo y la explotación del pueblo en las entrañas,
y en “El Tesoro de la Piratería” es la bandera de la leyenda de pólvora
y trabuco, cañones, cuchillos o arcabuzazos o ahor-
camientos,
o asaltos con violación, incendios y degüellos,
—toda la historia del hombre— que aúlla en tus mástiles enloqueci-
dos, estandartes de países colosales, ya desaparecidos;

o como Damasco o Sidón o Alepo o Tiro, el de las velas púrpuras de Cartago y los cartagineses,
o Nínive o las cosmópolis-bahías-metrópolis *mediterráneas*, fondeaderos del arreo del camello de gran joroba desesperada, como una gran trompeta, y el peaje tórrido, o, los temerarios, épicos contrabandos “oceánicos”, establecidos como ejemplo roto y funeral de antiguos campos con barcos imaginarios,
adentro del desierto, ciudades-naves, ciudades-naciones, ciudades-llaves y aduanas internacionales, en las que naufragó la civilización muriente, equivalente a las economías náufragas, que alimentaban las superestructuras náufragas,
vienes tú desde el origen de las edades, Valparaíso, por entroncamiento genital con la base humana, fundamentado en la proeza originaria que emergió rugiendo y saliendo del océano, como salieron los muertos de todos los pueblos de todos los tiempos a proclamar la Revolución de la Gran China Popular,
tal como tú, sacando el pecho de fierro y aguas terribles,
o la cabellera de cochayuyos silvestres, que parecen o sauzales ondulatorios o musgos-sepulcros llorando por debajo,
o chocando o relampagueando o luchando contra tu alma,
que posee los cinco sentidos de la escala zoológica, llamada ser humano.

Te poblaron los vikingos de Roberto Guiscardo, el invasor-conquistador de la Sicilia, la Magna Grecia en el invierno del otoño de su gran caída, o de la Italia unificada de Garibaldi, o el germano de mandíbula de carnívoro, comedor de “delicatessen” y bebedor de cerveza, o el guipuzcoano de Loyola, o el catalán greco-latino, o el hispano-castellano o vasco arcaico,
o español de Iberia, o godo musgoso como los túmulos rotos del espíritu, con la polvareda del Cid agarrada a los piojos cristianos o trascendentales de Cervantes o a la sotana inquisitorial de Lope-Félix,
o el escocés-inglés-irlandés de Elizabeth, que lo amaba tanto a Walter

Raleigh, que lo ahorcó, pues tanto lo amaba, y de cuya enorme sogá escapó el Marlowe suicidándose, o Ben Johnson, borracho con el alcohol eclesiástico, a la orilla de William de Stratford-on-Avon, creador del Imperio del Teatro, o el árabe camellero u hortelano del Líbano, padre de Herodes, el Grande, que acaricia la aceituna, el dátil o el higo o come cordero y bebe su vaso de leche de yegua, tan ácida como su vino de pastor de naciones y de dolores, o el francés, gabacho,

con espanto acumulado en Rabelais y la gran angustia de las civilizaciones perdidas en el estilo de las formas logradas, en las que naufragan todos los tontos, que creen en “el orden por el orden”, en “la belleza por la belleza”, en “el arte por el arte”, y el judío magistral, profetizador, natural de todos los pueblos, de todos los tiempos y circuncisiones,

con asiento en el Jerusalén del Eclesiastés e Isaías, Exequiel, Jeremías, forrados con pellejos de carnero y miel, y todos te amaron, y todos te idolatraron, y todos, ¡oh! Puerto-Mayor del Viento-Mayor vivieron y sufrieron y murieron en tu “*Oceanía de Valparaíso*”, atragantándose de mujeres compradas y malpagadas con la moneda falsificada y vil de los rufianes o el juez prevaricador y sus cómplices.

“Ananké”, el capataz de esclavos, que azota a Sísifo en los infiernos de la *imaginación órfica* de George Thompson, tremendamente golpeó el aldabón del portalón de tus inmediateces, pero la gran libertad portuario-marítima bautizó tu actitud frente a frente a la naturaleza,

y tu galope de potro salvaje, da categoría de ciudad-mar a tus costumbres

tan chilenas y “amarditadas” como la montura del huaso o la ojota y el cinturón de lágrimas de yodo y sal del roto, que es como los escudos despedazados;

descansa en ti el minero, y el pescador batalla contra las olas de sangre quemante de su faena, descansa

el obrero del salitre, que retorna al sur forestal, ardiendo y mordiendo sol furioso, sol amargo, sol maldito, y el campesinado, terriblemente agropecuario de la égloga negra de Chile, los viejos amigos esos se entregan a todos los oficios o al lujo de luto y muy justo de emborracharse con “litriado” miserable de tres tiritones,
y hay cierta manera de ir a bordo, viajando en barcos de antaño, entre tus seres problemáticos;
un aroma a algas marinas y a golria nacional, corona las vías públicas, corona al viajero más avieso de comercio y especulación menores, corona al artista genial, cargado con estupor macabro, como un navío negro, corona aún al corredor de bolsa, o hijastro desintegrado de los Basidas, eternizados por Píndaro,
“familia de capitanes o de comerciantes de mar” o tiburón económico, corona a los suicidas y a los desesperados anónimos de anónimos, amontonados en pingajos sin revólver, corona a la “Plazuela de la Iglesia Matriz”, olorosísima a fritanguerías y a borracherías y a putañerías que tienen mástiles y arboladuras, corona tu juventud cuatricentaria o cuatrimilenaria,
en la cual pudiera haber nacido y vivido Caroxos, de Lesbos, el hermano de Safo,
el cual cargaba vino para el Naucratis, e invitas a Latinoamérica al rol conductor de las cosmópolis-líderes del mar . . .

El Gran Imperio del Dólar que es el gran saqueo por el salteo y por sojuzgamiento de las colonias económicas, porque “el hombre es el dinero”,
para “la Bestia Humana” que “El Capital” dibuja en valores y categorías,
desde el malvado que encadenaba a los esclavos laceándolos a patadas, a la plusvalía por la compra-venta del trabajo del asalariado,
penetra tus riberas, Valparaíso, y tú conjugas la infinita poesía amarilla de las calaveras-águilas

de Yanquilandia, con la tristeza de la moneda republicana y enajenada, y yergues tu cabeza azul, entre el gran temporal ladrado y bramado por perros tremendos, y los departamentos de aduana,
por la defensa de la riqueza ensangrentada del colono,
que da la contradicción dialéctica, en la contradicción dramática de su temperamento,
cuya gran unidad pura es ese alegre ser silvestre,
pánico y dionisiaco, como los lagares y como los panales, en el que el ente viviente se comprende como especie.

Tal como y cuando todo lo mítico agarra al Pitecantropo de la gran Biblia judía, y le desgarran el costillar durmiendo, de donde emerge el primer amor del primer dolor,
te sacaron a "*Viña del Mar*" de la pepa del alma, Valparaíso, con su egregia vocación de concepción de la belleza más soberbia y exorbitante de blindaje aldeano-departamental-provinciano, forestal y mediterráneo,
encubiertas las apariencias transeúntes, pero miserables de la "Ruleta" y el "Casino" internacional que ladra, creando o multimillonarios o revolucionarios por frustración capitalista o suicidas arcaicos, subhumanos, alucinados del gran basural hermafrodita, ejemplos,
o huachacalleros de la retórica-poética de la cantina;
y es menester cantar la "Ciudad-Jardín", como la apodan los ingenios, enmascarados y feroces, o el mariconismo,
a la hermosa, maravillosa niña-flor, fruta-flor, alma-flor con azúcar en el corazón, y la gran industria hoy en enajenación al Imperialismo, la gran industria engendradora de proletariado, entre la inocencia y la impudencia del paisaje, como rural, como social, como total, contradiciéndose,
pero con aquello del villorrio dulce y grave, y del infierno,
que no es urbano, que no es metropolitano, que no es urbano y es urbano e indescriptible,
como los malditos ángeles caídos, que son demonios arcangélicos;

sin embargo, lo democrático y popular, lo típico-ecuménico, lo dolorosamente humano del género humano,
 gravita entre tus grúas y tus cerros de cerros de cerros,
 y va debilitándose y embelleciéndose por “El Recreo” a “Agua-Santa”, por bajando, debilitándose y embelleciéndose y aburguesándose y resblandeciéndose,
 a la manera de las epopeyas sociales que se convierten en romances, y son hermosísimas canciones-pájaros y églogas
 que fueron águilas, belleza-tragedia, belleza-tormenta, belleza-miseria y resplandor, Valparaíso, tú, Valparaíso, con el terrible don huracanado de lo indescriptible, con el terrible sol tronchado,
 despedazado, rajado en abismos de *lo sublime*, en la mochila, como un gran poeta.

“Urbi et orbi”, te doy mi bendición atea, de marxista-leninista consciente e irreductible, épico,
 ¡oh! anciano como yo, Valparaíso, anciano y parado en las hilachas, pero los pueblos crecen de viejos, cuando los hombres mueren de viejos, mueren de viejos los hombres y los dolores de los hombres y las pasiones de los hombres y los terrores de los hombres,
 y cuando los humanos, agonizando, nos estrellamos a cabezazos, como borrachos, contra la materia, las cenizas del antiguo poblador marchito, y las heridas acumuladas, la agigantan a la acerada condición metropolitana, y tú, Valparaíso, hinchado de cadáveres monumentales, irguiendo tu cabeza sin fronteras y sin ausencias, Valparaíso, te levantas
 por encima de los siglos de los siglos de los siglos, solo, resplandeciente, roto, destruyéndote y construyéndote en el filo de los abismos y los peligros de los abismos,
 a la orilla del mar del cual vinieron los tatarabuelos de la humanidad . . .

TONADA A LA POSADA DE DON
LUCHO CONTARDO

(De "Estilo de masas", 1965)

Encima de tres provincias, que parecen tres vasijas del mundo,
montada, a horcajadas, cabalgándolas a la manera nacional de “Los
Antiguos”,
en ese presente finisecular del “Novecientos”,
se emparentaba a una guitarra *la Posada de don Lucho Contardo*, al-
ta y ancha
e innumerable, como los hijos de Abraham.

Cancha de “nortinos” y marinerías,
los zapatos ensangrentados del caliche traían la figura del gringo ham-
pón-ladrón-matón en las roturas de las chaquetas,
y los rotos guerreros del “Setenta y nueve”, navegados o licoreados
como barriles de aguardientes felices,
tomaban su “chupilca del diablo” en el crepúsculo inmortal de las ba-
tallas, retratándolas a guata pelada, y desnudísimas,
como a una hermosa mujer entre los naipes y las botellas de los
tahúres;
el “fabriquento” y el “pateperro” fluían un proverbio social de gran
consigna envejecida en las usinas, y el bramido del na-
vío en los océanos ajenos,
no únicamente el huaso, sino el roto del corvo a la vihuela, y el aven-
turero
nacional-provincial-departamental, empujaban la carretada de lamen-
tos, el pellejo de vino y el cencerro de la tropilla colosal;
sudaba el llanto de entonces, adentro, como saliendo de las albañi-
lerías

sociales, roto, podrido, solo en lo urbano industrial, pujaba en el campesinado esa égloga tuerta de cadenas irreparables, que arrastran las murallas abandonadas de las viejas bodegas negras, en las que vivió y sufrió el licor las transformaciones heroicas y se derramó como sangre . . .

El último de los pájaros arañaba los sórdidos crepúsculos tórridos de las techumbres.

Un aroma a monturas, a cabalgaduras y látigos, o a caballerías dramáticamente desensilladas, a naranjas de musgo y a manzanas de humo, a viuda madura o parronal embotellado, a "Haciendas", a arreos de vacunos, por caminos cordilleranos, o ponchos mojados, a mujer campera y a revólver, a pajar vecinal, a cariño, a asesinato, a tórtola, a estupendas y amarillas escopetas, llenando los ámbitos encadenados, surgía.

Se oía el relampaguear del don Quijote agonizante, adentro de los aposentos: los ronquidos acumulados del caballero de la inmortalidad llenaban la casa de telarañas terriblemente solitarias y llantos de pólvora, en aquella noche inmensa de flor oceánica.

Fluían las destiladeras la gotera letal de su grifo de siglos en la siesta tremenda del sol de Talca, en todo lo hondo del corredor resonante de pilares coloniales, y el comedor era la gran catedral histórica, en el cual había estruendo de cabalgatas de cazadores, de jugadores, de tomadores,

y literatura de trasnochadores “insignes”,
la baraja atronadora y el pejerrey-cauque comido como llorando de
alegría,
el costillar de chancho con ajo rajado a patadas,
la prieta mañosa como una potranca rubia, ella tan morena como las
antiguas diosas del desierto,
y el pigüelo con harina de curagua en la chicha divina de Curtiduría,
los zorzales asados, picantes e irreparables como un tiro en el cora-
zón, y la botija
de aguardiente parroquial, imposible de comprender, con apio, guin-
dado,
o sacrosanto y solitario, en su graduación alcohólica de enorme “dios”
borracho y desmemoriado.

El chicharrón y la chanfaina, tan amada del hombre lacustre que
cría corderos,
en las laderas de la laguna natal, el chicharrón
de chancho enamorado, de chancho como chancho de gordazo,
enharinado y floreal, cocido con vino
en el guargüero, lo saboreábamos mi abuelo y yo a la orilla de los
braseros enfurecidos de don Lucho Contardo.

Y mi padre comía el causeo de patitas,
con diez limones debatiéndose contra la roja cólera de los “ajises”,
que apuntan sus carabinas tremendas
del sol sumado, del sol reconcentrado en átomo, y el caldillo de ma-
riscos que está lamiendo los océanos rugiendo lanchos-
nes del Maule, y recuerda
las galeras empavesadas y el velamen con vientos egeos o nórdicos,
tronando Ródano abajo,
la molleja femenina y desnudita y el chunchul invernal, azotado con
espanto inexistente, oliendo a harina de quinua.

Cuyanos o curillincanos,
los ganados huracanados, o bramando o balando, con la yegua madri-
na a la vanguardia,

y los arrieros en sus mulares cordilleranos, polvosos
como remotos catres de bronce, cubrían la tarde talquina, en la que
lloraba la campana eclesiástica a una mendiga muerta,
con los estribos "laboreados" de eternidad y lágrimas, pareciendo ver-
daderos monumentos.

Tejados como cansados de ser, marchitos,
en los que la lluvia inmensa de las provincias dejó su terror de invier-
no, de metafísica y días-domingo,
con estupendas remoliendas dieciocheras.

Un zaguán roncador, viento de fuego
del alojamiento, con la espuela desesperada de sudor de dolor y cos-
trones ensangrentados
a largas jornadas de jinete,
y la lámpara familiar y sin familia, hogar sin hogar, castañas asadas,
que parecen con pensamiento ardiendo,
tortillas queridas, como los viejos sombreros muertos,
y el charqui asado, con amargo despavorido . . .

Pero por aquello nadie se siente abandonado entonces,
calienta la tabaquera el corazón del hombre y la estridencia de la exis-
tencia
es como un vino de espadas, entre el héroe y su imagen.

Sollozaba la poesía inexorable de la violeta en el patio del naranjo
de los Señores,
y, sin embargo, el cahuín nacional del trenzador, el tallador de estri-
bos, el domador y los troperos y los baquianos,
tascaba el freno de fuego de las cabalgaduras, entre un sollozo de co-
pas rotas,
entremezclándose el requiebro de la varonía a la doncella clandestina,
que traía la golondrina del amor entre sus pechos de
sandía, o la rebelión a la violación patronal, cobarde y
bruta,

y el vendedor de armas, el contrabandista, el destilador clandestino,
el reducidor, el tahúr cabronil, el petardista y el arribista,
el comerciante arruinado, el atorrante, el falte ambulante, el desclasado
y el renegado social, el borrachín consuetudinario,
los rufianes y los ladrones, la cabrona distinguidísima
y el infeliz, pateado y vomitado por el destino en las resacas de la sociedad,
merodeaban arreando murciélagos amarillos, lamiendo o mordiendo
el portalón y sus ferreterías, como las algas pegadas a un navío descomunal,
y la cadena de oro de don Lucho Contardo brillaba sobre la panza cuadrada
del futre tunante, que deviene posadero, a la manera del Poniente irreparable
en las oceanías, a la manera de un puñal o un fusil de soldado en los últimos tiempos,
a la manera de un pájaro de lágrimas sobre un sepulcro, o como los caídos próceres marchitos.

Era la época del ajusticiamiento del Presidente-Héroe, asesinado en asesinato y suicidio,
y todavía colgaba la hilacha ensangrentada de la oligarquía de los faroles
y de los cogotes degollados, como un pabellón negro en la basura,
o ejercitaba Inglaterra la compraventa de "patriotas", que John North
traspasara a Yanquilandia en la ruleta internacional de la matanza del 79,
a la cual sólo el roto se sublimó en epopeya, o el Prat colosal de Iquique,
y adentro de las costumbres de Chile circulaba la moneda-oro, famosa
y republicana, el oro no robado aún por el tiburón imperialista de Yanquilandia
y sus sirvientes "aristócratas",
el oro que colmaba las petacas de "los Resguardos" cordilleranos.

A la vereda de piedra de huevillo correspondía la tranquilidad tremenda del zapato monumental sobre las calles de enorme estatura,

solas como las olas de “la mar”,
con aquellos aguaceros eternos de esos ayeres, arrastrándose como ladrones
por las techumbres ensangrentadas de huevos de tiempo,
y, medio a medio la hospitalidad, como de taberna o castillo feudal
del amistoso compadre infinito,
en la cual gozaban comiendo y tomando “a la bartola”,
o acariciándole la pechuga a la “Sota de Copas”, en las mañan usadas
del “Monte” o la “Brisca” rematada y alevisa y solapada del fullero “Don” y campeón de tahúres profesionales,
el cojitranco Martín San Martín y el tinterillo, José del Tránsito Peñaloza, que defendía a los dos litigantes,
don Juan Modesto de la Peña y su gran barba poblada de voz y oceánica, el pije Domínguez, aguardentoso y soberbio, el gran Señor Patriarcal don Tomás San Román y Urzúa, con sus jinetas de General en campos de botellas, y la Pepita Zuazagoitía,
con esos altos pechos, que mordían y querían despedazarlo al amante, o el imbécil de Antonio de Pedorruga, abuelo del engendro idiota que escribe inmundamente con el culero en la valija diplomática,
la vieja Chepita que enloqueció de puro bonita y regaloncita con sus amigos,
el fanfarrón de Filemón González, de los González de la felonía y la demagogia, ejemplo de carajo patronal y gran mala persona, católico y diabólico de usura,
y el aristócrata tronado Juan de Dios Subercaseaux, que daba “la champaña” a los caballos en el antiguo y frondoso esplendor, la Monona
Romero, de Curicó, que según decían no dormía con camisa, porque se le enredaba entre las piernas, el maricón-brujo Nefthalí, ladino y “vichuquenino del Sur”, que jugaba a la mala y era nonato, parlanchín, capado del alma, como el loro de la Pecho de Palo, o el tonto Nefthalí, de Temuco,

y el Sapo Machuca y el Paco Gatica y don Ignacio, mi "taitita", y don Toribio, el pabilo y don Custodio, el hediondo...

Bebían aquellos vinos inmensos de Pocoa, secos y llenos de calandrias,
caballeros y pelagatos, explotadores de mujeres y patrones religiosamente ladrones, matones y cabrones, o hacendados atrabiliarios,
o aquellos patriarcas de provincia buenos y malos en la misma novela.

Olían a bosta de buey y a relincho las caballerizas, olían a carreta desbarrancada, a paja meada o guaneada de mula, y a invierno muy tremendo y muy hambriento por adentro de la mucha comida de los patrones contra los peones,
olían a chigua marina o zapallo desventurado,
olían a chacarería y a lagar vecinal, en las vendimias de las provincias de luto por el mundo,
olían a pera caída y enloquecida, gritando,
y las artesanías ilustres del trenzado y del tallado, las artesanías de la talabartería y la ebanistería popular,
brillaban entre los coches y los aperos, como caballo recién bañado, como olla de greda, como una gran botella de vino en la montaña.

No la circunscribía la cuadra cuadrada del perímetro ni los muros con musgo funeral de candado de tumba, ni el sentido común
de camino de las vías públicas del antepasado,
surgía como desparramada, talquina e integral, una y todas, uva de un racimo internacional y eterno.

El pizarrón de agosto decía: "Pejerreyes y empanadas, cazuela de pavita, con chuchoca, y de gallina, locos y choros, patitas de chancho, guatitas, chunchules, molle-

jas, empanadas y aceitunas, valdiviano, chicharrones, arrollado de malaya, caldo de cabeza, cocimiento del matadero y charquicán de luche, prietas con puré mirasol, longanizas a la talquina, con la papa parada y el pebre picante y cuchareado al modo del roto”,
y el de verano: “Humitas, pastel de choclo, porotos granados con frangollo o porotos con motemey, cordero o cabro asado o chivato con digüeños, chanfaina a la curillincana”,
vinos y chichas de Pelarco, de Corinto, de Tanguao, aguardiente de substancia de San Vicente de Tagua-Tagua, guindado y apiado, chacolí de Peumo, ponche en leche y de culén florido, pipiritiuque y chupilca en harina de llallis o curagua;
amanecía la “Epopeya de las Comidas y las Bebidas de Chile”,
y la Posada enarbolaba mar afuera, como inmenso barco, el pabellón de la piratería heroica,
conduciendo su cargamento nacional de jubilados, propietarios, empleados,
dueños de fundo, militares y usureros y policías, patrones y peones, no, peones y patrones, marinos, labradores y pescadores, toda la forma rota y percedera de las personas;
sería el saco de llanto del gran Profeta, o el solitario carromato derrengado de los circos precarios,
y un ataúd lanzado al infinito,
aquella bestia inmensa y de dos cabezas que es la criatura humana engendrando, o barco cargado de vituallas y difuntos.

El más antiguo farol talquino estaba gritando y llorando en la esquina.

Por junio adentro, estallaba el onomástico,
y don Tiburcio Trabuco se curaba, con bragueta y todo, en su gran respetabilidad de caballero del pobrerío,
agarraba la borrachera el pelotas de Sofanor Mancilla, de Curepto,
y el comerciante en cereales Bonifacio Matamala, “el trompa de mula”, se agarraba a caballazos y rebencazos de euforia

con el cuatrero Baltazar Gorigoytía, y el cura Romero salía a la vara
topeadora,
arremangándose las sotanas de machazo disfrazado de pelagatos con
polleras, y rugía, borracho y desaforado,
como el potro frente a frente a la yegua alzada;
decía el Rosalindo Araneda: “Alzo mi vaso por don Lucho”, y se caía
de culo en las alcantarillas de la jugada azul que le hi-
zo el vino, del tinto, asoleado,
mientras la violeta del último esplendor lloraba como una antigua viu-
da en las solapas condecoradas de alcohol, ruidosas
y furiosas, “las caldúas” le mordían la lengua a los celebradores y los
pavos asados se ponían a cantar a la orilla de los ollo-
nes altos y anchos como pataguas o como potrones que
relinchasen de contentos,
y las papadas del pavo-mechón sonreían a la borrachería,
cuando entraba haciendo cantar las rodajas y sonando botas de chiva-
to o zapatos emboquillados,
Salvador Quilodrán y su Señora, al cual miraban las niñas Pinochet,
como yo chiquillo las piernas de la Peta Contreras o las tetitas de flor
de durazno de la Julieta Echazarreta;
gritando comedor abajo corrían esteros de pipeño de causeo, encade-
nando comensales al oleaje, y los trasnochadores saca-
ban los paraguas,
defendiéndose de la tormenta vitivinícola,
mientras clan afuera, la vieja miseria de Chile, a pata pelada, sujetán-
dose los andrajos ensangrentados de piojos y polvo de
arañas,
tiritaba y sollozaba en la profunda noche del hombre pobre del pobre
hombre pobre,
escarbando con andrajos la orfandad republicana, con la oligarquía
suciamente latifundista y antipatriota, a la cabeza del
abigeato, no penado nunca y nunca encarcelado, por-
que los ricos no castigan a los ricos,
y el Dios idiota de los explotados y los humillados sociales, se reía a
carcajadas de los súbditos patipelados, rosarios de an-
drajos ensangrentados.

Todos los huasos costinos desensillaban las cabalgaduras
en aquellos patios añejos, con aroma a alfalfa, y el queltehue huacho
traía
en su canción de cántaro de agua,
los potreros entrebolados de mariposas, con recuerdos de toronjil, de
yerbabuena, de arrayán, a la ribera de los canelos aborí-
genes, entre coliguales, macales, pataguales, boldales
en los que el zorzal anida y llora la tórtola viuda al lagrimal de los
canelos.

El ganadero “principal”, hacendado y comerciante en animales,
y los truhanes del naipe y las barajas patibularias o el revólver negro,
—choco y poncho—,
comían la misma aceituna de sonora voz, y tomaban
la cachada nacional del cumpleaños del funcionario de gran onomás-
tico, que parece una gran trompeta, un escudo de ace-
ro y oro, una cuchilla roja, un pétalo de dinamita;
la melancolía de la amanecida invernal, llena de muertos, la teñían
con rebuznos dionisiacos o de ese enorme azul de los
sueños con pigüelos escandalosos,
con gloriados bien cebados y embanderados de inmortales aguardientes
provinciales, y, además, divinamente clandestinos, a ti-
naja subterránea,
que los felices policías rurales saboreaban mojados de espanto;
y cuando los pajaros crucificados de semanas, con escarcha terrible y
tronante, caídos en “Dios”, entumecidos,
intuían a la naturaleza, tan encanallada como el dinero,
ellos, los viejos remoledores partían y rugían “Las Lástimas” adentro,
o cabalgando la mula gitana (atorados con guarapo pa-
tibulario), o el aculeano de ancho y poderoso tranco;
orgullosos de sentirme hombre de siete abriles, empuñando el coraje
de mi Smith y Wesson, y la altanería
de mi cabalgadura de epopeya americana, ya soñaba contigo, Luisa
Anabalón, acariciándote en la alegre y doliente Winétt
idolatrada, pequeña niña morena, poetisa genial, profe-
tisa de la literatura,

y ardía en mí el gran poeta desencadenado, que habría de ser plagiado, calumniado, saboteado, por los maricones de enorme trasero deforme, emergiendo del rompimiento de todas las coyundas del mundo, que eran cadenas viejas, de las argucias del mundo y despedzándolas a patadas de peñascos o balazos; los cueros sobados de las talabarterías del Curicó nativo, trenzados y laboreados, como grandes obras de arte, o de la artesanía manual-provincial, ponían el gran aroma a casa hidalga, a santidad prefabricada de estupenda novela picaresca, a bodega y viticultura, a acordeón de navegación heroica y atribulada, que deviene zapato de muerto llorando el desesperado afán de existir, caído en las habitaciones sonoras, como lagares o navíos o presidios de héroes descomunales.

Adentro del recuerdo de potrero de las inmensas pajareras, aquellas perdices de entonces, tiraban el silbido regional contra las pircas y los pajonales de los totorales de Vichuquén, y el zorzal más frutal que los membrillos, que traía en el corazón, cantaba la canción de Yungay, pidiendo dulces alfalfaes verdes, el llanto de oro de las diuquitas dominaba la madrugada, cuando las calandrias remecían su boldal nativo, mientras los chincolles y los chercanes, acarreaban su atadito de música a la cocina, y el tordo tal como un rruiseñor venido a menos, vestido de negro raído, enamoraba a la loiquita ensangrentada o a una chincola rubia, y los pidenes de los atardeceres tocaban sus acordeones mínimos.

Era la era total en que uníamos dos océanos épicamente, y el *Peso-Fuerte de Chile*, marchando como soldado, domi-

naba todos los asaltos, “*Por la Razón o la Fuerza*”, sellado con la Hoz y el Martillo universales, los rotos chilenos del Norte-Grande, bien comidos y bien bebidos, en la aurora boreal del capitalismo en Indoamérica, no tenían la esqueletosa condición de hoy por hoy, ni estaban tan robados, tan pateados, tan crucificados por el “*gangsterianismo*”, la mujer obrera no paría en “*El Callejón de los Anónimos*” espantosas criaturas desgarradas, carne de cárcel y patíbulo, carne de cárcel y prostíbulo con fusilamiento, carne de cárcel y patíbulo, y la anemia perniciosa no arañaba las costillas del campesinado, tanto y cuanto en este instante horrendo; naturalmente patrones y peones eran antagónicos, porque los patrones eran ladrones y los peones eran buenos y aguantadores de carácter, agropecuarios como los ganados clásicos y eclesiásticos, del campesinado de los tiempos bíblicos, *el hambre enorme, el hambre sobre el hambre, el hambre enorme y por debajo,* rugía y hacía tiritar los desnutridos colzoncillos infinitos del inquilinaje esclavo, azotándose de catástrofe en catástrofe, pero con gesto paterno de verdugo apostólico que bendice al ejecutado, como un solo arreo de invierno con muertos, y la erosión se comía la tierra, *fraternalmente*, y la devora, hoy por hoy, arras-trándola al océano, cuando don Custodio, don Silvestre, don Angelmaría, don Juan Garrrote, “causiaban” y “relauchaban” a lo terrateniente, con las niñas más bonitas de las provincias en “*La Posada de don Lucho Contardo*”, la cual navega, aún, fantasma y mito insigne, floreal y colosal en los viejos, tremendos mares de sangre, copretéritos; “El Tapete Verde” talquense, atorado de batatazos y de suicidios, acaso sería un lanchón bramando contra el abismo del sol enfurecido, y el conductor Andrade se dejaba crecer la barba y la guata simultáneamente,

a la manera de un gran carnero interprovincial o un cura piadoso, violador de doncellas y de botellas, un poquito alicaídas, a la manera de un calvo y santo marrano de los chiqueros de Dios o de Epicuro, o a la manera de un saco de palo de antiguos toneles dichosos, y llovía serio trago muerto, encima de los parroquianos emputecidos y felices de sentirse reputamadres, subiendo las escaleras del cielo del pueblo completamente “tomados”, como carajos, a fin de obtener la canonización cínica y demoníaca, de todos los santos de la Iglesia, de Rabelais y Baudelaire a Ciriaco Contreras; innumerablemente los admiré peleando a rebencazos la borracherienta, o jugando a la rayuela debajo del lejano saucedal de los últimos patios, topeando, forcejeando, pateando el picante a la cordillerana, a aquellas gentes tan fuertes, temerarias, atrabiliarias, libertarias y chilenísimas, en ese ambiente que olía a vasija o macho sudado, espuelado por el jinete borracho, a tortilla sabrosísima y sacratísima, surgiendo del rescoldo, y a guitarra desengañada, con el pelo furiosamente suelto a la espalda adolescente, a charqui caído y hembra caliente o pato o ganso o pavo asado; veo al “Chucho Medina”, agarrándose a patadas con “el Pendejo Domingo Toledo”, o a bofetadas y a puñaladas con “gargajo al ojo”, y entrar a caballo al comedor al garañón apellidado “el Pachacho”, pegarle una gran patada en el culo a Ramón Antonio Cañón, arremangándole toda la jeta de un chopazo, al soltarle: “te pateo por maricón y pajarón a la cuyana”, y mearse de borracho al pedorriente del Dionisio Calcaño, de San Clemente, o llorando, todo cagado, al finado Reyes-Basualto, un poetastrillo que se suicidó al Agua Florida.

El musgo de sepulcro de los techados, correspondía a la bancarrota sentimental del crepúsculo,

y a la caída económica de las provincias, que venía
asomando su esqueleto en la explotación reaccionaria, a la pena in-
mensa de las goteras, como si al hospital internacional
del Género-Humano,
creado por el capitalismo imperial,
lo recolectaran en las cantinas de las aldeas (comercio de esclavos y
lágrimas de la invasión y la colonización a patadas),
poesías sin estatura y pantalones desesperados,
cornetas de batallas perdidas, cenizas de palabras marchitas y zapatos
agonizantes.

Crujían las carretas licanteninas, cureptanas, vichuqueninas, cu-
ricanas, linarenses, chillanejas, maulinas, colchagüinas,
palquibudanas,
anclando a la orilla del mesón familiar, arcaico y hospitalario,
la fonda egregia, la taberna aventurera de Sancho Panza, mucho más
loco que “El Caballero de la Triste Figura”, y aquellos
coches egregios que parecían catedrales rotativas o le-
chos ardiendo por el camino real de las aldeas,
y relinchaban las caballerías de los huasos chantados, paletados y en-
taquillados, que revolvían sus cabalgaduras o arreboza-
dos en la neblina invernal o en la polvareda provincial,
estupenda,
el revólver de cachapa de nácar del Fraile Rodríguez y su gran matone-
ría clerical, la manta rayada en rojo y negro del Pepe
Gutiérrez, enarbolada como la bandera de Chile, en Sep-
tiembre, o el lomo de toro de don Rosario Culebrón;
repicaba a campana rota, la ojota del inquilinaje,
la “galleta” vil del peón-esclavo, los porotos agorgojados de la familia
que se acuesta siempre hambrienta, agarrándose a una
lágrima,
cien años cien años hambrienta, mil años mil años hambrienta, o des-
de los Hebreos a los Chilenos,
los ranchos mojados, escarchados, empantanados de la “posesión” del
trabajador del campesinado, destruyéndose contra la tie-
rra ajena,

reflejando su espantajo nacional en las pilchas heridas;
el vozarrón de don Juan de Dios Alvarado se escuchaba a setenta le-
guas a la redonda, y los "Córdoros-Oro" cantaban en la
petaca del campeón de los derrochadores, de campeón
de los remoladores, de campeón de los trasnochadores,
los jugadores, los jinetes, los bebedores,
lo varonil, temerario y arriesgado en la aventura de la existencia
y el gran avatar de la vida,
que nadie entiende y todos abrazan, suicidándose, sudando y luchan-
do contra la nada.

En aquel entonces la basura cosmopolita no había avasallado lo
chileno definitivo,
no había manchado, no había pateado, no había encadenado la nacio-
nalidad al Gran Capital Internacional Imperialista, aun-
que el asesinato del Grande-Hombre Balmaceda, pre-
fabricado por el Imperio de la Gran Bretaña,
ensombrecía la República envilecida de traiciones y de traidores;
la casta "patronal" aparecía como enmascarada en "patriarcal", asesi-
nando, y no éramos ni tan esclavos ni tan lacayos co-
mo ahora;
todavía la jerarquía vitivinícola de los lagares y las bodegas y los to-
neles,
alegraba las gargantas del tomador, sin envenenarlo con alcohol fal-
sificado con meados, y los homosexuales
no comandaban la cochinidad horizontal de las degollaciones públicas
o la literatura.

La poderosa carabina recortada de "los Pincheira"
y el rifle de bronce del "Cenizo", daban a la leyenda de castañas de
los braseros, un acento más acerbo, por debajo del tem-
poral que aúlla,
con el aguardiente más resonante y jineteado en cuero de chivo o ve-
jigas de buey furioso,
y el café terrible de la madrugada, que tenía gusto a Pólvora y a desa-

cato, a herejía, a contubernio, a asalto de caranchos o desorbitados,
a conspiración y a ejecución en las escarchas de los suburbios,
a ruta madura, a tumba, en el infierno, quemaba las gargantas con su
abierto acero ardiendo, que goteaba eternidad milenaria;
relinchos y rebuznos, traían la melancolía de las dehesas españolas,
trágicamente castellanas,
y la tonelería personal o los pichones “acomodados tal como sea su
cariño”, daban la sensación justa del Cid y de Cervantes,
entre las fuertes Ordenes, ya póstumas, caballerescas, tan gloriosas y
tan idiotas;
los agostos acumulados y sus anchas, copiosas mantas, el sol lluvioso
o como tosiendo,
estimulaba la naranjada aguardentosa, patibularia, recabezona,
el caldo de cabeza y la sopaipilla con cebollita invernal, que brama,
crujiendo, como un bergantín velero en la tempestad, y
chunchules
que parecen enredaderas de romanticismo,
y la montaña de paraguas de las calles talquinas, repercutía, por de-
bajo del gas espectacular, herido y melancólico,
en el escuadrón del caserón, que zarpaba mar afuera corcoveando.

Mandaba la sotana indiscutiblemente, y el confesionario, o el es-
capulario, a la deriva,
pero los viejos poliglotos de la Masonería y la “Sociedad La Igualdad”,
socavando los cimientos de los pícaros eclesiásticos, es-
tablecían, con los pícaros eclesiásticos que se arremanga-
ban las polleras,
una gran alianza de persona a Judas, los curas remoladores se refoci-
laban contentos,
y el librepensamiento jacobino o amarillo, enrojecía y se hacía revolu-
cionario, con Bilbao como pabellón, a la memoria de
Camilo Henríquez,
bajo los vasos y las poncheras prostibularias.

Asomaban en lontananza las barcazas de junio y julio,
y un temporal de “santos” de tonadas, “con pavitos más o menos ce-
bados”, como decía “el Chicha Cocida” del Romelio
Caicedo, se abalanzaba sobre el héroe de las feligresías,
tronaba el vino, el vino, el vino, y los guarapos
quemaban las gargantas de los guachacalleros del Piduco, con su ge-
nial resplandor mediterráneo, el código
de los desbarrancamientos feroces, condecoraba a cuchilladas,
a aquella gente emputecida y trágica, como los pértigos de las carre-
tas cordilleranas, y esa aceituna tierna de las chiquillas
de los ojos oscuros, suspiraba entre las violetas arrasadas del copre-
térito.

Rugía mi zapato en punta sobre la eterna piedra pequeña del
huevoillo,
y mis botas de cuero del carnero, por debajo de la gran manta rayada
y el guarapón que olía a río y a montura,
sumaban a la estampa del adolescente el contralor romántico de las
espuelas,
yo, domador de la cabalgadura, acariciando mi revólver, como a una
muchacha de pechos atterradoramente bellos, devorán-
dome el paisaje a mascadas, atrabiliarias,
y oyendo los cuentos cochinos que me contaba el Vilches, me sentía
creando voluntad de estilo.

Generaciones del coraje nacional desenfrenado, o acaso desparra-
mando réplicas y contradicciones,
no macabro e intimidado, en desintegración, como ahora, y “grandes”
familias que comían y bebían aun los sabrosos frutos de
la Nación Chilena, o ricachos tontos,
longevos y conservadores, pero con viejo resplandor de altanería, más
o menos directo como acero,
guatones y católicos-diabólicos, bribones y ladrones de la honorabili-
dad, o herejes acorazados de chovinismo “radical”, en-
rojecido del amarillo del “libertarismo”,
como la época combatiente, irreverente, insurgente de Chañarcillo y
el salitre,

anticlerical y rabiosa, cabalgando en la yegua tordilla hereditaria, daban la palabra al “revoltoso” y al “sublevado” . .

Hoy por hoy, el degollamiento general de la República, la manzana por subalimentación, araña la espalda de aquella gran casona hospitalaria del ex-“patroncito”, como un ratón colosal, pelado, estupefacto, que se tragase el calendario, los patronos degolladores de los peones, ya no son patriarcas que expolian paternalmente, como mis abuelos, por ejemplo, son verdugos ensangrentados, mercaderes y mercachifles, rufianes de bagaje cosmopolita, y están llorando los campos robados por Yanquilandia.

La aristocracia vecinal moría con trasero y todo, y los venidos a menos se estrellaban a guantadas con el cementerio, un estupendo ventarrón de monedas de cuarenta peniques, caía en el hocico de los nuevos-ricos, y los “marchantes” y el mercader cabeza de burro, empinaban la calabaza de alabastro del patronazgo en desconformación cíclica; goteados de murciélagos, arropados de penumbras crepusculares y tristes bufandas, entes del anochecimiento y las quiebras fuleras, orlaban la “Posada” de macfarlanes tronados, resonantes de miseria y empeños; y caídos los talquinos de las antiguas caballerizas, surgían los apatronados y los hediondos piojos resucitados del “Almacén”, convertidos en Señores de aspaviento y prendedor de perlas, del estercolero español de las “Agencias” o guardidas de empeños, con señoras ligeramente putonas, del cabronaje, si insobornable, repugnante,

y los burdeles afortunados o las cocinerías, “siúticas”, entre “siúticas”
y “siúticos” de quincalla y sebo, rugientes de fieles
sirvientes, como bellas y tostadas bestias de tragedia.

La golondrina de la poesía,
depositando sobre las cuentas bancarias su polluelo azul, aleteaba la
gran balada de la “tonada”,
en ese enorme resplandor del guitarrón del payador chileno,
o la domesticidad llorada de la costumbre humana, enternecía las co-
midas de un antaño no desintegrado, tan horriblemen-
te y podrido, no desintegrado en las entrañas por la tri-
pa vacía del desventurado,
con su juego de fuego o sirena de gran alarma oceánica, en las anti-
guas mitologías que crearon los hambrientos para su
consuelo.

Ya comenzaba a morir de hambre el setenta por ciento de los
recién nacidos,
pero los huasos costeños dormían en pelotas, atorados de cochayuyos,
y las hembras siquiera aun sacaban su canasta de machas del genero-
so y asesino mar de Iloca, en tales edades y lugares;
fabricantes de leyes rurales, es decir, bestiales,
los latifundistas traidores y cosmopolitas por religión y por dinero,
porque el dinero es internacional, como el sudor del
amor vendido,
comedores de pulmones y corazones campesinos, lloraban y “mama-
ban de rodillas, como los corderos”;
y a la manera de la “Posada de Santo Domingo”, en la gran aldea del
Santiago, “Gage” y “Peñañiel” adentro,
la “Posada de don Lucho Contardo” —goterón de panteón y tinajas—,
era la primera tierra naviera y el puerto enorme en donde ladrones y
santos, partían la misma tortilla.

Arte de toneles y monturas con la voz popular atravesándolo co-
mo un sol herido, arte de toneles y monturas,
y aroma a despensa de “Hacienda”, a yerba-mate y agüitas de toron-

jil, de cedrón, de boldo, de limón, de paico, de perejil,
de albahaca o de poleo, de culén, bailahuén, de matico
y azúcar quemada la restauraban
de sahumeros y brujerías o supersticiones, y en los últimos patios o
los corredores como callejones, ardían
las “animitas” y las luces fatuas que andan con paso macabro de di-
funtos y ánimas del subterráneo, o, la payasada dionisí-
aca de “La Candelaria”, en aquellas noches eternas,
en las que aúlla un muerto a un perro colosal, en las provincias.

El cuatrero y el contrabandista y los remotos vagabundos llu-
viosos,
esos sombreros negros de la historia,
pernoctaban a horcajadas en los salones o en los rincones telarañosos,
y el bandido
fraternal Liborio Pacheco, con el corvo de empuñadura de oro,
jugaba a las chapitas con el sacristán Ramírez, o remojaba las agallas
de tiburón de la misericordia,
con los guindados y los apiados de Pocoa-Arriba o Pocoa-Abajo,
y eran las apuestas a la par, entre la sotana eclesiástica y “el bufoso”
estupendo del bandolero del romanticismo;
o la orilla de las murallas postcoloniales, cantaban las ranas de Aris-
tófanes, los ámbitos
se abrían a la carreta rural, que crujía camino real hundida, como pre-
ñada de barriles monumentales o pellejos aguardienteros,
sacos de cosechas, anchos como cantos, y fardos de pasto,
que rememoraban el alfalfal dichoso y mojado u ornamentado de can-
ciones de queltehues,
con una garza pura, sobre el vértice, y las caballerías
levantaban colosales polvaredas por el callejón del “Bramadero” aden-
tro, repitiendo
los viejos encuentros de la hazaña caballeresca;
la sociedad feudal-patronal originaba su antítesis en ese “hereje” in-
adaptado y contradictorio,
que fue don Ramón Ponce de León, y su compadre

don Salomón Mancilla, hombre de cuero de diablo y leguas de tierras
de labranza, o don Juan de Dios Alvarado, mi tío-abuelo,
aquel insobornable Voltaire de aldea,
con su chambergo de romanticismo, su abrigo de sobrino del infierno,
y la gran puntería de cazador de leones,
apuntándole al corazón a los reaccionarios de antaño, porque don Juan
de Dios Alvarado ya creía en el proletariado, don Juan
de Dios Alvarado y la frustración roja, del insobornable.

“El Capitán King” y sus mentiras descomunales de “héroe”
de “La Gran Serpiente-océánica”, una que tenía las pupilas de rubíes
ardiendo y echaba llamas doradas,
o “El Pájaro Azul”, que miraba y mataba con la mirada negra,
y “El Perro de Fuego Verde”, “que se parece”, decía, “a un culebrón
enorme y a una bandera de luto,
que emerge de entre calientes aguas,
o por adentro del “Mar de los Sargazos”, en el cual las ánimas deses-
peradas de los que murieron por ahogamiento,
lloran a solas, estrellándose contra el fantasma del buque pirata, ya
arriadas todas las banderas”.

La gran patada del difunto, que es la más horrenda de todas,
deambula royendo, estremeciendo los cuartos vacíos,
como antiguos y desesperados sepulcros, o como el corazón del hom-
bre al cual la amada idolatrada, que era una niña de oro
con la cabeza de plata,
se le derrumbó en lo infinito, para siempre nunca,
y como aquellas grandes Señoras del pasado, antepasado, que malba-
rataban las perlas egregias, por el financiamiento secu-
lar de las epopeyas y las odiseas,
flor de las artesanías heroicas de todos los pueblos de todos los tiem-
pos;
y no olvido jamás la madrugada como atorada de pájaros, cuando el
sol sonoro se metía por encima del mundo nacional, ha-
cia las vigas,

como un ratón colosal, y estaban probablemente mojadas de luz encima de mi enorme sueño de niño;
o cuando tomando su potrillo de "pipeño", empuñándolo, como se empuña la copa inmensa del destino, o la cabeza de "Dios Crucificado",
decía mi padre: "Carajo que es rico el vino de Cauquenes!", y se reía de gusto,
de la misma manera que los toros oliendo el sexo de las vacas o el reputamadre del "Señor del Rincón de los Muñoces",
y mirando el cielo del pueblo en el que navega un volantín esplendoroso,
como una gran cosecha de lentejas, o como la bandera inmortal de la Estrella Solitaria, solazándose, agregaba:
"Viva la trilla a yeguas, el rodeo y las topeaduras de Pelarco".

Monturas de orgullo y cabalgaduras de galope internacional y tranco con ancho volumen de generaciones,
aperos de trenzado o tallado o forjado,
por Curicó adentro de adentro, el Curicó de los talabarteros, estriberos y espueleros, el Curicó épico, y la manta egregia de Doñihue, que cantaba como calandria, acompañando a la espuela,
(no la mantita-babero de los huasitos prefabricados de hogaño),
o lazos trenzados de doce corriones y argolla enorme, forjada en bronce enorme
lucían aquellas descomunales parejas de arrieros,
o aquellos amansadores soberbios, remoliendo sus potrones con "la prienda" sentada al anca, cruzada de corriones.

El "Waltham" inmenso de don Lucho Contardo
le cruzaba la panza con su cadena de oro, como un toro un camino real, y el mariposón Arratia "correteaba" guarangas de de belleza triste,
que emputecieron por dinero, miseria y misericordia;

“hácele Pancho Panul y hácele José Vicente, con ese gorrito azul y
ese pantalón celeste” cantaba “*el tonto de la cañuela*”;
y el Gran Carmelo Ormeño se emborrachaba
con acordeón y todo, tal como el moscardón del maelstrom de las bo-
degas,
runruneando de tinaja en tinaja, y acordándose
de las “cocotas” de París, lagrimeaba la engorilada tremenda con Gi-
nebra navegadamente añeja,
estrellando el botellón colorado
contra el añoso, telarañoso aldabón de los “aparadores”, luciendo sus
tremendos maderámenes,
bien olientes a uvas maduras o a manzana desamparada.

Me acuerdo del “macfarlán” de don Juan Urzúa,
y del gran paraguas cosmopolita del Coronel “Peñaloza y Piedra-
buena”,
de los botines acharolados de la Julita Romero,
que parecían pidenes o chincoles taconeando el corazón de la feli-
gresía,
y bebo mi cacho de pobre “guarisnaqui” pobre, pero con acero.

Eran las viejas cabronas de provincia,
señoriales y resonantes como los obispos o los caballos de carrera,
y tenían la pinta del ciruelo muy cargado,
la proa extensa y la popa egregia del buque mercante
que anclaba en los puertos chilenos,
cuando los gringos malditos no le habían robado el Canal a Panamá,
con sus “marines” ingenuos y condecorados de asesi-
natos,
y comido los trigos de Chile en los pantanos californianos, todos do-
mados por rotos.

Relampagueaba la *posada* en la oquedad arcaica.

Bellacos y meicas, embaucadores de ojo de águila y pálidas meretrices del sobrante capitalista,
o merodeando en la casa mojada de recuerdos o cantando o llorando
en los negros charrangos del hambre tronante e imponderable y la desesperación clínica,
creaban la melaza de una azúcar turbia, y el ambiente,
contradiciéndose, rugiente y sufriente como de vendaval roto, tenía la
cabeza roja
y el pecho de ébano;
un gallo enorme rajaba las mañanas con su cuchilla de fuego y panales;
esqueletos de contubernio y hospital,
mendigos con siglos adentro del andrajo del corazón, adentro
del tarro de basura de los pellejos, adentro del dolor del horror vecinal,
y un arrullo de palomas en el tejado,
acordeones de cabotaje negrero, como lloviendo pus patronal y piojo,
el piojo desventurado del hermano desventurado,
o el piojo de la Iglesia de Derecha y la Teología, bendiciendo los cementerios

Una arcaica y usada puta a la cual besaron los antepasados
tremantes, estremeciéndose de amor ilegal, ante la antigua hermosura
caída, escarbando los desperdicios, aullaba
en los atardeceres macabros.

Las madre selvas y las golondrinas de Bécquer,
aleteaban en los pianos llorados de la Provincia, y Talca ya estaba repleta de violetas, Talca, la tronada y amada Talca vitivinícola, cordillerana, marina y agropecuaria,
para la parranda de San Ignacio de Loyola;
del Bodegón surgía la torta gloriosa del onomástico de "don Inacio",
que ya le andaba poniendo su traguito de amanecida;
y las estupendas damajuanas "dieciocheras",

abrazaban a las guitarras cosquillosas y regalonas como chiquillas de ojos de luto,
de ojos de luto y gran cabellera mediterránea.

Sonaban rotas aldabas y cadenas de religión podrida en la "aristocracia *talquina*", y fluía un chorro de mosto imperial de los árboles genealógicos, mientras la araña eclesiástica se descolgaba como derrengada y peludamente en sus muletas, por el teatro social despedazado y terrible, adentro del cual algunos caballerosos hidalgos tomaban el ron marchito de los siglos, despiojándose el honor infantil de los cornudos.

El arrenquín del "Gran Bonetón, Cara de Baba", dándose vueltas la chaqueta en enormes saltos mortales en las alcantarillas públicas del régimen, la chaqueta y el ombligo, borracho o encadenado al "podeta" Rodolfo Mondongo, esgrimía la bacínica de la Carmela Olavarría, a la manera de sopera para la propina, alimentaba la payasada bien cancelada del parroquiano, o diciendo versos de lesa se ganaba su trago y su pancutra y tenía un piojo payaso, gordo como tonto de confesionario, que se colgaba de patitas del trapecio, y era la fiesta de la siesta cuatrería y la flor del palomillaje.

El romanticismo vegetal de las glicinas, y aquellos cantos de gallos, que siempre parecen tan infinitamente arcaicos y como en penumbra, llenos de viento huracanado, como los pitazos del tren nocturno, de Santiago, daban la tónica antiquísima y el *son pluvioso* a la "filosofía" popular, y el llanto de las pájaras apasionadas, lo pintaban de infinito los canarios, agrandándose cantando, y con negros tremendos de muerto continental o universal, el cuervo.

Debajo del naranjo conventual de "La Posada",
entrometiendo el politiquero Simeón sus chanchullos y "discuti-
mientos",
como los llamaba Juan Carranza y Pérez,
fingía la intriga electorera, en golpes de naipe, y Concha, la gitana,
le sacaba la suerte a su caballo de quimera y embruja-
miento,
mientras el "Padre" Florián "Leytón", decía con chupilca la gran mi-
sa latina de los curados;
allí se ejercía la alcahuetería de la prostitución piadosa y domiciliaria
y el culto de "los finados", en la misma moneda,
y, sin embargo, la respetabilidad del establecimiento, era de ópalo
ilegal y de código en tinterillaje, con toda la pompa de un entierro
de prohombre;
al resplandor de la baraja
de los truhanes, que fueron señores y los señores, que fueron truhanes,
dio el resbalón fatal la fortuna astronómica
de don Raimundo Irarrázaval, que vagabundó como un rey destro-
nado, por debajo de los inviernos de Pencahue, solo y
roto,
a la manera de un tonel vacío o un "Dios" sin creyentes.

Es tan difícil saber en qué consiste la vida,
que nadie entiende a nadie,
y no sabemos por qué el vecino horriblemente hundido en la inutili-
dad, se agarra con todita la dentadura,
al funeral de la existencia desventurada,
como los náufragos a las astillas del navío: "*que naiden rempuje a
naiden por elante e naiden porque naiden compriendió
renunca pa onde rumbea la vida e naiden*", decía el ro-
to Machuca;
sí, don Pedro Navarro fue rodando
de tumbo en tumbo en tumbo, en las provincias, en los negocios, en
las posadas,
era "un hombre de pelo en pecho" y devino
el mendigo funeral de las "Casas de Préstamo" y los embargos con

escándalo judicial y con almácigo de tinterillos, poli-
cías, usureros y gente de cárceles,
y, sin embargo, no se suicidó heroicamente, no, se orinó en la cama,
al modo del perro cualquiera.

Los borrachos desafortados, los furiosos, los melancólicos, los he-
diondos del alma, como por ejemplo, Juan Pablo de
Paz, mendigo y cura y bandido, contra el padre del
Quijote,
y aquellos que traen visiones y alucinaciones de demonios o de dioses
feroces,
desde el vértice de lo dionisiaco y terrible de los subterráneos del ser,
y lo cósmico trágico y problemático, en las entrañas,
los que se parecen al verano o a una sandía,
los lluviosos y tristísimos de ternura y sol de invierno, los oscuros y
patológicos de cuchillos y asesinato,
y los pobrecitos alcohólicos deprimidos, que tienen parientes endemo-
niados y una barba muerta
de conquistadores en frustración, golpeaban las murallas con sus bas-
tones desaparecidos y errantes;
el gas “finisecular” y el faetón, catedral y coche de faroles y remontas
de oro,
beatificaban la casona estremecida, en el pie pequeñísimo de las “da-
mas” arcaicas, y fluía un hilo de vidrio
azul, del olor a mujer casada o de alguna que otra tertulia;
guisos con río y mar adentro, la flor alada de los nidales de los maca-
les, no saciaban la gula copiosa
de los parroquianos acaudalados, comiendo con cerebro y todo,
como los antiguos chanchos del Señor, aquellas culebras soberbias y
descomunales que son los congrios, por ejemplo,
o el caldo de peje-sapo, tan alto y ancho de sabiduría,
la rana saltada en aceite de oliva, o el costillar de chanco regalón, o las
pancutras, o el charquicán de cochayuyo, con tocino
arreatado a las montañas,
o la prieta morena y acariciadora como pantorrilla de señorita, con
aroma a doncella catedralicia, o como redondo y colosal
erizo,
tal como así cuando cae una hoja, nace una sombra y una ola encima

del mundo, están aún allá los espantos de los ancianos petrificados rascándose y tomándose el espectro del chocolate a la hora famosa del sarcófago de los siglos, y acordándose, eternamente, acordándose de lo que no sucedió nunca;

todo lo roto los rodea:

los muros caídos y las mujeres muertas, ya hechas inmensa flor de llanto, las faenas abandonadas en los anchos fracasos de antaño, las estrellas desesperadas, y un “crucifijo” rajado y sin zapatos, que se le olvidó al último cadáver del enemigo entre enemigos, y no retornó jamás por su tesoro.

La guitarra de las Peralta se ponía a llorar a gritos
o a cantar y a bramar como un barco en la bucanería, y las niñas
Rovira
se reían como la chicha en agosto,
el “cuyano” Juan Carlos Zúñiga, luciendo su facón campero lanzaba
“la taba” de “la pampa” o contra el sol tremendo o marchito,
diciendo con afán soberbio: “Che, quitáte de mis haciendas”,
y don José Domingo Díaz, de Licantén, mi abuelo, se desmontaba de
su caballo alazán tostado con toda la España a la espalda.

Pero el pueblo botado, pateado, encadenado a las expoliaciones,
ardía
por debajo del subterráneo social, y a las riberas
de la aristocracia provincial-feudal-patronal, y los carajos enriquecidos,
que devienen putos o pendejos,
haciendo sonar, a patadas, la “chalaila” del desventurado, la ojota vil
de los gañanes,
a cuya figura convergen los ratones y el piojo furioso como un toro,
el piojo del roto, el piojo furioso como un potro, reían
tremendamente,
se reían de la mujercita con la criatura, mamando

los pechos resecos de miseria y desnutrición arrasadora, como dos incendios,
ceñida de quiltros, hundida en la cloaca
social de ente humilde, como la última bestia de pena, y desventurada
como un gran poeta.

Así como era *negro* el primer *blanco* que conquistó Nuevo México, “*negro* alárabe, natural de Azamor”, Estebanico, entre las huestes heroicas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, sobrepujando al desordenado Pánfilo Narváez, el expedicionario de la gran Península de la Florida, el eslabón troncal de “*la aristocracia*” de aquella provincia egregia, hijo de esclavo y esclavo liberto fue, y un gran podrido, negador de su padre y de su madre, y amo del antiguo camarada, que hospedara don Lucho Contardo, porque “aun más despreciable, odiable, abominable que el verdugo, es el sirviente del verdugo”.

En aquel “entonces” cabalgábamos cincuenta, sesenta, setenta leguas, montando rabicanos tostados o tordillos “flor de cerezo”, hoy viajamos en tristes vagones tristes, cruzados de inviernos más o menos mugrientos e irreparables, y oliendo a degeneración, o sencillamente malditos, sudando y llorando, estafados por “concesionarios” ladrones, mascando y tragando la atmósfera de la Gran Capital ruidosa y hedionda a “smog” deletéreo, a “smog” de “smog” con veneno, entre oscuras gentes patibularias y expoliadoras, de vientre potente y dinero feroz, enfurecido, sangriento y horrendo, y la criatura popular, heroica, dramáticamente vestida de ceniza y andrajos con espanto, o en “buses” terribles que parecen escandalosos sommieres cuyas cuatro patas de difunto, dan la medida de la imbecilidad burguesa . . .

Sobrevolaba el antepasado *esplendor* en el artesanado colonial de las viviendas melancólicamente floridas de palomas, bajo los aleros,
y el murciélago del crepúsculo movía una bandera rota,
“arriesgando un chavalongo” contra las “lipirias” con fiebres malignas, que se curaban con tortillas de “cuyi”, “azúcar de perro” y vino caliente con torrijas de naranja o el “caldo de tronco” para la “requéida”,
con rosarios, sahumeros, exvotos o raspado de uña de la Gran Bestia, cuando el chuncho crujía o hacía gemir su matraca de carcajadas, tremendamente solitarias,
en todo lo hondo del huracán,
y en Linares se estaba suicidando, por abajo, don Santos Rolando Olavarrieta.

O murieron abandonados y en la miseria y *la misericordia*, que ensucia a la criatura,
o arrastraron la muleta de la desgracia en las calles vaciadas,
o naufragaron como estropajos entre la usura, el alcoholismo, la baraja y las putañerías,
o los echaron a puntapiés adentro del sepulcro, o la fosa común, roja de horrores,
y les robaron el dinero que robaron o acumularon, los pingajos desventurados, en años de años de humillaciones y claudicaciones y mariconismo,
o los botaron a la basura o los dejaron solos, como lobos de Jesucristo, en los mediterráneos, o los mearon los perros eternos,
o cayeron como gozquejos en la abyección menesterosa, bolseando los tragos amargos, arrasados de taberna en taberna, viejos chuchos locos, receptáculos de bofetadas y puntapiés baldíos o escupos de idiota,
beatos y huevones o eminentísimos,
cagándose de célebres, premiados y condecorados como los caballos del Hipódromo,
se pudrieron por adentro en sus formidables lechos conyugales, que cayeron como inmensos barcos de llantos o palos quemados desde el dormitorio al infinito,

cementerio adentro, extendiendo los brazos quebrados,
o fueron barridos y apuñalados por el vendaval de las épocas, o bo-
tados
a la cloaca legal de las “queiebras” aviesas,
o jubilaron como espantajos de lenocinio, lamiendo, con la lengua ba-
bosa, el sol que arrastra por las Plazas Públicas;
como clan parroquial, lomo de aldea, el Gobierno de Errázuriz el Pe-
queño,
aunque atravesado de gentes valientes, corajudas y estruendosas, pero
caídas en la “litriada” y la “chingana” o el academismo
en pelotas,
no comprendió la entrega de la Patagonia chilena, el naufragio de pin-
gajos de la Patagonia chilena,
de la Gran Marina y la marinería nacional y el asesinato de los Hé-
roes por las oligarquías de tenderos de alcantarilla y pros-
tíbulo,
o por el dinero internacional de los espías;
acomodado y acolchonado en su amenidades, el administrador del co-
razón de la Zona Central de la República, malogró el
ímpetu de los conquistadores,
Diego de Almeyda y José Santos Ossa cayeron
entre los huachucheros y los pigüeleros de las aldeas agropecuarias, el
huaso se comió al roto, su hijo ilustre, como a un loro
de boñiga,
y la quincallería posaderil, tan resentida y tan católico-apostólico-ro-
mana, y tan asesina,
no entendió y entregó las riquezas territoriales, con los lacayos enri-
quecidos, robando, a la vanguardia, emborrachándose
con el “champagne” francés encima del parquet de *Cha-
ñarcillo*,
matando o acogotando a Juan Godoy, alzando
sus grandes cúpulas de oro o fletando barcos cargados de cristalerías y
tejidos, estatuas y pinturas,
sobre el hambre colosal del proletariado naciente,
del campesinado sufriente, encadenado a la ranca mugrienta y la
“galleta agorgojada”, al salario criminal y al salteo de
las “asignaciones” por clavos ardiendo y tremendos co-

mo el cadáver de un cadáver, a la alimentación sin vitaminas ni proteínas, e ínfima,
a la tierra chilena pisoteada por el invasor imperialista y a la trágica relación humana, tan desesperada y macabra, que parece cordero de degüello, o que emerge amenazante y bravío,
luchando y organizando la batalla en los sindicatos, sonoro, como un pantalón rojo,
atropellada o asesinada por la policía, invadiendo los sitios eriazos del Estado burgués, ensangrentado y cobarde,
en los que anidan ladrones o ratones,
propietarios, tinterillos, funcionarios o la gata capada del burocratismo, a fin de no morir de hambre y retorcerse el corazón a la intemperie.

Sombras de balazos, causeo de viajeros y talabartería, oliendo a arreos con sudor, aliento
de caminos interminables, con el alojamiento difícil, el “glorio” de amaneciendo y el valdiviano tremendamente colorado como las narices del “aguardientoso”, galope de jinetes en renglones de oscuridades,
y un llanto de muerto en la antigüedad de los orígenes, todo como solo, y subdividido en jornadas
en la memoria de las caballerías . . .

El sonido a batea funeral de las valijas en desuso,
a telegrama de padecimientos, a cuarterola de ilustre vino tronante,
a poesía, el banquete dionisiaco, que es toda la borrachera, y toda la sombra, recordando los polvorosos caminos, el sol caído, como un queso de muerto,
en los pellones o los estribos o los bozales,
sonando a agua salada, a palanca y a montaña, a carabina despavorida, a zócalo
de piedra, a tumba añosa,

a retrato de los tatarabuelos ajenos o añejos, como grandes mostos
ajenos o añejos,
cubría la aposentaduría vacía de las “ánimas”
y los ceroteados candelabros estrafalarios, lúgubres.

Hoy por hoy, el asalariado en rebelión en la huelga obrera
le azota la cara a los explotadores
y a los latifundistas más canallas y más pirguatas de la filibusterocra-
cia feudal-patronal, el volumen
de llanto es ancho, y existen carabineros feroces, que deshonran a “Ca-
rabineros”,
y a los que enfrenta la multitud enfurecida con su padre y su madre
viéndolos, precediéndolos,
luchando mano a mano por el pan y la libertad del mundo:
por aquellos años, la pena que dolía se comía, remojándola en ácidas
lágrimas pálidas.

Ninguno quiere al fuerte ni le tiene compasión, la vida mañosa
le pega hachazos en el alma, lo engaña, lo calumnia, lo difama y, aco-
rralándolo de zancadillas y de sabandijas, polvosas y te-
larañosas, como el Premio Nobel, que la Dictadura In-
ternacional de la Burguesía arroja a sus cómplices, y a
los cómplices de sus cómplices,
lo manea, lo torea, lo cornea y le da la gran patada en el corazón, por
eso, Romelio San Cristóbal, “el Pampino”,
cuando después de haber jugado hasta la última chaucha o el pañue-
lo de seda del cogote del norte enorme y en trance te-
rrible de sangre,
se derrumbó, colchón y bragueta abajo, como un bribón cualquiera,
únicamente don Lucho Contardo le fue a dejar el “cordial” de aguar-
diente que debe beberse el agonizante, para que muera
contento y borracho;
le sucedió lo que al “Panquehue” Zañartu-Eyzaguirre, de los Zañartu-
Eyzaguirre, parientes de los Echazarreta y los Ocha-
gavía,

que, de taberna en taberna, se administraba tragullos de guachucho, tras de haberse considerado la figura premonitoria del “Club Talca”, a las riberas del Baeza y del Piduco, entre los tristes ejércitos de aquella perla inmensa que le atardecía en la corbata;

acaso por eso, acaso, los pijes tronados, los cursis ricachos, que acomodaban, o Escudos Heráldicos o Arboles Genealógicos de aterrados hidalgüelos provincianos, que amanecían o atardecían de entre toneles o nidos vacíos y espantosas damajuanas amarillas,

y a cuyas señoras mujeres que decían en vez de “vestíbulo”, “prostíbulos” y “amar con frenesí” o “amar-llorando” o “amar-muriendo”, no las olvido, por modo alguno,

los curitas arestinientos y los frailes renegados y borrachazos, que se bañaban en pelota en los “Baños Públicos” o en los raudales maravillosos del ancho Río Claro o del Maule tronante y huracanado, o los aventureros que perdieron la jugada en la naipada del oro de oro de Putú, deviniendo cabrones o truhanes de profesión, deviniendo o “cuenteros del tío” o pícaros a la alta escuela venidos a menos, hundidos e interferidos de contrabandismo y de “Boletos de Agencia”, alcahuetes y comadrones de día Domingo,

dormían la siesta maldita de los desesperados en los escaños episcopales de la “Posada de don Lucho Contardo”, a cuyas acerbas y antiguas maderas venían a resollar las polillas y las épocas, trayendo el acento de lo que no sucedió nunca.

Las balas chilenas del fusilamiento que atravesaron los asesinatos de Emile Dubois, el pecho de perro de Beckert, o el corazón de aristócrata de Ismael Vergara, matador y descuartizador de su padre, toda la hazaña colosal del descubrimiento del Polo-Sur-Nuestro,

y los primeros globos aerostáticos, estremecieron la trasnochada pipeña del arbitrario posadón de alojados;
el espía y el falsificador de monedas, el “aeda”
frustrado o desaforado, arañarían la infinita noche del hombre ilegal,
y la prostituta, eternamente victimada,
y el maricón, convivirían con el maricón y los murciélagos deshechos;
todo un mundo atravesado de puñales crepusculares o ácidos, y *la gran noticia de la vida,*
el rumor del terror y los asesinatos de esclavos en el presidio-panteón-hospicio-matadero-cementerio de las Guayanas o las Colonias asesinadas de la gran Asia-Africa,
de donde “entonces” venía la parafina de *Inglaterra*, la cual robaba a China maravillosa, la maravillosa y china seda china, sudaba, negociaba, cohabitaba, tremendamente entre aquellos murallo-nes de naciones abandonadas, surgiendo del futuro de los pueblos eternos del futuro,
los cimientos de la sociedad sin clases.

Antiguos cazadores de perdices,
murieron en egregios catres-navíos de velamen negro, o acuchillándose con huasos costinos, curicanos o cureptanos,
o jugando a la chueca indiana con eruditos ateos y jacobinos de las categorías de las masonerías,
que representaban la conciencia social en rebelión de aquellos contra-
tiempos añejos,
mercantes en animales o viejos vineros, estriberos, talabarteros o *intermediarios feroces, como absolutamente todos los intermediarios,*
todos como lobos todos, mordiendo el pellejo de acero de la existencia, debatiéndose y disputándose a dentelladas el pingajo de felicidad, que arroja un filo de cuchilla entre la cuna y la tumba, vivían la vida de hospedaje del transeúnte;
así como los viejos y los pavos se mueren en agosto, y van a dar al mar de los catafalcos y los cementerios, o a las soperas escandalosas,
araña la mariconada macabra las verijas de la literatura,

y “*el Premio Nacional*” FUE un saco de piojos predirigido a máquina, y un testículo de idiota, debido al bandido traicionero, al cual coronan de babas la Izquierda y la Derecha, las viejas posadas eran especies de catedrales de santorales prostibularios,
o borrachinerías felices, en donde cabrones y matones, ejercían la profesión de sabandijas o de escuderos de caballeros aventureros
y pícaros descomunales, merodeaba “La Calchona” en la tenebrosidad de los últimos patios húmedos de metafísica y ancianidades caídas
el aldabón terriblemente español, lloraba como un muerto en su cuna y un catolicismo marchito o podrido, carajo y no cristiano, ceroteado de espanto, estallaba en las damajuanas y en la prostitución clandestina, como estupenda y colosal callampa de veneno;
todo está roto ahora,
el vecindario nacional, aterido de miseria y fúnebre,
presencia el gran naufragio de Chile,
y esotras veredas, otrora amadísimas de las provincias del pasado, son barro gritando mixtificación y gran congoja apatronada, por adentro del corazón de sol tronchado del panteón de *los rotos nortinos*,
aúlla la sombra del Gran Pirata Inglés, y el terrible diente de oro de los vendidos al Imperialismo de Yanquilandia, con engréido vozarrón de compadres del Judas tremante,
solloza en las cunetas de los caminos muertos,
únicamente que a la manera de las antiguas sacerdotisas sibilas, cuando ellas completamente eran prostitutas-sagradas y serpientes y era capado el Summus-Sacerdote.

Todavía gotea la destiladera
el sueño de los siglos en mi corazón, todavía, aún, todavía
gotea la destiladera, y se florece como los naranjos,
el tiempo del viejo, que es el tiempo de los sarcófagos y los decálitros

de la amargura, todavía cae la tarde gota a gota de la
roca porosa a la gran tinaja del milenio,
y todavía en el enorme comedor lacustre,
don Lucho Contardo saborea "las uvas borrachas" de Pichamán, el
postre de redoble de tambores y de potrones,
varonil e imperial o la castaña asada,
después del pejerrey con truenos adentro, justipreciado por el artista y
el contrabandista, o el vaquero de Gualleco,
por los huasos talquinos, arrendatarios de una gran manta de Castilla
color temblor y pánico,
todavía el panteón del corazón, por usado, debilitado, retrata la cala-
baza de escombros del ser humano en la vasija ultra-
marina o fluvial-lacustre.

Como los pueblos engendran sus dioses, "a su imagen y seme-
janza",
cuando son ancianos y tembleques de agonizantes, porque por siem-
pre todas las formas y las sombras de las cosas
crecen y mueren en las épocas, ellos devienen hechicerías y se refugian
en las viejas posadas del mundo, con los acérrimos, los arqueólogos,
los histéricos
y los poetas iluminados por el alcohol, como las lámparas.

Sacos de años gravitan entre las techumbres, y los guarenes
aquellos
poseen el carácter de la eternidad, el mundo adquiere
un empuje como por debajo, subterráneo, oblicuo, sin remedio,
y las cosas resuenan como las anchas campanas,
a tanta distancia de los antibióticos y los aeródromos, como una cuna
de una tumba,
porque el callejón aquel conducía la antigua edad heroica,
como un "patacón" de aquella plata inmensa de Pedro León Gallo, sí,
cuando "el americano" no había comprado y robado la
República.

El bandolerismo y los patrones enarbolaban su enorme revólver deforme.

A leguas, apenas, de distancia aún escupían bacinicas amarillas los cañones ultramontanos de "Lircay" y "Cancha-Rayada", en "Lircay" puestos de rodillas, el pendón militar frustrado, en ese presente provinciano y aterrado del "Nuevo-Siglo", saboreaba las epopeyas marciales de la Independencia y el "Morro de Arica", y O'Higgins, Carrera, Rodríguez o el fraile hereje y colosal de Camilo Henríquez, poblaban de fantasmas

el cucharón sencillo y heroico de los parroquianos; hasta las moscas querían ser héroes, y capitanes con chicharrones en la mochila aguardientista, surgían, por lado y lado, rugientes,

Prat saltaba al abordaje y clavaba la patria en el corazón del Huáscar, y como el litoral chileno era el camino de agua del mundo y el yanqui invasor no había hincado el hocico en nuestros grandes puertos, la Marina Mercante Chilena

desparramaba la exportación nacional a todo lo ancho y lo largo del Universo,

y el salitre, las lanas, los quesos de Chanco, las grasas, los clavos arcaicos y amartillados del portalón del zaguán, y cobre y plata y oro, cobre y plata y oro, y cobre y plata y oro, ¡carajo!

enarbolaban la Bandera de la Estrella Solitaria en las arboladuras de heroísmo, y era la tierra tan inmensa como el hombre de Chile;

generales y almirantes, criados con ulpos de pólvora en Dolores o en los abismos escalonados de la infernal y poliforme Quebrada de Camarones, soldados de andrajos que fueron líderes en la inmortalidad, y cantineras de epopeya, la soberbia

y horrenda llamada a la calacuerda todos los corvos acumulaban, y la
"Tonada a la Posada de don Lucho Contardo"

arañaba las entrañas de la tierra con sus raíces de ramaje forestal, su-

mergiéndose en el subconsciente colectivo, sumergiéndose e identificándose,
acaso como buscando el idioma de mi vocabulario,
porque el hombre está parado sobre sepulcros, y afirmaríamos que sali-
liendo y creciendo de adentro, con estruendo de gran
bandera despedazada,
y la Humanidad solloza en los zapatos y los sucesos de la criatura, co-
mo si buscase todo lo remoto de los orígenes despavori-
dos;
“¡arriba la Pampa!”, decía el “Huaso de Duao”, o de Curtiduría, de
Cumpeo, de Penciahue, de Coinco, de Cauquenes o Cu-
naco, extendido de Chacabuco a la Frontera,
y las provincias, los departamentos y todos los villorrios de los alre-
dedores,
envidiándole el pañuelo al cuello al *roto* magistral de Iquique, Cala-
ma, Antofagasta, sublimado del aldeano agropecuario,
atorado en las Haciendas con porotos agorgojados y
gran heroicidad humilde, que el hombre del norte
clavara en la feligresía parroquial de las chinganas, superándole el co-
raje al pirata filibustero, rugían,
por eso aquellos zaguanes de aquellos mesones de la “Hospedería”, te-
nían la poesía de la multitud, su ímpetu, y el lengua-
je indomitable de las altas y anchas masas,
o empuje de navegaciones ilustres;
olía a trilla rural, a topeadura y a rodeo, a la faena dionisíaca de las
castraciones,
en la cual la criadilla revienta, florecida, en las fogatas
de montañas, y enarbolaban las lanchas paisanas del litoral maulino,
con resplandor atlántico-pacífico,
acordeones de tripulaciones, entre el cardumen de náufragos y las ma-
ñoserías,
cuando las breas yodadas en la evocación de la embarcación fantasma,
como los patos marinos, cantaban a la gaviota azul del
postpretérito.

Las bodas póstumas de Romelio Pinochet y la Conchita Olavarría,
y el onomástico de revólver de Toribio San Cristóbal,

o el velorio inmortal del cazador de leones Sancho Díaz, de Tutuquén
o Peumo adentro, por esos inviernos descomunales, de
entre parientes sobresaliendo,
o estremecieron las parroquias y las posadas, como el valiente y desa-
forado machete del ex "Mocho" Letelier, que decía que
el Espíritu Santo le puso el gorro a San José,
y era el cielo un nido de tontos azules,
o agonizaron, cagando fuego y besando *la Derecha reaccionaria de la
Iglesia*, la gran celestina del capitalismo "democrática-
mente" enmascarado.

Galopan "Los Dieciochos" enfurecidos de banderas del tatarabu-
buelo,
como una gran cuadrilla de nobles y libres rotazos heroicamente su-
dados, y echando
chorros de humo por el hocico, las queridas locomotoras talquinas,
o rugiendo su acento internacional, estremecían de adioses y lágrimas
la noche cruzada de cantos de sapos y de borracho,
lloraban las guitarras y el arpa enorme de la "Culo de Oro",
y era seguro el toparse en las borracherías-fantasmas precisamente con
el fantasma fantasmal y trágico-dramático
de don Alonso Quijano, el Bueno, cruzando el Río-Claro.

Cuaterros y contrabandistas, arrieros, baqueanos, amansadores,
afuerinos,
curados con litriados demoníacos o guindado o apiado descomunal,
peleaban a puñaladas debajo de la mirada paternal de
don Lucho Contardo, que decía:
"cuidado, niños, cuidado con rajarse la guargüera",
y la cueca divina, zapateada a la vecindad de los maulinos,
estallaba su carcajada, estrellándose
contra las tinajas embarazadas y los barriles olorosos como los pechos
de la Rosita Urzúa, resumiendo
mosto con tiempo y abejas.

La antigua economía talquina,

aduanera de cordillera y costina, vitivinícola y ganadero-agropecuaria,
a todo lo largo del litoral chileno y sus oceanías,
acumulaba las pichangas a la lluvia eterna y con péndulo descabella-
do e irreparable,
y como los viñedos de Colín o Rauquén, lagrimeaban sus vinos de ru-
lo en los lagares de pellejo de toro,
o la chicha más rica de "la Aurora" apuntalaban el costillar de chan-
cho de Guacarhue,
corría la vida siglo-adentro como los caballos desensillados en el po-
trero, no fallaba la cazuela de pavita con chuchoca, del
terrateniendo,
o tan siquiera la sopa de cebolla del patipelado,
y aunque los patrones les robaban el salario a los peones, con cochino
y acaballerado además de bribones,
algo se comía y se bebía en los extramuros,
la rebelión social emergía de los intelectuales a los trabajadores, de los
trabajadores a los intelectuales,
y, sin embargo de que las ratas robustas del cementerio
se alimentaban de cadáveres de desventurados de explotación y expo-
liación tremenda
y arañaban las murallas de la noche, arriba lloraba alguna torcaza su
lamento.

El quejido del tren nocturno era arcaico y olía a lluvia, era can-
sado
y nadie le hubiese imaginado precursor del "Estroncio 90", en el de-
bate de la historia, nunca, renuncia, nunca,
cuando don Melitón Álvarez, de Quinchamalí, revolviéndose en el
desvelo,
estrangulaba aquella locomotora tremenda, que de noche recorre las
provincias, llorando, gritando, bramando, como los san-
tos "pasados de moda",
que emergen de los sepulcros abandonados.

Las discusiones en los comedores, ardían
como furiosos leños, y chocaban las aguas de su inundación terrible,

contra las copas y las botellas,
y el abuelo del abuelo, don Salomón, llamado “el Toruno”, le frenaba
el caballo al cuyano Cruz Quiroga:
“cuidado, che, no te insolentes, ni te arrelingues con las personas ma-
yores,
guarda la cautela de la mula baquiana en el desfiladero o del burro
con el león, mi amigo,
nosotros, los chilenos, somos duros como palos de fierro”,
mientras el macfarlán del preceptor don Jesús Calquín, ¡carajo que
brillaba como carajo, en todo lo hondo de los codos re-
motos!,
cuando los zapatos desesperados le sonreían a la chichita,
que saboreaba, muy de tarde en tarde, el varón prudente, diciendo:
“la anarquía salvará al mundo”,
y dirigiéndose al pelotas Nertalís, le filosofaba: “pelotudito,
tú no empuñas el vaso de vino, el vaso de vino te empuña a ti, como
a una espada de muerto, caída y marchita por el oportu-
nismo,
no te entregues al caos inicial, como la bestia cualquiera que eres, pa-
reces y fuiste,
sublévate y defiéndete, con trasero y todo, de tu corazón abandonado
al alcohol, como un perro de fuego en un sepulcro,
o académico, en ojotas, sobrepújate”.

Ya roía el huevo de hierro de águila de Latinoamérica, gruñen-
do idiotéz o mordiendo las palomas económicas,
el can imperial de “los americanos”,
y Porfirio Díaz, llorando, vendía México, vendía el coraje indio de
Juárez, vendía el sol azteca
por las treinta monedas del Iscariote,
al mercader armado con relámpagos de pólvora y rifles de whisky bí-
blico, y, ardiendo,
la garra lírica de Rubén Darío estrangulaba la garganta de la Gran
Bestia Humana del Garrote: Roosevelt I,
con el lenguaje inexorable de los grandes poetas de todos los tiempos
de todos los pueblos.

A "Casa Grande" le respondió "El Tapete Verde" del Dr. Herra,
y "Talca-París-Londres", descalbraron
la lágrima de oro del Infierno social de los tahúres, a la orilla
de la caída definitiva de la moneda de Chile,
el de veintiocho peniques sonoros de la honorabilidad nacional, burlada
y pisoteada por los ladrones
y los especuladores de la oligarquía,
que gozaban y se refocilaban en ayuntamiento, revolcándose en el sa-
litre, traicionando a la República,
retozando como guarisapos contentos,
como grandes putos, encima de "la Bolsa" de las Bolsas, encima
del hambre bramante del pueblo,
encima de su religión cómplice o criminal, amarilla y desteñida, co-
mo cuchara de familia pobre.

Los potrancos enjaezados de diamante del "Enviado" del Santia-
go metropolitano,
traían a las orillas del "Estero de los Puercos", un galopar de remon-
tas viriles, y un aroma a Europa, atronadores,
o el horror colosal de los hambrientos del mundo,
encadenado a los zapatos internacionales, al ladrido del mar, arado
por transatlánticos y prostitutas sin esperanza, al comer-
cio internacional del acero-negro
de las enloquecidas y embravecidas fábricas,
los malos cristianos atrabiliarios equivocados de la sociedad apostólico-
romana, haciendo un enorme incendio de alienaciones,
con el pelo de las hachas y las barbas oceánicas de "Pedro, el Pesca-
dor" en los calzones de las muñecas, se reían.

Hoy por hoy, todo está viejo en la gran aldea de Chile,
o como mohoso y sepulcral, herido del destino, y la ceniza es la mo-
neda de estos fantasmas agonizantes que aúllan a bo-
fetadas,

el caballo de espanto y oro del gran huracán social, ya lanza el escu-
po a la cara de los expoliadores,
taladra la angustia nacional del hambre el vientre popular de las es-
cuelas, mordiendo, estremeciendo la panza inmunda del
Estado,

en la cual se descuajeringa el amarillo oportunista,
refocilándose entre *la Derecha y la Izquierda*, al servicio de las tinieblas;
como los colchones sudados de los antiguos y despavoridos hoteles
en los que nacieron y sufrieron y parieron y durmieron y murieron
aquellas enormes personas, que no vivieron nunca,
pobres gentes tristes, o ricos furiosos
como el tonto genial de Martín Barrios, “el Mono-Poeta”, por ejemplo,
al cual condecoraron de puntapiés,
por haber plantado los ancianos eucaliptos de antaño y haber sembra-
do de pescados la gran Laguna de Aculeo, todos cami-
nan solos;

a las marinerías de Constitución las precedían las Capitanías cimeras,
y alguna gran Bitácora Pacífico-Atlántica registró la anécdota de la
hermosa mujer costina,

arriada como bandera,
o el historial del borrachín Angel-Custodio que se decía descender del
Físico de Morguer, del Cirujano-Sangrador Maese Juan,
del Cosmógrafo Juan de la Cosa y aun del Escribano
Real Rodrigo de Escobar, quienquiera tal por cual un
héroe vaginal, acumulado

al Gran Almirante de la Mar-Océano, don Cristóbal de Génova,
quien muriera mordido de piojos y cadenas, con inmenso llanto de
soldado, por descubrir un ciento de pueblos, descubier-
tos por Erico el Rojo o los Fenicios.

Hediondos, enfurecidos, sudados entre espantosas, verdes morde-
duras de dinero,
acoplándose en la llaga inmensa del amor genital, la fiera humana
aplastó los lechos y los sueños,

la religión errada, agusanada o enorme de errores y putañerías de alojamiento,
la desesperación tiñosa de la Clase-Media horrible y sublime.

Y debajo de aquellos tejados que aullaron furiosamente a la eternidad y murieron,
tronaron los antepasados comunes, Winétt, entonces, profetizándonos, querida, idolatrada amiga, ya hundida en esa gran ausencia negra de las tinieblas,
las anchas remontas y las cabalgaduras de la Mesopotamia nacional, de los Anabalón y los Urzúa, los Díaz y los Loyola, “curiquenses, talquenses, licantenenses”, los arcaicos Jufré del Aguila, estableciendo los astilleros internacionales de Latinoamérica a la majestad de los pelines de Chile, o cruzando el “estruendoso” y “proceloso”, el “anchuroso” mar de Homero,
encima de las oceanías “do” el temporal azota las arboladuras, nutridos con zancos en cancos de alfarería y ulpos de ceniza a la dinamita, con control remoto,
por relación a la hechura monumental y atrabiliaria de aquestas gentes soberbias;
bastante y mucho merodeaban “el patas de humo”, “el cuatro saltos” y “el cuatro tajos”, “el tonto Luquitas”, “la Chercana triste” y “Filemón, el ajusticiado”, “el piojo sonriente” y “el chancho con hipo”, “el guarapón Santamaría” y “el camarón resucitado” y “el burro Santana”, destinos con cuchillo, marcados con zapatos abandonados en los barrancos de la vida,
con el prontuario judicial y las hediondas cárceles de homosexuales, con pleitos aviesos y jureros y complejos de maricón enloquecido de romanticismo;
galope de leones se escucharía, el ámbito de las montañas embanderadas y los viñedos en grandes lagares que dan rugidos de león,
empuñando los regocijados panales del racimo fragante a hembra,

cruzaba las atmósferas a latigazos, y una enorme uva cubría el horizonte, arriba
las vigas tenían aspecto de tetas, con zapallos desaforados, gritando y colgando
del invierno omnipotente de los soberados, en donde pendones y arbitrariedad se confunden con los escombros,
como adentro del mausoleo tremendo de los héroes.

Todas las Posadas son mundos adjuntos, yuxtaponiéndose.

Cubría la hospedería
el huracán alto y ancho de las categorías físicas o químicas de don Lucho Contardo,
y esa gran estampa de barco en mares felices,
a cuya cadena de oro convergirían las Repúblicas del Sur, o el júbilo de las cancillerías del firmamento,
sumaba las panzas del mundo, por debajo de la sonrisa de sandía, y era tranquilo
y soberbio como un lobo, colorín y enamorado, pera y bigote
derramándose hacia el "*chaleco de fantasía*",
con zapatos de charol crujidores y elocuentes, en el terrible tranco de hierro,
ensombreado, y siempre de frente.

Maullido de gatos asesinos,
en costumbres-techumbres-herrumbres, aculatándose en solapadas penumbras provincianas,
poblaban el agosto fatal, cosiendo con cementerios abandonados lo cotidiano a lo infinito, en este horrible padecimiento de fantasmas y hechicería, o como cósmico, a la hechura que emerge del panteón de las leyendas, todo entero rojo.

"Si el pie derecho del chileno tres metros y medio tuviera,
y tuviera la pierna izquierda fundamentación en la materia colosal de la piedra, tuviera

el hombre cojones de acero en donde tronase el mar, y la cabeza, toda ceñida y rota de catástrofes de pirámides y, sin embargo, terriblemente surgiendo de adentro del océano descomunal de las metáforas,

¡qué gran patada le pegaríamos a la vida en todo el hocico! . . .” clamara don Lucho Contardo;

porque ¿por qué por qué andamos como los asnos cargados de sombra y de antiguos o muertos navíos, que desaparecieron antes de ser pensados,

de sudor, de dolor, de clamor y de amor funeral y de terror, hijo del sino de haber caído o amanecido,

estamos tan arados de soledad, agrietándonos lo mismo Domingo Cancino que el conductor del Tren del Sur, el gran anciano Juan Aguirrebeña? . . .

y contestó el cadáver: “si nos estamos desintegrando y cae arena al agua inmensa de nosotros desde nosotros mismos,

y grandes carneros del panteón galopan el pasado y el antepasado del mundo, aúllan las tinieblas desgarrándose las entrañas, arañándose y pateándose a mucha cólera, el sol marchito es como un toro degollado y exactamente un fusil colosal me apunta al corazón desde el oriente y el poniente oscuros,

¿qué sucede que el pantalón se agarra a la cintura

y le pasamos la lengua a la nada como el buey triste, rumiante y castrado, saboreando las viejas comidas

que no ha comido nunca?

¿acaso no sabemos que tendremos que dormir solos en “Las Posadas” de la tierra y que aunque se restrieguen los huesos helados a los helados huesos de ella,

nos separa una distancia de millones de millones de siglos-milenios?...”

Todos viajeros somos, aventureros y titiriteros, sin brújula.

Así como así, surgiendo por adentro, río adentro, las tripulaciones marinas del mundo, precisamente cuando la Nación Chilena ya rajaba su litoral a la invasión capitalista,

las canciones de "la mar", la guerra, la jugada, el amor, los cantos
náuticos, apoderándose del hospedaje,
daban la tónica internacional a aquella gran aldea amurallada,
y los vicios portuarios, saliendo del proceso de sublimación del arte,
bañaban de grandeza a la criatura provincial, por el impacto del gé-
nero humano en las cosmogonías;
chercanes y digüeños aportaban
las murallas y las montañas huracanadas, o el látigo
de la chalaila de huesera de los campos chilenos;
caía la gotera del aguacero irreparable y único, la gotera trágica y pa-
tológica,
la gotera infernal que cae, temible,
precisamente en *las provincias* y en las hospederías de *las provincias*,
llorando, rugiendo, bramando,
como una gran vaca despavorida, en todo lo hondo
del ser consciente, irreparable e irremediable, entre su triste y lúgubre
juego de costillas,
abofeteándolo con un aspaviento colosal de esqueletos.

Aterrados, estupefactos, provincianos,
resuenan los poetas del pueblo, y el relincho de las caballerías, en nos-
otros los furiosos y terribles viejos,
el olor ancestral de los medicamentos antiguos, las mamas-tinajas,
que paren alegre chacolí de octubre o la egregia baya costeña del tru-
mao de Tanguao,
y cuando están vacías dan gallinas negras,
el aleteo inmortal de la golondrina romántico-poética, tan femenina,
como infinita, y el toro con sollozo de planicie mediterránea.

Extraigo mi idioma universal (como quien cosecha trigo o po-
rotos),
del subsuelo social y el reflejo vital de mi patria, y hago el lenguaje
internacional
de todos los pueblos de todos los tiempos,
estrujo la costumbre a la manera de los limones, y escribo como testigo

y juez, reo del pueblo y tribunal supremo del pueblo del pueblo,
las visiones que emergen de las cosas, sobrepujando las cosas y su ímpetu,
la dinámica colosal de la naturaleza,
el sistema de las equivalencias y la contradicción dialéctica, la energética
que acumulamos, subquimérica, o cantando o llorando
aquella problemática inmensa, y soy roto chileno que empuña la pluma como un corvo.

Acorralado o glorioso, bramando en los subterráneos de la época,
como la universalidad la da la obra y no la fama,
me entrego humildemente a la faena de dar forma humana a mi siglo.

No reflejo, soy el régimen de contradicciones de la agonía de la
burguesía,
desde el ángulo del proletariado,
la gran palabra ensangrentada de las masas humanas de Indoamérica,
enfrentándose al Imperialismo,
“soy la multitud y estoy solo”, cantaba en la adolescencia,
solo, y definitivamente solo, no adentro de la multitud, sino con la
multitud adentro,
cantando, abandonado, bramando, acogotado de padecimientos y coraje,
esta gran “*Tonada a la Posada de don Lucho Contardo*”, en la cual
resplandecerían las epopeyas ancianas, no como “género”, sí como vivencia, que advienen
del choque enorme entre las viejas y las nuevas épocas,
lo heroico restallando su látigo de siete serpientes de fuego, incendiado
por debajo del subterráneo popular, por debajo, por debajo,
contra el *nido de ratas* del pentágono, en este diciembre de 1963, fijando 1963, eternamente.

Los talabarteros de "Aguas-Negras", traían
las divinas artesanías antiguas, de los cueros sobados y las monturas,
y el tallador de estribos, los estribos geniales
de Mataleones, o, las chamanterías
de Doñihue o Cauquenes, las mantas gloriosas como la bandera na-
cional o las naranjadas de las madrugadas aguardentosas,
no *el tiempo del miedo* y la chancleta de hoy, forjado por putos rocan-
rolistas,
y los potrones aculeanos eran el precursor del Pentatlón de paz de la
Gran China Popular y la URSS, acumulado en la in-
mensa bomba de cien millones de toneladas de "T.N.T.",
cuando los payasos degenerados del régimen, eran aún larvas de ban-
didos y la Gran China Popular no llenaba de grande-
za el siglo, como hoy mismo.

Aún no aullaba, aún no arañaba, aún no alojaba, como un perro
en las alcantarillas del mundo, el bodrio en desintegra-
ción amargo, envenenado,
de la malvada prensa "*americana*",
y la "U.P." no chorreaba, universalmente, con el vómito colosal de
la calumnia y la difamación y la mentira,
la reputación de las generaciones del trabajo;
por allí bramaba el fantasma cordillerano de Ña Chepa Sanhueza,
con aquellas ubres inmensas de gran señora del Medio-
Pelo,
y las "Señoritas de Fantasía", oliendo a agüita de toronjil, oliendo
a agua florida en las bodegas antiquísimas de don Sandalio de Loyola,
oliendo a antigua manzana herida en el corazón, y las
chiquillas Pinochet tenían
cada una una mata de camelia entre las trenzas, allá por la Cancha
Rayada;
así como las ratas inmensas de Santa Elena, se comieron el corazón
de Napoleón, el Portalón claveteado
de aquella gran "Cocinería", murió de dolor, mordido de moho y de
tiempo,
y tal como los dogos borrachos de la piratería imperial de Inglaterra,

lo envenenaron al Emperador italiano de los franceses,
como el Emperador de Emperadores, destacando como
asesino al General Montholon, su heredero, los dogos
borrachos de la bucanería imperial de Inglaterra,
al "roto" Caldera se lo comieron los perros hambrientos del alcohol,
entre las gentes de Mateo Alemán.

Había más guitarras en la República,
y era más rico el-vino-abuelo-bisabuelo-tatarabuelo en las vasijas enne-
grecidas con los caldos ancianos, ensangrentando vien-
tres de fudres mundiales,
no eran mejores ni peores los chilenos, pero los chilenos eran chilenos,
jinetes de grande dictamen montaños-océánico, estrellándose, como
los péndulos, entre la odisea y la epopeya, heroicos y
machunos,
y la melodía de la existencia, condecorada de buques mercantes, aún
lucía el aún categórico.

Pastores, pescadores, agricultores,
como en la Mesopotamia de los barro cocidos cuando el origen de las
culturas ya había surgido de los cinco milenios chinos,
alegraban las aposentaduras
con el rumor colosal, que emerge del Género Humano en multitud o
solo,
por desgarramiento tremendo
de la unidad de la personalidad fraternal que se hace múltiple,
de vecino a vecino, desarrollándose,
chocando y soltando energía, reintegrando el común denominador
social,
al comercio feliz de *las cantinas y las "borracherías"*,
en las que el hombre pospone al individuo al universo, y requiere el
gran idioma de todas las copas del mundo.

Llegaban "las cocinas económicas",
a suplantar los amigos y esclarecidos "fogones", las estufas a los bra-
seros,

en los que se asaban las papas y el huevo de fuego
de los hogares desintegrados, en la brasa póstuma del carbón de espi-
no, que parecía un fusil colosal o el canto de los guerre-
ros antiquísimos y los vikingos,
cuando el sarmiento con invierno en la ferretería lluviosa calentaba y
caldeaba el horno de barro o el alambique del aguar-
diente.

El siútico provincial de la literatura,
estéril como una oscura mula de los lugares deshabitados u hostiles,
e inútil, como el capón infantil del gallinero,
o los tontos frondosos y jacarandosos de las "Antologías", que se pa-
recen a las mujeres de los últimos enriquecidos,
los eximios cabrones, caídos en desuso, como un viejo sombrero muerto,
se avecindaban en los aledaños del desacato conyugal de los herma-
froditas, cesantes y "elementales",
y provocaban la carcajada paisana, llorando y sin dinero;
ahí, rodando cementerio abajo, rumbeó y cayó al abismo el antiguo es-
plendor del futre Gutiérrez-Echavarreta,
y naufragó el periodista-electorero anarquista de la nariz morada de
alcohólico,
con toda la trasnochada comunal, enterrada en los bolsillos, y la be-
renjena enorme, estupenda y agorera de la literatura por
la literatura provincial-departamental, arañándole el co-
gote;
un gallo completamente muerto y furioso de sentirse muerto, un ga-
llo gallo gallo, un gallo
ganaba la riña del Domingo 13 del querido "*hospedaje de viajantes*"
y daba la patada del sol a la feligresía,
y el Siglo XX, nacido entre quejidos y crujidos
de placentas maternas, cantaba en las *techumbres* y las *paredes* hú-
medas de lágrimas, todo el moco
funeral del Occidente, ensangrentando el gran bautizo,
e inmensas yeguas añejas acumulaban el galope de los tiempos y los
ecos copretéritos,
en la literatura de las arañas-sepulturas y las garrapatas-peludas-dego-
lladas.

Resplandecía a toda máquina entre lo añoso y murcielagoso del
recuerdo,
el “*Molino de Corinto*” que engendraron los tatarabuelos solos, del
Golfo de Guipúzcoa, y los preteridos astilleros vizcaí-
nos del antepasado de la heroicidad ibera, y Gran Ca-
pitán de las “*Pilatunadas*”, gritando río contra río, sa-
ludaban la “*Posada*”, desde la herida, famosa, eximia
Rada de Perales,
ya difunta, y tan difunta, ya difunta.

Cuchillerías y alfarerías del artesanado popular, embanderado y
terrible,
daban la manaza de lo épico domesticado, por humano, a aquellas
gentes de Chile, y las “*Sociedades Ilegales*”, traían la
firma inmortal de los próceres, del “*Cuarenta y dos*”, ya
ahora emputecidos,
“*el radicalismo de los Matta y los Gallo*”, de la Enciclopedia y la alta
cultura de don Domingo Sanderson,
“*los Matta y los Gallo*”, y la pata sangrienta del *Imperio de la Pira-
tería, sudaba y lloraba*, simultáneamente a la orilla del
ancho mundo, del alto mundo,
o comprando y pagando simoníacos, o amenazando, bala en boca,
desde la tumba inmensa del Gran Estadista asesinado, todo de rojo,
en las tinieblas negras de la Gran Empresa enorme, co-
mo los mitos de la antigüedad clásica, la Gran Empre-
sa enorme

Estrellándose mar afuera, ya extensa y sola, definitivamente sola,
tronaba la “*Posada de don Lucho Contardo*”, de tumbo en tumbo,
resonando, bramando, restallando, de tumbo en tumbo,
de tumbo en tumbo, y la bandera
de lo grandioso premonitorio clavada en la Cruz del Sur, lanzaba la
lazada al infinito . . .

VOCABULARIO

Agencia (s): “casa de empeño”, antiguas, desaparecidas, con empréstitos de dinero, por objetos de uso personal o doméstico, “casas de empeño”, no de usura, usufructuadas, en principio, por descendientes de encomenderos o almaceneros en derrota, por emigrantes españoles fraternales y lamentables, que recibían la simpatía nacional, adolorida, de la vieja clientela “parroquial” de las barriadas metropolitanas o las callejas de aldea.

Agüita (la): se obtiene usando las yerbas caseras y medicinales o los arbustos de las montañas, en condición de infusión que rememoraría a las curanderas, las hechiceras y las brujas agrarias o los “tabú” arcaicos con su poder popular de “mejorar”, más hipnótico que científico.

Ajiaco: caldillo de carne asada, papitas en torrijas o rodajas, bastante cebolla, bastante, y ají picante, extraordinariamente picante, pues se prepara desde el vértice del ají, aliñado con ajo, cilantro y perejil y saturado, bautizado, sazonado, no sólo con sal, sino con vino al servirlo lo cual ojalá suceda al alba, saliendo el sol, o amaneciendo.

Amarditarse: proceder como que se conoce y no se conoce el sentido de las cosas, atrincherándose en su actitud prevista, a fin de golpear seguro y profundo.

Andar en tomas: agarrar la curadera y la remolienda, es decir, la borrachera de los dionisiacos, *en carácter* domiciliario y emigratorio, de casa en casa y de rancho en rancho, más que de cocinería en cocinería, entre compadres y entre comadres, entre comadres y entre compadres o amigos y amigas muy queridas, comiendo, bailando, bebiendo, *a la chilena*, a la sombra copiosa de las guitarras, las damajuanas, las barajas, los licores y los acordeones, y a la orilla de la gran arpa arcaica y provincial *de antaño* . . . porque el hombre de hoy es de costumbres cosmopolitas y no es nacional e internacional, mayoritariamente, en la República.

Animita: culto al muerto por asesinato, o por una desgracia, expresándose, con recuerdos aborígenes, en templetos míseros y mínimos, llenos de velas de sebo, debajo de la cruz, cargada de *ex-votos*, en las cunetas y en las encrucijadas de los caminos.

Arrollado: trozos de lomo de cerdo, o cuero de cerdo, sólo cuero, forrado precisamente en el cuero del animal, bien cuidado, bien alimentado, bien cebado, condimentadísimos o un “matambre” (en cuyano), tapa-barriga, “malaya” (en chileno), “matambre” (en cuyano o americano del sur), de buey, ternera o vacuno, atados como formando troncos, con cáñamo, y, si es posible con huiras de maqui (fibras de la corteza del arbusto frutal aristoloquíaceo de nuestra gran montaña andina y costina) de modo que se parecen a los usleros de las empanaderas de las cocinerías departamentales.

— B —

Bailahuén: una gran planta pequeña, muy cargada de fragancia y de espinas, recomendada en infusión a los cardíacos y a los hepáticos, como el romero-pichi, por ejemplo, en las que enredan sus vellores las ovejas de los arreos cordilleranos, quedando atravesados del grande perfume.

— C —

Cachada: trago, principalmente de chicha cruda, naturalmente cruda, o cocida, con torrejitas de naranja, o con harina de “curagua” (maíz de aquí, extinguiéndose, pero muy fino y rico) o quínoa, —quínoa, quíngua, popularmente—, pequeño fruto sabroso que me parece que figura entre las gramíneas nativas, o de origen quechua-aymara o ecuatoriano, trago bastante largo, trago bastante amplio y fraternal, que, nosotros los rotos de Chile llamamos chupilca o chupirca o pigüello, o tragazo de vino, principalmente tinto, o aguardiente puro, principalmente puro, o con limones y azúcar quemada (tostada), “gloriao”, no “gloriado”, y culén (ponche de culén), tomado en “cacho”, labrado (cuerno de toro), no labrado, *laboreado* en la faena de las artesanías, hoy por hoy arrasadas por las máquinas.

Cachureo: el “Mercado de las Pulgas” de París de los barrios bajos del Gran Santiago de Chile, o a las orillas del Mapocho, entre sus puentes antiguos, y también se entienden los desvanes domiciliarios, en los que descansan, amontonados, los objetos o vestidos en desuso.

Cahuín: un emborrachamiento general, con aspectos aborígenes —machitún—, y con recuerdos de las gestas heroicas de la Araucanía, por dentro del resentimiento de los vencidos a mansalva, que, colateralmente, deviene, degenerado, batalla de palabras y comadrerías, que perdieron el gran potencial orgiástico y dramático de su origen, cayendo en el chiste imbécil y el chisme imbécil, del alcahuete (intrigante, recadero, traficante en mentiras, *cahuinero*).

Caldúa (*s*): “apodo” popular de la empanada chilena, sabrosamente jugosa de caldo picante, “*caldúa*” de caldo quemante, que baña las gargantas.

Catete: guiso de harina de trigo tostado *en callana*, que se prepara en la *sustancia* gelatinosa en que se cocieron cabezas de cerdo, o huesos diversos en olla de greda, condimentadísimo, propio del mundo de las provincias de la Zona Central, mediterránea, de la Repú-

blica, al cual designa “*sanco*” el litoral de las oceanías, y llaman “*la guañaca*”, los arrieros de los arrees cordilleranos, que tienen costumbre de llevarlo, denso como queso, en condición de *cocaví* (condumio del camino), en la previsión de las monturas y la situación de “los aperos” —cinchas, lazos, riendas del caballo.

Causeo: fundamentalmente basado en los deshechos “democráticos” del vacuno —patas, orejas, tripas u hocicos—, o en los productos baratos y menospreciados del mar —mariscos de acantilado—, tiene el carácter del encbollado con ajo cruzado de ajices, yerbas-especies, limones, y más que un guisado de cocina, logrado con recetario, es aquella precaria merienda del roto que excita la tripa vacía, arrojándola al corazón de los toneles y los barriles.

Cocimiento: sobre la base de todo el sexo del vacuno, macho y hembra, el matarife o sacrificador del “guacharaje” (vacuno), del abastecimiento urbano, elabora un condimento de “matadero”, cocimiento, al cual agrega las médulas más sabrosas, y en el que, no siendo espeso, han de pararse las cucharas de tan oleaginoso y terrible, porque el hombre que come tan maravillosa pólvora alimenticia, habrá de estar condicionado para todas las contingencias y todas las peripecias de la vida, como el hombre que come el “mole de guajolote”, en México, o las “papas picantes a la peruana”.

Cochayuyo: gran alga marina de Chile, familiar de “los sargazos” del Atlántico y de “las oloturias” de la cocina china, poderosamente fina y enorme, del enorme Mao, el cochayuyo del litoral y los archipiélagos chilenos, aliado al hermano menor, el “*luche*”, despliega la cabellera colosal contra las olas y es sabrosísimo, desde su tallo, el “*ulte*”, gustosísimo, con los yoduros oceánicos que chorrean grandes aromas.

Coirón: es la preciosa y alimenticia gramínea de las ovejerías patagónicas, el pasto de espigas, alto y profundo del vacuno de las praderas cordilleranas, entre los acantilados y las nieves eternas de los Andes, la techada del ruco de pasto, piedra y cuero del vaquero, del comerciante en animales y la ancha cama blanda del arriero o de los

quesos aquellos, amarillos e infinitos como la planta hermosa e imprescindibles de los “rulos” o terrenos secos de la ganadería nacional precaria y tan abandonada por el latifundismo.

Cogoteado: robado, asaltado, asesinado a mansalva, por “cogote-ros”, delincuentes y criminales nocturnos de las barriadas metropolitanas.

Colchagüino: como Colchagua es una de las provincias de Chile en donde subsisten, en parte, las antiguas costumbres agropecuarias de los “huasos” chilenos, es decir, del poblador autóctono de los “campos” chilenos, colchagüino y colchagüina, señalan a personas de índole astutamente campera.

Cuchipandas: borracherías menores con relación al alcohol y mayores, porque se producen en compañía de señoritas, sumamente alegres, complacientes y “desprejuiciadas”.

Cueca (la): el baile nacional de Chile, trágico-dionisiaco, volcánico y dramático y popular, como el corazón de todo lo chileno, muy chileno, en el cual se destacan la virilidad y la femineidad definitivas de las parejas, en aires marciales, de compases habilísimos, y gran arquitectura heroica, sumando ternura y bravura, lo lírico, lo amoroso, lo épico, simultáneamente.

— CH —

Chingana: casa de niñas “condescendientes” (no prostíbulo), y “causeos”, guitarras y botellas.

Choapino: sería la alfombra tejida, principalmente del pehuenche, entre los aborígenes chilenos, teñida de colores fundamentales, rojo, amarillo, negro, o negro y blanco, como el poncho, la manta casera de los chilenos, poncho de castiila, poncho de vicuña, que —negro o negro y blanco—, recordaría la Araucanía, sus cultos fúnebres y su arte musical de hipnotización y éxtasis más mítico que místico,

herencia de Mongolia o la China arcaica de las emigraciones por el Estrecho de Behring.

Cholga: o “*cholgua*”, el modesto molusco chileno, que es como el choro (o mejillón) y la ostra sabrosa de los trabajadores de las caletas y las bahías del litoral criollo, no tan fino como la centolla (cangrejo del sur chileno), o *los cangrejos moros* de la alimentación popular de la pequeña Cuba inmensa.

Chuncho: “pájaro de mal agüero”, según la hechicería comunal das las aldeas, y el cual es un ave de rapiña triste, o como un búho infradesarrollado, que posee un canto de palo de invierno, monótono, abisal, isócrono, que come ratones, y que parece que sintiese atracción por los medicamentos fenicados, de lo que deduce el vecindario que anuncia los fallecimientos, porque lo oyeron cantar los enfermos y sus familias en las inmediaciones de sus viviendas, y lo subestimaron, “pájaro de mal agüero”.

Chunchul (es): cierta tripa gruesa, gorda, sabrosa, honda, de la ternera o el novillo, muy apotrerados o empastados, muy alimentados, que debe comerse frita, caliente, con la papa parada —cocida—, y picado de cilantro y cebolla picantes, con limón o vinagre, de nombre nacional, e ilustre: “pebre cuchareado”.

Chupilca del diablo: el vino con pólvora, que asegura la leyenda de tinieblas que rodea un hecho singular, por heroico e incomprometido, que no era el único de los tragos macabros de los soldados en la guerra chilena del “Setenta y Nueve” (año 1879), contra los pueblos hermanos del Perú y Bolivia, manipulada por el Imperialismo inglés, que fue el Imperialismo colonizador de Latinoamérica, en tal época.

— D —

Despachero: propietario de comercios, más o menos pequeños —“despachos”—, en las aldeas o en los poblados y los atajos de los caminos, los “pagos” de los “gauchos”.

Despernacado: dícenle a quien camina patiabierito o “patuleco”, sin aquella afirmación rotunda y no provocadora de la personalidad, que se deriva del respeto de uno mismo por uno mismo, que no ofende ni se ofende, provocadoramente.

Doñiguana: doñihuana o “doñiguana”, según el decir popular, se refiere a Doñihue, hermoso pueblo famoso por las famosas, justamente, por las famosas artesanías en tejidos, mantas y fajas, muy vecino a Rancagua.

— F —

Fabriquento: con relación a “fabricano” —obrero de fábrica—, fabriquento es la degeneración grotesca y humorística, con tono trágico, de la palabra, que ya es un poco burlona, aunque no pretende ser denigratoria y aplastadora.

— G —

Gangocho: los gangochos son los sacos usados o despedazados con el cáñamo en desintegración, haciendo menesteres ajenos a su índole.

Guagua: “dicen en Chile del niño de teta”, afirma el “Larousse”, de 1961, y es menester recordárselo a los queridos lectores amigos, y reiterárselo, pues si aun no lo olvido, en la fraternal Caracas popular, *la popular*, se entiende, oí llamarle “guagua” a un “bus” metropolitano.

Guainas (los): los heroicos aborígenes chilenos llamaban “huinca” al español adolescente, invasor, osado y acorazado soldado de las Españas, y “huaina”, que deviene popularmente “guaina”, al mocetón guerrero de su gran raza heroica.

Guarapillejo: los guarapos *apocopados*, que son la primera de todas las formas rudimentarias del aguardiente, antes de ser aguardien-

te en las destilerías, siguiendo el proceso de ascenso de perder acidez y adquirir por asentamiento y ascendimiento en los toneles, su gran calidad alcohólica, es decir, antes de poderse llorar "l'eau de la Vie", de los franceses catadores y bebedores ilustres, como los chilenos.

Guarapón: sombrero alón, con fiador (cordón por debajo del mentón), como chambergo, que usamos los huasos rancagüinos —de Rancagua—, curicanos de Curicó ("aguas negras", en mapuche), colchagüinos —de Colchagua—, tres provincias y la gente sureña, con cierto orgullo de caballería.

Guargüero: es el cogote de "los rotos" y el pescuezo —la garganta—, de "los ricos", o "acaballerados", y es el cogote de los vacunos —carne de cogote, carne inferior—, de lo que se desprendería "la guargüerada", como un trago no largo y *a la carrera*, o "sobre andando", trago con algo de "malicia" —aguardentoso—, del cargador o los carretoneros, los *gañanes* o *peones*, que son los obreros agropecuarios, o el guiador de las carretas, de camino en camino, o los cuatrerros aventureros, que se ganan a bala o a puñaladas el pan ensangrentado del patibulario, de catástrofe en catástrofe.

Guata: la panza humana de Heliogábalo o los burgueses usureros, glotones, y "guatitas", se dice en Chile, al estómago del cuadrúpedo de la ganadería mayor o menor, prefiriéndose la mayor, porque "el chupe" de guatitas, logrado con pan deshecho en leche y pican-tísimo, es tan sabrosísimo como las "Trippes á la Mode de Caen" de los "Mercados" de Francia.

— H —

Hallulla: frecuentemente se confunde la "hallulla", que es el pan sin levadura, cocido al horno, con la "tortilla", que es el pan sin levadura, cocido al rescoldo, no al horno, en la ceniza de los árboles autóctonos, principalmente del lingue de Chile, tan aromático y montaños, de lo que desprenderíamos el carácter andariego de la "tortilla", y el carácter sedentario de la hallulla, porque la tortilla, hace el viaje con el viajero y se come en los mesones de las regiones arrinconadas

adentro del pellejo del recuerdo de la nacionalidad colonizada por el Imperio económico, y la hallulla, en las tabernas y las cocinerías de las ciudades o en “el gran *comedor*” —pieza de cena y mesa de cena—, de los hogares de las ciudades de las Provincias o los Departamentos en que se dividen las Provincias, con más frecuencia que en las Comunas de las aldeas, como el pan caliente, de horno de barro, sobado por mano de mujer, y maliciosamente llamado: *pan de mujer caliente*.

Hilachas (parado en las): dicese en Chile, del hombre varonil, “entaquillado” o “paleteado” o “maceteado”, que son sinónimos, en el lenguaje que emerge “por abajo” (de lo popular), enriquecido de metáforas.

Huaco: lo derivaríamos de “*Guaca*”, sepulcro y adoratorio de los aborígenes peruanos, o “cacharro”, vasija, precisamente hallada en los sepulcros, en los sepulcros *dionisiacos*, y en los adoratorios de los aborígenes peruanos, y lo aplicaríamos, con cariño, o con desprecio, al individuo bajo, sonriente, gordo, humorístico y bonachón y demoníaco, obsceno, muy parecido a una gárgola catedralicia.

Huacho: o “guacho”, huérfano, ofensa al huérfano, o con más precisión, a la criatura que se engendró en el amor, o en los anecdota-rios nocturnos, o en el terror, la violencia o la ternura extramatrimoniales.

Huachucho: no es, exactamente, el huachucho o “*guachucho*”, el aguardiente integral, ni los “guarapos”, ya nombrados, el huachucho o “*guachucho*”, más “*guachucho*” que huachucho, no, es una ya confusa especie de aguardiente ilegal, falsificado, no étílico integral, ni metílico infernal, el aguardiente de los “guachucheros” de las periferias urbanas, que merodean alrededor de las borracherías, sin patente municipal, *a lo callado*.

Humita: en México les dicen “tamales” a las humitas, que deben hacerse con maíz molido y cocido en la hoja de la mazorca, enriquecido de ají picante, bastante picante, “manteca” de cerdo (grasa), cebolla, ajo y albahacas de temporada, y que deben comerse sobredoradas en el rescoldo de las fogatas.

— L —

Laborear: una de las artesanías chilenas del huaso del campo de los estribos “*laboreados*” en palo de naranjo, por ejemplo, no tallados, “*esculturados*”, por genios modestos que no falsificaron la máscara de “el arte por el arte”, y que correspondían a la hombría de generaciones de descubridores y mineros que desaparecen o burlados o expoliados o enajenados en la agonía de la burguesía latinoamericana.

Licantén: algo así como *tierra de gentes de piedra*, recordaría la Capital departamental del Mataquito, Provincia de Curicó, sentada la espalda en las montañas de la costa que van a Iloca, forestal, fluvial, floreal y vitivinícola, madre del lentejón padre de la lenteja.

Licoreado: más o menos borracho, “*tomador*”, bebedor, no alcohólico clínico, “*borrachoso*” o “*borrachento*”, más “*borrachoso*” que “*borrachento*”, según el decir achilenado, o “*nortino*” o “*sureño*”, al gozador de la botella y las tinajas, sobrenombrando “*macho licoreado*”, al “*gallo licoreado*”, que frecuenta las bodegas y los viñedos, más que las cantinas.

Lipiria: especie de fiebre oscilatoria y sin dolores, originada en la colitis, sin especificación precisa en el campesinado.

Locos (mariscos): probablemente de la misma familia de las “*lapas*”, no son cefalópodos, como los pulpos, son gasterópodos muy sabrosos de las costas chilenas, y, generalmente, del litoral sur del gran Océano Pacífico, los que es posible que la imaginería arcaica, que creía al orate *un endemoniado*, los apode así, porque hay que golpearlos para ablandarlos.

Locro: el locro de “*chuchoca*”, es decir, de maíz, más o menos cocido y secado al sol, es saboreado con “*ñocos*”, que son zapallo asoleado, papas, ajo, grasa, cebolla y especias de aldea.

Longaniza: la *longaniza chillaneja* (Chillán, la Capital de la Provincia de Ñuble), que es la más famosa, es un embutido, cecina a base

de carne de cerdo y grasa de cerdo, pero grasa, como la longaniza santiaguina (Gran Santiago), y la longaniza valdiviana (Provincia de Valdivia), la *longaniza chillaneja*, ha de comerse picantísima y con bastante vino, del tinto, pipeño, sin la filtración y el metabisulfito, por la invasión de la enología comercial industrialista, que anula la artesanía mítica y colosal de la “vinología”.

— LL —

Llallis: curagua —maíz—, tostada a la callana, mediaolla u olleta de fierro o barro, en la cual estalla entreabriéndose y mostrando un corazón blanco, dorado, ancho, desparramado.

Lloica: pájaro de las praderas y las montañas de Chile, pájaro parecido en lo lírico, hermosísimo y musical a una calandria mayor, y tan cantor, como ella, o como un zorzal de matorral, de membrillar, de alfalfal, cuando el macho atrae a la hembra sumisa y preciosa, él, con su pecho rojo, como hecho ardiendo al gorjear varonilmente.

— M —

Maitén: es de la familia de las celastríneas, y su hoja perenne la van ramoneando los cabríos o caprinos cordilleranos, a la manera del pastoreo en los invernaderos.

Malón (es): viene de origen precolombino, en la Araucanía, y, hoy, consiste en una especie de asalto, fue un “asalto de guerra” en Arauco, a una familia, armado, sí, armado, pero armado de botellas, comidas, guitarras, con sentido de carnaval domiciliario y gran fiesta íntima.

Managuá: “lobo de mar”, es decir, “roto de mar”, chileno de las marinerías, que acomodando el sentido inglés —man of war—, se autobautizó, alegre y consciente de su audacia aventurera, su hombría y su coraje.

Mapuche: gente (ché), hombre de los “mapus” —casas-tierras-chozas— de los araucanos, que no eran guerreros, fundamentalmente, sino fundamentalmente agricultores y pescadores, agricultores y cazadores, pacíficos y homéricos, cuando llegaron los Conquistadores, con la Cruz en la empuñadura de la espada.

Maqui: arbusto muy chileno que da un fruto negrísimo y riquísimo, del cual es posible hacer “chicha” de maqui (vino), “chicha” del Extremo Sur de Latinoamérica.

Mate: nosotros, los chilenos nos solemos referir, cuando decimos mate, a cierta calabaza hecha partiendo la calabaza en mitades, y empleándola como un vaso o jarro labrado o “laboredo” y no únicamente al mate de yerba-mate de la República Argentina, del pueblo de la República Argentina o del Paraguay o del Uruguay, del pueblo argentino o paraguayo o uruguayo.

Matico: arbusto, me parece chileno, latinoamericano, cuyas fragantes hojas, se emplean en infusiones de carácter astringente.

Media-luna: cancha o pista o anfiteatro semicircular del *rodeo a la chilena*, “quinchada” (cercada) o empalizada de “fagina”, ramaje de arbustos fluviales o de horcones y tablones, atados con “lianas” (bejucos), de la montaña, que da aún más carácter agropecuario a esta gran fiesta épica que emerge de entre jinetes y vacunos.

Media-mona: “Fulano anda a media-mona”, es decir: “Fulano anda medio-“tomado”, medio-borracho, medio-“curado”, “*borrachentito*” con la “sopaipilla pasada” a “chufflay” nacional, que es el grog aguardentoso de los chilenos.

Meica: la curandera popular hechicera y sacerdotisa de antaño, que deviene hogaño yerbatera (receta las yerbas del campo en una gran mixtura inverosímil), con algo de bruja en desintegración y algo de “composturera” en problemas de traumatismo, oscilando entre el “naturismo”, (homeopatía), y el misticismo plebeyo, populachero o demagógico de las arcaicas metafísicas rituales, confesionales que de-

caen en rurales, provincianas o aldeanas o de los aledaños metropolitanos.

Mistela: licor de salón (pieza de recibo), de la clase-media chilena de los pequeñoburgueses “antiguos”, que preparábanle de aguardiente y especias, como canela, por ejemplo, y al cual desplazaron los ensebados “siúticos” (desclasados), desnacionalizándonos, por emborrachamiento, con “tacos” (tragos) plagiados a la bohemia cosmopolita.

Mona: la “mona” completa es la tomatera, la borrachera, la curadera integral, con trastabilleo y danza de sombras o como cargando “con la mona vivita”, como dicen los que saben cómo dicen lo que dicen, y dirían en estos tiempos nuevos: “Mi compadre Bartolo González, anda con el gorila al hombro o engorilado”, por todas las formas de orangutanismo que se producen en las grandes parrandas de las grandes chinganas que aún existen y que serían “la misma jeringa con distinto bitoque” —tubo de salida: “bitoque”.

— N —

Nalca: a los tallos ácidos y rojizos del pangue, la planta cargada de hojas enormes y perennes, que crece en los esteros de las quebradas cordilleranas y es de la especie de los urtíceos, le decimos *nalca* y como el chagual del cardón (la cáctea bromeliácea de Chile), le sentimos un sabor nacional en las ensaladas “limoneadas” y “ajiceadas”, comiendo y bebiendo a la manera de los mestizos endurecidos, que somos los rotos o a la manera de los mulatos antepasados de la aristocracia del latifundio o del monopolio.

— Ñ —

Ñachi: seguramente que descende de *natti*, la entraña, en quechua o quechua-aimará, aunque el aimará es anterior al quechua y posterior al urus en el Altiplano del Titicaca boliviano y es uno que

otro de los guisos bárbaros de la nacionalidad, pues se obtiene de sangre caliente del degüello del cordero, condimentadísimo y picante, y más que se come, se bebe terriblemente, se bebe como en rito bestial, salvaje, total de las comidas dionisiacas de México, por ejemplo, el México de Netzhualcoyotl o Cuauhtémoc.

Ñeula: niebla, la “ñeula arrastrá” de los licanteninos (de Lican-tén), niebla baja, gruesa, honda, niebla a la altura de las quebradas cordilleranas costinas o las rocas marinas de los acantilados.

— P —

Pana: antiguamente se decía: “*pana de paco con catana*” (valentía de policía, frecuentemente ex-soldado, con espada y pantalón azul, o “*pana de macho*”, porque la pana chilena es el hígado, son los hígados metafóricos del lenguaje popular, desde el vértice del hígado animal, físico de los vacunos y los lanares y los caprinos, de tal manera que cuando se afirma: el hombre aquél es hombre de una gran “*pana*”, se reiteran la hombría y el coraje, la hombría indiscutida del sujeto que no aceptó, pongamos por caso, la “*marcación*” imperialista.

Pancutras: o *refalosas* o *pantrucas* o *tíralas a la olla*, serían hojas caídas, o güiras o cintas, lo mismo, acaso, de masa de harina de trigo, en caldo de huesos o charqui de vacuno (tasajo), bien condimentado y sobrealñado, sin olvidar que “*la refalosa*”, en singular, fue un hermoso baile colonial, de Chile, que subsiste, únicamente, solo y como “*folklore*”, *para el turismo*.

Pantalón de bombilla: el pantalón de bombilla, en bombilla o abombillado, es el pantalón huaso del huaso a caballo y el cual se explica que se ensanche en las caderas y se angoste en los tobillos, para dejar libremente, cantar la rodaja de las espuelas, que además lleve *perneras* o *cuereras* de piel de buey, “desde aquella parte en que el espinazo pierde su modesto nombre”, decía don Miguel de Cervantes, hasta las nalgas, que mantenga proporción con el cinturón, elegante

de correaes, y que se ajuste al garbo y al brío de la chaqueta corta de seis corridas de botones, rememorando la chaqueta del torero español, y al guarapón (sombbrero), de alas muy anchas, cayendo sobre la cara y la manta rayada, no la mantita-babero de estos tiempos negros, y sin embargo, con pólvora adentro del acento.

Papa parada (la): se designa a la papa cocida, acompañamiento de la longaniza (ya definida) y la prieta chilena (morcilla), condicionando el pebre cuchareado (descrito) y el rico vino tinto.

Patagua: ancho y frondoso árbol, no muy alto, unos seis metros, de los pastales de talaje (crianza de ganado), y los sembrados, a cuya gran sombra perenne, o abrigo, se guarecen el vacuno y el caballo o las ovejerías de las lluvias cansadas del invierno o el sol roturado.

Pateperro: y *pat' e perro*, es el roto andariego que recorre ciudades, naciones, océanos, continentes, buscando, desesperado, su destino, sin hallarlo nunca, porque no lo ha perdido.

Pelada (la): “*la Pelada*” o “*la Pelá*”, es la muerte, exactamente, la muerte del hombre pobre, que no es el pobre hombre, ya que el gran funeral del capitalista se presentará con un cadáver embalsamado u orlado, condecorado por un fallecimiento de ópera.

Pellín: corazón del roble o del espino, fuerte e invulnerable, y tan difícil para el hacha, que se califica de “apellinado” al anciano nacional, que aguanta dolores y padecimientos, erguido con orgullo.

Pejerrey-cauque: es el pez de carne fragante y sabrosísima que desova en los remansos fluviales de los ríos centrales de Chile, como, por ejemplo, el Mataquito de los licanteninos y el cual cuando es alevín, sano, emigra al mar y retorna aguas-arriba y a quien es menester comerlo frito, con papas fritas, frito y sin hundirlo en huevos batidos y harina, como lo hacen los que no saben, lo que saben lo saben imbécilmente porque él, entonces, pierde sus genes heroicos y su gran calidad de monarca democrático e imperial de la pescadería en las cocinerías.

Pequén: a una pequeña lechuga chilena que habita matorrales de espinales y arbustos de los rulos —suelos sin riego—, y se entronca a las brujerías y las medicinas agropecuarias, le decimos pequén y también le decimos pequén a una pequeña empanada chilena, sólo de cebolla picante, empanada que es la empanada de los amaneceres lluviosos de los trasnochadores urbanos.

Petate: alfombra de totora —espafaña—, a la manera de un trenzado más que de un tejido, que usaban las abuelas y los abuelos a la orilla del brasero de invierno y acostumbramos aun nosotros los rotos y los huasos forjados entre paleteados —viriles—, y el campesinado nacional, cuando los salarios abominables le permiten humanizar la planta helada del barro del “rancho” del “inquilinaje” de las “haciendas”, peón, “pongo” en Bolivia, peón o gañán, que habita la vivienda que le otorga el patrón, terrateniente, latifundista, o “hacendado”, es decir, propietario de “hacienda”, regentada por capataces y explotada con animales y cultivos trigueros o de chacarería (sembrados de maíz, “porotos” —frejoles—, sandías), o en la vitivinicultura.

Peumo: de la familia de las lauráceas, el peumo, como la patagua —de la familia de las tiliáceas—, es como la patagua, *de una gran familia de la Araucanía*, “un ancho y frondoso árbol”, siempre eternamente verde y olorosísimo, con su fruto pequeño, rojo y olorosísimo, y su madera, tan chilena.

Pichanga (la): se parece a *los causeos criatureros* de las chinganas, aludidos o definidos, en que la pichanga no es una gran comida, ni es una gran merienda, ni un guiso propiamente dicho, no, es el ingreso a “conversar” una o muchas botellas o un botellón de vino, con un condumio de cecinas, aceitunas, cebollas escabechadas (en vinagre), y ají, bastante ají, picante, ají *cacho de cabra*, picantísimo, y fragantísimo, *cacho de cabra* (asta del caprino), verde-rojizo o rojo maduro, en invierno, junio o julio o agosto, lloviendo...

Pidén: el pidén o el “pideñ”, de los aborígenes, es avecita muy parecida a un gallito negro con pecho rojo, no de colores nítidos, definitivos, que habita las aguadas o puquios, lagunas con chilcorlos, to-

torales, sauzales y cuyo lindo canto fino y crepuscular, alegra precisamente los atardeceres camperos.

Pilchas (las): “el equipaje del roto, es como el equipaje del perro”, decimos nosotros los rotos, “los dos costillares y el espinazo”, y *las pilchas* son *las prendas* (vestuario), que generalmente son las que van puestas, del roto, la chaqueta, el pantalón y las ojotas o chalailas, diríamos sandalias de cuero de buey, con el pelo afuera, sin olvidar que “los arrieros cordilleranos”, tan “mentados” (famosos o nombrados), dicen “las pilchas” por algunos “aperos” o “peleros” de la montura o “el avío”, que es la montura de los mulares, la “silla” andina, usando el vocablo español, desde Ruy Díaz de Vivar a esta época.

Pinadores: “pinadores”, no “finadores”, invitados o *no* invitados, *profesionales*, a todos “los velorios”, o ceremoniales de carácter funeral, orgiástico y dramático que precede a las sepultaciones, y en los que se platica —conversa—, se bebe bastante “trago” y del bueno, decía Sancho Panza, y licores aguantados, se pelea distribuyendo puñaladas, abrazos, bofetadas, llorando y tomando por “el finado”, al cual algunos no conocieron, y en los que, a veces, se pierde el difunto.

Pipeño: pipeños son mostos sureños, del año, no añejos, del campo y fluviales, vecindados en los “trumaos” (terrenos de aluvión en condición de semi-arenales y de semi-pedregales), de las riberas del río Itata, por ejemplo, o, por ejemplo, en los viñedos de toda la provincia de Ñuble, y que se expende en toneles o “litriado” (por litro) o en damajuanas o barriladas, y los que no se filtraron, conservándoles el sabor natural de los lagares de los lugares departamentales, provincianos o aldeanos, no metropolitanos, con gusto profundo a patria y a causa popular, adentro.

Pipiritiuque: nadie sabe, me parece, ni, lo digo, yo mismo, nadie sabe, ni supo, ni sabrá nunca jamás cómo acomodaban el pipiritiuque (licor de hueso cantor y “apoetado”), los vecinos aquellos antiguos de Lampa o de Renca, porque la tradición se sepultó con ellos, durmiendo en sus recordaciones.

Pirguata: es posible que derive de la “pirgüa”, que es un pequeño bolso costeño, de los archipiélagos chilenos, seguramente de origen precolombino, la “pirgüa”, en el que ofrecen los mariscos del Sur oceánico, la “pirgüa”, como por ejemplo “piuchén”, de *pihuichén*, pájaro tenebroso y fabuloso, murciélago chupador de sangre de gente durmiente, o serpiente alada, porque la “pirgüa”, el pequeño bolso costeño, que se desgarró o se descuajeringó en los trajines, sería, aplicándolo al pobrediablo, comparándolo al pobrediablo, el “pirguata” que es como un saco de algo sin calidad, de basura, como los choros podridos o el pescado ya “pasado”, el “pirguata”, se mantiene, se reviene, se sostiene, desintegrándose y de tal manera existe, como los gangochos, deviniendo pingajo o andrajo.

Piure: lo definiremos con sentido popular, no con conocimiento técnico, que no tenemos, como una gran familia de pancitas tan floridas de yoduros que quien las come se come el mar enrojecido, ardiendo y sangriento agarrándose a los acantilados.

Prieta tuncana (la): es la morcilla española, más cargada de condimentación picante, de ají picante, insisto, y es “tuncana” la elaborada en Tunca, pueblo de la provincia de Colchagua, en donde se yerguen en toda su gloria y majestad, ya a la entrada del otoño, justificándose aquello de “chicha y chancho” de los huasos montados en caballo chileno, con lazos trenzados y espuelas de gran rodaja: chicha y chancho en las mediaguas o galpones de las borracherías.

Poleo: familiar de las labiadas, similar de la *hierbabuena* o *yerbabuena* es medicinal y agradabilísimo, en infusión, y prolifera lo mismo en los rulos que a la orilla de los arroyos.

Pontro (s): las mantas-frazadas de los aborígenes chilenos, que no son “los ponchos”, porque no tienen la abertura para colocárselos, ni la flecadura de algunos, y no son los choapinos de los araucanos, porque son para la cama y no para el piso de barro y ceniza de las rucas, que son las casas del pehuenche o el mapuche o el tehuelche, que desaparecen tragados por *la tecnificación*, que es *la civilización*, y no es *la cultura*.

Poruña: especie de cucharón grandote, con mango de lata, hueco y corto, de los tenderos-despacheros de aldea y con sentido peyorativo, cicatero, es decir, usurero de menor cuantía: el poruña Fulánez o Mengánez.

Potrillo: el potro adolescente, como de unos dos años y medio o menos, y le decimos también potrillo al vaso litrero o doble-litrero, en el cual bebemos *generalmente* chicha, chacolí, o vino, del tinto, más chicha o chacolí, que vino, del tinto, y lo vamos, *generalmente*, pasando de mano en mano, entre el rotaje “maceteado”, de gran musculatura, como lo éramos.

— Q —

Queltehue: queltegüe-treile-queleu, un ave zancuda, como el pídén, pero en blanco y negro, que habita los alfalfales o los trebolares o los potreros con riego, y cuyo hermosísimo canto de comedor de larvas, es decir, de colaborador de los plantíos, o en domesticación difícil, habla del agua, la “anuncia”, dicen los huasos mirando la pasada de la bandada.

Quideñes: los quideñes son los hongos sabrosos del roble y los digüenes son los hongos sabrosos del raulí, respectivamente, los quideñes son más pequeños que los digüenes y no tienen azúcar, como los últimos, ambos son porosos, y comidos en ensaladas, bien aliñados, bien limoneados, con un costillar de cordero al asador, los quideñes, que son mejores que los digüenes, y que aunque son *parasitarios*, son *maravillosos*, *paladeados* en las montañas, o en las quebradas de las montañas, en un “18 de Septiembre” (conmemoración del nacimiento de la República), son de todo mi gusto y regalo.

Quillay: como su corteza es el mejor jabón que existe, el mejor jabón medicinal para el cabello, el quillay (del “cullay” araucano), de la familia de las rosáceas, es un gran ejemplar de la naturaleza chilena, de madera útil para la talla del estribo, es decir, valiosísima, que, desgraciadamente, se va extinguiendo, porque se envía al extranjero, la descortezación criminal, que asesina tan hermosa planta criolla.

Quincha: cercado de ramas, usado en deslindes primitivamente rurales, o trenzado de lianas usado en jardines primitivamente rurales, o amurallado de ranchos, cubierto con barro, o no cubierto, en habitaciones del inquilinaje (gentes pobres, no pobres gentes del campesinado nacional con bajos salarios, mal pagados en dinero, considerando lo domiciliario y descontándolo), y *raciones*, es decir, porciones de alimentación precaria, la quincha es la expresión desesperada de la agricultura subdesarrollada, no industrializada del latifundismo en Latinoamérica, porque es *la ruca, el bohío, la rancho* de la miseria, que engendra la riqueza capitalista.

— R —

Raulí: vendría del *ruylín* precolombino, este precioso grande *eupulífero* de Chile, cuya gran madera es una gran madera en la carpintería, la arquitectura, al ebanistería, el cual levanta su figura, como un templo forestal, de tronco directo y rojo entre el bosque nativo, comparándose a la araucaria vertical estupenda.

Relanchar: conversar o platicar maliciosamente, al oído, entre compadres o entre comadres, como “buscándole el hueso del cuesco a la breva” o como “pelando la pava”, con cierto sentido de intriga y chismografía o habladería, de esquina de botica de provincia, creando especies de “peñas” sonrientes, muy picarescas y muy quijotesas, españolísticas, pero con estilo ultramarino, nuestro, lugareño en la nacionalidad neocolonizada, en lo económico.

Remoler: ir de *remolienda* o de *borrachera* con “amistósidades” muy íntimas o niñas, pero “niñas de la vida” (ligeramente ramera —patinadoras—).

Rodeo (el): literariamente, yo he llamado *el rodeo a la chilena*, *esta gran fiesta épica*, y lo es, pero, positivamente, es una gran faena cordillerana, campera, de selección del ganado mayor, no menor, vacuno, que debe hacerse en otoño, a fin de elegir los que van a las invernadas (a las crianzas de las montañas de invierno), los que van a

la matanza municipal, urbana y los que van o a las engordas apotreras (en potrereros), o estabuladas (en establos), y el vacaje para las lecherías y las queserías, sin falsificación industrial-especulativa, y en Primavera para *la pelecha* (botar y cambiar el pelo), y las veranadas, o con los mismos motivos ya descritos, y es menester no confundir jamás “*esta gran fiesta épica*”, originada por el trabajo, “que emerge de entre gentes y vacunos” (he escrito), “de entre jinetes y vacunos”, que relumbran y relampaguean en las media-lunas, con aplausos multitudinarios, para la hazaña de carácter homérico, con los rodeos prefabricados, con los rodeos falsificados, con los rodeos acomodados, comercialmente, por “snobs” astutos y mistificadores, o por *folkloristas* (fea la palabra), y por *criollistas* (tonta la palabra), de aquellos que engendran “conjuntos”, para las “boites” nocturnas del Gran Santiago.

Rucio: no es el asno de Sancho o el caballar entrecano o rabicano de España, no, nosotros le decimos rucio, no, tampoco, al Fulano o Zutano o Mengano rubio o albino, sino al colorín *acaballerado*, y amistosamente, con aprecio, cariñosamente, como a roto de acero.

— S —

Sopaipilla: torta de masa de trigo, sin levadura, fina y frita en aceite o manteca de cerdo, que debe comerse bien caliente y bien crujiente, en día lluvioso, con causeos muy diversos, o bañada en arrope (miel de uva ya madura completamente y que se obtiene por cocinamiento profundo), la sopaipilla no es la *sopaipa*, ni el buñuelo, la sopaipilla es chilénísima, proletaria y acampada, como los vinos *sopiados*, es decir, tomados, en la madrugada, mojando el pan *candéal*, que deriva precisamente de *candiel*, que son *los vinos sopiados*, en las copas golosas.

— T —

Taco (un): echarse un taco de licor, es echarse un trago de licor, “pegarse un golpe de *tinto* a la garganta”, “*cañonearse*”, no emborracharse, tomarlo como a la carrera del caballo.

Tiuque: le ofenden apodándole “ave de rapiña”, no, “ave de rapiña”, no, avecilla fraternal, compañera del arador y del buey arando, avecita fraternal, perezosa y “tirillenta” (mal vestida), como el loro domesticado, cuyo desabrido y amarillo canto de gallo venido a menos, agrada al alma agropecuaria, en los crepúsculos, por eso, precisamente por eso, y porque se parece a todos los rotos de Chile, como yo mismo, por ejemplo.

Toronjil: entre las plantas labiadas, medicinales, este *toronjil* casero lo usamos los abuelos, “*para la pena*” (angustia), entre broma y broma, porque parece que posee un aceite muy fragante, que dulcifica las cardiopatías.

Toronjos: son una especie nuestra, de cidros o como pomelos, que producen las toronjas cosmopolitas, tomando en consideración, lo achilenado de esta gran fruta cítrica, vitamínica, que nosotros llamamos toronjos y cuyo oloroso jugo ácido-amargo está cargado, justamente de ácido ascórbico, el ácido ascórbico de las defensas fisiológicas, por lo cual es rico *en ayunas* (antes de la primera colación o dieta del día).

Totora: dijimos que se hacen petates (alfombras), de totora y que la totora es una “especie de anes o espadaña” (la espadaña de España), que crece llena de nidos de “triles” (avecita cantora, pequeñita, negruzca), en las aguadas y se emplea en las artesanías de muebles rurales (sillas y sillones) y en el techado de los ranchos agrarios, más o menos míseros.

Trilla a yeguas: aquella antigua tarea que deviene festividad inmensa, jubilosa, atronadora, poderosa, en el corazón de la nacionalidad chilena, y que consiste en arrear gritando, a caballo, sudando, alrededor de una gran montaña o modesto montón de espigas de trigo de enero, un piño de yeguas, en manada, sueltas, en un dúo de jinetes, uno “*al montón*”, al interior, “*al montón*”, a la izquierda y otro “*a la estaca*”, a la derecha, a la orilla del cercado de la circunferencia, cambiando la pareja con “aros”, así son llamados allí, los tragos tomados y guargüereados, de ponche de culén, principalmente de ponche de

culén en aguardiente, o chacolí de verano, y que constituyó un carnaval de sol, un festival de sol y alegorías y simbolizó el gesto colosal del pueblo de los trabajadores, emigró con *las máquinas cosechadoras* y únicamente las cosechas muy pequeñas del campesinado de las aldeas, recuerdan las eras homéricas que partieron, con Homero, a la gran literatura heroica.

Triste: los viejos arrieros que entraban ganado de la Argentina a la República de Chile, por el Resguardo (aduana) del Melao, por ejemplo, cantaban canciones “cuyanas” (de las inmensas provincias chilenas de otrora), cantaban canciones “cuyanas”, hermosísimas, a algunas de las cuales llamaban “*tristes*”, con egregio pueblo fraterno y todo el gaucho pampero, como adentro de la poesía de la melodía.

Trutruca (la): gran flauta de caña (coligüe) —del mapuche *colliu*— de la Araucanía, formada por un tubo grueso, largo, que comienza en un pequeño cuerno de buey y termina en un tremendo cuerno de buey y en la cual, acompañándose del *cultrun* (tambor), la raza burlada y asesinada de los épicos *toquis* (jefes) y formidables estrategos militares, como Lautaro, por ejemplo, que comandó estratégicamente, impuso el suplicio a Valdivia y fue asesinado por Villagra, da salida expresándose en una música negra o de colorido amarillo, infinito, isócrona y monótona, aullatoria, a su complejo de derrota, gritándolo y bramándolo como desde los sepulcros de los antepasados.

— U —

Ulpo: bebida de harina de trigo tostado ojalá en *callana* (olleta de fierro con tres patas o barro cocido), y agua, que bien puede comerse, espeso (ñaco), muy alimenticio, para la infancia, porque el hombre chileno lo prepara en chicha y lo bautiza como *la chupirca* o *la chupilca*, famosísima entre quienes beben copiosamente.

— V —

Vestón: es la chaqueta de los siúticos (desclasados, pedantes, arribistas), que le dicen el “Frigidaire” al refrigerador, enajenados por la

colonización “cultural”, no “*kultural*”, de Norteamérica, “*cultural*”, es decir, *comercial*, y cuando lo usamos, como vocablo, lo usamos con intención onomatopéyica, “*nosotros, los rotos*” (repitiéndome a sabiendas —a conciencia—, el calificativo).

Vihuela: la vihuela es la guitarra, pero es la guitarra democrática y popular de las tomateras, las parrandas, las borracheras, que son uno y lo mismo, o aquella como violeta que afinan las niñas bonitas de las aldeas demostrándolo en dulces canciones en las que predomina la melodía más que la armonía, la melodía y la melopea.

Vinillo: “aqueste vinillo aloque”, dice el poeta español de la cena aquella, Baltazar de Alcázar, pero “aqueste vinillo aloque” no es precisamente el vinillo, al que aludiríamos, porque el vinillo al que aludiríamos, no es una *calificación* concreta y determinada de un tipo de vino, no, es algo así como quien dijese: *vinito*, con mucho cariño y sensación de emoción pánica y dionisiaca.

— Y —

Yerbabuena: emerge de entre las “*plantas labiadas y medicinales*”, como el poleo, la menta, el mastranzo de *las Españas* y es junto y como la *yerba del platero*, la *flor nacional*, sin flor, y “olorosísima” de los esteros y los arroyos, los regueros y las vertientes de Chile.

P. de R.

Santiago de Chile, marzo-abril de 1968.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL - 9 SET. 1969
Sección Control

INDICE

	Págs.
<i>OBRAS DE PABLO DE ROKHA</i>	4
<i>GENIO Y FIGURA</i>	7
(Publicado en "Selva Lítica", 1916)	
<i>BALADA DE PABLO DE ROKHA</i>	11
(De "Los gemidos", 1922)	
<i>SENSACION DEL INVIERNO EN LA TIERRA</i>	17
(De "Los gemidos", 1922)	
<i>YANQUILANDIA</i>	23
(Fragmentos. De "Los gemidos", 1922)	
<i>CIRCULO</i>	29
(1925)	
<i>SOY EL HOMBRE CASADO</i>	33
(De "U", 1926)	
<i>SATANAS</i>	39
(1927)	
<i>ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS</i>	69
(1929)	
<i>MATEMATICA DEL ESPIRITU</i>	77
(Fragmentos. De "Jesucristo", 1933)	

ÍNDICE

	Págs.
<i>MOISES</i>	89
(1937)	
<i>POESIA FUNERARIA</i>	115
(De "Gran Temperatura", 1937)	
<i>DEMONIO A CABALLO</i>	123
(De "Morfología del espanto", 1942)	
<i>UNICAMENTE</i>	141
(De "Morfología del espanto", 1942)	
<i>SANCHO DIAZ, CAPITAN DEL SUR DEFINE LOS ACTOS MAGICOS</i>	153
(De "Morfología del espanto", 1942)	
<i>EPOPEYA DE LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS DE CHILE</i>	173
(1949)	
<i>LOS ARRIEROS CORDILLERANOS</i>	195
(De "Idioma del Mundo", 1958)	
<i>CANTO DEL MACHO ANCIANO</i>	205
(De "Acero de Invierno", 1961)	
<i>OCEANIA DE VALPARAISO</i>	235
(De "Estilo de masas", 1965)	
<i>TONADA A LA POSADO DE DON LUCHO CONTARDO</i>	267
(De "Estilo de masas", 1965)	
<i>VOCABULARIO</i>	323

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

